UNIVERSITY OF
ILLINOIS LIBRARY
AT URBANA-CHAMPAIGN
BOOKSTACKS

CENTRAL CIRCULATION BOOKSTACKS
The person charging this material is responsible for its return to the library from which it was borrowed on or before the **Latest Date** stamped below.

Theft, mutilation, and underlining of books are reasons for disciplinary action and may result in dismissal from the University.

TO RENEW CALL TELEPHONE CENTER, 333-8400

UNIVERSITY OF ILLINOIS LIBRARY AT URBANA-CHAMPAIGN

UIC-REC'D MAR 23 '93

DEC 02 1993

NOV 15 1993

MAR 10 2000

JUL 30 1997

APR 11 1997

JUL 02 1997

DEC 13 1997

7-1-98

MAR 30 1998

MAR 30 2000

When renewing by phone, write new due date below previous due date. L162

11ª
4 I
76/2/2

INDOLOGÍA

OBRAS DEL MISMO AUTOR

PITÁGORAS (agotada).

MONISMO ESTÉTICO (agotada).

PROMETEO VENCEDOR (Editorial América-Madrid, 1921).

ESTUDIOS INDOSTÁNICOS (Editorial Calleja, Madrid, 1922)

LA RAZA CÓSMICA (Agencia Mundial de Librería, 1925).

JOSÉ VASCONCELOS

INDOLOGÍA

Una Interpretación de la Cultura Ibero-Americana

AGENCIA MUNDIAL DE LIBRERÍA
14, Rue des Saints-Pères — PARÍS

917.2
V44i

Dedico este libro a la Universidad Nacional de Puerto Rico, que me pidió consejo para lograr un buen entendimiento de las dos culturas que se dividen el Nuevo Mundo.

Exponer lealmente los hechos, me ha parecido la mejor contribución para un futuro de concordia y progreso.

656933

PRÓLOGO

Antecedentes

Me encontraba yo en la capital de México editando mi revista *La Antorcha*, en días para mí difíciles. Acababa de salir de un Ministerio, rodeado de la estimación pública y aun de agasajos oficiales que, sin embargo, no lograron esconder la sorda hostilidad de los poderosos del instante. Mi desacuerdo con las trasgresiones a la ley, con la cínica violación de los principios, molestaba y ofendía. Poco a poco, y a medida que mi reprobación de aquel régimen político se acentuaba, se fué haciendo a mi alrededor ese vacío que sólo conoce el que alguna vez se ha puesto contra el mundo. Y aquel mundo era abominable, pero temible. Por las oficinas de *La Antorcha*, salvo algunos fieles amigos, no se paraban ni las moscas. La hostilidad de afuera se hacía sentir en el interior mismo de nuestras oficinas. ¿Cuántos de mis lectores conocen esa helada zozobra continua del periodista de verdad independiente, en tierras de tiranos, y de caudillos? A los veintitrés años probé esta hiel y desde entonces me ha tocado apurarla periódicamente, porque siempre puede más mi gran cólera que busca desahogo que mi gran miedo, que aconseja resignación. Pasan los días, hoy con amena-

zas, mañana con halagos. Llega el espía que se finge amigo oculto y da consejos acompañados de veladas advertencias de riesgos, la tentación del soborno, junto con el anuncio del atentado personal. Se dió cierta vez a los diarios una nota en que se avisaba que sería yo aprehendido, por complicidad con ciertas partidas alzadas en armas contra el Gobierno; yo esperé tranquilo y como lo supuse sólo se había tratado de obligarme a la fuga para ponerme en ridículo. Al mismo tiempo se hacía la campaña económica contra mi modestísima empresa. Los métodos son muy simples: se le retiran anuncios que a todos los demás diarios se otorgan; se hace saber discretamente a los anunciantes grandes que aquél es un periódico enemigo, a la vez que se les recuerda el poder casi ilimitado de los inspectores de impuestos. Se está además a merced del correo, que en un momento dado puede hacer perder quizá toda una edición sin que nadie sea capaz de obtener la aplicación de responsabilidades. Por su parte, el público empieza interesándose, pero después exige demasiado, quisiera encontrar en cada número la dinamita espiritual que su conciencia, que nunca protesta, necesita para su propio desahogo. Exige la tragedia cotidiana como a los toreros de cartel; pero siquiera el torero no expone mas que su persona, en tanto que el periodista tiene que cuidar la vida de la publicación. Y el público no da para sostenerla. Yo prolongué unos meses la agonía de mi semanario porque me había hecho la ilusión de reemplazar el anuncio, que amenguaba, con las suscripciones regulares; con unos cinco mil suscriptores yo habría podido hacer frente a todos los gastos, sin molestar más a los accionistas que tan generosamente me habían ayudado; pero los suscriptores no llegaban a dos mil y el anuncio bajaba. El éxito literario fué grande, a tal punto que nos llegaron a injuriar hasta en la pantalla de los cines por cierta campaña que emprendimos contra la imbecilidad de las películas; de-

nunciamos los disparates de la medicina oficial; injuriamos a los políticos; nos burlamos de los necios; en fin, hicimos la multitud de enemigos que acabaría por devorarnos. Pero peor que las enemistades de afuera, llegó a pesarnos la amargura interna. Malas ventas, socios desleales, traición en casa. Tantos fueron los que arrebataban, a pesar de lo poco que había, que un día les dije: «No me imaginaba que se podía vivir de cadáver.» Yo estaba muerto políticamente y eso me había hecho creer en la fidelidad de algunos, particularmente en la de uno que me robó tres veces, porque a cada ocasion le perdonaba, recordando que nunca se me había acercado en las buenas épocas. Pero descubrí que era necrófago. Nadie se llevó de allá secretos porque no los tengo; ni mucho dinero, porque no lo había; pero todos acarrearon con un poco de corazón y salvo dos o tres muy leales, mis peores enemigos estaban dentro, sin contar con otros que hasta allá me llevó el acaso. Una apareció un día, vestida de claridad, dulce como un son de violines y completamente sucia de corazón. Cuando le tocó su turno, también tracionó bajamente y así que se vió descubierta lloraba y prometía enmienda; pero también lloraba así el ladrón, pues los Judas pequeños no saben colgarse; pero, en cambio, ya a través de sus lágrimas, revelan esa pérfida astucia que acecha el instante para una nueva traición. Los incapaces de maldecir son más temibles, porque se refugian en la perfidia. Después de todo no hay tronco por donde no trepen, ya una, ya otra vez, el gusano y la araña, cuando no la serpiente. Pero el tronco humano, sensible, tiembla y se estremece, como los árboles que pinta Ruisdael, azotados de misterio y de viento, heridos en la corteza y el ramaje sacudido y desgarrado hacia la altura.

Que no se regocijen, sin embargo, los escépticos, pues no sólo sabe el árbol de desgarraduras y de alimañas: también sabe de placidez y lozanía y del abrazo amoroso de

nobles lianas fieles y de pájaros que anidan en su copa y en la calma esparcen armonía y de las horas de excelsa plenitud en que baja a socorrernos la paloma misma del Señor. Lo importante es poseer la savia y la fragancia y todo lo demás va y viene como el viento y no hay congoja sin esperanza.

Uno de aquellos días sin esperanza recibí la visita del profesor Lester Wilson, que se hallaba en México tomando datos para su libro acerca de la obra formidable que en educación pública acabábamos de realizar. Después en un almuerzo hablamos de todas la cosas posibles e imposibles con esa libertad que da al profesor yanqui su independencia económica y su vasto conocimiento del mundo, y por mi parte con la libertad que da el sentimiento de no tener ya nada que perder. Yo le había dicho a mi huésped horrores de los *trusts*. Sin duda por eso cuando presentaron la cuenta del restaurante, él me dijo: «Permita que yo pague y así minamos el poder del *trust*, puesto que yo cargaré este gasto a los del viaje que hago por cuenta de la X fundación.» Y aquí uno de los nombres más conocidos, uno de los amos del capitalismo contemporáneo. Hicimos, pues, un último brindis a la salud del prócer y ya al despedirnos, el profesor Wilson preguntó: ¿Por qué no emprende usted una campaña antiyanqui, ya que es usted nacionalista?» «Porque ya está este ambiente—le respondí—demasiado cargado de odios; y debemos destruir instituciones y prácticas, no hombres.»

No volví a saber del profesor Wilson. Pocas semanas después yo decidí expatriarme; salí sin rumbo fijo, con cinco mil pesos en la bolsa; pasé por la Habana atontado de mareo y por el profundo *surmenage* que llevaba; *surmenage* moral dolorosísimo; pero allí me reconfortó estrechar cien manos nobles. Llegué después a Portugal, lo recorrí en diez días dándome la voluptuosidad de no hablar con nadie, gozando sin interrupción de los panoramas

y los pensamientos. Me establecí en seguida en Madrid, la más generosa ciudad de la tierra. Excelentes amigos míos españoles de México habían hecho arreglos para que yo pudiese pasar una temporada larga en España; la situación que allí encontré no me permitió hacerlo; no se puede huir de una dictadura para ir a acomodarse a otra. Escapar de Atenas para ir a disfrutar de la hospitalidad del tirano de Siracusa era recurso permitido a los antiguos, pero muy discutible en la actualidad. Me salí de España, pero no sin visitar antes a los republicanos de casi toda la península. Fuí banqueteado en Madrid desde el Ritz hasta los merenderos del Manzanares. Pase unos días en Salamanca con los amigos de Unamuno. A los otros no les pagué visitas, porque hay ocasiones en que no tomar partido equivale a vileza y cobardía. Así, pues, con mi partido bien tomado me fuí para Asturias y asistí a una gran cena en Gijón. La elocuencia española se desbordó allí como en los grandes días, bajo la asechanza de los polizontes. Yo procuré refrenarme para no comprometer a mis anfitriones. Por eso, sólo al final les dije: «Tuvimos el imperio del mundo y nos lo ha robado el inglés. Pero siempre que en Inglaterra aparece un hombre de extraordinaria capacidad en seguida se le lleva al Gobierno y se le pone a mandar. Cada vez que entre nosotros aparece el genio, en seguida lo alojamos en presidio o lo lanzamos al destierro. Desde Cervantes hasta vosotros, siempre el talento en la calle y en el Gobierno la Imbecilidad.» Creo honrado hacer constar que no hubo después aprehensiones, ni siquiera fuí notificado de que debía abandonar el país. ¡Lo que más se agradece en España es el trato de hijo pródigo que se da a los iberoamericanos, pues no se nos mira como a extraños! Hastiado de políticas me encerré en Avila a en Sevilla subí a la Giralda; pasé una noche de luna en meditar y a rezar; me embriagué de color en Segovia, y

los jardines del Alcázar y otra en la Quinta Eritaña, y me fuí de allí por no tener ya ni treinta años ni treinta mil pesos para gastarlos en treinta gloriosos días. En un atardecer de Córdoba, delante de uno de aquellos nichos en que tienen a la Virgen entre luces y flores, recordé mi infancia en el México antiguo y comprendí, después de tanto fervor y tropiezo, que soy uno de aquellos nacidos para amar sólo a la Inmaculada. ¡Y todos mis agudos amores del mundo me pesaron como una traición!

Estuve también en Granada para ver la Alhambra y la Sierra y los inevitables gitanos y me bañé en el mar de Valencia y comí paella en sus vegas. En Barcelona, después de ver bailar la Sardana, me convertí a la autonomía y comprendí el proyecto de Valle Inclán, genial como todo lo suyo, de hacer la Federación Ibérica con Cataluña y Portugal y Galicia y Castilla y Las Vascongadas y Andalucía. La República federada Ibérica como un modelo para la futura República Iberoamericana. Pero, es claro, don Ramón no será llamado a realizar su plan desde un Ministerio; mas fácil es que lo pongan preso, para confirmar mi teoría. De Barcelona brinqué a Mallorca, cuyos patios recorrí con Alomar el iluminado, y, por fin salí de España haciendo una promesa que no he cumplido: escribir la España sin Borbones.

En un tren español me dijo un yanqui, uno de esos maestros *globe troters*. «No deje usted de ver Carcasonne. Y me fuí a Carcassonne, para ver el lema: *Liberté, Egalité et Fraternité*, bien inscrito dentro del pasado, para que ya nunca resucite lo que está bien muerto dentro de las murallas: el monarquismo y el feudalismo. Hermoso Carcassonne por su auténtico sello de casi intacta antigüedad y por su alerta espíritu contemporáneo. De allí regresé a Nimes y a su circo, y en Marsella pasé unos días con el gran bueno de Cesar Arroyo, el ecuatoriano.

Después, con Manuel Ugarte, asistí al carnaval de co-

lores de Niza y de Montecarlo. El sol nos obsequió una fiesta de ópalos desleídos en el mar y de vermellones de *beauty shop* en el cielo, con el aderezo de dos o tres arco iris ante el fondo del caserío de cartones pintados, que asciende por las colinas. Y no nos faltó ni la música romántica escuchada bajo las estrellas desde las terrazas del Casino. ¡Oh, *Cóte d'Azur*, paraíso de todos los rastas, los de la inteligencia y los del dinero!

Y esto, es claro no afecta a mi admirado amigo Ugarte, que salió de su retiro fecundo para acompañarme unas horas, después de que hablamos y nos dolimos de toda nuestra América.

En seguida me emborraché de belleza en Italia; pensé en Florencia, lloré en Asís; pasé por Roma, sin contacto alguno con la farsa papal; caí en Nápoles y al beber de aquel vino de la falda del Vesubio, comprendí las abominaciones de Pompeya y por qué es menester que de cuando en cuando, el fuego descienda a limpiar aquel plácido antro de las voluptuosídades. Y así, después de cansar trenes por toda la península, me embarqué para el Pireo y estuve una tarde estudiando el Teatro, a la falda del Acrópolis, porque pienso construir uno, en México, tal vez.

Otras auroras me vieron subiendo por los minaretes de Constantinopla, y allí padecí la rabia, la gran fiebre de no tener un ejército para echar fuera a los turcos que todavía están profanando el templo mayor de la cristianidad: la maravillosa Santa Sofía. En las auténticas mezquitas turcas de Brusa, en el Asia Menor, me calmé un tanto en mi odio contra el musulmán porque los plátanos y los surtidores bajo las bóvedas emanan allí una poesía que contagia, pérfida droga que insensibiliza al cristiano. Al fin regresé por Budapest.

Estuve en Viena quince días admirando los aciertos de un Gobierno socialista que por entonces imperaba y disfrutando la hospitalidad de esa gente noble y distinguida.

pero la tensión de estar oyendo conversar en alemán acabó por agotarme. Regresé a Italia: sólo con oír hablar a las gentes que van por la calle, el oído se deleita y el ánimo se alegra. Y como yo andaba siguiendo «el bizantino», a causa de un estudio que preparo para convencer a nuestra América de que no debe construir en gótico, sino en un estilo propio de base irania; estilo tropical, puesto que nosotros somos el paraíso virgen del trópico, me fuí hasta Rávena. Allí me grabé en la cabeza la planta de la tumba de Gallía Placida, porque así, nada más que en grande, voy a hacer una Biblioteca pública en México, tal vez.

Por aquellas tierras hubiese seguido indefinidamente viviendo barato a costa de los diarios de América, si no hubiera sido porque las «camisas negras» acaban por descomponer el más firme estómago. Me trasladé a la Francia hospitalaria y me puse a vivir libre y agradecido, pero resuelto a no torturarme con la pronunciación del francés. Andaba, pues, por aquí libre y mudo en este París donde es grato perderse, cuando un día recibí carta en que el Dr. Benner, Canciller de la Universidad Nacional de Puerto Rico, me invitaba a dar un curso sobre cultura mexicana, y me indicaba que era aquel Dr. Wilson, mi huésped de México, quien me había recomendado para el caso. Acepté, pero ampliando el tema a todo el continente latino y después de un trabajo de poco menos de tres meses terminé casi todo lo que hoy aparece en el presente volumen.

Refiero al detalle todos estos orígenes de mi viaje a Puerto Rico, porque ellos son la mejor respuesta a ciertos cargos y para que se vea que no es afán de notoriedad, ni urgencia de lucro, lo que a uno le mueve en todas estas idas y venidas que el destino dispone. Nada diría si no estuviese en la lucha, una lucha en que doy, pero no pido cuartel. Nada me complace como verme acusado, cuando

tengo en la mano los elementos de la defensa, y, como se verá en el curso del relato que hoy hago, fuí acusado nada menos que de venderme a los yanquis por una docena de conferencias dichas en Puerto Rico y en Chicago. Mi respuesta es pública: esas conferencias. Pero sigamos adelante con mis historias.

***

Quien quiera convencerse del atraso de nuestra civilización no tiene mas que cruzar el Atlántico en un trasatlántico. El más rápido de todos, ya en el Océano, se ve como una gran tortuga quejumbrosa e impotente. Y todos danzan en las noches del temporal, y cada vez que un golpe de mar nos azota el costado del buque se escucha un estruendo como de cañonazo, y crujen los amarres que parece se van a soltar. Alternan con el incesante cañoneo las avalanchas que de pronto aplastan la proa y a todo el barco lo sacuden como si se partiese por el medio y como si la punta ya no volviese a levantarse más. Y nadie duerme en los camarotes y el mismo capitán confiesa al día siguiente su fatiga. ¡Y lo poco que ante la creación importa que todo un gran barco se hunda! Pero al fin en este mundo inconstante hasta las tempestades se gastan y en seguida es menester soportar los días de calma en que se hace interminable la travesía y se nos despierta en el pecho un águila que quisiera volar.

La entrada en Nueva York por la bahía es uno de los espectáculos del mundo. Masas cuadrangulares altísimas; cilindros que rematan en aguja gótica o en torre ligera, un centenar de ventanas verticales que terminan con una pirámide; domos estrechos y empinados; sólo una de las más recientes estructuras, la torre de los marineros, es más poderosa y más bella que la de Gálata de Constantinopla. ¡Panorama espléndido; sólo quien no sienta en el pecho

el grito de la potencia triunfante podrá quedarse indiferente o abrumado delante de tamaña magnificencia. ¡Oh, chatas ciudades de Europa, envilecidas con la mansarda, pobres como si estuviesen hechas de tierra, con sus millones de tubos de chimenea y sus tejaditos de miseria! Nueva York es de granito. Está hecha para desafiar ciclones. Y a causa de su grandeza tuvo que romper con la medida. Que las casas todas de una cierta plaza, de un cierto barrio, han de ser de igual tamaño y de la misma abominable moldura de la época de los Luises o de los Imperios: así decretan, desde sus despachos, los arquitectos titulados. Y crean esas pobres ciudades de académicos, parodia mezquina de lo clásico. Y si no fuese porque en ellas subsiste una que otra joya del gótico, ¿qué haríamos en París si no hubiese mas que de la Chambre a la Magdalena y que haríamos en Viena, si no hubiese San Estefano, si todo fuese aquel barroco de caireles y de encajes, como la cabellera de los cortesanos degenerados? Es cierto que Nueva York tiene todo lo feo del resto del mundo, pero también posee las audacias, las únicas audacias de estos dos últimos siglos. La construcción neoyorquina es maciza y monumental, y, lo que no he visto señalado, es bella en los remates. Nueva York parece hecho para ser visto a distancia o desde arriba. Ninguna ciudad del mundo termina sus casas con tanto lujo. No hay ni las dos aguas de pizarra o de teja que tanto afean el panorama europeo ni las azoteas planas de tierra o ladrillo que dan mal aspecto a la construcción andaluza y latinoamericana. Nueva York de noche es el espectáculo más asombroso que hayan podido mirar los ojos humanos. Montañas perforadas de ventanillos que despiden luz; tan grandes que no se comprende que sean un solo edificio, tan altas que a veces las luces más elevadas se confunden con las estrellas. De noche se borran todas esas imperfecciones de los estilos hechos de prisa y sólo quedan las moles proyectán-

dose sobre la plata de un cielo de media luna. Los edificios parecen monstruos de millares de ojos y por entre las nubes aparecen, a la luz de los reflectores, cúpulas y torres fantásticas, revestidas de oro; por otras secciones, en la quietud de una altura inverosímil, descansan las terrazas, circundadas de flores, donde danzan, al son de músicas suaves, los ricos, los poderosos del mundo.

Cierto que todavía es Nueva York la ciudad mercenaria, y que así como en otras urbes, el templo es el que ha dado pauta para la arquitectura de palacios y casas, en Nueva York es el Banco, el templo Mammon lo que sirve de norma. Hasta dentro de una iglesia presbiteriana uno recibe esa fría impresión de tarea metódica y de aseo impecable que se encuentra en las oficinas del banco, tal que si el aseo exterior hubiese de disimular las tortuosidades de la conducta; pero no se puede negar que la enorme acumulación de riqueza ha comenzado a producir lo que siempre produce el dinero, una nueva interpretación de las maneras externas de la belleza. La belleza perfecta sale del desierto con los Evangelios; pero lo que el mundo entiende por belleza, la carne y los trapos, el oro y el mármol, la tela y la estatua, todo eso que es arte vil, y apariencia del pecado requiere dinero y siquiera en Nueva York tal vicio se exhibe flamante, sin esa carie y pobreza, que da a las viejas ciudades el aspecto de cocotas repintadas.

Por lo menos en Nueva York, el puerto del nuevo mundo, nos impone su vitalidad; despertamos del semisueño en que nos deja Europa, el continente donde ya se hicieron todas las cosas y nos fortalecemos con el aura del continente donde se están haciendo las cosas.

Puerto Rico.

En un lindo barco nuevo que se llama *El Coamo* salimos de Brooklyn un jueves claro para llegar el lunes temprano a San Juan. En las horas aburridas de a bordo ni pensar se puede. En el salón se baila a toda hora el baile vulgar del día; una linda joven de origen corso se pone sus ropas más ligeras y danza mostrando una cinta de carne tierna, arriba de la media y bajo el vuelo de la falda. ¡Lástima de la época ya ida en que un manazo de la bestia en celo ponía remedio inmediato a la pícara provocación! Aquello era sin duda más limpio que este constante pensarlo a que nos obliga la vida moderna, por lo menos cuando no nos hemos resuelto a echarlo en desdén.

El cielo se fué aclarando y el mar se fué tornando azul. Después de los largos meses de bruma europea, aquello era como entrar a un festín. Nos metimos en el mar de Zargazo, que según exploraciones recientes no encierra ningún misterio, ni siquiera verdaderos islotes de algas, sino sólo esos reflejos que en los atardeceres, frente a las Bahamas o frente a la Florida, nos encantan la mirada con la leche de piedras preciosas que se derrama sobre el mar en calma. Las noches también comenzaron a ser espléndidas; volvimos a darnos cuenta de que existen la luna y las estrellas y el prodigio de los cielos quedó cabal así que un viajero señaló en la altura, la Cruz del Sur, nuestra mágica, nuestra simbólica constelación.

En la bahía de San Juan de Puerto Rico entramos en un tibio amanecer con panoramas que recuerdan desayunos caseros de chocolate y plátano frito. Lo que los ojos abarcan no es posible olvidarlo. Un mar azul que poco a poco va saliendo de debajo de los vapores matinales, como si estuviera recién creado. A distancia la masa líquida se riza con el leve choque de ondas que se estrechan a los

peñascos y a los taludes de la costa. A medida que el barco avanza, las brumas se van alzando con lenta solemnidad y la costa crece hasta dejar visible todo el perfil del puerto. Sobre la base de roca amarillenta hay manchas de verdura y caserío de tonos claros, entrecortado con las nobles copas de las palmeras, signo de la armonía. En una saliente altiva está, el Morro, la antigua fortaleza española, que se acabó de levantar con dinero llevado de México, y en seguida la ciudad, hecha de dos arquitecturas que se yuxtaponen y se invaden sin confundirse. Corre la vista por la cinta inmóvil de una vieja muralla; siente el corazón la fuerza de aquella civilización castellana que edificaba para los siglos, pero encima de todo se elevan pequeños rascacielos y construcciones flamantes, y menos sólidas. En el ambiente flota el aura del trópico que apacigua los sentidos y calma los nervios, mientras el ensueño se teje a sí mismo sin esfuerzo. Estamos en la patria de la voluptuosidad y de la imaginación. Imaginación y Voluptuosidad, ¿no son ellas también el germen del misticismo y de la revelación? Por el fondo la bahía se ensancha, limitada a distancia por la cordillera de un azul denso; nobles picos de montañas que al influjo de las brumas se levantan todavía más hacia la altura. Tierras de la línea curva y del color encendido, ¿qué hacen allí los rascacielos y que romper de cristales es toda esa charla en inglés, en sitios donde todo lo que vibra es como una aspiración a la melodía?

Y, sin embargo, allí está el inglés; allí está instalado para quedarse; allí ha puesto a trabajar sus máquinas; allí edifica sus casas; allí cultiva y señorea la tierra; allí está como las casas nuevas, sin confundirse con lo antiguo; dominante, pero con algo de transitorio, como su arquitectura.

Desde la víspera de nuestra llegada sentí la palpitación de la isla oprimida. Veinticuatro horas antes del desem-

barco empecé a recibir cables: «El Partido Nacionalista le saluda y confía en usted». «La Redacción de *Los Quijotes* saluda al campeón de la raza.» «Los venezolanos libres le aguardan.» «No haga declaraciones antes de hablar conmigo», telegrafiaba un amigo exaltado... Los yanquis también habían telegrafiado. Un mensaje del Rector de la Universidad, refrendado por el Gobierno, me ofrendaba la hospitalidad de la isla. En el barco iba con nosotros el gobernador, que regresaba a Puerto Rico, después de un viaje oficial a Wáshington. Iba también allí el joven periodista Cervantes, que regresaba de un Congreso de la Prensa celebrado recientemente. Con él pasé algunas horas de charla. El gobernador me había llamado para saludarme. La víspera del desembarco oí una conversación en la mesa: «Mañana—le decía un norteamericano a una norteamericana—habrá música en el muelle; pero no vaya a creer que es por usted, sino porque llevamos al gobernador.»

Al día siguiente, a eso de las siete, el barco atracó al muelle. Yo descendí, rodeado de comisionados y de periodistas, y en ese instante una banda de música se puso a tocar. Como yo recordara la conversación de la noche anterior, no hice movimiento, ni siquiera para descubrirme. Entonces, uno de los comisionados me dijo: «Esa música ha venido para agasajarle a usted.» Saludé en seguida, pero todavía con cierta timidez, porque pensaba: «Han venido a recibir al gobernador.» Momentos después fuí arrebatado por un grupo numeroso de gentes que llevaban estandartes y lanzaban vivas a México. Se cebaron en nosotros los fotógrafos. Conversamos con distintos grupos, y, por fin, escapamos en autos. De suerte que sólo al día siguiente pude enterarme de que, en efecto, la banda de música no sólo había ido por mí, sino que se había retirado sin esperar a que descendiera el gobernador norteamericano. En tal sentido se habían dado instrucciones

al director, después de públicos debates habidos en el seno de la Corporación municipal. Refiero estos hechos porque ellos mejor que cualquier comentario dan una idea del estado de los ánimos en la actualidad.

Las autoridades universitarias me instalaron en un Hotel Palacio que se llama el «Vanderbilt» y está ubicado en una especie de islote, entre árboles y palmeras, sobre rocas que contienen y multiplican la reventazón del mar. En cambio, por el lado de tierra, la vista se ensancha delante de una albufera marina y más allá en el gracioso abigarramiento de casas de lujo entre palmeras. La pequeña subisla se liga con calzadas y con puentes a la zona que ocupa San Juan, por un costado, y por el otro se comunica con el poblado moderno de Santurce, lleno de residencias magníficas. Las tres secciones forman lo que llaman «La Isla», una pintoresca zona separada de tierra sólo por medio de entradas y de canales.

No me extiendo en la alabanza de la infinita belleza de aquellos lugares, porque uno de los nacionalistas me dijo: «Por Dios, no nos vaya usted a salir con que la isla es muy bella, porque eso nos lo dicen todos, especialmente los que no quieren comprometerse.» «Aquí no se debe hablar—agregó—mas que de nuestra angustia.» En efecto, en seguida la palpé aquella angustia. Yo estaba libre. Nadie me insinuó que dijese o callase cosa alguna; todo lo contrario, el doctor Benner me ratificó: «Le hemos invitado para que diga lo que le parezca, para que nos aconseje y para que nos censure, y le dejamos en libertad para que trate con quien guste.» Era verdad; pero la libertad no está sólo en poder hablar. Hablar estérilmente sin que la palabra se consume en acción es un tormento, por lo menos, del purgatorio. La libertad es vana si no podemos vivirla, y allá el que quiere ganarse la vida tiene que pensar lo que dice, porque no hay cárceles para la elocuencia; pero, en cambio, las puertas del

éxito económico sólo se abren para el prudente. ¡Y aun ganar nada más el pan suele hacerse imposible para el que no se somete!

Sin tregua ni de minutos fuí lanzado, quisiéralo yo o no, por el terreno peligroso de las declaraciones y las entrevistas, desde mi opinión sobre los habitantes de Marte, hasta la hora de mi llegada, todo lo preguntaron, como se hace con los huéspedes que han ido precisamente a eso, a hablar; así es que a todo hay que responder. Y a la pregunta ¿Qué opina usted de la literatura de Puerto Rico? yo repuse con lealtad: «No la conozco; en México los mismos especialistas la conocen mal.» Es claro que lo mismo pasa en Puerto Rico con la literatura mexicana, pero la malevolencia quiso hallar en mis palabras una intención desdeñosa y las murmuraciones comenzaron. Yo no sabía quién las dirigía, aunque debí suponerlo. En Puerto Rico hay personas que están al servicio del Gobierno de mi país... Así, pues, comencé a sentirme como en mi tierra, discutido y colocado entre los antis y los pros. Los diarios, todos muy gentiles, dedicaron editoriales efusivos para el mexicano recién desembarcado y una infinidad de personas me dió muestras de simpatía. Desde el principio me era imposible aceptar todas las invitaciones para cenas y almuerzos. Unicamente las exigencias de mi trabajo me retuvieron una que otra vez en mi hotel. Quien conozca la hospitalidad antillana comprenderá fácilmente mi engreimiento y mi ventura. De suerte que en medio de un ambiante cordial y a los tres días de mi llegada se verificó mi primera conferencia.

El Teatro Municipal de San Juan, lleno con sus mil quinientos o más espectadores de paga, presentaba un aspecto imponente; había en la atmósfera ardor patriótico, se veían mujeres y banderas, se me recibía como a un portavoz de la raza; se me pedía un mensaje, se me exigía un grito.

Disertó sobre mis publicaciones y mis libros el Doctor Soto, un hombre muy versado en disciplinas filosóficas, que hizo el elogio de mi *Monismo Estético* y hasta de un opúsculo que ha circulado poco, titulado *La Revulsión de la Energía*, y concluyó, como era de rigor, alabando mi gestión educativa mexicana. En seguida me cedió el sitio, que ocupé entre cálidos aplausos de salutación. Logré recoger la emoción que flotaba en el ambiente. (Cito palabras textuales de un cronista.) Les hablé de mi sorpresa al encontrar allí un público que era ni más ni menos, desde la mente hasta el físico, el mismo que yo podía contemplar en mi patria, por ejemplo en Veracruz. La ocasión se prestaba para un gran discurso; se adivina lo que un orador haría en semejante caso con aquel sentir colectivo, lleno de aspiraciones confusas y altas. «Sin embargo—agregué—quizás hay alguna ventaja en que no sea esta ocasión el orador, sino un aprendiz de filósofo, quien procura interpretar este múltiple sentir. No vivimos horas propicias al espectáculo, y, en cambio, nos urge la tarea. Yo traigo—les dije—una especie de sonata inconclusa; se me han aparecido algunos temas, pero todavía no logro engarzarlos. Iré dejando caer cada tesis, lo mismo que el músico adelanta su tema, al principio de la composición, después lo ejercita y lo ensaya en otro grupo de instrumentos y así hasta que toda la orquesta se lo devuelve enriquecido y vigorizado.» De igual suerte soltaría yo mis afirmaciones, invitando al público a comentarlas y atento al eco que pudieran despertar. Una labor tan ambiciosa—expliqué—como la de ir formulando la ideología iberoamericana no podía emprenderse sin el concurso de todas las almas pensantes. «Y de esta suerte—dije para terminar mi exordio—, ya que yo no he de lograr dejarlos a ustedes deslumbrados, me empeñaré en dejarlos, por lo menos, preocupados.» A continuación leí lo que en el presente volumen aparece con el nombre de «El Asunto». Durante la lec-

tura dos o tres veces me interrumpieron los aplausos y al final hubo lo que los cronistas parlamentarios llaman una prolongada ovación. Pero, el pero de entonces fué que esa fina sensibilidad que desarrolla el trato con distintos públicos me dijo en seguida que allí había algo, no sé qué faltante en el asunto de aquella noche.

No tardé mucho en confirmar mi opinión. El único mexicano de la isla, mi fiel amigo Villavicencio, me dijo al día siguiente: «Se formaron dos bandos después de su conferencia y han estado discutiendo por horas. Parece que cierto grupo quiere que usted ataque a los norteamericanos, ¿pero por qué no lo hacen ellos?» Los periódicos dieron cuenta de la conferencia en extenso y en términos de elogio, pero uno o dos días después comenzaron a aparecer las censuras. El poeta Llorens declaró «que yo no era un intelectual, sino un político»; sin embargo, siguió asistiendo a todas las demás conferencias y acabamos por hacernos amigos. Debo agregar que a mí sí me gustaron mucho sus versos y estoy seguro de que tendrá un franco éxito en la jira que proyecta hacia México, Cuba y Santo Domingo y Colombia, en propaganda portorriqueña. Mucha falta nos hacen tales acercamientos. Pero volviendo a mi cuento, hubo otro caballero que declaró en un suelto que «mi tesis le había parecido más bien panamericanista». Así se produjeron los primeros pinchazos públicos, pero además había mar de fondo, según lo adverti en seguida. Cierto *líder* de mucho talento, pero a quien, según creo, no logré convencer, me visitaba a diario y en una de sus pláticas me dijo, como al descuido: «Parece que le pagan bien sus conferencias, ¿no es cierto? Se dice que le darán a usted quince mil dólares.» Yo sonreí, me di cuenta rápida de que aquella versión era una de las causas de la vaga hostilidad que yo sentía dirigida contra mí. Así es que por toda respuesta le mostré mi contrato, conforme al cual la Universidad debía pagarme mil dólares

para gastos de viaje desde París y regreso y mil quinientos dólares de honorarios por siete conferencias fijas, más algunas sueltas y un trabajo de preparación de varios meses, según puede apreciarse por el libro que hoy ve la luz. Después de mi salida, el partido del Gobierno decidió publicar los documentos que comprueban lo que yo recibí, con el objeto de acallar las críticas veladas de quienes, no hallando qué criticar en mis ideas, creyeron poderme perjudicar en mi reputación. No niego, sin embargo, que por aquellos días llegué a sentirme un poco acosado; sobre el duro trabajo intelectual que debía desarrollar, tenía que mantenerme alerta contra toda clase de asechanzas. Por un momento pensé cambiar un tanto el tono de mis conferencias; añadirles una que otra frase de relumbrón; pero mi plan era demasiado profundo, para que yo me decidiera a mancharlo con transacciones con el sentimiento del instante. Sentí que hubiera sido cobardía ponerme a complacer el chisme anónimo o la injusta censura y preferí dejar que el tiempo y el desarrollo cabal de mi programa pusieran las cosas en su sitio. Y así, malhumorado y lleno de hondo disgusto, fuí a mi segunda conferencia, como quien vence, nada más, una tarea. Leí entonces lo que en el presente volumen aparece bajo el acápite de «La Tierra» y desde luego pude observar que la lectura gustaba. Cuando terminé me felicitaron mucho, porque la gente aquella, en su mayoría, es muy generosa y empecé a disfrutar el orgullo de no haber cambiado una línea en el texto que llevaba desde París. Yo sabía que mi programa tendría que imponerse a la larga, y con esa seguridad es cómodo desafiar la maledicencia y la injuria.

No por lo que vengo diciendo se crea que todo fué amargura para mí en Puerto Rico. Antes, es verdad, lo contrario. Pues así como hubo quien murmurara, en seguida también se formó mi partido, que, más osado, ha-

bló alto y claro. Mucho me ayudaron y mucho me complacían, por ejemplo, los artículos con que el Dr. Lavandero comentaba mis doctrinas. Su vasta preparación científica y su espíritu fino y ágil le permitían ensanchar y volver del revés mis temas. Al Dr. Soto le debo también la publicación de reflexiones sumamente halagadoras. En realidad, a la oposición la tuvimos a raya; pero lo doloroso es que haya existido sin razón.

Cuando leí mi tercera conferencia, la que aparece en este libro bajo el título «El Hombre», el Dr. Benner, siempre amable, se acercó para decirme: «¡Qué nutrida de fundamento científico está su tesis!» Yo le repuse: «Doctor, es tan arbitraria y tan frágil como la tesis de la superioridad de los blancos.» La ciencia, por lo menos cierta ciencia, es todavía eso, un arma de combate, y es obligación nuestra ponerla en servicio.

Llevaba yo diez días en Puerto Rico, se había desarrollado la mitad de mi curso y todo parecía estar en calma, cuando uno de los pícaros periodistas españoles antimonárquicos se puso a remover las aguas. El simpático pícaro se llamó en este caso Cerdeira. Con él y con Galera, el otro redactor de la revista *Los Quijotes*, hice excursiones y visitas. Los dos fueron para mi todo amabilidad y compañerismo. Pero un día me tomaron una entrevista, una de esas entrevistas con fotógrafos y cuestionario desorbitado. Nos reíamos al formular respuestas que a fuerza de no decir mas que la verdad parecen la palabra de un desesperado o de un loco. Una pregunta inocente provocó el escándalo: «¿Qué opina usted de su majestad Alfonso XIII?» Los muy truhanes sonrieron y yo dije: «Estaba yo en Madrid cuando tuve el honor de leer unas declaraciones en que su majestad don Alfonso XIII afirmaba que «el ideal de su vida era emprender un viaje a la América latina, con el objeto de consumar la

obra de Bolívar». Entonces yo comenté: «Probablemente su majestad piensa suicidarse, porque el último capítulo de la obra de Bolívar era acabar con la Monarquía en España.»

Pasaron los días gratamente. Mucho gocé recorriendo la isla en automóvil, por carreteras magníficas y entre paisajes suntuosos. A lo largo de los caminos nos deteníamos para beber cocos de agua, para tomar refrescos de tamarindo y para comprar nísperos. Regresábamos ya bien entrada la noche y al cruzarse nuestro carro con otros por los caminos los paseantes me saludaban por mi nombre, con esa grata familiaridad costeña. Un domingo lo pasé con mi amigo de París Juvenal Rosa, en su finquita de tabaco, entre el aroma fuerte de las hojas prensadas para el empaque y la fragancia de una amistad muy leal. Otra tarde el noble rebelde Brau, editor de Pica Pica, nos llevó hasta Arecibo, a la casa de un patriarca local, el abogado y filósofo D. Felix Santoni. En aquel hogar se mantiene pura la mejor tradición latina. Un varón justo y sereno; esposa afable y llena de virtud; un joven que quiere salir al mundo y una señorita que por linda y buena no tiene que preocuparse gran cosa del porvenir: tiene ya hecho el destino. Toda la familia reunida nos dió un verdadero banquete platónico; una serie de ricos platos criollos; vinos exquisitos almacenados desde antes de la prohibición y así que el apetito estuvo limpiamente colmado, Santoni nos regaló con sus bellos y elevados discursos; la joven tocó al piano y siguieron los discos del fonógrafo, con recitaciones castizas que allá forman parte del bagaje patriótico de familias que amparan y defienden una cultura amenazada.

La familia de Conchita Muñoz, descendiente de Muñoz Rivera, me proporcionó otra noche parecida de culto deleite familiar, de cortesía y de sentimiento igual al que

prevalece en toda nuestra dulce América española. De tales sitios se sale entendiendo por qué es necesario continuar la lucha para defender esa manera de vida.

Mi cuarta conferencia «El Pensamiento iberoamericano» se verificó sin incidentes en el Club Americano y pocos días después se celebró en la Universidad un homenaje de los estudiantes. Constituyó esto último una ocasión bien sonada. Gran salón lleno a reventar; público universitario, entre el cual, a semejanza de lo que pasa en los Estados Unidos, tienen mayoría las mujeres; algo de música regional y dos grandes discursos, el discurso de Quiñones y el discurso de Molina. Comienza Quiñones su requisitoria contra el poder americano. Un calosfrío intenso recorre toda la sala. «Los yanquis están aquí—nos dice Quiñones—sin que jamás se haya consultado la voluntad del pueblo de Puerto Rico; los yanquis, por medio del trust, absorben nuestras tierras; por medio del cohecho, prostituyen a nuestros políticos; por medio de la escuela, nos arrebatan el idioma castellano, que es el último refugio de nuestro combatido patriotismo.» «Queremos saber—agrega, dirigiéndose a mí—queremos saber qué es lo que vos opináis de estos atentados; queremos saber si podemos contar con vuestra palabra para que haga saber, para que recuerde al continente el martirio de Puerto Rico.» Más o menos esto dijo, y las salvas de aplausos le interrumpían. Así que terminó se produjo una ovación cerrada, una explosión de sentimiento patriótico, tan poderosa y honda que—no vacilo en afirmarlo—jamás en toda mi vida, y después de pasar por toda clase de asambleas revolucionarias, nunca había presenciado semejante alboroto consciente y resuelto. No respondí, sino que dejé hablar a Molina. Este otro muchacho, también con valor y talento, ratificó punto por punto las declaraciones de su compañero. Los aplausos volvieron a tronar, la sala entera reventaba de pasión. Entonces me levanté y les

dije: «Recordad que uno de nuestros viejos maestros castellanos formuló una máxima que dice: «Iguala con la vida el pensamiento.» Habéis manifestado con toda virilidad vuestro pensamiento. Vivid ahora conforme a él y que la vida refrende, con su protesta constante, cada uno de vuestros cargos.» «En cuanto a mí—agregué—, nacionalista en México, no puedo ser mas que nacionalista en Puerto Rico. Las convicciones no son como el termómetro que cambia con las temperaturas. Yo respeto a los portorriqueños que han pensado que es eficaz el régimen de cooperación; no he venido a formular reproches; pero yo seré fuera de la Isla un portavoz de las aspiraciones nacionalistas y francamente independentistas.»

La reunión había estado presidida por el Doctor Benner, que muy estoicamente aguantó el chubasco; no había en la sala sino otro americano, el profesor irlandés O' Reilly, que después, ya terminada la sesión, me dijo: «Yo respeto a estos muchachos que tienen el valor de sus convicciones; yo no tengo nada que ver con el imperialismo ni con el capitalismo yanqui; pero no me parece justo que se acepten sin discusión afirmaciones como la de que Norte América representa a Caliban únicamente; por eso he puesto a estos mismos muchachos a que me hagan un estudio de Walter Whitman y por cierto que lo han hecho muy bien.» Y O' Reilly tiene razón; así se lo repetí a los muchachos. Si los yanquis fueran no más Caliban, no representarían mayor peligro. Lo grave es, lo grave para nosotros es que también nos suelen superar con el espíritu. Por eso no puede objetarle nada a Benner cuando me dijo, al terminar aquella memorable sesión para él tan desagradable: «Usted verá que después de esto no hay aprehensiones ni castigos, ni se clausura la Universidad.» ¡Oh, América latina, pensé yo, conquista la libertad, y el poder se te dará por añadidura!

Una de las excursiones más impresionantes fué la que hicimos un domingo hasta Ponce. Nos llevó en su coche

el simpático Pietrantoni, rico comerciante en autos, y nos acompañó Federico Acosta Velarde, el presidente del Partido Nacionalista. Pietrantoni, hombre de mundo, nos hizo amenas las horas del trayecto, contándonos sus aventuras neoyorquinas, la moderna Capua, la ciudad de las bellezas fáciles—para el rico— y de los caprichos fantásticos para el millonario. Así nos acaban de ganar los dominadores. Un paseo de veinte días en Nueva York, con toda clase de prohibiciones violadas en honor nuestro, y ya vuelve convertido al sajonismo el hombre de poco seso o bien retorna, ya vendida para siempre, la mujer ligera. El señor Pietrantoni no es de poco seso y ha sabido tomar el espíritu de empresa y el sano optimismo de nuestros vecinos del Norte. ¡Pero hay tantos que nada más les venden el alma, a cambio de un trago de whisky!

En Ponce nos recibieron los nacionalistas. El jefe local, Pedro Albizu Campos, me conquistó de primera intención y me ha seguido cautivando. Posee una preparación sólida. ¡No sé cuántos años de Harvard! Así es que conoce a fondo la cultura rival y nadie como él para exponer sus secretas debilidades y sus astutas maquinaciones. Pocos hombres me han enseñado tanto, en sólo un día, como me enseñó Albizu Campos. Estoy seguro de que algún día esta ingrata América nuestra lo conocerá y lo saludará como a uno de sus héroes. Vive de defensas de pobres; es decir, casi no vive. La tentación lo acecha a diario en la forma de comisiones y empleos que él rechaza, porque es contrario a la doctrina de la colaboración con los invasores. La más dura exigencia del poder norteamericano en Puerto Rico es la imposición forzada de la ciudadanía americana a todos los portorriqueños. No pueden seguir siendo españoles, no se les reconoce el derecho a ser portorriqueños y tienen que aceptar el pasaporte yanqui para entrar o salir de la Isla, para entrar o salir de su propio hogar. Albizu Campos sostiene casi él solo el semanario

título *El Nacionalista*. Vive como un santo, y, como nada malo se puede decir de su conducta, no faltó quien me dijese: «Pero fíjese que es mulato.» Y esto me lo decía otro seudonacionalista. ¡Como si ser mulato no fuese la carta de ciudadanía más ilustre de América! Si creo que hasta Bolívar lo fué. Lo fué, si hemos de creer las descripciones inglesas, no obstante que hoy nos lo quieren hacer descender de la sangre azul de no sé qué antecesores de pura cepa vascongada. Desgraciadamente yo no tengo sangre negra, pero cargo una corta porción de sangre indígena y creo que a ella debo una amplitud de sentimiento mayor que la de la mayoría de los blancos y un grano de una cultura que ya era ilustre cuando Europa era bárbara.

Ponce es una antigua ciudad española que por razón natural se ha vuelto el foco del movimiento de independencia contra los norteamericanos. Tiene su plaza a la española y su iglesia, como todas las de Puerto Rico, muy pintadas de nuevo por fuera, en amarillo, y por dentro decoradas de azul y blanco. Se celebraba en aquellos días la ceremonia del ofrecimiento diario de flores a la virgen, tal y como se hacía en México en mi infancia. Por las tardes, las sólidas naves románicas se llenan de incienso y de cantos mientras suben al altar las niñas con su velo blanco en la cabeza y su ramo de flores en las manos. Cuando regresamos aquel domingo a San Juan, por todos los pueblos del trayecto veíamos la iglesia toda iluminada en medio de la noche, y llena de gente. Las iglesias protestantes, en cambio, no han prosperado. Una vi cerrada por falta de fieles. Me puse a pensar entonces en la gran fuerza que sería para la defensa de nuestra cultura en América un catolicismo como parece que es el catolicismo de Puerto Rico, virtuoso y libre. Un catolicismo depurado sería un auxiliar irreemplazable. Justamente en aquellos días había escándalo en la prensa del mundo por las persecuciones

que el Gobierno militar de México ha mantenido contra los católicos, y lo peor de esta política es que se lleva adelante con evidente ventaja para los protestantes norteamericanos, que han andado agitando la opinión yanqui en defensa del Gobierno de Calles. Y yo me preguntaba ¿Será posible que el nacionalismo de Puerto Rico, vencido como está políticamente, posea, sin embargo, más conciencia para la defensa que la ruidosa patriotería de nuestros Gobiernos dictatoriales mexicanos?

En misiones como la que a mí me imponían las circunstancias no hay un instante de reposo; los mismos paseos sirven de ocasión para conocer gentes y para cambiar impresiones. Así ocurrió la plácida tarde en que recorrimos la bahía en la lujosa gasolinera de D. Vicente Balbas Capo, un veterano de la defensa hispánica y un caballero admirable, conocido mío por correspondencia y a través de nuestro querido Marchena, de la Sociedad Colombina, de Huelva. A la vista del San Juan moderno comentamos D. Vicente, uno de sus hijos, el Sr. Alegría y yo todos los antecedentes de aquella dominación que hoy pesa implacable sobre nosotros. Alegría me mostró folletos y documentos. La declaración, completamente contraria al derecho de gentes, de que los Estados Unidos se apoderaban de Puerto Rico, sin consulta de los habitantes de la isla; una nacionalidad nueva impuesta porque sí a gentes que no habían peleado en contra, sino más bien al lado del invasor norteamericano. Entre los documentos que vi, hay uno muy curioso, que demuestra lo antiguo del plan imperialista norteamericano. Una nota del Departamento de Estado de Wáshington oponiéndose al proyecto de Bolívar de venir a luchar por la independencia de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo, porque decía el Departamento yanqui desde entonces: «Conviene que estas islas queden sujetas a la influencia norteamericana.»

Uno o dos días después, almorzaba yo en mi hotel

cuando llegó Cerdeira a mostrarme una carta abierta que me dirigía el Encargado de Negocios de España con motivo de mi declaración relativa al suicidio de D. Alfonso. La carta, llena de retorcimientos, decía que le extrañaba al autor que yo atacase al rey Alfonso; pero que, en cambio, nada expusiese ni contra los americanos, ni contra el Gobierno de mi país. Molesto con tamaña majadería dije en seguida a Cerdeira: «Sírvase responder en su semanario que yo no discuto con lacayos», y agregué: «Pone usted mi firma debajo.»

Yo soy enemigo jurado de toda esa farsa ridícula que comúnmente acompaña a los duelos. Un buen manazo en plena cara suele bastar para el arreglo de ciertas cuestiones y en los casos graves se necesita de algo que no autoriza o por lo menos no exige el código; se necesita que uno de los dos adversarios o los dos queden en el campo sin vida; pero el duelo como se practica habitualmente, ¿cómo puede tomarlo en serio un hombre que se respeta? Bastante logré divertirme en cierta ocasión con las fugas y las planchas de uno de esos valientes de oficio, acostumbrados a toser entre los maricas y desvelados de la tertulia del café. Delante de mujercillas enloquecidas por la morfina se ufanan de lances en que dos pistolas rivales se disparan *sans résultat* o bien se gastan los aceros sin más consecuencia que el rasguño que pone fin a la pelea y abre paso al sainete de los saludos, las reverencias y los desplantes. El valor de tales sujetos es tan falso como sus amores, que nunca llegan a la novela, porque naufragan en el cieno de las aventuras que describe Bocacio. Y si no fuese porque son inútiles se parecerían a los espantapájaros que protegen en el campo los sembrados: un par de palos en cruz, un gran sombrero sin cabeza; en el lugar de la frente un mechón de mujer, flotante corbata de lazo y un par de mangas viejas; todo lo que visto a dis-

tancia asusta a los bobos, pero de cerca provoca unánime carcajada.

Ya se comprende que con esta experiencia no voy yo a hacer ensayos de perdonavidas; pero ante determinadas provocaciones no queda más remedio que afrontar el ridículo y acabó de decidirme la consideración de que en este mundo cobarde que teme y aplaude al canalla con éxito es menester que quienes, de algún modo, representamos las fuerzas de la rebelión y del cambio no siempre andemos presentando la otra mejilla al agravio. Mi declaración apareció publicada un sábado en la mañana y por la noche tuve conferencia. De suerte que aproveché la ocasión para indicar a los periodistas que estaba yo en espera y que prorrogaba las veinticuatro horas para reclamarme la ofensa, a todo el tiempo que permaneciera en la isla. Entré y salí a la reunión pública, tal como se anda en mi tierra, listo para el encuentro de esquina, y en el Hotel me estuve varios días pegado al teléfono. Yo celebro que el caso no haya tenido más repercusión que la de haber dividido en dos bandos a la colonia española: los que expresaron adhesión a su cónsul y los que me enviaron a mí público testimonio de aprobación; pero aquellos días del molesto incidente los pasé alerta y ardido.

Mi quinta conferencia resultó muy lucida. Entré con la furia reprimida de la cuestión pendiente, pero apenas franqueadas las puertas de la linda Biblioteca Carnegie, el ambiente que tanto amo me puso de buen humor. ¡Las veces que yo he encontrado refugio en estas Bibliotecas Carnegie de las ciudades yanquis, por donde tantos destierrros he arrastrado! Los mejores libros al alcance de la mano, sin trámites de empleomanía, sitios abrigados y sitios ventilados según la estación, trato afable todo el año y sillas anchas frente a grandes mesas y encima un silencio cordial. Aquella noche comencé hablando de un sueño mío del futuro en que los pueblos, en vez de

construir las catedrales de la antigüedad o los palacios de época posterior o los grandes hoteles de hospedaje y los bancos de la época moderna, dedicarán toda su riqueza y todo su genio a levantar Bibliotecas monumentales. Templos de la nueva Sofía, esplendorosos como la de Constantinopla y dedicados también a Dios, pero acondicionados para la lectura y la guarda de toda clase de libros, que son cada uno como oración que contiene alguna partícula del misterio sagrado. En esas futuras catedrales del libro se acogerán aun las obras ateas, aun las páginas obscenas, así como en las catedrales antiguas se pusieron a contribución diablos y monstruos, dentro de la confusión gloriosa que prepara y exalta el triunfo de la cruz. Sentí que arrancaba del aire los conceptos de mi exordio y que una especie de electricidad me ligaba con el público y con la capilla aquella de la religión del saber. Acto seguido leí los pliegos que corresponden a la Educación Pública. El acto se alargó demasiado; pero la gente lo siguió con el más vivo interés. Les agradezco que nadie saliera del salón, y aun que todavía después me interrogaban sobre los detalles de la magna obra esbozada en el indicado capítulo.

Los días que siguieron los pasé preparando el discurso de clausura de cursos de la Universidad, que es lo que aparece en este volumen como «Conflictos» y contestando cables a Santo Domingo. El Gobierno de aquel país hermano tuvo la bondad de invitarme para ir a dar unas conferencias, pero yo tenía compromisos con la Universidad de Columbia, precisamente para la semana intermedia entre el fin de mi curso en Puerto Rico y el comienzo del Instituto Mexicano de la Universidad de Chicago, para el cual estaba yo también comprometido. Los dominicanos, con mucha delicadeza, me hicieron ver que no perdería yo los honorarios de Nueva York, porque ya la Cámara dominicana había votado la suma de mil dólares

para pagar mis conferencias. (Dejo sentados estos detalles, que, por lo demás, fueron públicos, porque no ha faltado posteriormente quien insinúe, en la prensa de Santo Domingo, que mi viaje a la isla no fué desinteresado.) ¿De qué quieren estos señores críticos que viva el hombre que trabaja pensando y no vende su convicción? Los que esto lean en el futuro se sorprenderán del estado de los ánimos en el actual período de nuestro continente y se darán cuenta de la lucha sin tregua que es necesario mantener para no irse a poner a las órdenes del primer Gobierno que quiere pagar, caso en el cual ya se conquista con el nombramiento oficial el título de persona establecida y respetable. Pero los que andamos establecidos a la intemperie tenemos que disputar la existencia al instante y al viento, lo mismo que los relámpagos. Por fortuna, la mayoría de los hombres es noble y no sólo comprende, sino que adivina. Se padece sólo cuando salen de la nada lobos y jaurías que desgarran la ropa, aprovechando que la conciencia está distante y ausente y ocupada en sus asuntos. El viaje de Santo Domingo me dió ocasión, desde luego, de conocer a tan buenos amigos como los cónsules Ortiz Arseno, de San Juan, y Acebal, de Ponce, y de volver a mirar a amigos viejos como el gran Morillo, que vino expresamente a buscarme. Todos estos rápidos arreglos me robaban la atención necesaria para terminar mi sexta conferencia. La noche que leí en el Ateneo de Puerto Rico lo que aquí aparece con él título de «El Ideal», a la hora en que me puse en pie, me sentí casi desfallecido por el exceso de trabajo de las dos semanas anteriores. A tal punto que, en determinados instantes tuve el temor de tener que interrumpir la lectura, porque sentía como un vértigo, lo que no he padecido jamás. Pero al ir leyendo y dominado como estaba por el gran elogio que de mí había hecho el generoso amigo Astol, dominado por lo que leía y sensitivo a la atención profunda que

revelaba el público, sufrí una especie de deslumbramiento, que debe ser ni más ni menos lo que el mundo llama gloria. Me sentí envuelto en ráfagas de luz, como en aquellos días magníficos en que en México se inauguraban mis edificios o temblaba, en las arenas del Estadio nacional, la danza de los millares de parejas adiestradas en escuelas que improvisábamos como por milagro. La gloria es cara. Toda una vida de dolor por unos instantes de mareo. Y luego, ante la faz de lo Infinito, otra vez la sensación del grano de arena que rueda en el desierto. Por lo pronto, aquella noche Lloréns me declaró poeta. El cumplido me halaga por venir de él, pero no lo creo porque sé lo que soy. Yo soy como un músico que nació sin capacidad para la técnica y que no pudiendo escribir las melodías que le agitan las entrañas, los signos de revelación que de repente lo ciegan; no pudiendo expresar todo esto en su lenguaje propio, en el sonido sintético y denso que todavía no se deshonra con la significación particular, tiene que recurrir al lenguaje, que ya es el arte de las significaciones particulares y lo usa sin que le suenen las palabras, porque todo su ser está atento al ritmo que estruja y exalta la conciencia. Soy, pues, un músico que perdió su instrumento y se limita a tararear su son, obediente a misteriosa pauta y obligado a echar mano de todo este amontonamiento de vocablos que van llenando páginas.

Al día siguiente debí haber repetido en Ponce la conferencia relativa al «Hombre». Sin embargo, me dejaron esperando en el hotel y dejaron esperando al público. A última hora se dió la excusa de que no se había conseguido local. Todos comprendimos que se había querido evitar que se leyera en Ponce, que es el centro del nacionalismo, una doctrina que alienta las esperanzas de las razas de color. Luego que en Ponce se supo el pretexto, los masones se reunieron y me telegrafiaron ofreciéndome su propio local y además dinero; pero yo tenía de tal modo

comprometidas las fechas que, perdida una ocasión, ya no era posible repararla.

Me encomendaron el discurso en la distribución de premios de la Escuela Regional de Agricultura. La ceremonia se verificó en el teatro de Mayagüez, que estaba lleno de selecto público. Llevaba yo la impresión de los cultivos tropicales que acabábamos de recorrer y me ocurrió comparar el problema del trópico con la Walkyria Brunilda que duerme en espera del héroe que ha de disfrutarla; para conquistar el trópico hay que vencer el círculo de fuego. Y si lo que llamamos en América la latinidad ha de salvarse, no le queda otro recurso que aprestarse al asalto del círculo de las llamas. Los hombres de ciencia de los Estados Unidos estudian con celo infatigable la manera de domeñar en el trópico las plagas, de destruir el mosquito, la refrigeración económica, todo lo que es necesario para vencer el calor. El yanqui no duerme, y, en cambio, nosotros renegamos de las incomodidades de la tierra caliente y vendemos nuestro patrimonio, para ir a Europa a presumir de que por ser blancos no hemos podido soportar el clima cálido.

Los yanquis en Puerto Rico

Donde mejor se aprecia la obra americana en Puerto Rico es paseando en auto por esas carreteras magníficas que se abren paso entre montes y bosques o trepan por las colinas a lo largo de la costa, como en el bellísimo tramo de Aguadilla a Mayagüez. La isla entera es un parque; pero las clases humildes lo pasan mal, porque hay un exceso de población y los salarios son míseros. O quizás sea mejor decir francamente que los salarios son míseros porque hay un exceso de población. Al entrar por los ingenios, observando al disimulo se pueden ver los cuerpos

comidos por la miseria, de una infinidad de obreros que ganan un mísero jornal. Es cierto que por todas partes hay buenas escuelas, pero en su mayoría sólo han contribuído a hacer más numerosa la clase de los parias intelectuales, la multitud de los que saben leer y escribir, pero no tienen oficio ni capacidad o posibilidad de producción. Los educadores yanquis han visto ya este peligro y comienzan a hacer esfuerzos para difundir la enseñanza de pequeños oficios e industrias; pero mientras esto se hace en pequeña escala, las grandes empresas capitalistas resuelven el problema de la isla extrayendo brazos que se llevan a California para hacer competencia a los trabajadores de allá. El círculo vicioso maldito de toda la tierra se ve en el campo, se ve en los barrios pobres de las ciudades, en Puerto Rico como en todas partes. Mucha gente, poco pan y una organización social estúpida y cruel y por encima el barniz de los caminos y las escuelas; pero siquiera hay el barniz. Y hay también el empeño sincero y decidido de los funcionarios de educación y de higiene y de agricultura por mejorar cada vez más las condiciones sociales. Debe decirse, en elogio de los americanos, que no han impuesto en gran escala a sus empleados; la mayoría de los funcionarios de la isla son portorriqueños. Tampoco se han cometido allá las crueldades inauditas que marcan, por ejemplo, la ocupación de Santo Domingo. Se debe sin duda esa blandura a que los portorriqueños no han podido oponer una resistencia violenta. Sin embargo, como caso de resistencia pasiva a la penetración de una cultura extraña, Puerto Rico puede servir de muestra. El norteamericano casi nunca se queda en la isla, no coloniza, es ave de paso; compra la tierra e instala el ingenio, pero se va a administrarlos desde Nueva York. Se diría que el clima lo expulsa. De esta suerte ni desalojan a la población nativa, ni se mezclan con ella, y, por lo mismo, no consolidan su conquista.

No se puede negar que la ocupación norteamericana ha estimulado el progreso material de la isla. Todas las obras públicas, que son numerosas y bellas, se han hecho con dinero portorriqueño, pero al menos el yanqui no ha descontado comisión apreciable. En realidad Puerto Rico no le produce nada al Gobierno norteamericano. Determinados *trusts* sacan de allá beneficios, pero lo mismo podría reportarlos el capital americano si Puerto Rico fuese independiente. De suerte que no se advierten las ventajas materiales que los Estados Unidos pudieran obtener de su ilegítima ocupación de la isla y sí, en cambio, es un mundo de malas voluntades el que mantienen vivo por toda la América, por solo el hecho del atentado que significa la dominación de un millón de hombres por un enorme país que se dice democrático y libre. Estoy seguro de que si no lo estorbasen los *trusts* que explotan la isla, el Congreso americano votaría la libertad de Puerto Rico. El premio de este acto generoso, acompañado de la liberación de Filipinas y de Panamá, sería la amistad sincera y resuelta de toda la América latina. Parece mentira que valga tan poco para los Estados Unidos esta amistad de ochenta millones de hombres, que no se deciden a conquistarla por medio de dos o tres actos de justicia que restablecerían el prestigio de las instituciones americanas en el mundo. La concordia verdadera, que reinó en el continente al principio de nuestra emancipación, cuando todos nuestros liberales se dirigían a los Estados Unidos en busca de enseñanza y consejo, se restablecería en un instante, con gran ventaja para las dos Américas. El problema del Pacífico quedaría asegurado con esta alianza de las dos razas cristianas del Nuevo Mundo y todas las energías comunes podrían entonces emplearse en el desarrollo de los vastos recursos americanos.

No creo que los yanquis se vayan mañana de Puerto Rico, ni que se irán dentro de diez años; pero sí estoy

seguro de que acabarán por irse, convencidos de que la fuerza nunca logra suplantar una cultura.

Mientras tanto, los portorriqueños tendrán que apurar su calvario; en todos ellos encontré patriotismo ardiente, En los puestos administrativos hay funcionarios capaces, honestos y perfectamente enterados del mundo. Muy raros son y muy señalados los que en realidad se muestran conformes con la situación de la isla. Se les conoce a estos últimos en la manera de pronunciar el castellano, y da pena oirlos; pero son muy pocos y no están respaldados por la nueva generación, que, al contrario, sufre de fiebre nacionalista y patriótica.

La mayoría de los mismos que colaboran con el Gobierno de Norte América lo hacen con el propósito de conquistar poder y puestos que de otra manera estarían en manos de norteamericanos de habla inglesa. Siguen el sistema filipino, que tan eficaz resulta para los pueblos que no pueden hacer la guerra. Por ejemplo, yo censuré el empeño de cierto grupo político para hacer de Puerto Rico un Estado de la Unión americana. Yo decia: «Entrar en la Unión equivale a consolidar la conquista. Mejor es mantenerse como colonia inconforme.» Sin embargo, según tuvo la bondad de explicármelo un prominente *líder* en quien todos reconocen honestidad, si Puerto Rico obtiene los derechos de un Estado de la Unión, en seguida elegirá como gobernador a un portorriqueño, en vez de tener que esperarlo de Wáshington, y ese gobernador autónomo puede reemplazar a los comisionados de Hacienda y de Instrucción pública, que hoy son nombrados por el Gobierno de Wáshington. Entonces con los comisionados portorriqueños, determinados problemas clamorosos, como el del castellano en las escuelas, podrán resolverse en casa y conforme a las exigencias de la opinión portorriqueña.

Casi todos los portorriqueños hablan buen inglés y,

sin embargo, el castellano se conserva puro en la isla. Se construyen muchos edificios y se adopta en ellos la buena plomería norteamericana y los servicios de sanidad, pero las fachadas, los patios, las arquerías, todo recuerda la arquitectura española. En resumen, después de veinticinco años de dominación extraña, Puerto Rico sigue siendo español; acaso es más español ahora, que España está representada allá por su sangre y su cultura, que cuando la representaba el militarismo de los capitanes generales o la insolencia clownesca de la Monarquía.

La partida

Mi último discurso fué dicho el día mismo de mi salida en la fiesta de clausura de cursos y reparto de grados. Leí lo que aparece bajo el título «Conflictos», lo que escucharon estoicamente los yanquis, del gobernador abajo. Yo vestía una túnica negra que me prestaron para que pudiera recibir la toga; mis maletas estaban afuera en un auto y mi espíritu se había ya marchado, antes que mis cosas. Me costaba trabajo poner atención a la ceremonia, necesariamente prolongada. Sentía mi vida como un reloj que se adelanta, siempre un poco más allá del presente y se queda sola a fuerza de llegar siempre antes. Ya casi no miraba lo que ocurría a mi alrededor, a causa de que todo mi pensamiento estaba ya en la travesía en mi programa de Santo Domingo, en Santo Domingo. Sólo medio desperté a la realidad cuando oí pronunciar las palabras del grado que me conferían de Doctor en Letras; porque, decían. «Su mente por vasta y su corazón por grande, no caben dentro de los límites de una sola nación, ni siquiera de un continente y porque en sus escritos, la verdad tenazmente defendida se expresa en forma elevada y bella.» Miré a Benner con reconocimiento y me sentí conmovido

por la mención de esa Amada a la que tanto cuesta seguir: la Verdad. Hay instantes en que sólo oír su nombre saca lágrimas, así como en los días de la juventud cierto nombre de mujer también nos hacía llorar. Por unos instantes, mientras sonaba la música dentro del teatro engalanado de mujeres y de flores y de una juventud pujante, me deje llevar de la voluptuosidad de la emoción. Aquello fué un breve reposo en la dicha, una manera de volver a coger el tono de la alegría. ¡Lavada toda amargura, volver de nuevo a la acción con alma limpia y pecho entero!

Ya desde un extremo del teatro me hacían señas de que procurara apresurar la partida; momentos después cruzábamos en el auto las calles alegres de Santurce y otra vez por las carreteras de hermosas vistas, en compañía del Cónsul Ortiz Arseno, de Acosta Velarde y de Cerdeira y Galaz atravesamos la isla para recoger a los amigos de Ponce y llegar a tomar el barco a la Guanica.

Con pena vi que se perdían en la bruma de la distancia las siluetas de los nobles amigos que me acompañaron en las peripecias de mis viente días de Puerto Rico; eran de los que saben estar en el riesgo y la derrota lo mismo que en el triunfo. Tan pocos son así que duele separarse de los que lo son.

El barco se movía mucho, pero caminaba bien, si por caminar bien debe entenderse ir de prisa. En un viaje no puede haber mas que una incomodidad: ir despacio; y allí, en aquel armatoste de hierro sin pintar, iba yo contento porque sabía que, a la mañana siguiente, estaría otra vez en tierra. Salimos de la bahía remolcando un hermoso velero pesado que llevaba carga para Nueva Orleáns. Cerca de una hora cabeceó detrás de nuestra popa, encima de un oleaje que las sombras nocturnas iban tornando lechoso oscuro, dentro de su rumor implacable. ¡Cuánta majestad en el ritmo de aquella barcaza de le-

yenda, todavía tan parecida a aquellas antiguas que ayudaron a crear toda una época de la historia! El velero, romántico vehículo, ¿quien no ha soñado manejar uno, libre y atrevido por todos los mares?

No siendo el nuestro un barco de pasajeros no había comedor, pero el capitán tuvo la galantería de invitarme a cenar a su camarote. Me excusé porque me era necesario aliviar mi excesiva fatiga con un ayuno completo. A pesar del ayuno, dormí mal en el camastro ardiente, semisoñe y dormité. A la seis de la mañana, desde el puente, comenzó a divisarse la costa dominicana.

Santo Domingo.

El barco atracó en el muelle de la Romana. Una entrada bien protegida, costas ligeramente elevadas, campo verde, palmeras y casas de madera, colores vivos, automóviles, buenos pavimentos, gente con vestidos ligeros y muy aseada. En fin, todas las señales de una población improvisada y próspera. En tierra había una banda de música y grupos de comisionados y particulares: Rostros blancos y rostros negros en una grata confusión que hace olvidar totalmente lo que en otros sitios es un amargo problema. Imposible escapar a los discursos. Piso tierra y estalla la música en seguida: una bienvenida en nombre del Ayuntamiento local; después, presentación de comisionados del Gobierno y de Sociedades particulares; luego, los amigos individuales: Deambrosis el uruguayo, que andaba por allí de paso; el poeta Sanabria, que me entrega un libro. Inmediatamente después, en la mesa del primer banquete a las ocho de la mañana, entre las copas de champaña que se vuelven a llenar constantemente, toda una serie de discursos y lo raro es que todos son buenos, porque son cordiales y van al fondo. Todo el mundo comprende los problemas vitales de la raza y la necesidad de

sacudir la indiferencia para emprender la marcha unida hacia adelante. El almuerzo se prolongó con exceso; pero, al fin, tomamos un motor de rieles para llegar hasta el pueblo, en donde nos esperaban los automóviles. Atravesamos los plantíos de caña. Después, ya en los autos, comenzamos a correr por buenas calzadas, al costado de la maleza tropical... Las aldeas del trayecto son muy limpias y tienen crecida la yerba en las calles entre el empedrado, como en Tuxpepec y en Veracruz. En cada pueblo nos recibía el Ayuntamiento y formaba la escuela con sus niños vestidos de limpio. No sé si después de una o de dos horas de camino llegamos a San Pedro de Macoris, la ciudad floreciente, toda nueva y orgullosa en medio de sus ricos campos azucareros. En Macoris, después de las recepciones en el Ayuntamiento, nos detuvimos para la comida de mediodía. Alrededor de una larga mesa se sentaron poco más de cien personas. Hubo buenos manjares, conversaciones animadas y discursos. Cuando me tocó responder aproveché la circunstancia de que estaba a la mesa un representante de la colonia portorriqueña de Macoris para comenzar a cumplir mi promesa a los nacionalistas de la isla conquistada. «Me siento muy feliz—les dije—en la patria dominicana; pero traigo todavía en el corazón la espina de Puerto Rico y brindo por los hombres que allá luchan por la independencia.» Los portorriqueños se sintieron enternecidos, hubo más discursos, y como la espera se prolongaba comencé a advertir una inquietud un poco extraña en todos los que estaban cerca de mí. Yo había hecho alguna indicación de mi deseo de levantarme, pero me suplicaron que aguardara. De repente llegó un mensajero con un telegrama. Morillo lo leyó para sí y luego exclamó: «Estrella Ureña nos aguardará en el puente.» Hubo entonces gritos de entusiasmo y aplausos y alguien me dijo: «Es usted huésped oficial de la nación dominicana. Estábamos dispues-

tos a declararle huésped del pueblo dominicano en caso de que el Gobierno hubiese resuelto retirar su representación en los festejos.» Aquello me sorprendió un poco, porque yo había recibido en Puerto Rico una copia del decreto de la Legislatura que me declaraba huésped de honor de la nación. Pero la explicación se me dió en seguida, y yo la repito, seguro de no violar la confianza de mis amigos, puesto que todo el relato salió después en un diario dominicano.

Sucedió que el programa de festejos organizados para mi estancia en la isla resultó tan animado y magnífico, que alguien, comentándolo en la Embajada norteamericana, dijo: ¿Qué, no les parece excesivo todo esto que se va a hacer con Vasconcelos, que no es amigo ni del Gobierno americano, ni del actual Gobierno de México?» Entonces, alguien del Ministerio de Relaciones de Santo Domingo creyó ver en aquellas palabras una censura, y en seguida se comenzó a discutir en un pequeño grupo oficial la conveniencia de que el Gobierno se abstuviera de enviar representación a las fiestas y ceremonias ya acordadas. El Ministro de Educación pública, que oficialmente me había invitado, no hubiera podido entonces recibirme de una manera formal y quizás hubiera tenido que hacerse el enfermo. Pero el Ministro se llamaba Rafael Estrella Ureña, que es todo un hombre, y estuvo resuelto a presentar su renuncia en caso de que se le hubiese indicado que no se presentara a recibirme. La oposición y la masa de la gente dijo también: «Si el Gobierno se niega a recibir a nuestro invitado, le recibiremos nosotros, como huésped del pueblo dominicano.» Y los enemigos del empréstito yanqui, que son toda la isla, se habían forjado ya un plan para convertir mi visita en una campaña contra el empréstito, para lo cual hubiéramos recorrido el país, pueblo por pueblo, combatiendo el proyecto de aceptar más dinero de los banqueros ameri-

canos. Por fortuna, el Presidente Vásquez obró con muy buen juicio, y, lejos de aceptar la renuncia de Ureña, se presentó él mismo a mi primera conferencia y después me recibió en su Palacio. Y precisamente esta noticia de la actitud del Gobierno era la que habíamos estado esperando en la larga sobremesa de Macoris. Morillo, que es hombre de pelea, fué el único que dijo: «¡Qué lástima! ¡Hubiéramos hecho tan brillante campaña antigobiernista si se deciden a no recibirle a usted oficialmente!» Creo que muchos pensaron lo mismo, porque no obstante que el Gobierno es respetado y querido, en vista de que es honrado y ha dejado mucha libertad, había en aquellos días una profunda desconfianza y verdadera alarma de que fuera a ser aceptado un empréstito que, como todos los de su género, sólo contribuyen a enriquecer a unos cuantos comisionados y a poner un nuevo remache en la cadena que nos liga con el imperialismo yanqui.

Por de pronto, la resolución de mantener íntegro el programa de mis festejos representaba un triunfo de la opinión independiente; así que la noticia se propagó en la ciudad y vino mucha gente a despedirnos. Con una comitiva engrosada con más de media docena de autos, tomamos el camino de la capital. Ibamos tragando leguas porque la entrada convenía hacerla todavía con luz, para que no se desluciera. Cada auto pitaba y pasaba rozando los otros y se adelantaba o retrocedía. Por ambos lados, la selva nos anegaba de fragancia. En un rincón del camino, frente a una venta, nos juntamos todos para beber esa clara cerveza alemana tan apetecible en los climas cálidos. Las botellas pasaban a las manos y se empinaban sobre las bocas; se brindaba, se cantaba, se reía y los vivas y los gritos desahogaban el entusiasmo. Creo que hasta hubo algunos disparos al aire, lo que acabó de dar aire mexicano a la escena. Parecíamos una partida victoriosa, en los días de nuestra revolución.

Será para mí inolvidable, y para todos resultó imponente, la vista de aquella multitud alineada desde la mitad del puente sobre el Osana hasta las calles de la ciudad de Santo Domingo. Todos los trajes, todas las estaturas, niños, mujeres, hombres, estandartes, banderolas, ramos de flores. A la cabeza de todos, Estrella Ureña triunfante. Abrazos y discursos de bienvenida. Con dificultad nos abríamos paso a pie, estrechando por acá una mano, sonriendo más allá a los grupos, descubiertas las cabezas y marchando en columna hacia la plaza principal. En la plaza, desde el balcón del hotel, que estaba decorado con la bandera mexicana, revistamos otra vez la manifestación. En seguida habló Estrella Ureña, con su fuerte gesto de cautivador de multitudes, y hablé yo, esforzando mi pobre voz de filósofo metido a caudillo. La gente se derramaba llenando casi la plaza y como estaba alegre todo lo acogía con beneplácito.

La primera conferencia, presidida por el Presidente de la República, se verificó en el Teatro Municipal, por la noche. La presentación la hizo con un gran discurso don Federico Henríquez y Carvajal. El noble veterano de la intelectualidad y de la decencia de América nos puso cátedra de elocuencia elevada y de improvisación galana y varonil. A medida que hablaba se fué conmoviendo, y se puso a recordar esos lazos de afecto que a él y a su familia los ligan con tantas gentes de nuestra gran patria común. El corazón se le ensanchó tanto que me hizo sentir que era el propio corazón de Santo Domingo el que me hablaba y me recordaba el dolor y el heroísmo de aquellos hermanos nuestros y el calvario de una injusta ocupación extranjera. Después en una invocación ardiente y fraternal o, más bien dicho, paternal, me ofrendó la hospitalidad de la patria dominicana. Y no se limitó a ofrendar albergue como se ofrenda al extranjero, como se corteja al que va de paso, sino tal y como él lo dijo para que yo

hiciese allí mi hogar, para que yo no me fuera, para que yo me quedara en Santo Domingo. Don Federico hablaba y crecía de estatura. Hubo un instante en que su voz sonó apagada, entrecortada por la noble opresión de un llanto que va a estallar. La gran emoción que temblaba en todo el teatro se resolvió felizmente en el abrazo del orador y del huésped.

Me correspondía hablar en seguida. Pronto se calmaron los aplausos y se hizo aquel silencio angustioso de la expectación de una multitud. Pasé la vista por el teatro, que por algunos rincones amenazaba venirse abajo: tanta era la carga humana que soportaban. Un poco más de cuatro mil personas llenaba el recinto, cuatro mil conciencias ávidas de escuchar un mensaje que levantase los ánimos de toda una raza que se siente en riesgo. Mi emoción era parecida a la que debe sentir el torero, cuando va a encontrarse con una fiera nueva, después de que otro matador ha consumado una faena esplendorosa. Habréis observado que en semejantes casos cierta calma es un signo de maestría. El querer lanzarse desde luego a intentar lances de mucho aparato es propio de atolondrados o de novicios. La experiencia nos enseña que la fortuna es una amante infiel a la que es peligroso forzar, en tanto que se da sin reservas a la indiferencia o a la sorpresa de un instante milagroso. Yo sabía mi incapacidad para aprovechar de lleno aquellas circunstancias. Sin embargo, avancé confiado papel en mano. Iba seguro de que mi bagaje literario, como el toreo de emoción de ciertos diestros, no dejaría de despertar, en un momento dado, la sacudida dramática que nace de apoderarse de la verdad. Después de un breve y cordial exordio, expliqué mi propósito. Expuse que no pudiendo dar más que una o dos conferencias en la capital, me había parecido indispensable elegir, de entre mis temas, la historia de los cuatro años de epopeya en que México trató de vencer la igno-

rancia. Leí varias páginas del capítulo sobre «Educación pública». Frecuentemente interrumpía la lectura para aclararla con el comentario. Más de una hora hablé de esta suerte, y quizás por causa del asunto creo que logré interesar y retener la atención. Mi lectura iba despertando la esperanza en los corazones. Después, el público parecía pedir más. Muchas personas me hacían preguntas y me pedían ampliaciones. Salió de allí un proyecto, que patrocinaron poetas y artistas jóvenes, para organizar por toda la isla el canto popular y las danzas al aire libre.

La segunda conferencia se dió al día siguiente en San Pedro de Macoris, con teatro lleno y con el tema de «La Raza», capítulo «El Hombre». País de sangre tan mezclada tenía que acoger con interés tal lectura. Además, el público estaba preparado para discutirlo porque un diario local había estado publicando capítulos de mi libro *La Raza Cósmica* y comentarios. No exagero cuando digo que en determinados sitios donde abunda la gente de color se me recibía como a una especie de Mesías. Ya los misioneros, de acuerdo con la doctrina de la Iglesia Católica, se han cansado de repetir que todas las razas son iguales y herederas del reino celeste; pero no es muy viejo ni está usado eso de que se venga a decir lo mismo, en términos de aparato científico y con los argumentos de esa misma ciencia que ha estado justificando la desigualdad y la discordia. El interés más franco lo advertí en las caras de los negros, que ellos no andan, como suele hacerlo el mulato, procurando disimular una situación inaplazable, ni renegando de un color que quizás hace cinco mil años, en el período anterior a los atlantes, era la aristocracia de la tierra. El blanco andaba entonces como rata albina, escondido en madrigueras o cobijado por los árboles.

Mi domingo de la capital dominicana es sin duda el más atareado de mi vida y también el más dichoso. Temprano salí con mi viejo amigo Enrique Apolinar Henrí-

quez a ver ruinas de fortalezas y parques y el hermoso mar batiente de aquella costa escarpada. De paso nos deteníamos en las huertas para comer fruta. Me traían por allí como a un príncipe regalón y caprichoso. De la casa de don Federico me mandaban frutas y golosinas; los ramos de flores llegaban a diario llenando mis habitaciones; en el hotel preparaban los mejores platos; una familia de artistas nos dió un banquete criollo; cien cosas en sólo dos o tres días de la capital. Desde un despacho ministerial dije que me gustaba una casa que se veía sobre una colina, del otro lado del río, y me contestaron que se me daría una casa semejante si me quedaba a trabajar en Santo Domingo. Fuí por las afueras y me gustó un campo, y entonces Enrique Apolinar me dijo: «Mi padre tiene una tierra muy extensa por esos mismos sitios y le daremos a usted un huerto si se queda.» Y lo que es más: me hizo la galantería de comparar mi caso con el de Hostos, que, siendo portorriqueño, en Santo Domingo halló patria y conserva culto. Pasamos unos minutos reverentes en la tumba de Hostos. Muy cerca de las once nos presentamos en la Casa de España, donde tenía yo que leer una conferencia.

Allí también había habido su incidente, pues sucedió que mi malqueriente aquel de Puerto Rico escribió diciendo que borraran del programa el acto señalado en el Club Español, porque yo acababa de insultar al Rey. La colonia española de Santo Domingo discutió la situación y por abrumadora mayoría decidió que yo hablaría a pesar de todo, como estaba anunciado. Y no eso sólo, sino que el presidente del Centro, al presentarme, hizo público todo lo ocurrido y me ofreció la tribuna, diciendo que allí había libertad para hablar. Agregó que España era demasiado grande para temer la palabra enemiga y que mucho menos podía temerse lo que quisiese decir uno que llevaba sangre española en sus venas.

Referí entonces que, estando en Madrid, yo había señalado la causa por la cual es legítimo hablar mal de la patria, si es necesario, y eso a pesar de que debamos amar a la patria como a una madre. «La diferencia es esta—repetí—: a la madre no la hacemos nosotros, ni podemos cambiarla. No nos queda mas que venerarla, en tanto que la patria es obra nuestra y es nuestro deber hacerla mejor. Y así, mientras más la amemos, con mayor exigencia hemos de forzarla a que no sea como es, sino como la obliga a ser nuestro ideal.» Leí en seguida la conferencia sobre «El Pensamiento iberoamericano». Permítaseme decir que salí de allí con una impresión intensa; me parecía que se había desgarrado un velo y que detrás había aparecido la luz.

Después de gozar unos instantes con esa cálida hospitalidad española, que ninguna raza supera, pasamos a tomar más champaña, al Club o Centro Social de Santo Domingo. Allí hubo uno que otro discurso bueno y música y charla con damas de un refinamiento perfecto y pena de que la ocasión no pudiera prolongarse un poco más, porque era cerca de la una y los autos nos aguardaban.

Entonces comenzó la más maravillosa de las excursiones. Ibamos Estrella Ureña, que nos encabezaba, y Prat Ramírez, el poeta; Morillo, Tolentino y varios más. Nos acompañó también el general mexicano Guadalupe Sánchez, establecido en la isla después de que el actual Gobierno de Cuba lo expulsó de allá de la manera más servil, confesando que cumplía las órdenes de la policía mexicana. En Santo Domingo, en cambio, halló una hospitalidad ruidosa, no porque se tengan simpatías en tal o cual sentido por lo que hace a la política mexicana, sino porque se trataba de un refugiado.

Hicimos que los autos fueran despacio, a fin de gozar el panorama admirable de la carretera que asciende entre

los bosques. Las primeras horas fueron calurosas. Hicimos un alto para tomar algún alimento y a eso de las tres comenzamos a viajar por la meseta y el valle de La Vega. En una de las primeras aldeas que tocamos estaban formadas las escuelas frente a su edificio. El Ayuntamiento nos dió la bienvenida y el maestro dijo un discurso. En casi todos estos discursos se citaban frases de algún libro, de algún párrafo mío; lo que prueba que nuestros pueblos leen más de lo que parece y que además somos tan pocos en América los que escribimos que no se pierde ni una línea. A veces frases y discursos que uno tiene olvidados, los oye recitar con curiosidad, como diciendo: «Yo he oído eso antes.» La cosa me ha pasado a menudo y la impresión se explica porque uno vive para lo que va a hacer, no para lo que ya hizo.

Todo aquel valle es como un parque decorado en derredor con la vista distante de las montañas: intensa fragancia en un ambiente diáfano. Los poblados relucen, la gente va vestida de limpio y los que salían a recibirnos dejaban en nuestros autos ramos de flores. En todos estos sitios se advierten los resultados de una buena educación literaria. Los niños recitan bien; los hombres hablan con despejo; y las mujeres saben de memoria tiradas enteras de versos. Las Antillas están bajo la advocación de Orfeo: en todo dominicano hay escondido un poeta. La escuela primaria también ha hecho notables progresos en los últimos años: todos los pueblos poseen edificio escolar y maestro. El problema de la pobreza se podía aliviar con un generoso resurgimiento de la pequeña industria agrícola, cosa muy fácil de hacer allá, si se parte de la base de la buena preparación literaria que existe.

La recepción que se nos hizo a la entrada de La Vega fué conmovedora. La población se asienta engreída de su espléndida belleza natural. Por una especie de ley geográfica, en esta región alta, que es la más fría

de la isla, predomina la raza blanca y se encuentra a menudo el tipo hermosísimo de la criolla iberoamericana. Por otra parte, como en todo país de raza mezclada, se encuentran allí todos los tipos, desde el muy voluptuoso de ojazos negros y cintura flexible, hasta la rubia un poco tostada, pero de silueta ondulante y fina. Acaso la costumbre de llevar ropas ligeras da a toda la gente del trópico esa soltura que en el Norte se llama elegancia y es patrimonio de los pocos que se han criado en salones. En la tierra caliente esa suerte de elegancia es un don popular. Sólo en Sevilla y en algunas ciudades de Italia se ve, como en el trópico, esa facilidad natural de moverse que es como la armonía de la persona con su exterior.

La Vega se veía magnífica en medio de aquel valle florido, con sus casas nuevas y sus calles limpias y la ancha plaza llena de gente endomingada. Los niños formaban militarmente; grupos de niñas vestidas de blanco aportaban ramos de flores. A pie recorrimos la doble fila de manifestantes. Desde un balcón, un joven melenudo y elocuente nos deseó la bienvenida. Sus palabras producían centelleos en la claridad de la tarde. Después de cambiar saludos y de prometer que volveríamos esa misma noche, seguimos para Santiago de los Caballeros.

La recepción en Santiago fué sonada y rivalizó o acaso superó a la de Santo Domingo. La ciudad está en un lindo sitio, al abrigo de las montañas, en un extremo del valle, entre jardines y bosques. Su caserío animado encanta la vista y provoca la imaginación.. Desde varios kilómetros antes comenzaron a llegar por el camino los autos que venían a encontrarnos. En uno de ellos pasaron dos jóvenes damas tan hermosas que parecía que no podrían detenerse por causa de ningún mortal. Sin embargo, el milagro había comenzado, porque, justamente momentos después, fuí trasladado a aquel coche, mientras señoras de otro auto me hacían entrega de

un soberbio ramo de flores, obsequio del «Club de Señoras» de la ciudad. Mi cambio de colocación fué tan inesperado y deslumbrante que me quedé como intimidado y no hallaba de qué conversar: no más me hacía ojos para ver hacia fuera la gran campiña florecida, por donde ya se sentía pasar el hálito de una ciudad que está de fiesta, y por dentro, la claridad de los trajes femeninos y la presencia fascinante de aquellas jóvenes que parecían haber descendido hasta la carretera en el oro mismo de las nubes que caían hacia el Poniente. A medida que avanzábamos, la comitiva engrosaba con los que venían en sentido opuesto y se sumaban. Sólo por el número de autos que iba llegando se advertía que nos acercábamos a un lugar donde hay prosperidad. En seguida de los autos fueron apareciendo los coches de caballos, vistosamente enjaezados. Donde comienza la ciudad hicimos alto y descendimos de los coches para cruzar a pie por entre una doble columna de gente y poco a poco se organizó el desfile. El Ministro Estrella Ureña, que allí es ídolo, y yo íbamos por delante, escoltados por las alumnas de un Colegio particular. Una niña extraordinariamente linda vestía de bandera dominicana; otra, también muy bella, se envolvía en bandera mexicana, que aun conservo. Detrás formaban las escuelas y las Agrupaciones obreras, las músicas, los particulares en sus coches y toda clase de gente. La gruesa y larga procesión se veía pintoresca por el gran número de banderas que sobre las cabezas ondeaban. Marchamos lentamente por la Avenida principal y así que nos internamos en la población vimos que las ventanas y los balcones estaban llenos de gente que esperaba nuestro paso, arrojaba flores y aplaudía. Avanzamos despacio, soboreando el encanto de aquel atardecer perfumado de flores y de cariño de almas. Pisábamos como se pisa en los sueños, sin mucha seguridad, porque nunca hay que fiarse de la dicha, pero entregados a la

embriaguez deliciosa de las aclamaciones. Pasábamos por lo que se veía que era la calle principal, y la dulce niña que caminaba a nuestro lado dijo: «Ahora todo el comercio está cerrado, porque es domingo; pero si viera usted esta calle en día ordinario...» Y le brillaban los lindos ojos, a la vez que en su acento se revelaba una convicción pueril y sincera, como la del neoyorquino que habla de su Quinta Avenida o la del parisiense que recuerda su carcomido Bulevar. Pues nadie escapa a la pequeñez de vivir para un corto espacio; pero la verdad es que a mí también me pareció hermosa la pobre avenida provinciana.

De pronto la calle se abre hacia la izquierda y entramos en una extensa plaza, donde hay gente que aplaude y observa. En la esquina de enfrente vemos la casa del Ayuntamiento. Toda la cabeza de la comitiva sube hasta la sala del Cabildo. Allí me entregan pliegos, banderas, y soy declarado ciudadano de Santiago de los Caballeros. Miro en derredor y tengo miedo de alargar la mano para tocar los objetos, porque me parece que no hallaré resistencia y entonces todo se desvanecerá como un sueño. Adivino que Prat Ramírez revela en el rostro un sentimiento semejante. La luz, los sonidos y las presencias humanas nos embriagan. Cuando me tocó hablar les dije que todo aquello que ocurría era sin duda un premio que a mí me ofrendaba la fortuna por haber leído tantos libros de magia, pues sólo así podía explicarse que un pobre escritor, refugiado desde hacía tiempo en los rincones de las grandes ciudades del mundo; un idealista vencido en su patria, expulsado de no pocos sitios, se viera de pronto caminando en triunfo por el centro de una bella ciudad, rodeado de niños, atendido de damas y acompañado de hombres. «Gracias—les dije—porque me habéis hecho vivir un cuento de hadas. Desde hoy tendré que agregar una página a mi edición de las mil y una noches.»

Afuera, en la plaza, esperaba el público. Salimos al balcón y Estrella me presentó con un buen discurso. Yo agregué unas palabras. Las Comisiones empezaron a despedirse y lentamente se disolvieron los grupos...

Imaginad que después de un día de emoción y de fatiga llegáis al oscurecer a una casa espaciosa y albeante, y que allí encontráis todas las comodidades apetecibles y un caballero muy culto que os hace los honores con discreción y cordialidad. Pues esto es lo que hizo para con nosotros el señor Oquet, Cónsul honorario de México, que además izó nuestra bandera durante los días de mi permanencia en su hogar.

Cuando entré en la habitación que me señalaron para cambiar de ropa y ponernos el *smoking* (que es más necesario en aquellos sitios que en muchas ciudades muy grandes), yo veía la cama, muy ancha y bien tendida, y hubiera querido quedarme acostado ya para toda la noche. Algo de esto sin duda adivinó mi anfitrión, pues para reanimarnos hizo traer una gran bandeja de plata con una docena de riquísimos *coktails* helados y en otro servicio unos panecillos con *foie gras* y magníficos tabacos, de los que él hace comercio en Francia. Llegaron algunos amigos y antes de las ocho ya estábamos sentados a una mesa que con decir que el señor Oquet es un caballero francés que se da buena vida ya se supone lo que comimos y la calidad de lo que bebimos. Con la nueva vida del vino y la conversación nos dirigimos sin tardanza a una recepción que nos estaba preparada en un Centro social, frente a la plaza. Un salón muy extenso y bien ajuareado, lleno de damas y caballeros. Algunos discursos, unos números de canto y a marcharnos para pasar unos instantes en el Club de enfrente, donde estaba preparado un baile.

Cuando entramos en la gran sala de este otro Club, que según parece es el de la gente joven, las cosas tenían un aspecto de lo más prometedor. Todos convenían después

en que había sido un error no variar el programa, de modo que no hubiésemos perdido la ocasión de aquel festín de danza y juventud. Las dos hadas de la tarde estaban allí, envueltas en claridad, pero no pudimos quedarnos nosotros. Nos fuimos, a pesar nuestro, y no fué más, ja más, la visión aquella en nuestros ojos. De la población de La Vega avisaron por teléfono que nos aguardaba un teatro lleno, y sólo el trayecto en auto era de más de una hora.

Como niños casi llorosos porque se les ha quitado de las manos un caramelo, así nos fuimos de aquella fiesta. Perdimos de vista las luces de la plaza. Precedidos de los ojos luminosos de los fanales del auto, penetramos en la sombra de la selva. En todo pensaba menos en juntar algunas ideas para el discurso próximo. La melancolía de la noche, el vino y tanta emoción confusa y una especie de súbita desgarradura interna, no sé qué confuso delirio nos contagió a todos, porque después recordábamos habernos oído decir un sinfín de disparates. Y si no es por la fuerte voluntad de Estrella Ureña, que nos dirigía, nos hubiéramos pasado aquella noche discurriendo largamente por la soledad.

Sólo cuando entré en la sala del teatro de La Vega y la vi llena de un público bien puesto, que me dijeron llevaba dos horas de esperarnos, volví a la noción de mi responsabilidad y a la vez me sentí aterrado. Aterrado de pensar lo poco que podía ofrecer a cambio de aquella generosa espera. El señor Tolentino dijo un buen discurso de presentación. A mí se me enredaron mis cuartillas y tuve que decidirme a hablar sin papel sobre las ideas generales de este libro. Lo hice esforzando la voz, que sentía débil después de aquella jornada de conferencia matinal y no sé cuántas improvisaciones breves, pero consumidoras de atención. Hablé tres cuartos de hora y me fui a sentar entre aplausos. Pero los aplausos no quieren decir nada de parte de aquel público tan galante que nunca

ejaría de otorgarlos a un huésped. Lo que me llamó a atención fué que uno de los amigos se me acercó al ído y me dijo, exagerando desde luego un poco la situación: «Lo hace usted mejor con vino que sin vino.»

¿Imagináis lo que es emprender otra vez, después de nedia noche, un viaje en automóvil, para regresar a Santiago de los Caballeros, después de una jornada como quella? Pues esto es lo que hicimos nosotros. Por eso uando caí en la cama me sentí en el rostro esas ojeras ue son la marca del insomnio por exceso de desgate.

Al día siguiente se nos había citado para las ocho. Las omisiones llegaron después de las nueve. Que me perdonen la venganza de decirlo, pero veo en la puntualidad na verdadera cuestión de honor. El señor Oquet sí es-ivo anticipado. ¡Ah, y los nísperos ó chicozapotes e su mesa cómo nos repararon de la fatiga y la desve-da! Se nos había anunciado un paseo por el campo; pero ntes logramos visitar la hermosa escuela de mi excelente miga Ercila Pepín. Pasamos en ella una hora muy grata, ndulzada con el mejor refresco de coco que he probado n mi vida. Y de allí, al campo.

Una casa de propietarios, con sus salas bien aireadas sus corredores que abrigan del sol que afuera cae en ndas de fuego. Mientras se termina la preparación de un rgo almuerzo criollo, se baila en una pequeña terraza en los corredores. Bailan las señoras, bailan las jóvenes. ay una maestrita rubia, incitante, que trae mareados a dos los hombres; pero a ella no la retienen ni los oetas que la dicen versos, ni los bailadores que la ciñen n la danza. Los músicos tocan y cantan la música antiana de ritmo un tanto descoyuntado, como para romer con una sacudida brusca el ensimismamiento peligroso de la voluptuosidad. Irrumpe el grito lúbrico del egro, se mece en seguida una queja melancólica, se comnan todos esos ritmos bruscos que han ido contagiando

a toda la sensualidad contemporánea. Hacen ruido los palillos, como para apagar los ecos de alguna obscena exclamación, rasca el güiro su estridencia incitante y en medio del estudiado barullo no se pierde del todo la melodía.

A pesar de aquella música y a pesar de aquella reverberación solar, se advierte en la reunión no sé qué pureza, no sé qué vago sentimentalismo que recuerda no sabría yo decir si paisajes de *Atala* y *René* o de la *María*, de Jorge Isaacs, pues no faltan ni la matrona tierna y virtuosa, ni la mulata seductora o la niña sentimental, ni los jóvenes que sueñan con destinos inverosímiles.

La tarde se pasó en correr disfrutando la gloria de la naturaleza y comiendo sus frutos en los altos de las plantaciones. También en una larga conversación sobre todas las cosas que sostuve con Américo Lugo hijo, como para confrontar nuestras almas, mientras los ojos se iban llenando del esplendor de los panoramas. Unos jóvenes sirios, delegación de la numerosa colonia siriolibanesa de Santiago, nos hicieron amable compañía y todavía detrás, en otro auto, nos seguían muchachos dominicanos con mi compatriota Guadalupe Sánchez. Hasta la cabeza de la comitiva nos llegaban sus risas y sus voces. Nos parecía que en sus gritos se desahogaba la reverberación de un panorama henchido de potencias.

Por la noche el teatro se vió deslumbrante de tocados de mujer y de flores. Como en otras ciudades de la isla, la multitud lo rebasó. ¡Pueblo noble que se congrega para escuchar exposiciones de ideas, sin estruendo de platillos y tambores!

Puerto Plata nos recibió también con fiestas. Me pesó allí el recuerdo de Manuel Cestero, mi fraternal amigo recién muerto, que tantas veces me había hablado de su ciudad natal. Se volvió a llenar el teatro para la conferencia de la noche. La aproveché para despedirme tierna-

nente de aquellos generosos públicos dominicanos. Manuel Morillo dijo también uno de sus discursos rebosantes de corazón y erectos de voluntad, y la odisea terminó con un champaña en el «Club del Comercio». Aquel fué el término oficial; pero en privado, todavía a las tres de la mañana, escuchábamos las canciones y las historias de una artista venezolana que el infatigable Morillo invitó a la playa, bajo las estrellas. Ella nos había seguido por los teatros en las últimas noches, muy bella por fuera, pero con el alma un poco turbia. Sentados a la orilla del mar y envueltos por la sombra, la pobre artista arrancaba notas de su guitarra y arriba las estrellas soltaban centelleos infinitos. Y éramos un instante miserable en medio de las tres inmensidades, la del mar, la de la selva y la de los espacios celestes.

Horas después un viejo barco chiquito soltó sus amarras y me arrancó de las costas dominicanas. Cuando perdí de vista los rostros amigos, cuando perdí de vista las casas, una gran angustia me cerró el pecho; me iba para siempre de la isla del grato refugio. La perdía para volver a las incertidumbres del mar y a las asechanzas de un destino pródigo, pero que hasta hoy no ha querido regalarme paz.

Por fin, el prólogo.

Veo que he escrito muchas páginas y no he hecho un prólogo, sino más bien un capítulo de una autobiografía que la vida no me dejará tiempo de terminar, porque tengo delante demasiadas cosas que hacer. Por fortuna, sería ocioso un prólogo para los que se atrevan a leer el libro. Lo único que quería decir, por lo que hace a antecedentes, es que recomiendo la lectura de mi libro *La raza Cósmica*, del cual el presente en cierto sentido es

sólo una ampliación. Debo confesar, sin embargo, que no le será fácil al lector estudioso dar con mi citado libro, porque ya se ha agotado la primera edición y después del trabajo que nos ha dado venderla no es fácil que mi editor se decida a publicar una segunda tirada. Nuestra América hasta hoy sólo se ha dado el lujo de multiplicar ediciones de obras tales como la novela policíaca de Ponson du Terrail o los sentimentalismos a lo Jorge Onet u otras como *El Secretario de los Amantes*, etc. Los libros que se ocupan de cuestiones fundamentales no se encuentran jamás en nuestras librerías, lo que a ciertos autores nos da la inmensa ventaja de poder ganar fama sin ser leídos y sólo por lo que se dice que decimos. Y como cada pueblo necesita inventarse héroes si no los tiene, así como crearse personajes míticos y sabios consagrados, nos queda a muchos contemporáneos la esperanza de que una vez desaparecidas nuestras obras totalmente, a causa de la tirada escasa y de la mala calidad del papel, no se nos podrá juzgar directamente por lo que dejamos escrito, lo que favorecerá nuestra leyenda, sin que sea remoto que se llegue a hacer de nosotros una suerte de inspirados, tal y como aparecen personajes de esta índole en los comienzos de toda civilización. ¿Y a qué mayor gloria podría yo aspirar entonces que a la de llegar a convertirme, con la complicidad de los siglos, en una especie de Hermes americano? Yo confieso que ante la seducción de esta posibilidad quisiera no haber sido editado nunca y que nada más se dijera «que me ocupé en el estudio de las disciplinas más hondas y que después de viajar por todo el planeta consumé la revisión de todos los conceptos de mi época con el propósito de formular las bases del nuevo ciclo de la cultura del Nuevo Mundo». Por merecer esta frase, que parece calcada de la leyenda de oro, ¿no vale la pena de romper todo lo escrito, para aparecer mañana como otro Pitágoras?

Ya veis, pues, que no es modestia, sino ambición lo que ne lleva a deciros que no os recomiendo con mucha insisencia la lectura de los capítulos que siguen. Me ha pado con ellos, al corregir las pruebas, lo que a un enamorado perdido que de pronto se da cuenta de que quizás u amada no es la más bonita ni la más buena de todas las nujeres. ¡Y cuánto desaliño, cuánta laguna y aun insisencia vana, en toda esta *Indología* mi novia, que hoy lejo en vuestras manos por causa de otros compromisos! En efecto, me olvidaba deciros que ya no escribiré más obre estas trilladas cuestiones de la raza y del iberoamericanismo, porque tengo desde hace tiempo pendiente la edacción de una *Metafísica*. Después de eso tengo que scribir una *Estética*, en la que debo desarrollar mi tesis el *Monismo por la Belleza*. Finalmente, he de escribir n libro sobre la *Síntesis de todas las religiones*, empresa igna de un Tertuliano moderno, y todavía más difícil orque ahora se hace necesario coordinar la ciencia moerna, la sabiduría oriental, en fin, el pensamiento entero on el mensaje de Cristo. Ya imagináis el caos que será reciso domeñar para dar cima a tal empresa, y al conmplar mis ambiciones podréis convenceros de que soy ncero cuando digo que más me conviene que no se me a y aun no escribir mis libros, con tal de que quede trás de mí la conseja de que los escribí. Así daremos ue hacer a los eruditos de mañana y sentaremos esa ma, la más cómoda de todas, la del que se vuelve inscutible porque nadie sabe, bien a bien, qué es lo que jo, ni cuándo lo dijo. No sé si antes de mí se ha hecho servar esta envidiable fortuna de mi generación de pensdores americanos. Estamos destinados a formar la coción de los libros herméticos de nuestra etapa de cultra. Inventad, pues, ¡oh, lectores!, cuanta fantasía se os rra; pero tened cuidado de decir que todo lo leisteis nuestras obras. Si así lo hiciereis, habréis contribuído

en la misma proporción que nosotros, los autores, a la formación de toda una literatura hermética, tesoro sin el cual no podría quedar completo nuestro incipiente ciclo de cultura.

CAPITULO PRIMERO

EL ASUNTO

Cada serie recién descubierta de fenómenos obliga a la ciencia de la naturaleza a ampliar sus cuadros, a rectificar sus clasificaciones, a la vez que a incorporar una nueva tesis en el esquema general del conocimiento. No puede eximirse de proceder en forma semejante quien emprende estudios dentro de esa otra rama del saber, mucho más fecunda en novedades y variantes que la simple naturaleza orgánica, la rama de la vida colectiva de los pueblos. Hablo de caracterizar nuestra existencia colectiva iberoamericana y omito intencionalmente la palabra historia porque no trataremos de presentar una narración, ni una serie de juicios sobre los sucesos y los aspectos de nuestro mundo. Nuestra ambición va a ser todavía mayor: nuestro propósito debe ser representarnos, precisar los rasgos formativos de un organismo que apenas lleva un poco más de cien años de vida autóctona. Complejo esfuerzo que requiere una extensa preparación, dada la regla eminentemente especialista de la ciencia contemporánea, esfuerzo complicado que no podrá verificarse cabalmente sino reuniendo las conclusiones de varios grupos de técnicos de nuestra geología, de nuestra arqueología y de

nuestra geografía; de nuestro clima, de nuestra literatura y de nuestra historia. Tantas y tantas secciones y subsecciones en que tiene que dispersarse el examen, a fin de que nuestra pobre conciencia logre abarcar siquiera aspectos un poco generales del infinito complejo de relaciones y parentescos que se descubren en el más sencillo de los sucesos. Y si el más simple fenómeno requiere toda esta concurrencia de datos científicos, ¿qué será entonces asomarse al ritmo de vitalidad y de misterio que mueve las potencias de un pueblo hacia el futuro?

Y todavía, si todos los especialistas puestos de acuerdo para repartirse el estudio viniesen a traernos sus conclusiones parciales, ¿de qué serviría todo ese saber suelto si no lo encarnarse en un criterio ese sistematizador antiespecialista que nunca dejará de ser indispensable para traducir lo parcial al lenguaje común de una síntesis? ¡Pues la afirmación particular, por bien fundada que esté, sólo adquiere sentido en el instante en que es posible incorporarla a la unidad de una tesis central que le presta aliento!

Y, sin embargo, cuán comprometida, cuán aventurada resulta siempre esta labor del filósofo, empeño de reducir a cauce lo que se obstina en ser irregularidad pura, excepción y aritmia.

Las mentes unilaterales, las que pueden pensar bien, pero en serie, producen al especialista; los que poseen concepciones fáciles y agudas, los que logran atisbos y vistas parciales que ilustran, pero nada resuelven y a nada se comprometen, se tornan ensayistas y unos y otros, especialistas y ensayistas, parecen coligarse contra el filósofo para tachar sus generalizaciones, acusándolas de incompletas y de estrechas. Sin atender a que es de mucho mirar horizontes de donde viene ese leve descuido que a veces deja olvidado el detalle. Y sólo de ver así en grande se educa el criterio para los juicios fundamentales que si

yerran en tal o cual pormenor no por eso dejan de ser camino en la sombra, brecha en la selva, ímpetu cristalizador de los impulsos del progreso.

Hundido en la selva del conocimiento, el filósofo sabe que no le va a ser posible investigar todas las sendas, pasear por todos los claros, empaparse de la fragancia de cada masa de espesura; pero no por eso se resigna a quedarse ocupado en anotar los caracteres de la hoja que cae y las formas del tallo que asciende o los rasgos del pájaro que canta. Un instinto superior a la seducción de la criatura particular y al destello que fascina, lleva al filósofo a romper por lo más intrincado y a trepar hasta el más alto tallo para abarcar todos los ramajes, para permearse del temblor de todas las hojas, y para oír, en vez del canto de un pájaro, el rumuroso concierto de toda la selva. De tal suerte veremos que el filósofo está siempre como de vuelta del detalle. ¡El filósofo ya vió, ya amó, ya pecó, ya encontró gracia, ya fué fascinado, ya fué engañado; venció y fué vencido y después de recorrer todos los círculos busca ahora la espiral de la liberación, el camino del éxito, el signo de la superación de todos los valores!

Por eso, en la selva no se dejará retener el filósofo, por mucho que le fascine cada flor y cada hermosa bestia y no se conformará tampoco con ponerse a contar los árboles semejantes, haciendo restas y sumas de los rasgos que sirven para la clasificación, ni se concretará, como lo haría el naturalista, a distinguir especies y ponerles nombres; aparte de todo esto se empeñará más bien en juntar en una sola expresión toda esta suma de caracteres, todo este miraje de formas y tratará de averiguar de qué suerte perduran y se desarrollan todas en relación con las nubes que traen el agua y con el cielo que difunde la luz. Y pasará en seguida a preguntarse: «¿Quién hizo los elementos, el cielo que está siempre suspenso y las aguas que

corren y los vientos que vuelan?». Porque, en resumen, el filósofo es un servidor de la función de unidad y un sacerdote de la religión de lo Absoluto.

Por uno y otro camino el filósofo busca un fantasma que siempre está delante y nunca se deja aprehender, una realidad que por mucho que contenga nunca nos parece completa, un miraje que sólo por darle algún nombre llamamos Totalidad. Si por fin se aniega en el Todo, el filósofo coincide con el hombre de religión, con el artista que alcanza una mística percepción de la belleza.

Por uno y otro camino marchamos en busca del Todo, pero no lo alcanzamos jamás. Para abarcarlo tendríamos que devenir nosotros mismos el Todo, y, como esto no es posible, mientras no superemos la conciencia terrestre, resulta que marchamos de tropiezo en tropiezo, siempre anhelantes de comulgar con lo Divino y siempre desilusionados de nuestra pobre capacidad, fallidos en lo más profundo de nuestro anhelo. Renunciaríamos a toda Esperanza si no fuese porque logramos en ocasiones determinados vislumbres que aclaran el confuso y paciente ideal cotidiano; sin embargo, no es posible llegar a la iluminación sin la disciplina, y la disciplina del filósofo tiene dos maneras de error, pero también dos maneras de relativo acierto, dos maneras lógicas: Abstraer y Sintetizar.

Casi toda la filosofía está hecha de abstracción que suprime determinados accesorios con el objeto de lograr representaciones esquemáticas de una realidad múltiple, pero reductible a caracteres generales. Ya sea por inducción ya sea por deducción, aparecen las generalizaciones sin las cuales no hubiera sido posible el progreso, la formulación misma del pensamiento. Pero tiene la generalización el defecto capital de que es resultado de supresiones y reducciones. La generalización, a pesar de su nombre falazmente generoso, es destructora y empeque-

ñecedora de la realidad; mata siempre una parte del hecho; anula, pone en olvido una multitud de factores; desliga caracteres que en rigor son inseparables. Cuando decimos hombre creamos un concepto genérico más comprensivo que un hombre particular; pero sólo en cierta manera de extensión; en realidad, desprovisto de sustancia, mucho menos rico de contenido divino que el más humilde de los hombres determinados. La abstracción hombre gana, pues, en forma, pero pierde en esencia, pierde en contenido vital. (Y así, toda filosofía fundada en las generalidades y la abstracción, toda filosofía de meras ideas, es como un juego de globos de cristal: hermosos, pero vacíos. La vida se ausenta de ella desde el principio, y no le queda mas que una fantasmagoría de conceptos generales... Por fortuna esto no implica una derrota de la filosofia; esto solo indica que abstraer y generalizar no es la filosofia sino uno de los métodos de la filosofía. Ademas tiene otro método, mucho más fecundo la filosofia, un método en el cual yo veo elementos sensoriales, elementos de percepción de existencia agregados a la mera noción de forma y de concepto, ese otro método se encuentra en el ejercicio de lo que llamamos la síntesis. La síntesis enunciada en forma un poco vaga, pero comprensiva; es la noción de la existencia particular enlazada con la noción, con el aumento que le da la existencia del conjunto. El que sintetiza aumenta. Así como la abstracción, mata la realidad, la síntesis anima, aumenta las potencialidades de lo real. En el caso, por ejemplo de la selva: quien examina los árboles para anotar sus semejanzas y formar los géneros, ha hecho una filosofia de abstracción; creando el nuevo concepto del género, se ha engañado a sí mismo, porque su falsa creación le ha hecho perder de vista la cantidad de elementos que ha tenido que anular en cada uno de los objetos, en cada una de aquellas existencias, para adaptarlas a la categoria meramente conceptual de

su clasificación y de su género. Ha matado la realidad para sustituirla con fantasmas. El vulgo se ha dado cuenta siempre de ese hondo crimen del intelectual; por eso demuestra tan constante desdén para lo que comunmente se llama filosofía.

En cambio, el que trabaja con la noción de la síntesis, lejos de ponerse a hacer restas de caracteres, en vez de quitar elementos, empobreciendo a cada ser que es materia de reflexión, va al contrario, suscitando las semejanzas, desenvolviendo, libertando el ímpetu de las analogías, hasta que cada noción, cada objeto, cada ser, a la vez que se afirma en su propia individualidad, se ensancha y se eterniza en el conjunto de la realidad, en la existencia infinita de los seres. ¡El que pudiera hacer la síntesis de la selva tendría que hablar de las aves y de las bestias y de las plantas, no simplemente como unidades de géneros, sino como partes vivas y armoniosas, como elementos animados, musicales y concordes en el misterio sublime de la vida. ¡Sinfonía, tú eres el método!

Sintetizar es todavía más que sumar, porque la suma va agregando uno a otro los homogéneos y la síntesis es suma de homogéneos y de heterogéneos; visión de conjunto que no destruye la riqueza de la heterogeneidad sino que la exalta y le da meta. El hecho mismo de la existencia es una manera lograda de síntesis; un triunfo de síntesis, puesto que sin perder unidad, el mundo se ensancha y se realiza en nuestra conciencia.

El yo es elemento de unidad, función de unidad y al mismo tiempo reflexo de disparidad y de multiplicación. La misión del filósofo deberá ser entonces, entretejer ciertos hilos directivos, despejar ciertos cauces y soltar la corriente de simpatía, la dinámica de la emoción que nos pone en contacto y parentesco con los más humildes y con los más altos procesos del mundo.

Incorporar cada una de las sorpresas de la novedad,

cada una de las cosas particulares al concierto temblante de la existencia total y contemplarlo todo transfigurado en el espíritu y deviniendo hacia lo eterno; he allí la misión de la síntesis. La existencia de lo particular animada con la grandeza y la música del todo; esa sería la síntesis perfecta y una filosofía que al realizarse sería ya la filosofía postrera, la filosofía de la belleza, la filosofía definitiva de lo divino. Sería religión. Religión y belleza por el camino divino de la emoción.

Tengamos presente, por lo menos, semejante cumbre del conocimiento, cada vez que nos apliquemos a estudiar un problema y meditar en un aspecto cualquiera de la realidad. Hasta donde nos sea posible, apliquemos un criterio semejante al asunto que va a ocuparnos. Nuestra tarea debe ser, en efecto, no sólo definir el movimiento étnico de que formamos parte, sino también imprimirle caracteres y orientación. Nos encontramos delante de un proceso vital y étnico que surge como una novedad casi sin precedente en la historia, y eso, a pesar de que la historia cuenta ya con más de cinco mil años de experiencia. Comencemos por asignar al nuevo proceso un nombre. Ese nombre será el signo, un poco artificial, pero indispensable, para establecer la autonomía del proceso, del hecho, entre el enjambre innumerable de los hechos y los sucesos.

Lanzaremos desde luego el nombre, procediendo a justificarlo en seguida. Llamaremos Indología a todo el conjunto de reflexiones que me propongo presentar a propósito de la vida contemporánea, los orígenes y el porvenir de esta gran rama de la especie racional que se conoce con el nombre de raza iberoamericana.

Todos los asuntos de pensamiento relacionados con tal agregado étnico los comprendo bajo el nombre de Indología, porque quiero restituír nuestro ideal a la visión profética del descubridor del Nuevo Mundo y a su ilu-

sión de que al pisar el territorio de la India consumaba la circunvalación del planeta. Pues no porque la realidad haya dado un relativo mentís a las afirmaciones inspiradas del Navegante dejan ellas de contener, todavía hoy, un tesoro de sugestiones fecundas... Se diría que al bautizar Colón con el nombre de Indias el territorio que hoy es nuestro, un soplo del mismo genio que lo había llevado a descubrir nuevas rutas en el mar, lo levantaba hasta el concepto de una nueva era de civilización, una era en que la vida colectiva había de cristalizar en formas definitivas y universales. Colón, en efecto, al hablar de las Indias, no sólo pensaba en las tierras maravillosas que están abajo del Himalaya, en la anchura cabal de la península más ilustre del globo, no sólo expresaba la satisfacción de haber llegado a la tierra legendaria de los relatos de Apolonio de Tiana y Marco Polo, sino que consideraba demostrado el principio de que el Universo se gobierna por la esfera. Ya la esfera tiene desde luego sobre el plano la ventaja de agregar posibilidades multiplicadas a la materia. Desde entonces ya no sólo la fantasía, sino también la realidad podía girar y ensancharse dentro de los ritmos vastos, profundos y recurrentes de la radiosa esfericidad. Natural era que de aquel descubrimiento y de aquel consorcio surgiese también la idea de una raza y de una cultura en que lo universal se convierte en norma, en aspiración y en realidad. Y si Colón se equivocó en el detalle, si no fueron las Indias, sino América lo que le salió al paso, en cambio los hechos, más pródigos a veces que la misma fantasía, no sólo confirmaron la realidad de la esfera, sino que ampliaron esa realidad, ofreciendo al futuro un continente inmenso en medio de los dos mares. Un continente más vasto que la India milenaria y mejor adaptado que ella para ser campo de la civilización universal que han concebido y anhelado todas las épocas.

¡Universalidad, el sueño de los monarcas del mundo y de los monarcas de la mente, el sueño griego y el sueño romano, el sueño persa y el sueño hindú, el sueño del navegante, el sueño de todas las almas esforzadas, suspendido como una gran estrella sobre las soledades de esta América extensa y fantástica; grande casi como los demás continentes, y limpia de pasado, limpia de hombres, como si se hubiese quedado en reserva para la hora de los arreglos definitivos de la civilización!

Por todo lo que tuvo de inspirada y sintética la palabra de Colón, cuando afirmaba haber descubierto las Indias; por todo lo que se contenía de simbolismo trascendental en tal nombre y también por la herencia que de dicho vocablo recayó en los indígenas, tomo esta designación de Indología en el sentido de era final y universal de la cultura del planeta.

No pretendo, por lo mismo, amparar bajo tal nombre ninguna intención de predominio favorable a la tradición autoctona de América o a la raza indígena del continente, pues el factor particular y muy estimable que dicha raza representa lo juzgo únicamente en la proporción humana y fraternal a que tiene derecho junto con las demás razas que han de concurrir a la nueva era del mundo. La tesis misma de la existencia de la raza futura descansa en una norma de universalidad que no excluye, que engloba y asimila caracteres y sangres. No hay, por lo mismo, ni que hablar de estirpes condenadas, ni tampoco de estirpes privilegiadas. Donde el signo es lo universal, no cabe mas que una ternura, la misma y fraternal para todos los colores de la piel y todos los caprichos del temperamento.

Pero, dada la tarea que nos hemos impuesto, de caracterizar nuestra propia cultura, resulta muy comprometido comenzar por asignarle como rasgo fundamental el de la universalidad indeterminada. En efecto, una univer-

salidad verdadera y completa no es ni asequible a la conciencia humana, de por sí limitada y concreta. La civilización misma descansa en limitaciones y la vida toda es una concreción de las maneras y las manifestaciones parciales de la potencia absoluta. Busquemos, pues, la universalidad cabal de la síntesis que no destruye, sino que afirma los casos particulares de la realidad. Estudiemos nuestro propio anhelo de universalidad. Que no es arbitraria esta afirmación del carácter universal de nuestro temperamento, lo prueban muchos hechos que iremos señalando oportunamente y lo anuncia, como ya se ha visto, el signo mismo de nuestro rito bautismal. Desde el comienzo, y en todas la fases sucesivas de nuestro desarrollo, se ha ido marcando tal rasgo de la conciencia colectiva, que es una misma, a pesar de ciertas variantes; una misma desde el Bravo hasta el Plata, y sin excluír al Brasil. Recordemos, pues, que para designar esta nueva corriente vital de la historia hemos de emplear el nombre de Indología en el sentido de ciencia de Indias, ciencia de Universo, no de las Indias antiguas ni de las Indias modernas, ni de las Indias geográficas, sino de las Indias en el sentido del ensueño colombino de redondez de la tierra, de unidad de la especie y de concierto de las culturas.

*
* *

Las Indias, el Nuevo Mundo, la patria de la familia humana unida y triunfante. Esto se soñó que fuésemos, nada de esto somos aún; pero a fin de procurar que lo seamos dediquémonos a formular una ciencia, un credo, unas bases constitutivas, una norma de voluntad, un conjunto de impulsos superiores que nos permitan ascender a la realización del ideal contenido en nuestro signo. La filosofía necesaria para alcanzar tal finalidad, la serie de conceptos, de vislumbres y de emociones que han de acer-

arnos a su consumación, todo esto es lo que procuraremos esbozar dentro del nombre de Indología que servirá de acápite a nuestras elucubraciones.

Y por más que sea muy abundante el asunto, parece que apenas lo designamos con un título particular, en seguida, como que se desvanece y se dispersa, se confunde con otras materias y el vocablo se queda como vacío, solo y hueco, mera palabra sin fondo. Y nos decimos entonces: «¿Qué es lo que vamos a presentar como genuinamente nuestro, como peculiar y propio si nada importante hemos descubierto, si todo lo que sabemos es poco y lo hemos aprendido de otros, si apenas comenzamos a saber?... Si todavía la incultura es entre nosotros la regla, ¿cómo podremos presumir de merecer la honra de que una palabra—toda la fuerza potencial de una palabra exclusiva—se reserve para nosotros y se dedique a nosotros?

Aun para llenar el contenido de la más humilde palabra es indispensable aportar sustancia, la sustancia de una idea, la esencia de una vida. Urge, pues, que encarnemos en nuestra palabra. Juntemos dentro de ella todos los haces dispersos. Recordemos que para comenzar a ser es menester concretarse y limitarse... Iniciemos la definición de nuestros caracteres mediante la especificación de nuestros medios y mediante la definición de nuestras finalidades. Diversas son las circunstancias que nos dan derecho a lugar aparte y a nombre propio; diversas y más bien acusadas de lo que pudiera juzgar un observador superficial. Aparentemente, somos unas veinte naciones desligadas, de vida atenuada, de civilización todavía inferior a la de la antigua Metrópoli. Con excepción de la Argentina y el Brasil, no hemos progresado, no hemos mejorado, sino empeorado; hemos perdido recursos y vigor durante el siglo largo de nuestra vida nacional independiente. Sin embargo, el más ligero examen demuestra que esta situación, innegable en la realidad de estos

momentos, revela una crisis, pero no alcanza a destruír el vigor todavía inexhausto, las capacidades latentes en la tierra y en los habitantes de las regiones castizas del Nuevo Mundo. Unos cuantos fracasos graves no rompen ni el hilo de nuestra unidad ni el ímpetu de nuestro porvenir.

La conciencia de nuestra unidad debe ser el primer factor de nuestra acción; somos una gente aparte. El Norte y el Sur son, en nuestro continente, no diré yo que dos mundos contrarios, dos *East and West* que nunca llegarán a entenderse, según reza la frase conocida de Kipling. Nosotros, al contrario, procedemos del tronco común de la civilización cristiana, cuya base es la igualdad y la hermandad de todas las estirpes, y tenemos además una infinidad de conveniencias y de simpatías recíprocas que fatalmente nos obligan a estar juntos en la obra común del progreso humano. Hecha, pues, esta salvedad indispensable, tratemos de definirnos nosotros mismos, y marquemos, sin ningún ánimo de discordia, las diferencias.

Pobre procedimiento es comenzar a definir una cosa por lo que no es; pero al fin y al cabo no puede dejar de emplearse cuando se trata de asuntos todavía informes, cambiantes, inmensos; en tales casos ningún elemento de determinación es inútil; la misma negación suele abrir paso. Anotaremos, pues, desde luego, las diferencias y comenzaremos diciendo que físicamente la más grande extensión del continente ibérico es completamente distinta de la superficie territorial ocupada por los anglosajones. Con la excepción de una parte de la Argentina, cuyas pampas guardan semejanza con los grandes llanos trigueros y ganaderos del Mississipí y de Kansas, todo el resto de la América española se distingue de la América sajona en que posee un territorio montañoso situado en la zona tórrida o en la zona tropical. En la América del Norte hay montañas; pero fuera de la zona tropical y en el

ur predomina la tierra tropical, pero con grandes regio-
es de altiplano, donde el clima es templado, a pesar de
latitud cercana al Ecuador. Los Estados Unidos han con-
ido con un territorio fácil para la penetración humana.
os grandes ríos que fecundan extensas planicies de clima
mplado han sido siempre cuna de civilizaciones flore-
ientes y duraderas. En las montañas el trabajo de la ci-
ilización se torna más lento; el río es camino, en tanto
ue la serranía es muralla... El aislamiento físico, geográ-
co, nos ha obligado a nosotros a fraccionarnos en nacio-
alidades, nos ha impuesto una disgregación, contraria a
uestra unidad étnica y a nuestro interés político, una
erdadera dispersión que sería fatal si no fuese porque
ada día aumenta el poder del hombre sobre la naturale-
a. Contamos con grandes ríos, prodigiosos ríos como el
Amazonas y el Orinoco y el Magdalena: como el Usu-
nacinta y el Plata; pero la mayor parte de esos ríos es-
án situados en zonas extremadamente cálidas en donde
a civilización todavía no ha logrado imponerse. Hablo
le la civilización adelantada; la civilización misma de los
blancos puros que todavía entre nosotros fracasa, cada
vez que intenta imponerse, pues el hombre todavia no
franquea la barrera del trópico. Se ha hecho, por ejem-
plo, un lugar común inculpar a España del atraso nacio-
nal de muchas de las regiones de nuestro mundo ibero-
americano. Pero yo pregunto: ¿Qué es lo que han hecho
en el trópico, qué han hecho en las Guayanas, los ingleses,
los holandeses, los franceses, tres razas de primera? Me-
nos que los españoles; menos sin duda que lo que hizo
España en Venezuela y en Colombia y en regiones seme-
jantes de la costa de México; mucho menos también que
lo que han hecho los portugueses en Manaos y en Per-
nambuco y en Bahía. Basta comparar la obra, de las tres
naciones ya nombradas, en el trópico americano con lo
que hicieron portugueses y españoles en regiones adya-

centes para que se vea de manifiesto la gran capacidad de temperamento ibérico y la injusticia de la crítica que ta a menudo se formula contra España porque no hizo d sus colonias otros Estados Unidos.

La diferencia de condiciones físicas es tan apreciabl que ella bastaría por sí sóla para explicar las consiguien tes diferencias de desarrollo, de temperamento y de cul tura que separan a los pueblos de los continentes ameri canos, el del Norte y el del Sur.

Pero todavía a las diferencias físicas hay que agrega las profundas peculiaridades de historia y de raza que ca racterizan a cada uno de los grandes grupos étnicos de l América contemporánea, pues, como todo el mundo sabe nosotros procedemos de una cultura hispánica y latina y los del Norte son continuadores de la tradición germáni ca y sajona. De las diferencias étnicas se derivan, como es natural, matices y variedades de espíritu que no es po sible ni siquiera enumerar cabalmente. Agotar cualquiera de estos asuntos es tarea que requiriría libros y capacida des especiales. Perdonésenos, por lo mismo, que nada más apuntemos aquellos rasgos que son obvios y aquellas te sis que ya pueden ser formuladas con relativa certeza y concisión.

En el instante en que saltamos a la esfera del temperamento, las diferencias se hacen más marcadas, justamente a causa de que el espíritu es más rico, más flexible, más intenso y múltiple que la mera realidad física. El yanqui, se ha dicho, es laborioso y tenaz, en tanto que nosotros somos inconstantes y haraganes. En cambio, nadie gana en vivacidad a los nuestros, y este empleo rápido del instrumento más alto que la vida conoce, este lujo y prontitud de la fantasía, es promesa de conquistas de un orden sublime. El yanqui, por otra parte, comienza a aparecernos como una víctima de su propia cualidad. El aparato de su obra parece empeñado en devorar a sus construc-

tores. El maquinismo, admirable para domeñar los elementos, se vuelve después contra la esencia misma de la vida y la estrangula con limitaciones, mandatos y cortapisas. Nosotros conservamos más libre el espíritu, pero no lo usamos o lo envilecemos en el ocio estéril o en la anarquía de la acción sin ideal.

Para el norteamericano, se ha dicho también, la vida es tarea; para el iberoamericano, la vida es festín... Cuando el americano del Norte no puede trabajar, no halla qué hacer y se aburre; cuando nosotros encontramos trabajo, maldecimos la existencia y procuramos evadirlo. Se ha hablado mucho de una Marta hacendosa que prospera en el Norte y de una María despreocupada que sueña en el Sur; pero desgraciadamente el símbolo es inexacto, porque los Estados Unidos no son sólo una útil Marta, sino también una soñadora, una creadora María y nosotros no hemos podido hacer que nuestros sueños sean fecundos, no hemos logrado organizarlos, no hemos conseguido infundirles el impulso creador del espíritu. Lo cierto es que ni unos ni otros, ni los dos juntos, hemos logrado todavía cumplir nuestra misión, que es inaugurar en este Nuevo Mundo una manera de vida que se imponga a la naturaleza y la domeñe, pero con la mira de la superación de lo temporal.

No acabaría pronto si siguiese anotando diferencias y semejanzas; no es mi propósito desarrollar el paralelo, sino únicamente aprovecharlo para demostrar algo que suele ser negado y que por lo mismo es necesario reafirmar, a saber: la persistencia de dos grupos étnicos, perfectamente definidos y disímiles, la existencia de unos Estados Unidos del Norte de cultura sajona, y cuyo temperamento sajón nadie pone en duda, a pesar de que dentro de aquel crisol se encuentran trazas de italianos, irlandeses, españoles, portugueses, franceses y aun negros, y, por otro lado, la existencia definida de una América

latina, no como vaga denominación geográfica, sino también como un grupo étnico perfectamente homogéneo, más homogéneo si se quiere que el del Norte, a pesar de diferencias internas, sociales y políticas, diferencias que más bien aumentan el contenido de la raza sin llegar a desintegrarle su unidad.

Constituimos un agregado racial homogéneo, tan homogéneo como cualquier raza homogénea de la tierra y esta raza una, la raza iberoamericana, habita una zona extensa y contínua del Nuevo Mundo. Para lograr que este hecho tan evidente y tan simple entre en la realidad de las fórmulas de uso diario no basta, según parece, la verdad incuestionable de su existencia. Se hace necesario proclamarlo y volver a afirmarlo. Digo esto porque todavía es frecuente escuchar la opinión obstinada de que la Argentina y México o Brasil o Colombia, aunque situados por el mismo rumbo del planeta casi nada tienen de común entre sí y más bien dependen cada uno por separado, no de sí propio, sino de alguna cultura europea, por ejemplo la francesa. Y si se trata de Centro América se afirma que esa región nada tiene que ver ni con Colombia ni con México; y así se pretende que lo que fué una sola colonia bajo España sea hoy un deshecho rosario de zonas de influencia de distintas naciones y de diversas culturas. Aun entre nosotros mismos, muchos niegan la posibilidad de una acción de conjunto y aun la realidad de una raza homogénea, capaz de organizarse para defender sus intereses y hacer pesar su voluntad en la balanza de los destinos humanos.

Se olvida a menudo, y casi siempre con intenciones bastardas, que nosotros somos continuación y retoño de la poderosa cultura española que en una época se impuso a la Europa. Ya nadie niega el enorme progreso del Brasil; pero se procura ocultar el hecho de que allí reflorece el alma portuguesa que en otra época dominó los mares

y abarcó el mundo. Se reconoce el progreso argentino; pero sólo para atraerlo a ciertos focos que tenderían a separarlo del tronco común iberoamericano. En esta tácita conspiración contra el reconocimiento de nuestra unidad étnica y cultural, no entran nada más los escritores, los capitalistas y los soldados del Imperialismo. La Europa culta ha acostumbrado juzgarnos y tratarnos como a restos dispersos de un naufragio irreparable. En esto hay un poco de realidad, pero la mayor parte del falso juicio se debe a ese engreimiento de los pueblos viejos y de los poderes que son contra las meras promesas y delante de los esfuerzos que serán.

En todo caso, hemos llegado a tal punto de incoherencia espiritual y política que es necesario comenzar por reafirmarnos. La tarea primordial está en consumar el rescate de nuestra personalidad... No vacilemos, pues, en gritarlo; gritemos para los extraños la verdad que tan a menudo nos repetimos en la intimidad, la verdad humana, histórica y volicional de que somos ochenta millones de hombres ligados por el parentesco de la sangre y por la comunidad de la cultura. ¡Ochenta millones de almas, una cultura dotada de tendencias definidas y propias y una extensión territorial, la más rica y la más vasta de todas las que quedan sin explotar en el planeta!

Asentada así nuestra personalidad colectiva, digamos en seguida que reconocemos el valer y los derechos de la otra gran raza que comparte con nosotros las responsabilidades del dominio del Nuevo Mundo. Ellos y nosotros representamos las dos orientaciones capitales, las dos lenguas, las dos culturas del Nuevo Mundo. Urge, por sí mismo, estudiar la manera como deben de concurrir las dos fuerzas creadoras de vida; urge buscar los medios de que estas dos culturas en vez de gastarse y agotarse en el conflicto se pongan de acuerdo y colaboren en el progreso...

No hay razón alguna para que no sea posible hacer en nuestro mundo lo que no ha podido hacerse en Europa: convertir las diferencias en factor de progreso, en vez de que se resuelvan en rivalidad y conflicto. La circunstancia de que estamos regidos por sistemas sociales democráticos, más avanzados, por lo menos en teoría, que los que rigen en el viejo continente, todavía debilitado por intereses furiosamente nacionales y arcaicamente monárquicos, debiera ser motivo de esperanza. Allí donde no hay castas dominadoras, para quienes la guerra es una profesión o un negocio, no debiera haber peligro de choques inmotivados y sangrientos. Pongamos, por lo menos, nosotros lo que está de nuestra parte para evitarlo. Aprendamos a defendernos progresando. Sacudamos el yugo de los caudillajes bárbaros que son baldón de algunos de nuestros pueblos y habremos eliminado la mitad por lo menos de las causas que amenazan nuestros destinos.

El tema fundamental, el *leit motif* de nuestras especulaciones, nos lo dará la comprobación de la unidad espiritual de la raza hispánica de América y de España, identidad en el pasado, disgregación necesaria para recomenzar la vida en condiciones nuevas y reunión ideal posterior, pero ya sobre las bases de autonomía y de libertad, de disciplina y de justicia, bases sin las cuales ninguna cultura alcanza esplendor.

Desde el principio, las gentes que fundaron el viejo imperio español revelaron la tendencia de ocupar preferentemente las zonas cálidas. Ya sea porque la mayor parte de los exploradores eran gente mediterránea o bien por que no se sospechaba entonces que en las zonas frías llegarían a desarrollarse las culturas poderosas que alcanzan floración plena en el siglo XIX, ya fuese amor de la luz o simple accidente geográfico, lo cierto es que latinos y sajones buscan en el Nuevo Mundo las regiones que

por el clima corresponden a las latitudes de que cada uno de ellos venía. Los latinos bajo el sol, los holandeses y los ingleses bajo la niebla y el viento, no deja de sorprender que desde el principio se definan, conforme al suelo y el ambiente, las dos tendencias que hoy, modificadas por el tiempo, sin embargo, en lo fundamental perduran.

Una vez consumada la exploración, se inicia la colonización y se establecen los Gobiernos, y los Gobiernos representaron un elemento de cohesión tan vigoroso que rápidamente consumaron la obra de unificación preparada por el medio. La homogeneidad étnica y la semejanza de condiciones climatéricas fueron complementadas por un sistema administrativo centralista que no sólo se valía en todas partes de los mismos métodos, sino también de las mismas personas, pues frecuente fué el caso de Adelantados y de Virreyes que gobernaban el Perú después de haber mandado Nueva España.

Por otra parte, es evidente que aun antes de la conquista era una misma, étnica y espiritualmente, la gente que habitaba nuestro continente, desde los aztecas hasta los quiches y mayas y hasta los incas y los aimaraes. Todavía hoy, cualquiera puede observar los profundos parentescos que ligan al indio del Chaco argentino con el indio del México distante. Ya desde antes de la conquista, por lo mismo, la comunidad del tipo étnico constituía un lazo y la conquista española, aunque todo logró transformarlo, no hizo, sin embargo, sino acentuar la unidad dentro del nuevo tipo del mestizaje.

Se estableció desde el principio, todos lo sabemos, como Gobierno independiente, la Colonia portuguesa del Brasil. Pero entonces, más que ahora, el parentesco étnico y la similitud lingüística eran tan profundos entre portugueses y españoles que puede asegurarse que sólo las intrigas y los yerros de la Corona española, esa cons-

tante destructora de la obra del genio español, produjeron las divisiones enconadas que hoy nos empeñamos en acabar de desvanecer. Pero étnica y culturalmente, los bandeirantes del Brasil eran hermanos legítimos de los guerreros que empuñaban el pendón de Castilla. Hubo, pues, durante los trescientos años de la dominación española portuguesa del Nuevo Mundo, una unidad racial y cultural indiscutible y políticamente sólo dos soberanías incontestadas: la española y la portuguesa.

Cuando se produjo la emancipación, vino el fraccionamiento. Dos causas nefastas lo produjeron: la doctrina de la nacionalidad y el aislamiento físico en que nos mantiene, aun hoy, una naturaleza que supera los medios de estas pobres civilizaciones del presente; una naturaleza de la que sólo seremos dignos el día en que nuestra mecánica y nuestra técnica se hayan hecho capaces de utilizarla. Pero en aquellos días de la independencia, anteriores a la invención del ferrocarril, la cordillera y la distancia parecían obstáculos infranqueables. Nuestro atraso en relación con la naturaleza que nos rodea hizo que nos dejasemos llevar de una idea inconsecuente con nuestra tradición e impropia de razas llamadas a consumar grandes destinos. La idea de nacionalidad nos fué importada de Europa, donde es explicable y quizás fatal, a causa de que la población europea está subdividida en razas y lenguas diversas. En cambio, mientras en Europa encontramos una docena o más de idiomas, de costumbres y de variedades raciales, entre nosotros no hay mas que un idioma, un territorio continuo y una raza completamente homogénea. O, para ser más exactos, ya que venimos englobando al Brasil en todas nuestras tesis, no encontramos mas que dos idiomas y dos tradiciones paralelas: la española y la portuguesa. Se explicaría que desde el principio hubiesen surgido dos Estados autónomos, el Brasil y la América española, pero la creación de veinte

nacionalidades de habla castellana constituye un disparate fomentado por los enemigos naturales de nuestro engrandecimiento, estimulado por la misma Inglaterra astuta que combatía el poderío español y no se conformaba con que nosotros heredásemos el Imperio de la Madre Patria. La influencia, pues, de ideas extrañas y lo complicado de nuestra geografía explican que en los primeros instantes de nuestra vida pública nos encontrásemos desorientados. Y no teniendo otra cosa que hacer, nos pusimos a inventar patriotismos locales y nos resolvimos a decidir de todos nuestros asuntos conforme a intereses de fronteras, que desgarran la entraña misma de la raza.

Sin embargo, la exigencia vital de estar juntos ha sido tan manifiesta que los mismos guerreros de la Independencia, como Bolívar y Sucre, creadores de naciones, fueron los primeros en comprender que todo aquella obra de organización de autonomías políticas quedaba incompleta y expuesta a los mayores riesgos si no se consolidaba dentro de un sistema político continental.

El peligro lo comprendieron los patriotas; pero ya desde que se consumó la Independencia, al día siguiente del triunfo, ya no eran los patriotas los que mandaban. Apareció, como herencia del sistema militar español, el tipo del caudillo ignorante que se apodera de la cosa pública sin más razón que la de disponer de una montonera, de une partida armada que lo obedece ciegamente. Entonces la política se resume en la práctica de fusilar a todo el que se opone a las órdenes del Jefe y todos los crímenes se justifican con el pretexto de la patria o con el pretexto de principios que es el caudillo el primero en no entender; pero que sirven a su propósito de consolidar una dominación egoísta y personal. Cayó nuestra América en poder de los caudillos: gentes que en una época normal pasarían la vida en presidio, se han hecho del Poder y alrededor de ellas se agrupa una patriotería temerosa de

la censura y empeñada en ahondar las divisiones y el aislamiento... Una pandilla que explota la ignorancia popular en nombre de la República o en nombre de los credos socialistas modernos: he ahí la acción todavía no extinta de nuestros caudillajes. Así ha perdurado en América el partido de la mano fuerte y de la tiranía, el partido de la dictadura. De tales gentes procede ese celo de autonomía local, que no es mas que el afán de poner a salvo el derecho de explotación y de aniquilamiento de feudos y poblaciones más o menos importantes.

Caso típico de esta clase de nacionalismo nos lo ofrece López de Solano en el Paraguay. Este supremo modelo, todavía imitado entre nosotros, después de dejar despoblada su patria por la tiranía, por el exterminio de todos los que se oponían a su bárbaro gobierno, tuvo que recurrir al expediente de provocar una guerra suicida contra el Brasil, Argentina y el Uruguay, sólo para aplazar su caída o para darle tintes de gloriola, la gloriola de un patriotismo que había destrozado la patria. En México tuvimos otro Solano López, un casi homónimo: López de Santa Ana, bribón, jugador, chanchullero, asesino; pero cada vez que su poder peligraba, la provocación, la torpeza para manejar las relaciones con los Estados Unidos del Norte, acarreaba conflictos que de pronto le salvaban; pero que terminaron con la pérdida de la mitad de nuestro territorio. Y, por desgracia, el santanismo no está enterrado, no está liquidado ni entre nosotros ni en otras naciones de la América hispana.

Por fortuna, precisamente la tendencia localista de los déspotas hace nacer la corriente salvadora. En el mismo instante en que Solano López fué vencido en el Uruguay, los argentinos, secundados generosamente por sus dos aliados, asentaron aquel principio que a mí me parece el fundamento de un nuevo derecho público genuinamente hispanoamericano, el principio no suficientemente alabado

que formuló Sarmiento cuando dijo: «La Victoria no da derechos», y los tratados de paz se firmaron sobre la base de que el Paraguay no perdería una pulgada cuadrada de territorio. Se sentó además otro principio que algún día será regla de la política interhispanoamericana, el principio de que la guerra se hacía por los tres aliados para salvar a una nación hermana de los horrores de la tiranía interior, pero sin tocar a las susceptibilidades de la soberanía local. Cada vez que se expone en letras de molde este principio, el patriotismo local de los tiranuelos grita en tono alarmado: «Traición, traición a la patria». Porque para los opresores y sus secuaces la patria es el caudillo.

En los países del caudillaje, el general vencedor de la última batalla es la encarnación de la patria, la encarnación de los derechos populares; pero, en realidad, sólo la barbarie envalentonada con el aislamiento y con la impunidad. Haciendo uso de los viejos términos, digamos que la tendencia del caudillismo ha sido poner la América en una especie de feudalismo, del que ya Europa había salido antes de la conquista de América. Por otra parte, la tendencia civilista e ilustrada de nuestro continente ha sido desde el comienzo superar el nacionalismo europeo. Pues superarlo es proclamar con Sarmiento que las fronteras de las naciones hispánicas no están sujetas a los azares de la lucha armada. Superar el nacionalismo es ponerle encima principios de moral, de libertad y de justicia que llevan a los modernos cruzados a luchar allí donde hay tiranías que combatir e injusticias que reparar. Quijotismo vais a decir, y bien: el nombre es demasiado honroso para rechazarlo, pero quijotismo práctico, puesto que busca el enderezamiento de agravios ciertos y reales, fáciles de corregir y urgentes de remediar.

Teorías sin conexión con los hechos, delirios de utopistas, habréis oído decir que se llama a todo propósito de

reforma; pero son hechos y no teorías lo que cito, hechos que crean teorías y que revelan una necesidad colectiva. Nuestro nacionalismo desde un principio ha sido tan distinto del nacionalismo europeo, del mismo nacionalismo norteamericano, que a nadie asombran entre nosotros casos como este que voy a relatar, que sería incomprensible dentro de la actual situación europea de los dos últimos siglos. A raíz de la independencia mexicana, o casi al mismo tiempo que México, proclamó su independencia la antigua Gobernación de Guatemala. Pero quedaba entre Guatemala y México un territorio intermedio, el territorio de Soconusco, lo que hoy es el Estado mexicano de Chiapas. Toda esta región perteneció en un principio a México. Sin embargo, un buen día sus habitantes resolvieron separarse de México para ligar su suerte con Guatemala. La anexión quedó consumada sin una protesta de México, un país diez veces más fuerte que Guatemala. Y esto en una época en que no había cortapisas sobre nuestra soberanía. Pocos años después los chiapanecos resolvieron retirarse de la nacionalidad guatemalteca para volver a incorporarse a la mexicana. Lo hicieron sin que Guatemala demostrara oposición y México volvió a recibirlos como hermanos, sin que a nadie se le haya ocurrido formular un solo reproche. Se ve, pues, que entre nosotros el nacionalismo, en el mejor de los casos, no es otra cosa que consecuencia de las cordilleras que nos separan; comodidad para la administración, pero no un sentimiento íntimo, fundamental, como que no habría tradición en qué fundarlo ni diferencias de sangre o de cultura que lo avivasen. Hablo, por supuesto, del nacionalismo en relación con las demás naciones castellanas del continente.

Esto mismo explica que no ha habido un solo espíritu superior del continente que no viva y que no piense como si fuese una sola la frontera desde el río Bravo hasta el Plata. Los pocos que suelen levantar la voz discordante

son personajes que no se hacen oír fuera de su parroquia y lo hacen más bien por escepticismo, por desesperación de sentirse aislados, en medio de la vastedad del continente, desconsolados porque la situación todavía embrionaria de nuestro desarrollo nos impide una acción de conjunto. Se descorazonan algunos porque Argentina todavía no tiene escuadras que mandar en auxilio de Centro América; muchos años pasarán antes de que la unidad política sea capaz de producir una acción material de conjunto; quizás para entonces ya ni estarán en uso las escuadras; pero lo que no necesita del concurso del tiempo, sino sólo del concurso de la conciencia, es la unidad moral que ya por sí sola es una fuerza invencible y la base de todos los demás poderíos.

Yo no dudo, por ejemplo, de que en un caso de peligro inmediato y grave la América española sabría encontrar maneras de acción colectiva, ejercitaría boicotajes y represalias; emplearía, en fin, todos los medios negativos que suelen poseer tanta eficacia como la agresión directa. Nos falta la disciplina que es necesaria para la acción colectiva, nos faltan los elementos de sistematización del propósito; pero, en cambio, poseemos el instinto, ese instinto que hace que aun hoy, después de cien años de caudillaje, de discordia y aislamiento, cada vez que en México se presenta un grupo de artistas argentinos, siquiera media docena de gauchos en un circo, el público los aplaude frenéticamente. En la Argentina son frecuentes las mismas ocurrencias. Todo esto vale muy poco para los que viven del presente. La mediocridad se entrega al presente; pero la juventud pertenece al mañana y a ella le toca desarrollar estos impulsos latentes, aprovechar estas energías que son fecundas, porque son energías de solidaridad y de amor. La generación a que yo pertenezco ha visto renacer el anhelo iberoamericano. Tanto ha crecido en nuestros días, que ya es de esos soplos que con-

tagian aun a los mismos que apenas los comprenden y que en ellos tendrían que perecer. Me refiero, por ejemplo, al caso de determinados tiranos de nuestra época que han hecho o hacen la propaganda iberoamericana porque está en el ambiente y porque ven en ella una manera de ensanchar la propia notoriedad: una manera de afianzar con remotos soportes de falso renombre una confianza que se va perdiendo en el interior. En otros casos, muévelos la vanidad que lleva a pensar en grande. Sea cual fuere el móvil, lo cierto es que eso distingue precisamente a los grandes movimientos del alma colectiva: el hecho de que engrosan su corriente fecundante con toda clase de elementos: los elementos turbios formarán el asiento de barro que facilita el deslizamiento de las aguas. Los esfuerzos claros darán esplendor a la corriente.

En resumen, lo que se puede afirmar, sin ningún género de duda, es que el aislamiento está roto y que la raza iberoamericana recobra la conciencia de su unidad y camina hacia la fusión espiritual y hacia la confederación política.

Y esto no es mas que un antecedente de sucesos todavía más importantes. No sólo se está formando, se está reintegrando un cuerpo político racial y continental, por encima de eso, y, como consecuencia de las características especiales de la época, podemos afirmar, procuraremos demostrar, que en la América latina se está iniciando un nuevo período histórico. Los fundamentos de esta afirmación no podría acabarlos de desarrollar un solo pensador ni en un solo libro; pero hay hechos incontestables y que no puede presentar iguales ninguna otra rama de la familia humana. Señalemos, para dejar claramente definido en sus raíces el ciclo que se inicia, los tres factores que están en obra, a saber: una tradición cultural española indígena, europea y americana; un continente deshabitado y prodigiosamente rico y una raza mixta,

producto de la mezcla, no de europeo con europeo, sino de europeo con indio, con negro, con chino, con todas las razas conocidas, la raza mixta total, el primer caso de raza positivamente universal.

Una empresa que requiere la colaboración de todos los pueblos de la tierra: he ahí lo que significa Iberoamérica; he ahí lo que servirá de asunto a las reflexiones que iremos desarrollando en estos ensayos sobre el asunto más fascinante de la realidad contemporánea. El comienzo de un ciclo nuevo en la historia del mundo.

CAPITULO II

LA TIERRA

Es posible que el hombre llegue a perfeccionar su dominio del medio físico a tal punto que las circunstancias climatéricas y geográficas dejen de ser un factor importante de su desarrollo y de su vida. Se puede concebir una época en la cual las comunicaciones rápidas, la población reducida a proporción racional y el bienestar extendido, permitirán a todos los hombres vivir como viven hoy unos cuantos privilegiados, algunos millares de sujetos y de familias acomodadas que pasan el verano en el Norte, en las playas frescas, y el invierno en la Costa Azul o en *Palm Beach*. Nada causa tan pobre idea de nuestra civilización contemporánea como mirar el mapamundi y ponerse en seguida a reflexionar en la imposibilidad absoluta en que la mayor parte de los hombres se encuentra de conocer, ya no digo todo el planeta, siquiera regiones distantes de aquella en que nace. Los grandes agregados humanos viven, como especie de moluscos, incrustados en su medio, incapaces de rebasarlo. Por mucho que los libros, los relatos y los diarios hayan logrado participarnos de la vida de todas las naciones, no pasa de ser todavía un saber teórico, vago, muerto, el que

920
MEN
BROWNING
AREA

tenemos aún de los pueblos que nos son vecinos. Viajar debiera ser un derecho inscrito en la Carta fundamental de todas las naciones. Cada habitante del planeta, por lo menos dentro de ciertos límites de edad, debiera disfrutar del derecho natural de transportarse gratuitamente o a muy poco costo de un extremo a otro del mundo. Tal cosa no deberá mirarse como un suplemento de la educación, sino como parte inalienable del destino individual y consecuencia de la vida misma: recorrer caminos, recorrerlos a pie y sentarse delante de los paisajes y perderse en los vericuetos de las ciudades complicadas y remotas. Un baño de mundo, tan necesario al alma como al cuerpo es necesaria el agua de mar, no debiera privarse a nadie de tomarlo. No poder viajar equivale a tener el cuerpo en cárcel. Dentro del corazón llevamos como un pájaro que periódicamente necesita volar. Los halagos concretos de cada excursión son meros pretextos y como si dijéranos el motivo social de nuestros viajes: el clima, la altura, los baños, meras razones del cuerpo que disimulan la causa profunda que nos pone en movimiento. ¿Habéis sentido la angustia, la inquietud infinita, el hastío mortal que se apodera de nosotros así que hemos estado pegados un sitio más de un año y no obstante que por azar os hayamos sentido muy felices en todo ese plazo? Es el pájaro interior, el alma volandera que nunca se satisface y hurga los panoramas, por ver si descubre la abertura del velo, el vano celeste por donde ha de escapar.

Si el hombre, desde que adquiere conciencia, ya en el mismo instante supera al planeta, no caigamos entonces en la obcecación de hacer el elogio exclusivo de la región que nos ha tocado habitar. Bella es nuestra zona, con todas las gamas del color, del sonido, de la dimensión y de la luz; pero bella es también cualquiera otra región del planeta; bello es particularmente todo el trópico en Asia, en el Africa y en la América; pero la contem-

plación sólo se satisface con la totalidad. Recordemos estas consideraciones generales, para que sintamos menos dominantes y hagamos menos estrechas las reflexiones que en seguida tendremos que formular sobre la importancia todavía poderosa del medio físico.

Y pocos medios físicos existen tan imponentes, tan bravíos, como el continente iberoamericano. Si comenzamos a estudiarlo por el Norte, después de cruzar el río Bravo y las líneas imaginarias, pero efectivas, de las fronteras nos encontramos con una vasta planicie árida, casi un desierto, salvo la cuenca fértil de Tamaulipas y la pequeña zona que nos toca de río Colorado, un hermosísimo río bárbaro, de paisajes desolados y grandiosos y corriente pesada de limo rojizo resbalando anchamente entre barrancos arcillosos y elevados. Desemboca en el mar que nosotros llamamos de Cortés, en recuerdo de la última hazaña del conquistador. Hazaña increíble: descubrir explorar y colonizar las Californias. El mar de Cortés uno de los más desiertos mares de la tierra, posee islas de salvajes y tiburones, y ballenas, y lobos marinos, y piratas, y peces de toda especie, y monstruos y leyendas prehistóricas. Atravesarlo es un deleite de navegante de la época homérica.

Vienen en seguida las tierras secas, pero fértiles, de Sonora, escasamente pobladas por una raza vigorosa, muy española en la capa blanca superficial, india yaqui en la capa rural, ambas sin muchas letras pero con capacidades latentes enormes. Los productos de esta zona también son castizos: garbanzos, naranjas, cobre. En seguida se encuentra el gran Estado de Chihuahua, de vastas praderas, en donde abunda el ganado, y paisajes soberbios de montañas y de bosques; el grueso de una serranía indomable; sitios abruptos y remotos de una belleza sublime; torrentes que se despeñan derrochando energías que mañana encauzará la turbina y alturas que sólo

egará a dominar la aviación. La raza es aquí sobria, sbelta, seca a lo castizo, con poca mezcla india, como asa también en todo el resto de la frontera Norte, a ausa de que esas regiones, deshabitadas antes de la conuista, fueron más bien colonizadas que sometidas. A lo rgo del río Bravo observamos el contraste: dos razas nezclan su aporte turbio, sus vicios, sus codicias. ero no todo es allí taberna y juego de azar, apetito y arra: también hay trabajo firme, trabajo de civilización, emental y rudo, pero alimentador y constructivo. ¡El anchero doma potros y siembra las tierras y vive alerta, lerta por la amenaza de la lucha, alerta por el estupor ue le causa el progreso fastuoso de la gran civilización ecina; el ranchero de tosca apariencia, pero imbuído del stinto de su tradición, mantiene en el pecho el temblor otidiano de la tragedia!

Bajando de las márgenes del río épico pasamos por la ran zona árida, por el extenso desierto que se prolonga asta San Luis y toca el Bajío, una zona que podrá harse productiva con obras de irrigación, pero que hasta hora sólo cultiva el oasis de la Laguna, región algodonera uy rica, y la otra faja de verdura en el desierto, regada or las aguas del río Conchos, por toda la zona de Santa osalía.

Hacia el oriente, por el Golfo de México, después de s fértiles llanos tamaulipecos de entre ríos, penetramos la zona tropical de las Huastecas, zona fabulosa que su subsuelo guarda los célebres yacimientos de petró-o; pero lo que está encima ofrece a la vista el más rtentoso panorama de selvas y ríos. Sobre el Pánuco cuerdo una puesta de sol. La naturaleza entera rever-ra en la ancha faja movible y poderosa de las aguas. as márgenes altas y apretadas de ramazones y de tron-s, animadas de pájaros y de flores, manigua tupida ue proyecta vitalidad y se prolonga por las dos riberas,

hasta donde la vista se fatiga, más poderosa y más impenetrable que el mismo fastuoso río. Conmueve la sensación de aquellas aguas milenarias, creadoras del continente ancho curso que se hunde en los bosques y se acrecienta en el distante confín. Y todavía más lejos, hacia el fondo se levanta como una gran muralla la serranía Oriental semejante a la estupenda masa de un Wallalah fantástico morada de Dioses bárbaros. Más aún, el edificio construído penosamente por los siglos, labrado por los vientos y las lluvias; recortado y magnífico, como amontonamiento de catedrales, levantadas por los elementos en honor del Dios Invisible...

Brincando otra vez para subir al altiplano, comenzamos a advertir la obra de los hombres. Nos detenemos en Saltillo y en San Luis, que con Durango marcan el comienzo de la cultura colonial, de la cultura hispánica consumada. No muy distante queda Monterrey, la ciudad de transición, hecha por mexicanos, pero de acuerdo con el tipo de vida industrial. Durango, Saltillo y San Luis, en cambio, nos dan la impresión de que hubo un instante en que las cosas llegaron allí a ser perfectas. Principalmente Durango y, sin embargo, Durango no es mas que una de las cien ciudades coloniales perfectas del continente latino. La menciono en particular, por ser ella la primera ciudad del Norte que posee el sello cabal de antigüedad noble, pero sin carcoma sino al contrario, con lozanía dispuesta a recomenzar bajo la frescura azul de los cielos. Es una ciudad alrededor de una plaza; alrededor de dos o tres plazas, pero con una plaza principal que es su corazón. Esta ley de la ciudad española de América marca como la estructura toda del Estado. En la plaza se juntan la Iglesia el Cuartel, el Cabildo. Clero ejército y ciudadanía los tres poderes que después han de emprender lucha intestina. Pero la perfección del arreglo de una ciuda

conforme a una plaza central no la alcanzan ni algunas de las grandes capitales europeas. Y, sin embargo, ella es condición esencial de la contextura de una urbe. Recuerdo por ejemplo la impresión penosa que me causaba Viena, y tomo este ejemplo para aprovechar de cierto contraste y para dejar más claro mi concepto. Admiraba yo en Viena los enormes palacios, las avenidas espaciosas, las perspectivas extensas; pero buscaba algo como un centro de donde partir; buscaba el punto de convergencia, y aunque hay varios puntos de convergencia del movimiento de una gran capital, y aunque hay muy fastuosos palacios circundados de jardines, que constituyen como puntos de referencia, sin embargo yo advertía la falta como de una pauta y no entendía, no me sentía en la ciudad. Recordé que Madrid también da un poco esa impresión de que no sabe uno dónde está el lugar a donde ir. La simpática plaza que es más bien paradero de la Puerta del Sol no es digna de la opulenta Metrópoli. La antigua plaza de Felipe Cuarto, con sus portales en cuadro, ha quedado fuera del movimiento, por lo mismo que está encerrada, y la nueva plaza del Palacio Real más bien parece una dependencia del Palacio, y la ciudad misma está sin entraña. Y eso pasa en Viena con los hermosos jardines que rodean el antiguo palacio de los Habsburgos; podrían convertirse en plaza, pero están en su mayor parte rodeados de verjas que los cortan de manera irregular y atravesados de calles asimétricas y son, en fin, lugar de tránsito o sección de recreo anexa al palacio. Haciendo estos cotejos y reflexiones, pensé que la causa de mi desasosiego en tales ciudades se encuentra en la violación que ellas han hecho de una ley de construcción de urbes que se revela impecable en la arquitectura cívica iberoamericana. Ciudades las nuestras a la andaluza, a la italiana, que comienzan por poseer, desde que fueron aldeas, el gran cuadro normativo de la plaza principal, a cuyo alrededor se levantan la casa del

Ayuntamiento de un lado y del otro la Iglesia, parroquial o la Catedral y en los costados galerías con soportales para el paseo y para el comercio. En el centro un parque lugar de reunión general; templete para la banda militar pasarelas exteriores y diagonales con bancos para los desocupados, para los enamorados, para las tertulias interminables de los genios en ciernes que meditan poemas y discuten la creación. Por el interior del jardín, entre los follajes nunca muy altos, siempre floridos, uno que otro paso, mal alumbrado y fragante, donde los novios se buscan para el primer beso y por los extremos del cuadro en los andadores más anchos, mucho espacio para caminar gallardamente al son de los aires marciales que llenan el pecho de anhelo.

A la plaza se va por las tardes a la tertulia y a la plaza acuden las mujeres por la mañana después de asistir al templo. Y así que la ciudad crece ya no hay tertulia ni paseo, pero siempre en la plaza se reune el pueblo entero los días de festejo y los días de motín y de la plaza parte el tráfico y de allí recibe impulso la vida entera de la ciudad. La circulación de los vehículos, las perspectivas las rutas, todo convergiendo a un centro. De ahí que una ciudad sin plaza principal es ciudad sin corazón... ¿De dónde nos vino a nosotros esta dádiva de nuestras ciudades que ostentan una plaza como la víscera fundamental de su múltiple estructura, plaza que gobierna el crecimiento, aun allí donde ese crecimiento es desmesurado, como en Buenos Aires o en la capital de México? Caminando por Andalucía yo me convencí de que de allá nos viene ese concepto de biología arquitectónica y de norma de belleza irreemplazable; recorriendo otras veces Italia, por ejemplo en Bolonia, se ve patente el origen de nuestros clásicos soportales de cada pueblo iberoamericano. Arcadas y columnas macizos y cúpulas; quien así ha entendido desde pequeño la vida urbana no se resigna ni delante del esplen-

dor de las grandes Metrópolis si les falta el ancho centro de armonía a donde convergen las palpitaciones del ser multicorpóreo y poliestructural que constituye toda urbe.

Nace, sin duda, semejante disposición arquitectónica del espíritu que anima a los constructores de la ciudad; las ciudades que son verdaderas ciudades son obra del vecindario; hogar de hombres libres y relativamente iguales y ellos y las construcciones son como un todo armonioso. La ciudad medieval, en cambio, cuyo tipo prevalece en Europa, no pudo ser así; la ciudad feudal no es obra del vecindario, sino un agregado de castillos de grandes señores. Alrededor de los castillos hay jardines; algunos todavía se conservan cerrados porque no eran sitio de recreo para la ciudad, sino deleite exclusivo de uno o de varios hombres. La multitud carecía de solar propio; no tenía ni su jardín ni su plaza, ni tenía derecho a congregarse: era la gleba supeditada al palacio del señor. En otras ciudades europeas de esta época son las Iglesias las que forman núcleos y centros; menos malo que el caso del palacio señorial, porque una soberanía divina no humilla como una soberanía humana, pero todavía impropio de la estética de la ciudad como ciudad. Las grandes catedrales colocadas en las más ventajosas alturas, sirven de apoyo o de punto de referencia al caserío adosado, dependiente del gran edificio. Así son las ciudades góticas; las ciudades españolas del Norte o las ciudades germánicas o normandas son combinación de castillos e Iglesias.

La verdadera arquitectura cívica moderna procede probablemente de las ciudades italianas como Florencia o Venecia; en Italia y en España en las ciudades comunales se define el tipo de la urbe que tiene por entraña, ya no la casa del gran señor, ni el Templo, habitación de Dios, sino la casa y el sitio de todos; el foro antiguo, la plaza pública.

En nuestra América el fenómeno desde el principio se ha manifestado con toda precisión; las Metrópolis de nuestra

América, en toda la América, son el hogar y el recreo del Demos, pero el clima influye para establecer diferencias. En las Metrópolis yanquis son más bien los grandes hoteles modernos—el castillo de la democracia sostenido con las cuotas de mil habitantes de paso—más suntuoso que todos los castillos señoriales; tal es el punto de referencia y el lugar de distribución del tráfico. Necesidad tal vez de buscar sitios abrigados de reunión, ha hecho que la plaza no prospere como institución, pues allá las plazas son simples parques de recreo. Quizás también el frío explica que la gran plaza de la Concordia de París nunca haya logrado constituirse en corazón de la antigua Metrópoli latina. Crucero de Avenidas, simple espacio desde donde se contempla el acaramelado neoclásico que llena casi todas las perspectivas en aquella célebre ciudad, de arquitectura tan pobre y académica como la de Viena y también como Viena salvada a veces por una que otra isla gótica que se conserva en medio del mal gusto de los barrocos y los Imperios.

Buenos Aires no es así, Buenos Aires es una ciudad sin grandes obras de arquitectura, pero conserva la tradición iberoamericana de las plazas que son centro de vida y de movimiento; por eso Buenos Aires impresiona como una ciudad con corazón. Lo mismo puede decirse de México y de casi todas las ciudades iberoamericanas grandes o pequeñas; casi todas están organizadas conforme al alma del Demos, conforme al propósito evidente de nuestra civilización que es una civilización para beneficio de todas las gentes y todas las castas.

He mencionado la palabra arquitectura y en seguida veo que no se puede describir físicamente a Iberoamerica sin hablar de arquitectura. En efecto, el ingenio nativo y el arquitecto español han creado entre nosotros un estilo peculiar tal y como el Norte de Europa ha creado el gótico y como Grecia creó el clásico. El colonial iberoamericano tiene sus orígenes en el manuelino portugués, en el patio

arábigo andaluz, en el plateresco castellano; en el renacimiento de Italia, interpretado por el sólido temperamento de Herrera. Los frutos de nuestro estilo son ricos y tan fecundos que para hablar de nuestra arquitectura es preciso regresar hacia el Norte, ya que del colonial español procede el estilo misión, sin duda el más bello de los que han aparecido en la América sajona. Las Misiones construídas por la cultura española en el corazón de la Alta California dejaron entre tanta semilla civilizadora de aquellas soledades un tipo de construcción macizo y sobrio, hecho de grandes masas, de muros en cerco que servían para proteger el cultivo y la morada y el templo... Dentro de aquellas estructuras armoniosas y sólidas se refugiaron los primeros gérmenes de nuestra civilización que allí dentro resistía los asaltos armados de las tribus salvajes y allí dentro también cobijaba a los sometidos y lograba asimilarlos. Grandes muros en cerco y casa de uno o dos pisos, sombreada de arquerías gloriosas; techumbres altas sostenidas por maderos que todavía guardan el aroma de los bosques nativos y por encima, rematando las sobrias líneas y dándoles sentido espiritual, una bóveda que se alza sobre naves y se ampara del campanario macizo y vertical. Dentro de éste, las primeras esquilas deben haber conmovido el ambiente con una especie de revelación; la llegada del espíritu para despertar de su sueño a las bestias y para hacer resplandecer los montes, los campos y los cielos, las cosas todas del desierto. Santa Bárbara, San Juan de Capistrano y Monterrey, todavía son lugares de peregrinación, modelos de fábrica hermosa, germen de modernas arquitecturas feéricas; semilla todavía fecunda, plantada en la lejanía por el misionero y por el indio; obra, acaso la primera, de ese híbrido, discutido mestizaje que es el factor dominante de lo iberoamericano.

Gracias a aquel esfuerzo secular se puede ver aún, en la zona donde se tocan las dos culturas, que si del Norte nos

ha venido la máquina y la gran industria, el Sur también ha podido desbordar hacia el Norte, imponiendo sus estilos de arquitectura. Desde hace cincuenta años los yanquis son el único pueblo de la tierra que realmente construye edificios; para hacerlos, como era natural, se han inspirado en todos los antecedentes de la arquitectura mundial y han ensayado todos los estilos. Al principio los arquitectos yanquis no hicieron sino copiar lo europeo y más particularmente lo gótico, que desde luego juzgaron más adaptable a sus temperamentos de nórdicos. El *Woolworth Building*, la Universidad de Chicago, un sinfin de edificios magníficos podrían señalarse como reproducciones y renovaciones del gótico en el Nuevo Mundo. Pero el estilo no logró imponerse ni en el Norte mismo, sin duda porque este continente posee maneras autóctonas que se manifiestan imperiosa y fatalmente. La primera oleada de inspiración autóctona se originó, como se ha dicho, en el Sur de los Estados Unidos y tomó como punto de partida el churriguera mexicano. Pero Nueva York seguía buscando su tipo de edificio. El rascacielos imitó la torre gótica y ensayó la pirámide; intentó también la superposición de las masas, a la manera bárbara de las estampas asirias; pero nada de esto cuajaba, el nuevo estilo no llegaba a conformarse. Fué necesario otro soplo del Sur; otro aviso de las almas que hace miles de años hicieron cultura en el Nuevo Mundo. Se necesitó del genio maya para acabar de construir Nueva York. Y así de inspiración maya, según lo ha declarado el principal constructor de la nueva manera arquitectónica de Nueva York, de la torre maya procede el *step in*, la serie de terrazas que se escalonan como agrandando el cielo. La recién hecha *Park Avenue* ha dejado fijado con el nuevo estilo la estructura autóctona de los grandes edificios del continente.

Pero la arquitectura de las misiones de California y de

Texas no es otra cosa que una expresión remota y provinciana de un arte mucho más rico. A medida que bajamos al Sur las estructuras se complican y perfeccionan y agrandan. La catedral de Chihuahua, por ejemplo, se levanta en medio de una ciudad que no acabó de construir la Colonia y que ha quedado, por lo mismo, abigarrada con edificios bancarios modernos a lo Kansas y avenidas sin concluir, pero en el centro, la linda Iglesia churrigueresca anuncia al viajero los límites de la región civilizada del Sur. En esta Iglesia se inspiraron los intrépidos arquitectos yanquis, que en testimonio de gratitud la han copiado íntegra en aquel jardín de ensueño que perdura esplendoroso entre los bosques y las barrancas de San Diego de California: el jardín Balboa.

Sin embargo, todavía Durango y Chihuahua y Monterrey no son sino avanzadas de un estilo que tuvo su cuna activa en la región fértil de lo que se llama el Bajío sobre el altiplano de México. La zona arquitectónica se prolonga hasta las regiones mineras de Zacatecas y Guanajuato y a las zonas agrícolas de Jalisco y Michoacán.

La montaña, al combarse en el lomo de las serranías, al levantarse en los picos, iba dejando la muestra de lo que debían ser a la hora de la cultura las catedrales y las incontables Iglesias de torres áureas y cúpulas de oro reverberante. Los orígenes de este arte pueden trazarse, según ya se ha dicho, en Europa; pero él adquiere una fisonomía propia y una belleza incomparable en el medio colonial de la Nueva España. Alrededor del templo florecen la escultura y el lienzo pintado desde Guanajuato hasta Oaxaca y pasando por Puebla. Esta ciudad, el mayor tesoro artístico de toda la América, y la región de Cholula, rica en más de doscientas iglesias, marcan el centro de nuestra creación arquitectónica. La célebre iglesia de San Antonio Ecatepec, por ejemplo, que no tiene igual en el mundo, muestra en la fachada tableros de azulejos relu-

cientes, rosetones de piedra labrada, torres airosas y armonía de ensueño. El interior profusamente labrado y dorado en el rico estilo del churriguera mexicano, deleita con su talla complicadísima que apoya y levanta al cielo frisos y columnas por donde suben imágenes de bulto, telas al óleo y mantos de talla esmaltados de rosa y azul que encubren la esbeltez de las madonas y las procesiones de querubines; aquello parece un *allegro* de Bach cuajado en molduras de oro y en ramazones policromadas y en estatuaria que tiembla de ritmo divino.

En la iglesia de Tepotzotlan, en la capilla de los remedios de Puebla, en Acatepec,, en la capilla del Rosario de San Luis, en Santo Domingo de Oaxaca, en el altar de los Reyes de la Catedral de México, en veinte o treinta monumentos incomparables se conserva este arte que interesará al mundo el día que logremos ponerlo de manifiesto. Provocará entonces una nueva corriente, acaso una nueva interpretación de toda la arquitectura.

Pero no concluyen en el altiplano los prodigios de la importantísima arquitectura churrigueresca—usemos el nombre desprestigiado, no importa—; no ignoramos que un sinfín de criticos que no han visto el churriguera en México y que además no tienen inconveniente en elogiar el feísimo barroco europeo, se ocupa como de paso y con desdén del churriguera español, que es bello, pero tiene además el mérito de haber engendrado el churriguera americano.

No todas nuestras construcciones son churriguerescas; tenemos también ejemplares numerosos de plateresco y barroco, modificados lo mismo que el churriguera y adaptados al nuevo ambiente; y tenemos en algunos de nuestros mayores monumentos, como la Catedral de México y el Palacio de Minería, solemnes ejemplares del vigoroso Renacimiento español; pero todo esto adquiere no sé qué unidad, a pesar de las distintas épocas y las variantes de

cada estilo. Tal homogeneidad, sin duda procede del contraste de la planicie con la montaña, todo henchido de claro sol y en un ambiente traslúcido que impone la sinuosidad melodiosa de la línea.

Dentro de esta vasta producción arquitectónica, que sería digna de un nombre genérico propio—por ejemplo, arte mestizo, puesto que a él concurren no sólo los elementos de las escuelas europeas, sino también las reminiscencias de la grandiosidad tolteca y la profusa decoración tropical de aztecas y mayas—, dentro de este arte mestizo se distinguen dos tipos cuyas peculiaridades dependen, más que de otra cosa, del clima. Pues no sólo en México, en todo el continente una es la construcción del altiplano frío y otra distinta, aunque comprendida en el mismo género arquitectónico ya señalado, la construcción de la tierra caliente. A tal punto que se parecen más, iglesias de Quito en el Ecuador y las de Córdoba de la Argentina a las iglesias de Morelia o de Guanaguato que las mismas iglesias del altiplano mexicano y las iglesias de Orizaba, que ya quedan a sólo mil metros sobre el nivel del mar, o las de Veracruz y La Habana. Y ni siquiera el Brasil escapa a la regla que indico, pues hay una marcada semejanza entre las construcciones de Guanaguato y las de Ouro Preto, que está en el altiplano brasileño, y a su vez las iglesias de Ouro Preto contrastan con iglesias que pueden verse en ciudades apartadas del Estado de Río Grande do Sul, iglesias estas últimas de una nave y una torre con su palmera al costado, que bien podrían tomarse por parroquias del trópico mexicano, de Tlacotalpam o de Valladolid de Yucatán.

La característica de la construcción tropical, que se conserva semejante desde las costas de México hasta las de Colombia, pasando por las Antillas y comprendiendo Bahía del Brasil, es cierta pesadez majestuosa de la construcción: naves anchas, con bóveda de cañón, todo

románico o más bien herreriano. Los antecedentes del estilo están en Sevilla. Los campanarios son elevados y macizos, y el exterior pintado en los colores más vivos—color de rosa fuerte—combinado con azulejos de Orizaba; azules violentos de Veracruz y de La Habana; rojos atrevidos, como en Valladolid; amarillos más pobres en otros sitios y todo apretado, veteado de moho y tachonado de musgos verdes, si la construcción es de buena piedra de cantería dorada como en Cuernavaca, o comido de humedad y manchado de gris y de negro si como ocurre generalmente los grandes muros depedacería de piedra y ladrillo, están recubiertos con aplanado de cal. La estática noble de estas construcciones contagia de reposo al ambiente. El sentido de la vida deja allí de ser trivial. La poesía late en cada contorno; la fuerza entera de una estirpe ha dejado en ellas una expresión perdurable. El aspecto común de toda esta arquitectura no es europeo, no obstante el origen inequívoco de los factores aislados; el conjunto más bien tiene un aire oriental, un dejo de mezquita. Aunque hay no sé qué signos de muerte en lo asiático que no se encuentran en lo nuestro; todo lo contrario, esta arquitectura iberoamericana incita a seguir construyendo y a desarrollar sus motivos! De ella están saliendo estilos nuevos, y mientras el gótico está muerto y los demás estilos clásicos parecen condenados a la repetición estéril y confusa de los mismos elementos, el nuestro aparece como el único tronco capaz de dar brotes nuevos; de allí tiene que salir, por lo menos, la arquitectura de nuestra civilización iberoamericana.

Decíamos que cambia el aspecto de la arquitectura cuando se pasa del altiplano a la costa. También la naturaleza cambia y aun el tipo de la raza se modifica.

Todo cambia al bajar. Sobre el altiplano, en los valles fértiles, ricos en trigos, maíz y en las célebres minas de oro y plata, se han congregado los mayores núcleos de

población. Se ha afirmado que la raza blanca busca instintivamente el altiplano porque no soporta el clima de la costa. No es exacta la afirmación porque Campeche, por ejemplo, es de población casi totalmente blanca y en Veracruz y en La Habana y en Puerto Rico abundan los blancos. En cambio, hay muchos indios, desde los aztecas de la época de la conquista hasta los otomies de nuestro tiempo, que no toleran y enferman en el clima del trópico. Lo cierto es que al altiplano se han ido los mayores núcleos de población porque allí el clima es templado, y la civilización contemporánea no conoce otra cosa que los cultivos y las industrias y las maneras de vida del clima templado. Sólo esta incapacidad común a todo el maquinismo y a toda la cultura contemporánea explica que vivan pobremente, gravitando sobre las tierras exhaustas de tantos lugares de la altiplanicie, gentes que se enriquecerían, si se hallasen los medios de facilitar la explotación de los tesoros incalculables que contiene la tierra caliente de Oaxaca, de Chiapas y de Tabasco, y más al Sur de todo Centro América. Esto explica también la escasez de nuestra población: quince millones en México, alrededor de ocho millones en Centro América, dentro de una extensión vastísima; pero temporalmente inhabitable en sus más ricas secciones.

Altiplanos semejantes a este de México se encuentran en Colombia y en Venezuela, en el Ecuador, en el Perú y en Bolivia. Representaos el panorama de llanuras espaciosas asentadas sobre grandes pirámides truncadas. Sobre la Sierra Madre y sobre los Andes se extienden vastísimas mesetas de clima templado y aire ligero, surcadas de cordilleras fértiles para el cultivo y decoradas de bosques. Alrededor, por los flancos y los desfiladeros, por las pendientes bruscas o suaves; a medida que se baja hacia la costa ardiente, todos los climas, todos los cultivos, todas las plantas. Grandes dificultades de comuni-

cación, es cierto; pero, ¿no esta allí mismo el procedimiento para acortar las distancias, para levantar los pesos, para poner en movimiento y en producción los desniveles y los contrastes? Me refiero a las aguas que suben con los vapores marinos, llueven sobre el altiplano y descienden resonando por las cañadas. No hay en el mundo regiones más ricas en la potencial energía de descenso de que hablan los físicos: la energía de la corriente de agua que cae; la más eficaz para ser convertida en potencia que sirve a la industria del hombre. Imagínese quien pueda hacerlo la visión de magia de un futuro en que las corrientes trabajen sobre sus turbinas y en que las zonas tórridas tengan roturada la entraña por el cultivo humano, y se verá que no es fantástico afirmar que la América nuestra es la única esperanza de una nueva era de la historia humana.

Conocida es la riqueza antillana; recordemos lo que nos han dicho ya los geógrafos: que, por ejemplo, en Tabasco, tierra de aluvión construída por los siglos con los aportes ininterrumpidos del Grijalva y el Usumacinta, hay una capa vegetal acaso la más gruesa del planeta, una capa vegetal de cincuenta metros de espesor y ríos que acarrean materiales que producen la invasión del mar y que sensiblemente van agrandando el continente.

En seguida Centro América es una selva virgen, llena de misterios y de poesía, desmontada apenas en las inmediaciones del mar. Ella sola posee recursos para constituir una gran nación y una gran nación que con Panamá está destinada a eje del mundo futuro. Una especie de Constantinopla del porvenir, más populosa que la antigua, tendrá que surgir en alguno de esos lugares. Luego las costas de Colombia con las de Venezuela, reproducen o multiplican la feracidad del Golfo de México y la feracidad antillana; los productos son los mismos que los de México: petróleo, café, cacao, frutas, maderas, y

en las llanuras altas, lo mismo que en las de México, ganados, cultivos, posibilidades de civilización de clima templado. La entrada de toda esta jungle es el Magdalena. Más al Oriente, desemboca el Orinoco, uno de los ríos mayores, y todavía más allá, el Dios Amazonas, el río máximo del globo.

Hacia abajo se extiende la Amazonia de Humboldt y de Constantin. Ya no aquella misma, sin embargo; ya no aquella Amazonia de belleza fascinante, pero terrible, donde la selva esconde la lucha salvaje de los insectos, de las bestias y de las mismas plantas que viven devorándose unos a otros. Ya no la fuerza colosal desenfrenada de las avenidas que periódicamente alteran las márgenes, arrastrando zonas cultivadas, animales de labranza, casas y gentes. Ya, sobre todo aquel caos, asientan su planta firme Manaos, y para testimonio indiscutible de que el hombre comienza a imponer su norma sobre aquellos elementos. En este principio de dominación reposa la confianza de que son aquellas las tierras del futuro. Sobre toda esta Amazonia que comprende desde el Atlántico hasta las estribaciones de los Andes, sobre Colombia y el Ecuador y Perú y Bolivia, se irá derramando la humanidad a medida que la ingeniería y la química y el esfuerzo sistematizado acaben de consumar esa conquista que ha de transformar la historia del género humano, la conquista mil veces más fecunda que las conquistas de la guerra: la conquista del clima cálido. Dentro de la Amazonia hay todos los recursos que la tierra y el agua y el sol pueden procrear. La última era del progreso humano podría desde hoy denominarse el período amazónico. Se caracterizará por el concierto de la mayor suma de elementos naturales con el desarrollo de las máximas capacidades de la mente y de la técnica. Una vez consumada esta proeza mágica, que ya nuestra ciencia vis-

lumbra como perfectamente factible, el dominio del resto del planeta será cosa resuelta.

Pero la Amazonia no es sólo la gran selva virgen, los ríos de caudal inmensurable y las vastas soledades del corazón de Sudamérica; no sólo las deltas que vienen al Caribe arrastran fecundidad capaz de alimentar al planeta; la Amazonia se eleva un tanto, se eleva hasta poco más de mil metros por el Sur; por la región de Minas Geraes y esta elevación bifurca las corrientes, haciendo que una parte del caudal pluvio-métrico más copioso de la tierra se derrame hacia el Sur, por el cauce de los ríos de Paraguay y de Paraná y de la Plata. El caer de estas corrientes engendra otro de los factores estupendos que contribuyen al milagro de esas tierras de la verdadera promisión. Me refiero a los saltos del Guayra y del Iguazu, para no citar sino los dos principales, y recuerdo que el Iguazu es capaz de producir tres veces la energía eléctrica del Niágara y el Guayra contiene un cincuenta por ciento más de caballos de vapor que el Iguazu. Por otra parte, la fertilidad de las regiones circundantes es tan intensa que no se puede ni calcular su producción. Se ve, por lo mismo, que esos grandes centros industriales que ya han comenzado a producir, desde locomotoras hasta jabones, en la región brasilera de San Paulo, grandes como son ya, no representan, sin embargo, sino el principio de un industrialismo que fácilmente llegará a superar a todos los centros de producción contemporáneos. Del trópico saldrá, pues, del trópico amazónico saldrá, no sólo la gran producción agrícola, también la gran industria. Yo sé que no faltan gentes, aun entre los que habitan aquellas mismas regiones cercanas al futuro centro de la cultura, gentes que siguen creyendo que la civilización tal como hoy la entendemos no puede prosperar mas que en el clima templado y dentro de la manera espiritual que alienta en la carne blanca;

pero los que así opinan, que todavía son muchos, me recuerdan la metáfora bíblica, los veo como estatuas de sal que no tienen ojos mas que para el pasado y están dando la espalda al porvenir. Todos esos ingenios que en Montevideo y en Buenos Aires y aun en México mismo —porque la mayor zona actualmente habitada de México es templada—se complacen en sentirse europeizantes y niegan el destino del trópico no son en verdad sino testimonio de la fecundidad de la mujer de Loth, cuya casta reaparece multiplicada. En efecto, por rica que sea la pampa con sus trigales y sus ganados, no es ni siquiera comparable a la región titulada de Misiones y al Chaco, que son ya como lindes de la gran Amazonia. Decir esto no implica desdén por las llanuras fértiles que por sí solas bastan para hacer una gran Argentina; pero una nación grande dentro de los términos de comparación de la época, nunca comparable a lo que será el continente entero cuando la Amazonia haya hecho la utilización de sus recursos.

Y queda todavía al Sur, la Patagonia inexplotada, fértil y de subsuelo rico en yacimientos petrolíferos, y queda la región andina de Bolivia y de Chile y Perú, donde hay metales preciosos en cantidades que todavía no se acaba de precisar, y otra vez la región de Minas Geraes, que posee hulla y hierro bastantes para surtir las necesidades de la industria del planeta. También por el lado occidental es menester mencionar la región de los lagos chilenos, bellísimos lagos y magníficas montañas, abrigados puertos, todo lo que hace falta para asegurar la prosperidad en los tiempos que corren y clima frío o templado, desde Santiago y Montevideo y Buenos Aires hasta el Sur, para los que quieran contemplar desde la retaguardia la magnífica lucha que la civilización maquinista emprenderá contra la soberbia aun no domada de las regiones tórridas. Mencionemos, para terminar, la

región del Neuquen en la frontera meridional de Argentina y Chile, llena de clásicos paisajes para los soñadores que han menester de paz, belleza en tono menor, después de los *allegros* que fatigan el aliento en el trópico y en las tierras andinas.

Los geógrafos han solido poner un reparo al futuro de continente, haciendo observar que carece de puertos de mar en la cantidad que por ejemplo ostenta el continente europeo. Y se da como una de las condiciones del gran desarrollo económico el hecho de poseer litorales quebrados, llenos de salientes y entrantes como los ya indicados de Europa o como el litoral de la Nueva Inglaterra y hasta Nueva York y el Potomac. El mar todavía es factor que cuenta en la vida de las naciones. No se puede negar esta desventaja del continente austral, no obstante que contiene la Bahía de Río Janeiro, la mejor, la más extensa y la más bella del mundo, y grandes puertos como Buenos Aires. Pero ante esta limitación, como delante del obstáculo de la selva tropical, hay que oponer la misma reflexión ya indicada de que estas tierras iberoamericanas poseen ese conjunto de ventajas y desventajas cuyo equilibrio ha contribuído a mantenerlas en estado de reserva, hasta en tanto que los hombres fuesen capaces de emprender en grande su explotación. Ese instante no llega aún; pero está ya próximo; al grado de que ya se le siente avanzar. El gran desarrollo de la América latina tiene que coincidir con un período de grandes adelantos en la ingeniería. Ningún otro territorio ofrece mayores alicientes al espíritu de empresa y al genio vencedor de los elementos. Lo importante entonces es hacer notar que las desventajas de nuestro territorio son subsanables. Se concibe sin esfuerzo que para una ingeniería adelantada y provista de grandes cantidades de fuerza de trabajo la tarea de hacer puertos, de trazar caminos de hierro, de pavimentar carreteras y sanear

ciudades y campos no tiene nada de quimérica. En cambio, las ventajas indiscutibles, incomparables, que el continente ofrece en recursos, en capacidad de producción, en potencialidades de todo género no los contiene iguales ninguna otra zona del globo.

Mil circunstancias perfectamente reales contribuyen a hacer de estas tierras la única tierra de seguro porvenir. Yo no creo mucho en el altiplano como tierra de vitalidad. Un altiplano como el del Tibet, agotado ya, exhausto hasta de briznas de hierba, no se concibe sino como sitio a propósito para esa momificación del espíritu que se llama el lamaísmo. El altiplano nuestro, en cambio, por más que haya sido gastado por incas y aztecas y españoles y criollos; por más que haya sido talado en sus montes y agotado en sus vetas minerales, no está muerto ni puede llegar a estarlo porque tiene cerca, a un salto de chorro de agua, a un solo vuelo vertical de un aeroplano o de un ave, la costa fértil, la selva de palmeras y el mar, que eleva sus vapores para continuar el juego milenario de las nubes y los truenos y las tempestades y las lluvias. No hace falta sino captar esas aguas que hoy escurren inútiles desde la altura prodigiosa de dos o tres mil metros y otra vez hasta el mar; captarlas, canalizarlas para regar la tierra y para mover las dinamos y entonces el mismo altiplano pobre de hoy se convertiría en edén. A ello debe estar llamado si reflexionamos en que la belleza no puede ser sino signo de una manera de vitalidad presente o futura, pues no hay en toda la tierra contornos, ni perspectivas, ni diafanidad comparables al panorama de las mesetas americanas.

Así, pues, aun las regiones altas que son relativamente pobres poseen la reserva de su porvenir, a causa de que están situadas en medio de la región próxima a despertar, la región del trópico que ha de envolverlas en sus explosiones inmensas. He aquí por qué, aun en la más

árida meseta iberoamericana, palpita ese temblor d esperanza, esa aurora de futuro glorioso que en van buscaríamos en otros sitios de la tierra.

*
* *

Una simple ojeada al mapa de la América latin bastará para convencernos de la naturaleza extremada mente compleja de nuestros problemas. Una combinació confusa de climas, latitudes y elevaciones; una multitu de razas que todavía no acaban de fundirse; una seri de culturas que van quedando como las capas geológicas sobrepuestas unas a otras sin mezclarse, sin que una cul tura determinada se derive de la anterior y le herede su recursos. Al contrario, después de cada período histórico una especie de cataclismo que borra hasta las más arraiga das tradiciones, y en seguida la nueva tentativa sobre e vacío, a tal punto que cada vez hay que comenzar po los elementos de la civilización, por las bases mismas de edificio. Pues ni los cimientos más sólidos han resistid entre nosotros a ese doble ritmo de cataclismo que h sido la ley de nuestra historia: terremotos en la tierra y dispersión en la historia; desaparición total de cada una de las grandes culturas pretéritas.

De tal suerte entre nosotros el ritmo del contraste e la ley de nuestro desarrollo.

Volvamos a nuestro mapa:

Observemos que es fácil señalar, por lo pronto, tre regiones geográficas perfectamente bien caracterizadas Tenemos por los dos extremos del continente, por el Nort y por el Sur, grandes extensiones de tierra fértil regada por anchos ríos y hecha de planicies que se mantiene casi al nivel del mar; después, en el Centro y en toda l dirección occidental, se levantan las sierras que forma la región del altiplano que va desde California hast Chile. Tres grandes divisiones que han creado, por una

parte la naturaleza y por otra la historia. Pero es necesario distinguir ya no sólo tres, sino cuatro zonas diferentes, a cual más importante para nuestro desarrollo. Estas cuatro zonas son: La tierra baja y el altiplano. La tierra baja se subdivide en dos secciones, la del Norte, habitada por los sajones y que comprende desde Quebec y Montreal hasta la Carolina del Sur y hasta Texas, y la del Sur, habitada por los latinos, y que comprende desde San Paulo hasta la Patagonia. En el Centro está la zona tropical que abarca desde la Florida y las Antillas y la costa mexicana hasta la región amazónica. Para distinguir todavía con más precisión cada una de estas zonas, pintemos en nuestro mapa cuatro grandes aguadas; por ejemplo, un color rosado para la tierra baja sajona, desde el Canadá hasta antes de la Florida; un amarillo de oro, para todo el altiplano que está más cerca del sol, desde Nuevo México hasta Bolivia; un rojo subido, para toda la región tropical que formaría una faja irregular en el Centro; irregular por que dentro de ella viene a incrustarse el altiplano de Colombia y de México; el rojo vivo se extendería, sin embargo, por las regiones bajas desde Florida hasta Guayaquil y Paita y por el Oriente, más allá de Bahía, y finalmente tendríamos que usar de una pinta verde para señalar la pampa, la tierra baja de los latinos del Sur.

Trazado y pintado de tal suerte nuestro mapa, veamos en seguida la semejanza estrecha de las zonas verde y rosada, territorios casi idénticos en clima, cultivos y formación geológica. Sólo la diferencia de las razas que los pueblan, el hecho de ser sajona la civilización nórdica y latina la del Sur, justifica la diferencia de color de nuestra carta. Las diferencias se vuelven más radicales cuando comparamos la tierra alta con el trópico.

Del trópico se podría decir que es un eden reservado para hombres de mayor capacidad que la nuestra.

Pasemos a la cuarta región americana, a la región más conocida y más probada, la región tradicional del altiplano. Por arriba, la serranía; por abajo, el calor; por todos lados, la amenaza del terremoto y de la innundación, y sumado a todo esto los conflictos de raza y de historia que cada época ha ido acumulando sobre nuestro destino. ¿Qué otra raza ha tenido que desarrollarse en circunstancias más excepcionales y difíciles? Por lo pronto, nuestras civilizaciones han tenido que refugiarse en la montaña. Desde el Potosí de Bolivia hasta Zacataecas y California encontramos a nuestros antecesores dedicados a la minería. Después de consumada la conquista, la población entera del altiplano se dedicó a extraer de las vetas del Nuevo Mundo el oro y la plata que trasformaron el sistema económico de la humanidad. El laboreo de las minas era en aquella época una aventura tan riesgosa y aleatoria como las expediciones y combates que acababan de librarse para el descubrimiento y la conquista del territorio. Conquistas, descubrimientos, exploraciones de zonas desconocidas de la superficie terrestre y posteriormente sondeo de la entraña del globo para arrancarle tesoros; tareas todas de aventurero; tareas inciertas y prodigiosas que naturalmente han dejado su huella en el ánimo de nuestra gente. Quien se acostumbra a vivir de la aventura, necesariamente desarrolla determinados rasgos de imaginación y de arrojo indispensables para el actuar cotidiano. Pero estas mismas cualidades de excepción dañan el carácter en otros sentidos. Lo habituan a esperarlo todo de lo imprevisto. De allí que nuestra psicología sea como la del jugador; jugamos a la riqueza y jugamos con la vida y nos mantenemos en una suerte de constante actitud de apuesta. En México, por ejemplo, cada vez que las circunstancias obligan a tomar partido y ya que no podemos aplazar la decisión, nuestra gente exclama, con un ligero alzamiento de hom-

bros: «A ver qué sale» y se lanza a obrar. En esta frase, que parece una provocación a la fortuna, se revela una mitad por lo menos de nuestra compleja idiosincrasia. Tal es quizás también la actitud inevitable que impone al hombre la montaña, ese otro elemento, como el calor tropical, todavía incontrolable. Emoción de azar, podría asegurarse que toda nuestra dicha en las mesetas está permeada de un sentimiento que podría apellidarse el sentimiento de la bonanza. La suerte da y quita al capricho, pero este capricho de la naturaleza no es una fatalidad permanente, sino una simple consecuencia de la pobreza de nuestros métodos de aprovechamiento. Las mesetas y las serranías, lo mismo que la zona tórrida, son en realidad tierras del futuro, tierras de promisión tan pronto como la técnica civilizada se ponga a la altura de aquellas enormes potencias latentes. Las civilizaciones que hasta hoy hemos conocido, civilizaciones de llanura, se verán como simples y modestos ensayos de aprovechamiento colectivo y de vida social así que los procedimientos perfeccionados de la industria escalen la montaña y fecunden la selva. Y el altiplano de la América latina asentado en la zona cálida e inmenso en extensión y en recursos será entonces punto de reunión de todos los pueblos.

*
* *

En los párrafos que anteceden hemos procurado presentar un esquema del aspecto físico del continente latino. Estudiemos ahora lo que podría llamarse el sistema de penetración emprendido por el hombre para ir dominando, para ir aprovechando este monstruo de la tierra bárbara que a veces devora a sus conquistadores, pero que gradualmente va cediendo y se va ajustando a la voluntad inteligente.

De los pobladores primitivos ya sabemos el método.

El salvaje, desprovisto de instrumentos y de útiles, se escuda en su instinto y el instinto le lleva a adaptarse. El salvaje no hará caminos, porque el camino es una norma extraña a la selva, norma de humana voluntad, que dice a la selva por aquí no y que a las aguas también las cambia el curso. El salvaje no hará caminos, perforará cuando mucho veredas; pero más bien se dará mañas para aprovechar la tarea de ese aliado poderoso y sutil, aliado para la penetración de la selva y para la dominación del desierto que encontramos en la corriente de agua. La alianza del elemento sutil, la alianza del ritmo del líquido con la intención de la mente no termina con el período salvaje, porque todavía en nuestros tiempos el ferrocarril y la carretera se sirven de la barranca y del cañón y la cañada es decir, de la obra del agua para asentar al costado el terraplén que conduce la maquinaria de los viajeros. ¡El elemento de nuestra mentalidad también móvil, emparentado con el correr de los líquidos!

El salvaje tampoco conoce cultivos, vive de los frutos, tal como los produce el planeta y vive de la caza, con lo cual no hace mas que obedecer a la ley interna de la selva, que es la recíproca voracidad de sus criaturas. Pero las especies devorándose implacables van dejando, como aportación común, una especie de limo y de abono que mantiene y acrecienta la vida total. El hombre, puesto que todavía es en su mayoría carnívoro, no se ha emancipado del todo de esta fatalidad de la selva. Sin embargo, los primeros cultivos marcan el principio de la rebelión contra la ley de la selva y el comienzo de la ley del espíritu. La acción del espíritu es transmutación multiplicada. No hay en ella simple intercambio de la misma suma de energía transmitida en ciclos para mantener vivas diversas especies, sino la energía en función de acrecentamiento, la actividad que se nutre de sí misma, pero que cada vez produce más de lo que consume. El

cultivo con razón se ha tomado como sinónimo de civilización. La norma del hombre sobre la norma de las fuerzas naturales, la ley de la conciencia sobre la ley biológica. El plan y la intención introducidos dentro de los ciegos procedimientos regulares de la naturaleza.

Los cultivos coinciden con la organización de la tribu primitiva. Las faenas del campo imponen los rudimentos de una organización social. Del cultivo nace, lo mismo en los campos que en la etimología, la cultura. Y con la cultura vienen las diversas maneras de trabajar y de aprovechar la tierra. Saltaremos la época pastoril, ya que en América casi no hubo ganados, y omitiremos también las conjeturas acerca del régimen de propiedad anterior a las civilizaciones azteca e incaica. Los aztecas tenían establecido lo que hoy llamaría un régimen militar: el soberano debía el poder a la victoria de las armas y las tierras le pertenecían por dominio directo o por medio del tributo impuesto a cada súbdito. Había cierto comunismo primitivo alrededor de los poblados; pero las tierras mejores estaban en poder de los señores, parientes o favoritos o generales afortunados de la pandilla del monarca. Y con la doctrina propia de toda autocracia, no había derecho de propiedad, ni derecho de vida, ni cosa que no estuviese sujeta al capricho del déspota. Naturalmente, ni el tiempo le alcanza a un hombre para estar molestando a todos sus súbditos; a causa de esta limitación que la naturaleza misma pone a la autocracia, los pueblos que no pueden darse gobierno propio prefieren dar mucho poder a un solo hombre y vivir sometidos a un gran soberano; la carga se reparte así entre muchos y es más fácil entonces, mantener ahito al monarca, llenarle el harén de mujeres y la mesa de manjares para que comiendo y bebiendo apacigüe sus instintos y estorbe menos la vida de la población trabajadora. Eso hicieron justamente los aztecas con Moctezuma: tenerlo cebado,

y eso parece que hacían también los incas pues se asegura que también eran obesos, allá, los emperadores. El resultado de tal régimen agrario es que todo el mundo oculta lo que posee, temeroso de verse obligado a pagar tributos desproporcionados o amenazado de confiscación, si se hace sospechoso de deslealtad. Tal es el régimen que corresponde al período material, al período guerrero de la civilización. Apetitos y conveniencias elementales, la fuerza y la necesidad en juego confuso y azaroso; tras de esto, y como consecuencia obligada de las rivalidades entre los jefes y los monarcas, aparece, a su vez, la necesidad de halagar al que trabaja la tierra para obtener su cooperación. Surgen entonces los convenios tácitos, la tasa del tributo, todos los arreglos que en los pueblos primitivos median entre el jefe y sus vasallos. Pero el régimen propiamente convencional que corresponde al segundo período de la civilización, al período intelectual, se establece francamente con la llegada de los españoles. Los conquistadores vinieron a dar rienda suelta a los más desenfrenados apetitos, pero no cabe duda que introdujeron un régimen sistemático de propiedad, un régimen de derecho derivado de la tradición romana. Las leyes de Indias se ocuparon de definir los atributos del ejido. La zona comunal reservose para los pueblos de indígenas y las demás tierras se incorporaron al régimen de propiedad individual a la romana. La interpretación española de tal régimen dió la propiedad a la Corona y fundó en seguida la propiedad privada en la merced real. La merced marcaba simplemente el paso de la propiedad estadal a la propiedad privada, con todos sus privilegios y garantías, de acuerdo con la vieja práctica latina del *jus utendi et abutendi*. Tal Código da derechos a favor del afortunado propietario y, salvo el pago de los impuestos, ninguna obligación, ninguna limitación, ninguna obligación anexa al privilegio: el privilegio de retirar del uso

público una superficie utilizable. Entraron, pues, entonces las tierras iberoamericanas, en virtud de las leyes de Indias, a la tradición del régimen de propiedad europeo.

Pero las condiciones políticas a que vivieron sujetas las colonias dieron a este régimen de propiedad caracteres antieconómicos y feroces que ya estaban casi olvidados en Europa. Desde el principio, el régimen de encomienda legalizó de hecho la esclavitud. Además, la teoría misma de hacer derivar el dominio de una merced de la Corona era humillante para la dignidad humana. humillante, puesto que el hombre por serlo tiene derecho a sacar de la tierra con su trabajo el fruto necesario a su subsistencia. La teoría de la gracia del soberano traía consigo el peligro de la desgracia: lo que el rey da el rey quita. Esto conduce en la práctica a la abyección o a la rebeldía. No puede crear un Estado fuerte. Gobierno con derechos confiscatorios es un Gobierno despótico y bárbaro y también antieconómico. Por eso las Constituciones que surgieron en nuestros pueblos a raíz de la Independencia obraron cuerdamente al dar el dominio eminente a la nación; pero en condiciones de que ni la nación misma podía confiscar, ni podía ocupar la propiedad privada sin pago de indemnización y previo proceso. Se ve, pues, que sólo el advenimiento de la República podía colocarnos en condiciones de conquistar un régimen agrario capaz de irse ajustando a una justicia siquiera teórica. Por desgracia, estas Constituciones y las leyes de ellas derivadas no supieron enfocar el problema en toda su transcendencia y no lograron evitar que esa propiedad inviolable, desde el punto de vista del propietario, se convirtiese en calamitosa para la comunidad a causa de que no hubo límite para el derecho de adquisición ni hubo sanciones para la falta o el atraso de los cultivos, ni siquiera la sanción indirecta del impuesto.

Si no hubiese tantas otras causas de orden moral y de

orden físico que explican perfectamente el espectáculo, aparentemente desesperado, del enorme progreso de los sajones en el Norte y el lento paso desorientado de los latinos en el Sur, sólo la comparación de los dos sistemas, de los regímenes de propiedad, bastaría para explicar las razones del contraste.

En el Norte no hubo reyes que estuviesen disponiendo de la tierra ajena como de cosa de propia. Sin mayor *gracia* de parte de sus monarcas y más bien en cierto estado de rebelión moral contra el monarca inglés, los colonizadores del Norte fueron desarrollando un sistema de propiedad privada en el cual cada quien pagaba el precio de su tierra y no ocupaba sino la extensión que podía cultivar. Así fué que en lugar de encomiendas hubo cultivos. Y en vez de una aristocracia guerrera y agrícola, con timbres de turbio abolengo real, abolengo cortesano de abyección y homicidio, se desarrolló en el Norte una aristocracia de la aptitud, que es lo que se llama democracia, una democracia que en sus comienzos no reconoció más preceptos que los del lema francés: libertad, igualdad, fraternidad. Los hombres del Norte fueron conquistando la selva virgen, pero no permitían que el general victorioso en la lucha contra los indios se apoderase, a la manera antigua nuestra, «hasta donde alcanza la vista». Las tierras recién conquistadas no quedaban tampoco a merced del soberano para que las repartiese a su arbitrio y para que crease nobleza de doble condición moral: lacayuna ante el soberano e insolente y opresora del más débil. En el Norte, la República coincidió con el gran movimiento de expansión y la República apartó una buena cantidad de las tierras nuevas, creó grandes reservas sustraídas al comercio privado, pero no las empleó en crear ducados, ni en premiar servicios patrióticos, sino que las destinó al fomento de la educación popular. Y así, a medida que una población crecía,

el aumento del valor de las tierras bastaba para asegurar el servicio de la enseñanza. Y cada vez que se levantaba una nueva ciudad en medio del desierto no era el régimen de concesión, el régimen de favor, el que privaba, sino el remate público de los lotes en que previamente se subdividía el plano de la futura urbe. Y con la limitación de que una sola persona no pudiera adquirir muchos lotes a la vez. De este sabio, de este justiciero régimen social procede el gran poderío norte-americano. Por no haber procedido en forma semejante nosotros hemos ido caminando tantas veces para atrás.

Los sistemas de gobierno antieconómicos y despóticos de la Corona de España encontraron entre nosotros continuadores en las personas de los jefes sombrios que nuestra historia designa con el nombre de caudillos. Las grandes figuras de la guerra de la Independencia, los Sucre, los Bolívar, los Santander, los Hidalgos y San Martín sucumbieron en la lucha o fueron eliminados del Gobierno a poco de terminada la campaña. En cada una de nuestras grandes revoluciones libertadoras el caso ha vuelto a repetirse. La contienda agota o devora a los grandes iniciadores y al final el mando recae en los astutos, en los que al principio nada arriesgaron o en los que vinieron a adherirse ya después al carro del éxito, sin más programa que la ambición personal. Los Gobiernos militares emanados de nuestras revoluciones no han hecho mas que continuar el viejo sistema de las mercedes reales. Grandes extensiones de tierra se han otorgado a generales y caudillos que supieron apoderarse de ellas y otra vez el latifundio ha sido la consecuencia obligada de la tiranía. El caudillo militar termina siempre en hacendado. Todavía, en el México contemporáneo, vemos a líderes influyentes de una revolución que se dice agraria convertidos en propietarios de grandes fincas de campo. Improvisados Cresos usando el

antifaz de Espartaco. Del sistema de simple ocupación brutal más o menos legalizada por los decretos caudillescos procede el latifundio que prevalece en casi toda la América latina. El hacendado de México, el estanciero de la Argentina, el gamonal del Perú; todos son brotes de misma savia malsana. Aun en países como la Argentina, donde el caudillaje militar bajó a la tumba hace cuarenta o más años, todavía la gran estancia es herencia nefasta del caudillaje de Rosas y del Gobierno de los Facundos. Si no fuese porque el terreno de las estancias no se vende a ningún precio, lo que naturalmente ahuyenta al verdadero colono, la Argentina ya habría alcanzado el desarrollo a los mismos Estados Unidos. En otras partes del continente, el problema no es ya sólo económico y agrario, como sucede en la Argentina, sino que es militar y agrario, porque mientras perdure el militarismo subsistirá el latifundismo.

El problema de la debida explotación de las tierras de nuestro continente es sumamente complicado, porque demanda, en algunos casos, fuertes inversiones de capital y en otros casos solamente leyes y arreglos inteligentes. El peligro con que siempre hemos venido luchando es el peligro de la acaparación y el monopolio. El régimen agrario de país conquistado, el régimen de colonia no lo hemos podido sacudir, ni después de consumada la Independencia ni después de que tanta sangre se ha derramado para destruirlo. Consiste este régimen en que las tierras más extensas y más ricas pertenezcan, en grandes dominios, no al cultivador, ni al pequeño propietario, sino al encomendero, al concesionario y en los tiempos que corren al *trust*. De esta suerte pasan los siglos y los sistemas de cultivo mejoran y se introduce el arado de motor y las grandes maquinarias de beneficio; pero el peón y el bracero no dejan de ser esclavos de su miseria; porque los jornales aumentan, pero con ellos el costo de

la vida y de allí resulta la situación inhumana de que mejoran los implementos y se enriquece más el propietario y aun las mismas bestias de labranza engordan, pero el campesino asalariado sigue tan oprimido y tan paria, como en los días del desembarco del primer conquistador; como en los días de Moctezuma o del Inca, cuya presencia hacía temblar.

La crisis de México ha sido particularmente aguda. Poblaciones enteras fueron despojadas de la tierra que de padres a hijos poseían, a causa de que el Gobierno entregaba las tierras a concesionarios sin escrúpulos o a causa de que las instituciones jurídicas, corrompidas, permitían al rico valerse de la chicana y del sufrimiento para ir engrosando su caudal a costa del pequeño cultivador. La más transcendental reforma agraria que se haya intentado en nuestra patria fué la que consumó Benito Juárez cuando quitó a las corporaciones religiosas, que en la época poseían las tres cuartas partes de las tierras cultivables de la nación, todas esas tierras, que en seguida pasaron a dominio individual. Y el problema agrario de México quizás se hubiera resuelto desde entonces si no fuese porque Porfirio Díaz, implantando de nuevo la dictadura, echó abajo la ley para sustituirla con el capricho de los decretos presidenciales que entonces como ahora otra vez en nuestros días; un día proclaman que los campesinos tendrán la tierra; pero el día siguiente legalizan con otro decreto la usurpación de algún general influyente, que, mientras llega la hora del reparto que viene predicando, se protege, apoderándose de alguna zona extensa y codiciable de la cual hará nuevo latifundio, tan ilegal y tan funesto como los que mantuvieron Moctezuma o Hernán Cortés, también con la fuerza de la espada, esa eterna creadora de propiedad en todas las épocas bárbaras de la historia.

No ha sido, sin embargo, esto, la revolución mexicana.

ni en la mente de Benito Juárez ni en la mente de Fran cisco I. Madero. Lo que estos dos hombres puros geniales soñaron para su pueblo, el uno en las leyes d Reforma, el otro en el Plan de San Luis Potosí y en la leyes agrarias que se dieron por el Ministro Bonillas par limitar las concesiones de terrenos baldíos; en todas esta disposiciones se ha buscado resolver nuestro problem económico impidiendo que las grandes explotacione agrarias den nacimiento a ese falso progreso que consist en aumentar el tonelaje de las exportaciones, pero a cost de la dicha y de la vida misma de los jornaleros, que n pudiendo ni alimentarse menos llegan a educarse siguen, por los siglos de los siglos, parias dentro de un patria que no acierta a defenderlos, que no logra otor garles una protección que en muchos casos no se nieg ni a las mismas bestias.

La revolución mexicana, degenerada en un feroz mili tarismo, no ha dejado, sin embargo, de insistir en l urgencia de nuestro problema agrario y por medio de artículo 27 de la actual Constitución—un artículo dis cutible si se quiere en el detalle, pero sano y justo en s fondo y en su intención—ha vuelto a proclamar una ve más la necesidad de que el aprovechamiento de la tierr se sujete a las conveniencias del interés colectivo. Si una colmena de pequeños propietarios no se concibe, n se consolida la grandeza de los Estados. Por desgracia todavía entre nosotros, además de los obstáculos interiore que ya hemos señalado, la reforma tiene que vencer l resistencia del imperialismo económico norteamericano que es moderno equivalente de la antigua encomienda colonial. Por eso mientras este problema no quede re suelto científicamente y de acuerdo con el interés colec tivo, no se garantizará el progreso. Asímismo en toda aquellas regiones de la América latina donde una situa ción semejante prevalece se tendrán que producir brote

sangrientos y aun revoluciones enconadas si los Gobiernos no se apresuran a poner remedio con prudencia y sabiduría a las necesidades elementales de las masas.

No hay nada más desconsolador que contemplar a la América latina, el continente presdestinado a la abundancia y a la dicha fraternal, convertido todavía en Colonia, ayer de un poderío distante, hoy del capital que oprime por interpósitos sistemas de instituciones y de personas, explotada siempre sin piedad en tanto sitio y ocasión por aventureros codiciosos y por gobernantes sin honor. Iluminar a las gentes para que todos estos males vayan siendo corregidos y vencidos: tal es la misión de todo patriota y de todo el que algo sabe en favor del que no sab.e

Trabajemos, pues, sin descanso todos los que nos empeñamos en la redención económica y moral de nuestra América. Trabajemos unidos para resolver el problema complicado de una explotación justa y eficaz de nuestros cuantiosos recursos, una explotación que beneficie al mayor número, para que pueda ser base de une verdadera civilización.

Trabajemos en todo esto sin descanso, pero a la vez sin olvidar que no es, ya no digo completo, ni siquiera tan vigoroso y efectivo un ideal que sólo persigue finalidades materiales. Tengamos presente que la tierra no sólo sirve para dar al hombre los frutos que le alimentan; que la tierra no sólo es base de nuestra reconstitución fisiológica, sino también una especie de aliada y deudo de nuestra conciencia, una segunda naturaleza por medio de la cual exploramos las sendas del misterio del mundo, por medio de la cual ensanchamos nuestra propia existencia. La tierra es morada, abrigo y sustento; pero además funciona como escenario y paisaje que nos transmiten poderes de contemplación y de exaltación de nuestra personalidad. De la tierra proceden las energías de la

vida y de la tierra nos viene, en una de sus más elocuent manifestaciones, esa especie de energía mística que n deleita y nos envuelve en el todo y acrecienta nuest anhelo de superar la existencia.

Necesitamos entonces que los problemas de la explot ción de la tierra acaben de resolverse conforme a la co veniencia humana y a la piedad, a fin de que el paisaj limpio de la carcoma que el dolor pone en su entraña, nos manifieste purificado, sonoro y luminoso, vibrante un anhelo que contagie y fortalezca nuestra prop aspiración de subir.

CAPITULO III

EL HOMBRE

La civilización nació en el trópico y ha de volver al trópico. A medida que los estudios avanzan y que el progreso se acentúa, se va confirmando esta verdad, que hubiese parecido aventurada hace apenas cincuenta años, cuando privaba indiscutida la tesis que asimila con el clima templado la definición misma de la cultura. Ya desde la prehistoria es fácil observar en América, lo mismo que en los otros continentes, que las poblaciones de la tierra templada no logran construir monumentos apreciables, y, en cambio, todavía no se acaba de descubrir el inmenso reino arquitectónico de quechuas y mayas y zapotecas y toltecas, habitantes todos de tierras de sol. Los datos de la prehistoria no dejan duda con respecto a la inmensa superioridad intelectual de los habitantes de las zonas cálidas de América sobre los *moundbuilders* de Missouri y sobre los cazadores de Nueva Inglaterra y el Canadá. Por el Sur se observa también el mismo fenómeno: salvajes primitivos en Patagonia y civilización creciente a medida que se asciende sobre la meseta boliviana y se llega hasta el Cuzco o se baja hasta Pachacamac.

El descubrimiento y la conquista no modificaron sensi-

blemente la situación. Desde el principio parece que los mismos vientos, empujando a las naves de Colón hacia el Sur, contribuyeron para que el trabajo inicial de la europeización de la América se comenzase en el corazón de la cultura indígena en los dos reinos más prósperos de la época, el azteca y el inca.

Pero coincide con la colonización del Nuevo Mundo el comienzo de un período histórico cuyas causas se originan en Europa y se hacen sentir después en el mundo entero, un período en que los centros de la cultura se desplazan. Roma y Bizancio ceden el cetro a París y a Londres, y ya no es el Mediterráneo el mar mundial, sino el Báltico, primero, y después el Atlántico. Al mismo tiempo, Inglaterra, España, Holanda y los Estados Unidos se convierten en potencias directoras.

Durante los siglos XVIII y XIX las potencias nórdicas se consolidan y llegan a tal poderío que surge entre ellas mismas el conflicto. Las dos ramas más importantes de la familia rubia, la germánica y la inglesa, arrastran al mundo a uno de los más pavorosos desastres que registra la historia: el desastre mundial de la gran guerra; sin embargo, el poder de la civilización nórdica no sale de allí quebrantado. Londres sigue siendo la verdadera capital, la capital imperial del mundo, la nueva Roma, y Nueva York es como otra Bizancio, la segunda cabeza del poderío anglosajón.

El ritmo del desplazamiento de la cultura desde el lugar de su origen que es la zona cálida, hasta las tierras frías y templadas, se manifiesta también en el Asia con el despertar del Japón, que ha hecho de un imperio humilde, en los días del fausto de persas e hindús, la potencia preponderante del mundo oriental.

La América no podía escapar al proceso, y no escapó por la sencilla razón de que la causa del proceso se encuentra en la aplicación del combustible al trabajo, y tanto por

la distribución de los recursos naturales conocidos entonces, como por las condiciones climatéricas y sociales, fueron las razas de zona fría las encargadas de desarrollar la utilización del combustible en gran escala. Por eso, no hace sino confirmar la ley indicada, el hecho de que, también en nuestro continente, la cultura que floreció durante todo el siglo XVIII en la Nueva España decae allá, en tanto que durante el siglo XIX se acrecienta en los Estados Unidos, de donde hoy desborda. Al mismo tiempo, el Perú y Bolivia entran en receso, mientras surgen las nuevas potencias contemporáneas de Argentina y la zona templada del Brasil.

Ante la general ratificación del crecimiento de la civilización de clima templado, los que sólo atienden al presente se apresuran a formular la constante de que el frío y la cultura constituyen circunstancias inseparables. Sin embargo, poco valen dos siglos de historia frente a los cinco mil años anteriores, que fueron como otros tantos días de gloria deslumbrante de las civilizaciones que son hijas del sol.

Sin necesidad de entrar en el análisis de lo que realmente han agregado estos dos últimos siglos a la cultura humana; sin hurgar en las ideas, en las creencias ni en el arte—pobre arte nórdico, que casi no merece el nombre—; sin negar una sola de las ventajas transcendentales y definitivas que la cultura debe a esa su traslación hacia el polo y a su conquista relativa del frío, hay ya hechos que comprueban el comienzo de un retorno, la vuelta fatal de todo ritmo. Ahora son los mismos norteños los que se aprestan diremos a retornar, diremos simplemente a venir a las regiones cálidas. ¿Pruebas? No es necesario mencionar muchas, sobre todo en Puerto Rico, donde la civilización nórdica ha venido a buscar renovaciones. Pruebas las tenemos también en Centro América, llena de empresarios nórdicos, y en Africa, invadida gradualmente por el industrialismo francés. Lo prueban las colonias, los protectorados que Europa

se reparte sobre las zonas antes desdeñadas del trópico. Desdeñadas del observador superficial, pero nunca del pensador. Añoranza del sol, ansia de retornar a los sitios donde la vida palpita y se expande bajo un manto de gloria. ¡La civilización retorna hacia el trópico!

Y este retorno implica uno de los más transcendentales sucesos de la historia, porque el trópico no sólo quiere decir un cambio de exterioridades, sino también modificaciones esenciales en el espíritu de la cultura. El trópico quiere decir: profusión de elementos activos, aire y libertad, luz y alegria y multiplicación de los ritmos. La América latina, que en su mayor extensión es tierra cálida, ha sufrido, pues, las vicisitudes de su cuerpo, que es tropical. Tiene pasado, un pasado ilustre, y se ha quedado relativamente dormida, alertagada durante el fatal siglo XIX, y ahora intenta despertar. Pero ha de levantarse y moverse conforme a su ley ancestral, conforme a la ley de la cultura del trópico. Tal cosa no quiere decir, desde luego se advierte, que nosotros pretendamos tomar de modelos a los Moctazumas y a los Capas; la retroacción no es la vida y precisamente el trópico tiene por esencia la eterna y vigorosa lozanía. Lo que quiere decirse es que al trópico han de venir las aportaciones todas de la cultura para tomar aquí la forma y el contexto finales y sintéticos. No importa de dónde vengan la raza o el concepto, aquí habrán de trasmutarse para la expresión definitiva de su valor. Todo esto es incontestable; pero reflexionemos en que no sólo la tierra impone la ley, en que no sólo el clima da norma y colorido y savia a los frutos. Recordemos que el hombre es el elemento de transformación de todas las uniformidades, de todos los procesos, y estudiemos al hombre, al hombre iberoamericano del pasado y del presente para poder imaginar en seguida, al hombre del mañana.

De toda la maraña de hipótesis y leyendas de la prehistoria americana, una afirmación parece confirmada: la exis-

tencia de un tipo étnico, el hombre rojo, apodado por equivocación indio, pero al que ya no podemos dejar de llamar indio: el azteca mongoloide de algunas clasificaciones etnográficas; el que vino por el Estrecho de Behring, según cierta teoría estimable; el que llevaba hasta nuestras costas bajeles que dejaron grabada su figura en los huacos peruanos; el que procede del interior de la Patagonia, según cierta tradición incaica; el que tuvo que ver con la Atlántida, según exclaman todos los que contemplan Palenque y Chinchen Itza yUxmal. En el fondo, quizás todas las leyendas son exactas. Pero, ¿cómo vino a quedar reducida a la nada toda esa prodigiosa cultura maya quiché que al llegar los españoles a Yucatán ya era sólo lo que es hoy: un melodioso misterio de palacios y de torres y de pirámides? Sea como fuere, aquello desapareció, como han desaparecido todas las grandes culturas parciales.

Y así como en la historia geológica de la tierra cada período deja una formación indestructible, una huella tangible y característica, también es evidente que cada período del florecimiento del espíritu deja en el plasma general, en ese plasma germinativo de donde vienen todas las razas, no sé qué oculto tesoro, no sé qué conciencia infusa que se manifiesta en el instante en que vuelve a ponerse a prueba la conciencia colectiva. Comparad, si no, la rudeza del piel roja, en cuya zona no hubo cultura, con la aguda percepción estética, con el fino dibujo, con la euritmia sutil de todo lo que sale de las manos o de la conciencia de un indígena de las zonas tradicionales de Anahuac o del Perú.

Tenemos, pues, como primer elemento étnico, al indio indígena de América. Constituye una raza porque es conjunto de individuos de origen y caracteres semejantes. No dudamos que se podrá negar la unidad de la raza indígena; a la simple vista, y sólo dentro del territorio de México, y todavía en nuestros días, hay una diferencia enorme entre las razas indígenas de la altiplanicie y las de las

costas, entre las razas bárbaras de Sonora y las más refinadas y cultas del Sur. Predomina en algunas tribus el tipo mongólico, se advierten en otras los rasgos bien dibujados del tipo clásico y aun las hay que guardan misteriosas semejanzas con el hindú. Todas estas diferencias, ¿acaso no se encuentran también entre las naciones de la raza blanca? No sería posible el uso de un solo término genérico y, por lo mismo, no sería posible pensar si llevásemos el distingo y el escrúpulo hasta la nimiedad de los detalles Toda clasificación supone el sacrificio de un sinfín de particularidades, con el objeto de lograr una generalización que suele ser más real que todos esos detalles que preocupan al analista.

No sólo el pensamiento, la vida misma es una manera de generalización y de síntesis, dado que nuestra facultad electiva y nuestra voluntad tienen que despreciar a cada instante una infinidad de móviles para poder aprehender siquiera unos cuantos que nos sirven para pensar y para obrar. A fin de juzgar del valor de cada factor étnico, necesitaríamos contar con datos que todavía no descubre la ciencia. La misma importancia del factor étnico es cosa todavía controvertida. La tesis, temporalmente célebre, de la superioridad incontestable de los dolicocéfalos rubios, los conquistadores providenciales de Gobineau y de la mayoría de los antropólogos anglosajones, no ha sido confirmada. Todo lo contrario, va siendo abandonada. (Véase Pittard, Las Razas Jensen de Yale y la historia.) La selección natural, según la interpretaron los darwinistas políticos a lo Herbert Spencer, tampoco pasa de ser uno de esos argumentos implícitos en todo imperialismo, con el cual de una manera inconsciente la filosofía de los dominadores de una época justifica el vandalismo de los portadores de la conquista. Para el pensador iberoamericano que mira a distancia y sin la pasión del autor las conclusiones de la ciencia europea, hay dos ma-

neras de juzgar la importancia del factor étnico: la antigua; que llamaremos clásica, y el cientificismo particularista de la época reciente. El primer punto de vista, el clásico, apoyado más o menos directamente en la tradición del saber común, juzga que el hombre es el factor primordial y decisivo de la historia. En cambio, según los observadores de la escuela científicoexperimental, el hombre no es mas que un producto condicionado a sus antecedentes y al medio en que tiene que alentar. Pero es curioso ver cómo aquellos mismos que niegan o amenguan el valor de la iniciativa humana no vacilan en seguida en patrocinar ciertas hipótesis que colindan con el providencialismo clásico. Por ejemplo, la tesis de la reaparición casi milagrosa de determinados caracteres físicos entre el grupo dominante de cada época y de cada pueblo, lo que demuestra la insistencia con que volvemos a la creencia de que el hombre es un factor no sólo capital, sino capaz de transformar las condiciones y acaso la esencia misma de la vida. Aceptada la transcendencia del factor humano, el problema de la raza toma en seguida prelación sobre todos los demás que constituyen una época.

Una suerte de indeterminación, una movilidad progresiva del espíritu, nos lleva también a considerar que el factor mismo de la raza dista mucho de ser un elemento fijo; por mucho que el medio conspire, como ya se sabe, a perpetuar ciertos tipos en determinadas regiones, el espíritu no siempre obedece a la fatalidad del ambiente. Entre todos los procesos de la creación no hay uno que cambie más de prisa, más inesperada y más fatalmente que ese misterio de la contextura humana interna. Tan poderosa es la fuerza que obra en nuestro interior que no hay en las razas avanzadas dos rostros humanos idénticos. Parece que cada alma logra moldear su propia estructura externa. El hecho es que no hay cosa más variable y más rica de aspectos que el sujeto humano. Y si cambian de

esa manera, en una sola generación, los tipos de una misma estirpe, ¿cuánto mayor no será el cambio que se produce a la larga en los pueblos? La raza entonces es un concepto subordinado a una realidad en perpetua transformación. El indio contemporáneo, pongo por caso, revelará semejanzas de rasgos físicos con sus antepasados precolombianos. La materia es más lenta para obedecer a la ley perenne de la ascensión a las formas más altas; pero la indiosincrasia del indio se ha modificado radicalmente con el advenimiento de la cultura europea. A tal punto, que aquellas tribus que han quedado apegadas a su lengua y costumbres, encerradas dentro de los medios reducidos y remotos de los valles y las serranías, se encuentran hoy como si hubiesen perdido toda conciencia, pues no queda impune el pecado de sustraerse a la corriente general de la vida. La ley del espíritu es el cambio perpetuo hacia adelante. Por eso los que se aislan y apegan a una sola tradición reniegan de la ley del espíritu y como que recaen en la ley de las cosas físicas, y la esencia del hombre no tiene la calidad simple de la piedra, que permite hacer ensayos de eternidad: el hombre, cuando quiere perdurar en su estado, decae. Decae porque su condición es flaca y como un tránsito desesperado del que hay que salir para no perecer. La manera de salir es seguir adelante con la magnífica y trágica carga. El mundo físico americano está hecho como para contrariar esa ley de eterna renovación que es inseparable de la vida del espíritu. Las grandes distancias, los desiertos, las selvas, las cordilleras, todo es obstáculo para la reunión y renovación de los grupos. Quizás esto explique esas misteriosas decadencias, esas desapariciones totales de culturas que llegaron a tan alta cumbre, como la maya y la zapoteca: les faltó el contacto de otras culturas. Las razas de América se habían quedado, pues, como dormidas, y esto marca la importancia de la llegada de los

españoles. Cuando aparecieron sobre las costas los primeros capitanes, las poblaciones indígenas los aclamaban como a dioses. Las razas solitarias sintieron la fascinación de la leyenda que se cumple, del ansia vital que se colma. Y sólo al declararse el período fatal de la lucha con toda su rudeza pudo un Cuahtemoc decir: « No son dioses, sino bandoleros, y como a tales habremos de batirlos.» Lo cierto es que aquella guerra santa marca el fin de la raza indígena, que no volverá jamás a ser lo que fué y marca también la transformación del español, que ya no volverá a ser el súbdito europeo de los reyes católicos, sino el factor turbio si se quiere, pero resuelto y vigoroso, de una nueva cultura mundial.

Al juntarse en la América españoles con indios se produjo un caso totalmente distinto de todos los que antes había conocido la historia: el español y el indio, después de luchar, se unieron y mezclaron sus sangres. No es que antes no hubiese habido mestizajes. Sabido es que, conforme a los etnólogos, no hay una sola raza pura, y cuando se encuentran grupos humanos relativamente puros se les ve decaídos y postrados en su aislamiento; pero *el caso de América es el primero de un mestizaje brusco y en grande.* No hay ningún parentesco étnico entre el español de la península y el indígena americano. Si los conquistadores de América hubieran sido mongoles, quizás el contraste de sangres habría sido mucho menos marcado. Afirmamos esto sin dar mayor importancia a las teorías que se han querido dar, algunas veces como verdad experimental, a propósito de la procedencia asiática del hombre americano. Suponiendo que esas afirmaciones fuesen exactas, la identidad de los tipos estudiados por el profesor Halrlicka en Siberia con los tipos de algunos salvajes americanos probaría solamente la existencia de corrientes inmigratorias por el extremo ártico del continente; pero el hecho deja en pie el misterio de las civili-

zaciones aparecidas por el Centro y por el Sur. Lo indiscutible es que las dos razas que se mezclaron para formar lo que hoy es el *substratum* de la población iberoamericana representaban dos polos étnicos, y el hecho de su intermixión parece una de esas sorpresas del tiempo y uno de los más curiosos, de los más transcendentales ensayos fisiológicos que se han producido.

Esto nos trae de lleno a uno de los problemas capitales de Iberoamérica: el problema del mestizaje. Ya hemos dicho que, en general, el mestizaje ha sido la ley de la humanidad entera y que la pureza de la sangre, entendiendo por tal la descendencia de una sola línea de un solo tipo, sólo pueden reclamarla las poblaciones reducidas y aisladas. Basta, por otra parte, el menor contacto con otro grupo humano para que se produzca un mestizaje que no va ciertamente de las capas bajas de un grupo a las capas bajas del otro, sino todo lo contrario, puesto que siempre es el hombre fuerte y poderoso de la clase dominante el que busca entre la población vecina oportunidades nuevas de goce. Esto hace exclamar, por ejemplo, a Pittard «que son los pobres diablos los que poseen la más grande nobleza étnica». A pesar de eso, el caso de América fué tan singular que se produjo cierta vacilación en el funcionamiento de la ley normal de las relaciones sexuales humanas. La vacilación llegó a la abstención, por ejemplo, en la zona que más tarde ocuparon los ingleses. En la zona clásica de la Nueva Inglaterra, fueron raros los casos de matrimonio de blanco con india; pero, en las colonias americanas de Portugal y Castilla, la regla fué el libertinaje, y la práctica obtuvo sanción en el instante en que la Iglesia católica reconoció la calidad de hombres con alma a los indígenas y, en consecuencia, les autorizó para recibir los sacramentos y, entre ellos, el matrimonio. No debemos desconocer que todavía hay algunos que juzgan que fué un error esta lega-

lización de un proceso discutible desde el punto de vista étnico. Todavía para muchos el fracaso de la América latina consiste precisamente en ese mestizaje que califican de inferior y el éxito del sajón depende de la dominación continuada y severa de la sangre puritana que vendría a constituir una especie de nobleza dominadora y directora. No niego ni la contraposición, ni la fuerza de las dos tesis. Pero así como tantos se han ocupado ya de aportar argumentos en favor de la tesis de la raza pura como factor dominante y, en resumen, en favor de la tesis que dice a *good indian is a dead indian*, yo me he estado dedicando a encontrar argumentos y, lo que es más importante, pruebas, de que también la tesis contraria, la tesis favorable al mestizo, tiene fundamento y valor.

Sostengo que será más fecunda a la larga, y que tiene más importancia para la humanidad en general la obra de este mestizaje que la obra de cualquier raza anterior. Y eso no obstante que es tan fácil condenar al mestizo hoy que está amenazado de disgregación, en tanto que el poderío del blanco renovado en Norte América se extiende victorioso por el mundo. Se necesita tener un criterio hecho a resistir las seducciones del éxito para perdurar en una fe que sólo va dejando en su camino la amargura, la desilusión y el desastre. Sin embargo, hay no sé qué de profundamente disgustante y casi sospechoso en todo éxito demasiado brusco y resonante. Comúnmente, el éxito no responde sino a la limitación y al empequeñecimiento del ideal, y entonces es preferible, aun como acicate, para la ascensión al más allá: vale más una desolada desesperanza que una ruin y pragmática conformidad. ¡Prefiramos la eterna sal en la boca a tener que proclamar que la dicha es como un caramelo! Que adulen el presente los que en él se satisfacen.

Es cómodo, pero muy aburrido, eso de ser nada más el filósofo del éxito y además expuesto a no pocas sorpresas.

Pues ya hemos visto que las razas americanas, precisamente a causa del aislamiento que las impuso el medio físico, se habían quedado en el limbo, en tanto que las razas europeas, constantemente trabajadas por las traslaciones y las conquistas, las emigraciones y la mezcla de sangres, pusieron tal cantidad de vida en acción que el impulso las llevó al descubrimiento de lo desconocido, las llevó hasta el Nuevo Mundo.

Vinieron a la América los españoles, y hay que desengañarse: vinieron los mejores. Porque al principio no procedían de la Corte, suponen algunos historiadores con criterio de *sirvientes de casa bien* que aquello fué una invasión de jayanes. Pero en aquellos tiempos, como en los actuales, no proceder de la Corte es ya una recomendación, y, por otra parte, lo que aquí hicieron los soldados de España supera a lo que se hizo no sólo en la Reconquista: supera en muchos casos a todo lo que se había hecho en la historia. La epopeya de las misiones castellanas es uno de esos capítulos heroicos que nunca sospechó la antigüedad, capítulos heroicos en la lucha del alma con las tinieblas. Lo cierto es que la mejor casta española vino al continente, la mejor en la devoción y en el esfuerzo. Como dominadores hábiles que fueron, es natural suponer que elegían la flor de las poblaciones indígenas, ya fuera para el hogar, ya para la enseñanza y el trabajo.

Los orígenes del mestizaje iberoamericano no son entonces tan turbios como a primera vista estamos acostumbrados a suponer. En cierta manera procede nuestra estirpe de dos aristocracias vitales: selección rudamente probada y acendrada por el esfuerzo. Tan brusco fué, sin embargo, el encuentro, que la nueva situación producida entró otra vez en una especie de fermentación durante los trescientos años de la Colonia.

El primer brote autoctono se manifiesta en el movi-

miento de emancipación; pero autóctono en cuanto a la nueva raza mestiza, no en cuanto al indígena que ya no volvería a obrar por su cuenta. En efecto, la rebelión contra la Corona española la hubo también en la misma época en la península, y españoles fueron los mejores auxiliares del movimiento. El nuevo patriotismo perseguía fines económicos y políticos más bien que étnicos. Ni podía haber sido un movimiento de liberación del indio, sencillamente porque el indio ya no existía; no existió quizás nunca como entidad nacional y ya no existía espiritualmente, puesto que todo lo que sabe, todo lo piensa, todo lo que hoy es, procede de la invasión europea. Lo suyo se disgregó, tal y como se han disgregado todas las antiguas culturas, para no volver más. Y en el centro del conflicto, para concretarlo y para sintetizarlo, quedó la enorme masa de la población mestiza, la primera raza realmente nueva que conoce la historia. Y he aquí a los mestizos presentándose en el mundo ante la injuria y la desconfianza de los unos, ante la mirada protectora e interesada de los más, y siendo presa, en el mejor de los casos, de un tutelaje que ninguno de los grandes pueblos desdeña ejercitar, aun cuando nos clasifiquen, como negroides, por lo bajo. ¡Así de pueril es el ansia de la dominación colectiva! Se diría que el mestizaje iberoamericano—Benjamín de la historia—atraviesa aquel estado pavoroso, pero lleno de misterio y de promesas que tienen que recorrer en biología todos los casos nuevos de la vida. Con las salvedades que sea necesario hacer, a causa de la diferencia de especies, me recuerda la vida mestiza iberoamericana la experiencia del naturalista Paul Bert, citado por Romanes. Se toman crustáceos de agua dulce y paulatinamente se les va cambiando el agua en salada. Los crustáceos padecen desazón inmensa y se mueren; pero no antes de que engendren una generación de crustáceos ya adaptados al nuevo elemento salobre. Así me

explico yo la esterilidad evidente de la raza mestiza ibero americana durante todo el primer siglo de su autonomía política. Aparentemente no ha hecho otra cosa que irse muriendo, mal habituada como está a un ambiente que no es ni el antiguo de América ni el de Europa. Bienaventurados, sin embargo, los organismos fuertes que tienen que avivar su dinámica y que castigar su destino para obligarles a que respondan con celeridad a las solicitaciones de la vida. Y cuando esa dinámica no sólo se emplea, como la de los peces, en bajar hasta el ambiente para someterse a él, sino en forzar el ambiente y en forzar la historia, para que la vida entera mejore, entonces no se puede por menos de reconocer que esa tremenda palpitación nuestra es como un reto a las capacidades de la naturaleza. Yo no sé si el mestizaje latinoamericano sólo aprenderá, como los crustáceos del laboratorio, a mantenerse en el agua salada y ya bastante pútrida de las viejas maneras o si logrará superar al crustáceo y extraer del ejercicio de su adaptación fuerza bastante para volver sobre el medio y engendrar una nueva cultura. ¡Pero veo en el triunfo remoto, mas no imposible, de esta aventura del mestizaje, la única esperanza del mundo

Y procediendo como los castellanos que salían de la Madre España, porque la desesperación de una angustia fundamental les empujaba,, yo me aparto del camino seguro de las imitaciones ideológicas de lo europeo y me refugio en la confusión misteriosa, en la incertidumbre de los impulsos de la nueva raza y de la venidera floración continental.

Sin embargo, guardémonos una vez más de la seducción de las meras frases y procuremos precisar más nuestro pensamiento. No creo que ningún hombre sincero se atreva a recomendar a los pueblos en formación un solo modelo de desarrollo. Todavía la vida de la especie entera es un proceso turbio y a menudo nauseabundo. Que

nadie entonces imponga su propia cultura como modelo, ni está nadie autorizado para condenar un caso que apenas ha ido saliendo de las entrañas fecundas y embrolladas de la etnología. Toda variedad, según la ley formulada por Hugo de Vries, tiende a fundirse en una población tipo, si un factor no interviene para protegerla, es decir, para conservar sus peculiaridades. El factor protector suele ser, en el caso de las especies animales, la segregación de que hablan los naturalistas. La historia ya aplicó estos procesos a la vida humana, y hemos visto que el tiempo los castiga con la decadencia. La segregación, por otra parte, está hoy fuera de las prácticas del tiempo. El porvenir es hoy de mezclas y combinaciones cada vez más acentuadas y múltiples. La población mestiza de la América latina no es mas que el primer brote de una manera de mestizaje que las nuevas condiciones del mundo irán engendrando por todo el planeta. Al período de segregación y de aislamento de las naciones correspondía la división y autogenesia de las razas. Al período de civilización, ya no nacional, ni siquiera racial, sino planetario, tiene que corresponder una raza total, una raza que en su sangre misma sea síntesis del hombre en todos los varios y profundos aspectos del hombre. He ahí la conclusión atrevida, pero fatal, que debemos de formular.

El germen de esta futura raza cósmica lo encuentro yo en la población contemporánea de la América latina.

La variedad que esta raza representa no podrá seguir la ley de Vries o, más bien dicho, se ajustará a la segunda parte de la dicha ley, porque el accidente que constantemente la ha de estar renovando no sólo se encuentra en los cambios del medio físico, sino en el estímulo de todas las maneras de la cultura universal. El error del darwinismo, el error de todas las doctrinas que son fruto de observaciones de historia natural, consiste en querer aplicar al hombre las constantes que se descubren en reinos

que no conocen el influjo de la voluntad inspirada o simplemente inteligente. Se desdeña de esta suerte el factor más importante de la potencialidad humana: el soplo que periódicamente agita a los pueblos y los lleva a cumplir sus destinos. Se reconoce que el más humilde barro es capaz de cobrar significaciones cuando un artista le imprime palpitación, y no se quiere ver que si la misma arcilla obedece, con mayor razón ha de hacerlo el elemento consciente que permea los pueblos, preciosa sustancia de la cual procede todo lo que ante nuestros ojos remeda esplendor. El elemento vital, súbitamente inspirado de un propósito alto. ¿No es eso toda la historia? ¡Y lo que no es eso, no pasa de ser zoología! Y casi no hay raza que no haya sido capaz de encarnar en alguna época de su evolución, un movimiento de esos que ponen a danzar la balanza de las previsiones. No olvidemos que de pura fuerza del espíritu están hechas las corrientes que tuercen el curso de los acontecimientos. La grandes marejadas del ideal que se llaman cristianismo y las cruzadas, y los descubrimientos, ¿qué fueron sino accidentes de la fuerza superior, accidentes que salvaron al europeo de caer en la soledad y el abatimiento de antiguo Egipto o de las civilizaciones aborígenes de América? Constancia, genio y audacia: he aquí las fuerzas propulsoras de cada destino.

En esta misma América, las dos fuerzas constructoras de lo que somos, ¿no fueron acaso dos fuerzas ideales rápidas, intransigentes, dominadoras y altas: el espíritu misionero de los católicos y el credo inflexible de los puritanos?

Se nos ha negado la capacidad para engendrar un movimiento elevado de cualquier especie; se nos ha solido condenar en nombre de pequeñas y discutibles conclusiones de laboratorio. Tiempo es ya de que proclamemos nosotros también nuestra teoría. Si nada nos da el laboratorio

extraigamos del aire las fuerzas de nuestra salvación, del aire, cuyos ritmos inextricables contienen llamamientos más imperiosos que las sordas regularidades superables de lo de abajo. Pero no nos quedemos en la pura imprecación, no esperemos a que el aire sople, convirtámonos en soplo. Reflexionemos en que si no echamos a andar el presente, no se consumará el porvenir. Disciplinemos, iluminemos nuestra acción y hagámosla correr dentro de la misma ley de puerta abierta que ha sido la fuente de nuestra propia idiosincrasia. Con esto quiero decir que no abogo por la consolidación de un sentimiento de casta mestiza, sencillamente porque todos estos sentimientos son como altos en la carrera del progreso, y nosotros debemos ser lo que siempre está en marcha. Sigamos adelante con nuestro mestizaje, sin renegar de él, pero también sin envanecernos de su privilegiada lozanía de corazón. Sigamos adelante con nuestros criollos que representan el refinamiento más exquisito de lo castellano, algunas veces, otras su decadencia más lamentable; pero también en los dos casos una levadura llena de fermentos. Pongamos también atención en el hecho de que al lado del primitivo hispanoindígena se ha producido otro mestizaje más humilde, pero también importante como factor humano y también dotado de raras virtudes: el mestizaje de español y negro y de portugués y negro, el mulato, que tantos hijos ilustres ha dado a nuestras naciones y que tantos tesoros de inspiración y de arte contiene en su entraña recién gastada. Agregad aún a estos mestizajes, que llamaremos discutibles, el mestizaje indígena, el mestizaje negro y las combinaciones de estos dos tipos, tipos que están a prueba en el crisol de la vida; agregad a toda esta complicación los mestizajes de tipo europeo que se han constituído vigorosamente en el Sur del Brasil y en el Norte de la Argentina, mezclas de italiano y de español y portugués y polaco y ruso; añadid aún las emigra-

ciones asiáticas, asentadas en el Pacífico, y reconoceréi que ya es la América nuestra el continente de todas la razas. Por primera vez se han juntado, sobre una mism y vasta zona del mundo, tantos y tan diversos pueblos bajo pie de igualdad y con la mira común de empezar d nuevo todas las faenas del destino.

Ante este cuadro vigoroso y múltiple, hay sin duda ra zón para preguntar si los rasgos que va adquiriendo pau latinamente cada grupo no contribuirán a que el proces de dispersión que se inicia a principios del siglo XIX co la independencia de las colonias continúe acentuándose Particularmente entre los grupos de pura sangre europea como los paulistas del Brasil y como los porteños de l Argentina y los uruguayos, se ha manifestado o se mani fiesta por parte de ciertas minorías ilustradas la tenden cia a constituír entidades aparte dentro de la vieja tradi ción iberoamericana. «Nada tenemos de común con el in dio»—han dicho a menudo los descendientes del italian recién importado—; «somos europeos puros»—se repit en Montevideo—, y aun del abolengo español se suele ha cer punto omiso para imaginar formaciones étnicas seme jantes a la blanca sin mezcla de los Estados Unidos de Norte, sólo que a base de las poblaciones latinas de Eu ropa. Los que tal tesis defienden señalan con alarma e fracaso, un fracaso por ahora evidente, de los países qu como México, Perú y Bolivia cuentan con una población indígena numerosa y con un mestizaje que suele ser más antisocial y más inepto que los obscuros indígenas. Hu bo un momento en que pareció que, en efecto, el alma in dígena antigua y su esperanza postrera que es el mestizo se verían absorbidas y aniquiladas por la invasión de in migrantes europeos, más laboriosos y más bien prepara dos para vencer en la competencia económica feroz de los tiempos que corren.

La guerra europea, por una parte, y los avances del so-

cialismo, que tiende a hacer más feliz la vida; la limitación de la natalidad, que hará levantar el castigo que acompaña a los pecados de excesos de población; la enfermedad del nacionalismo, que se ha hecho otra vez aguda en el mundo antiguo, y las restricciones que el nuevo pone a la inmigración, todas estas causas diversas y encontradas se combinan para producir una disminución de la corriente emigratoria europea. Por otra parte, los emigrantes europeos ya establecidos en Iberoamérica han ido sufriendo la influencia del nuevo ambiente y se transforman, a pesar suyo, y al adaptarse no tienen más tradición sobre qué caer que la tradición hispanoindígena o que la tradición brasileroportuguesa. Los hijos de italiano, de polaco o de ruso, descendientes de padres muy europeos, comienzan por sentirse muy porteños, acaban por sentirse argentinos y terminarán por confesarse iberoamericanos. Resulta entonces que los que ya están establecidos conservan el poder de orientación, como si dijésemos el molde, aun cuando los nuevos aporten virtudes estimables y levemente transformadoras. Esto se explica también porque el inmigrante llega siempre en condiciones económicas y aun culturales inferiores a las de los nativos No emigran a América los universitarios de Europa, sino las clases trabajadoras, casi siempre ignorantes, que al mejorar de condición educan a sus hijos en los colegios, en el ambiente modelado conforme a la tradición hispanoindígena. De esta suerte, en el Sur, a semejanza de lo que ocurre en Norte América, se opera una absorpción cultural de los recién llegados. Así, aun sin contar con la mezcla de sangres, cada nueva aportación étnica favorece el desarrollo de esta que hemos llamado indología, para darle de una vez un nombre que comprenda la argentinidad de Ricardo Rojas y la chilenidad el peruanismo y las Antillas, y Colombia y México.

No sólo en el orden étnico, también en el orden econó-

mico, en todos los órdenes, la guerra europea ha sido par nosotros los iberoamericanos una prórroga. No sólo po lo que hace a Europa, sino porque también a los Estado Unidos los ha distraído un tanto, los ha llevado a emplea energías en distintas regiones del mundo, y todo este pe ríodo en que nosotros nos mantendremos como relegado a olvido nos puede, nos debe servir para consolidar nues tros intereses comunes y para atar firmemente nuestra relaciones continentales. Si durante esta espera logramo asimilar las poblaciones de origen reciente—entiéndas bien que no pretendemos aplastar los gérmenes que en ellas laten, sino incorporar esos gérmenes al árbol genea lógico creciente de la patria continental—; si aprovecha mos asimismo esta espera casual para fortalecer nuestra autonomía económica, a la vez que la espiritual y la po lítica, entonces la causa entera del iberoamericanismo se mantendrá a salvo. Recordemos, sin embargo, que la his toria generalmente es parca en oportunidades y no anda ofreciendo dos veces el premio gordo en la lotería del des tino.

La inmigración volverá y la recibiremos, como siempre con beneplácito, pues de sobra sabemos que el destino de América es abrigar a todas las gentes; pero es necesario que esta inmigración nos encuentre dignos de seguir cons truyendo un ideal que por más vasto y más alto reempla ce los ideales nacionales del inmigrante nuevo. Sabido es que, por ejemplo, la inmigración de españoles no ofrece para nosotros ningún problema, pues que en seguida se asimilan a nuestro ambiente y lo enriquecen con sus fuer tes virtudes—la inmigración de pueblos latinos en gene ral ofrece las mismas ventajas—; pero es menester que procuremos hacernos tan amplios que también los sajones encuentren entre nosotros ambiente de cordialidad y opor tunidades para el desarrollo de aptitudes que serán para nosotros un estímulo, un ejemplo, un nuevo ger-

men. No olvidemos que el sajón no está excluído de ese sincretismo de culturas que es la base y la ley de nuestro concepto del iberoamericanismo

El llamado Mundo Nuevo, a semejanza del antiguo, ha visto cómo las civilizaciones florecen y decaen. Las civilizaciones, en efecto, van y vienen, pero el compuesto humano, la raza particular que crea cada período de florecimiento cultural, generalmente sobrevive a la época de su propia capacidad constructiva. El desarrollo social de un pueblo queda interrumpido en cierto instante y, sin embargo, el pueblo sigue viviendo y continúa reproduciéndose. Los griegos de la época del poderío romano habían dejado de existir como miembros de una cultura poderosa y, sin embargo, perduraban como raza y se mezclaban a otras modificándose, pero a la vez manteniendo siempre vivo algo de su idiosincrasia original. Cuando Cortés llegó al Anahuac, los indios de Moctezuma carecían hasta de noticias respecto a los constructores de las pirámides de Teotihuacan; sin embargo, no puede dudarse que un gran número de estos indios llevaba en las venas la misma sangre de los antiguos constructores de monumentos. Los aztecas, que relativamente eran unos recién llegados, pueden no haber sufrido tales influencias; pero las capas sometidas, pobladoras más antiguas, sin duda poseían en la carne y en el alma la herencia de los remotos creadores de civilización. A su vez los invasores no sólo no pueden destruir totalmente al pueblo sojuzgado, sino que fatalmente se mezclan con él y por medio de las relaciones sexuales reciben una influencia cuyos efectos se manifiestan en seguida en la nueva generación. El hecho es que nuestras razas indígenas, por lo menos los indígenas del trópico, distan mucho de ser una raza primitiva, como tantos antropólogos han querido juzgarlas. Podrán acaso constituir casos de decadencia, pero de ninguna manera ejemplares de evolución retardada o apenas iniciada. Se

podrá aplicar si acaso el título de raza primitiva al indio de Nuevo México—aunque más bien debiera clasificársele como un caso de civilización provinciana, ya que toda su cultura era un reflejo de los centros más avanzados del Sur—; pero es evidente que no se puede calificar de razas primitivas a las que construyeron antes de la llegada de los españoles los centros de cultura de México y de Guatemala y del Perú. Primitivos son, en cambio, los pieles rojas.

Por aquella época del florecimiento indígena así como más tarde durante el coloniaje español y hasta el final de los siglos XVII y XVIII el ritmo de la civilización del Nuevo Mundo se movía de Sur a Norte, al revés de lo que sucede en nuestros tiempos. En efecto, a partir de la Declaración de la Independencia de Norte América, los impulsos del progreso se generan y se transmiten de Norte a Sur; desde el clima frío hacia el clima cálido y así se explica este pasajero descrédito de todo lo que es tropical.

Pero, volviendo al asunto de la raza, observemos que la masa de nuestros indígenas constituye una raza antigua y refinada que ha conocido días de esplendor y atraviesa ahora por un largo eclipse lleno de amargura. Al ponerse en contacto esta gente con el invasor español se produjo el fenómeno más característico de nuestra actual situación etnográfica: la mezcla ilimitada, irrefrenada de los conquistadores y los vencidos. Se creó desde entonces en la América latina un tipo étnico mezclado totalmente distinto del tipo de blanco puro que había de dominar en Estados Unidos. Y todo un sistema social también completamente distinto del norteamericano, puesto que en Norte América las diferentes razas conviven pero sin emparentar. El negro, por ejemplo, constituye en los Estados Unidos un mundo aparte, en tanto que entre nosotros se casa con el indio y produce el mulato. La influencia del negro en la cultura norteamericana es meramente cultural; se le de-

ben por ejemplo, la música y el baile de aquel gran país; pero entre nosotros la influencia del negro es mucho más íntima, ya que después de una o más mezclas se confunde con nosotros, se pierde en el oleaje oscuro de la población mestiza.

La primera vez que el mundo pudo darse cuenta de la aparición de este nuevo ser étnico que es el mestizo iberoamericano fué allá en el siglo XVI, cuando comenzaron a publicarse las obras, célebres en nuestra literatura, del Inca Garcilaso de la Vega. Descendía el Inca de padre español y madre peruana. Se nutrió su juventud con las leyendas de los vencidos, y, aunque personalmente se educó en la clase dominante, sus parientes maternos, sus relaciones locales, le impregnaron del sentimiento indígena. Posteriormente vivió en España y se llenó allá del alma de su raza paterna; todas sus emociones complejas las dejó escritas en páginas del más vivo interés; su alma fué el primer puente tendido entre las razas antiguas y la raza nueva de la América española. Difícilmente se halla en su época una figura más grande en la misma España que la de este mestizo Garcilaso de la Vega que tomó en su conciencia la tarea de hacer una sola alma con el conflicto lacerante de las dos civilizaciones rivales. Nadie pensó entonces que este mestizo era inferior ni a sus antecesores indígenas ni a sus antecesores castellanos.

La suerte del mestizo de Iberoamérica ha tenido que sufrir, entre otros contratiempos, el haber nacido dentro de una civilización que pasaba a segundo plano. El progreso extraordinario de los norteamericanos hijos de pura cepa europea ha hecho que el mestizo caiga todavía en mayor descrédito que el latino de España o de Italia, porque siquiera los latinos de Europa tienen un gran pasado ilustre, en tanto que nosotros nacimos en una época en que ya el centro de la cultura se había desplazado muy lejos de nuestra cuna.

Pero queda en pie el problema étnico que representa e mestizo y queda aún sin solución. El problema de raz tan grave entre nosotros no es menos agudo en los Estado Unidos, aunque allá esté planteado no en forma de mes tizaje, sino en sistema de separación absoluta de sangres

Para mejor juzgar el sistema español del mestizaje, e comparación del sistema inglés de prohibición de rela ciones matrimoniales entre cada grupo étnico, compárese por ejemplo, la obra de los ingleses en la India con lo qu hicieron los españoles en sus colonias de América. Desd un punto de vista cultural, no cabe duda que los efecto de la colonización española son mucho más hondos, pue mientras los ingleses siguen siendo en la India extranjero invasores, los españoles hicieron de la América una Españ grande. Y en ella ven reproducidas su sangre y su mism alma, aun cuando ya no la tengan políticamente bajo s dominación. Y se explica, los españoles emprendieron un verdadera conquista de almas. Lograron reemplazar un civilización retardada como era la indígena por una civili zación en ascenso, como era la de ellos en la época de lo descubrimientos. Para una empresa ideal de este géner se puede creer que es legítimo emprender una conquista Los modernos sistemas de coloniaje y de mandato a l inglesa y a la francesa, cínicamente apoyados en interese comerciales, no se proponen siquiera lo único que podrí justificarlos: la evangelización del mundo musulmán Reemplazar el despotismo oriental con los métodos civili zados y democráticos de Occidente podría ser una bander moral comparable a la lucha de los misioneros que abo lieron los sacrificios humanos. Pero no sólo no se intent encarnar una cruzada de este género, sino que las grande potencias del día cometen la vileza de fundar Institutos d Sabiduría musulmana y Mezquitas. No digo que debiera arrasarse las mezquitas, pero sí que todo el esfuerzo de lo nuevos colonizadores debiera emplearse en la conquist

moral; es decir, en el mejoramiento espiritual de las poblaciones sometidas. No se debe destruir una raza, pero sí puede emprenderse su educación. Pero este aspecto del intercambio de las relaciones sociales sólo se ha comprendido en las dos épocas grandes de la historia. Sólo lo han realizado naciones que estaban bajo la influencia de los dos más grandes movimientos espirituales que han conmovido a la humanidad: el cristianismo y el budismo. La India antigua y España con Portugal: he ahí las dos razas verdaderamente conquistadoras, porque no se limitaron a ocupar territorios y a vender esclavos, sino que ganaron voluntades y libertaron almas.

En general, desde los tiempos más remotos, cada vez que dos pueblos se encuentran se produce el acercamiento sexual que crea mestizajes más o menos complejos y más bien se ha pensado que estas mezclas son ventajosas para el desarrollo de la especie. El prejuicio del color de la piel es más bien un sentimiento moderno y quizás procede de debilidad de parte de los que se abstienen de matrimonios con extraños. El español de América tomaba mujer indígena, sin reflexionar casi en lo que hacía y muy seguro de que, siendo el amo y señor, todos sus actos redundarían en bien. En cambio, el inglés de la India probablemente experimenta el temor de ser absorbido por una población más numerosa que la de su patria y en algunos casos más refinada y más culta. De ahí ese empeño en defender la casta original, ya que no se está seguro de que ella se imponga al exterior como se impuso el castellano.

El hecho es que perduran en nuestros días los dos sistemas de relación de razas distintas sobre un mismo territorio: el sistema de los cruzamientos voluntarios y el sistema de la absoluta separación por lo que hace a la vida sexual. Y si nosotros en la América latina padecemos los efectos todavía discutibles del cruzamiento, los Estados Unidos mantienen vivo en su seno el pavoroso problema negro.

Lo menos que se puede decir de nuestro sistema y acaso también lo más que de él puede decirse es que es más humano y más cristiano porque acerca más a los hombres. El gusto resuelve entre nosotros—y cada día irá prevaleciendo más el mero gusto—cuál es la raza, cuál es el tipo más codiciable para los trabajos de la reproducción. Nuestro sistema de base emotiva está quizás más cerca de los fines profundos de la vida que el otro sistema hecho de cálculo y de rigurosa prohibición.

Por otra parte, es demasiado tarde para que nosotros quisiésemos intentar un cambio de prácticas; no nos queda más recurso que seguir valientemente por la aventura del mestizaje fortaleciendo nuestro intento con todos los poderes de la reflexión y del saber, pero dejándole entero el sentido todavía insondable de su misión.

Dentro del mismo México el mestizo—que si alguna patria puede reclamar como suya es aquélla—no está, sin embargo, exento de rivalidades a veces feroces; desdeñado del blanco y visto con desconfianza por el indígena, padece la suerte de todo el que se aventura en lo nuevo.

De México se puede afirmar que si mañana, por virtud de un cataclismo, quedase cortada la comunicación con el mundo exterior; si el país volviese a quedar en el aislamiento en que lo encontraron los españoles, al cabo de pocos siglos veríamos que de allí había desaparecido no sólo el blanco, también el mestizo y con pocas variantes se encontraría allí un nuevo descubridor otra especie de reinado de Moctezuma. Algo de esto se ha podido sentir en determinados instantes de nuestras más recientes revoluciones que en muchos casos aislados se convierten en una verdadera reivindicación indígena que fácilmente sobrepasa los límites de lo económico y lo político para imponer aún determinados rasgos de costumbres y de traje. Lo que claramente revela la intención espiritual de estos brotes que por otra parte nunca llegan a una expresión clara,

sencillamente porque nunca existió lo que pudiera llamarse un nacionalismo indígena, ni mucho menos una psicología colectiva. El aislamiento relativo en que viven las naciones y las tribus sin lazo de lengua o de instituciones explica que sea absolutamente ilusorio calquiera designio de resurgimiento. Sin embargo, durante la rebelión zapatista se vió el caso curioso de que el traje europeo fuese totalmente desechado en toda una extensa región y de que los descendientes de europeos que se afiliaban al movimiento adoptasen la indumentaria indígena, incapaces de conservar, ya no digo de imponer la suya. En cambio, a ideología era francamente importada y la devoción religiosa se mantuvo alrededor de las viejas enseñanzas de los misioneros católicos. Lo que prueba que el espíritu europeo ya se impuso aun allí donde el hábito y el cuerpo suelen manifestar indicios aislados de resistencia.

Si como hemos visto moral y espiritualmente la raza mestiza demuestra cualidades y defectos que son todavía consecuencia del período de formación por que atraviesa, también en lo físico es de observarse esa variedad de rostros que es frecuente encontrar en la tierra mexicana, como si el modelo definitivo todavía no se hubiese conformado, y si por excepción se producen tipos de una extraordinaria belleza, en general más bien es feo el promedio de la nueva raza. Fea es también la mayor parte de la raza indígena; pero esto no depende tanto de herencia como de las condiciones de trabajo en que viven el indio y el mestizo. Los campesinos de razas europeas tan bellas como la portuguesa se ven degenerados, afeados a causa del rudo trabajo; lo mismo puede decirse de los holandeses pobres. La fealdad es comúnmente una consecuencia de la miseria. La belleza es fruto del cuidado y el lujo.

Gústele o no a la aristocracia blanca que es la dominadora de nuestros tiempos, el hecho es que la hora del mestizo se acerca. Mestizajes europeizados en la América latina;

mestizajes confusos en todo el Oriente. El Oriente siempre ha sido mestizo—mestizajes prohibidos en Norte América y en el Canadá—; pero, ¿qué va a pasar si se cortan los puentes? ¿qué sucederá con el negro que por lo mismo que socialmente es inferior se reproduce más que el blanco de la capa dominadora? ¿Qué sucederá con todas estas élites contemporáneas? Ya han empezado a preguntárselo y generalmente se discute el problema en términos de milicias y de combates por la existencia. Pues la maldita teoría de los blancos dominadores sigue hablando de exterminio y no advierte que a la hora de las venganzas siempre son las minorías selectas las sacrificadas, aunque muchas veces ellas representen formas superiores de vida colectiva. El remedio, sin embargo, es muy sencillo, el remedio es un procedimiento que corresponde a la era universal que vivimos. El remedio está en aplicar los mismos tipos de educación y de vida a todas las razas; es decir, se necesita acabar con los prejuicios de raza y levantar el nivel de las inferiores. Porque la raza inferior siempre se venga de sus dominadores devorándolos. La defensa del débil está en la cantidad. Un instinto diabólico lleva a las masas de los esclavos a multiplicarse sin límite hasta que la masa se mueve y se convierte en ola que arrasa. Y Caín es devorado por los bastardos de la familia discorde. No queda, pues, sino mestizaje o tutelaje. O la mezcla de todos buscando la unión y el incremento en el amor y la excelencia o por lo menos el mejoramiento asimilación de todas las poblaciones de la tierra.

Lo que nosotros debemos defender con intransigencia es el principio de que no valen en nuestra zona las doctrinas ni las prácticas de las casta cerrada ni de la tradición unilateral. Insistimos en que la parte nuestra del continente no es patrimonio exclusivo del indio ni del negro, pero tampoco del blanco, y que el asiático no está excluído, porque el sentido fundamental del ciclo de civilización que

con nosotros se inicia es la reunión de todos los tipos des-
pués de la larga era del castigo de la dispersión. De la
mezcla armoniosa no saldrá sin duda el superhombre
nietzschiano, el selecto de Darwin, de maxilares de tigre
que devora a sus afines. Lo que puede salir es el Totinem
del latín *totus*=todo; *inem*=hombre), el hombre todo,
l hombre síntesis, el prototipo y tipo final de la especie.

Combatir la dispersión y convertir todas las fuerzas aisla-
as hacia un propósito común: tal es la más urgente tarea
e esta parte del mundo. A fin de que el aislamiento a
ue inclina el medio físico no vuelva a hacer de las pobla-
iones recién constituídas otras tantas nacionalidades que
ntran en letargo, como las antiguas nacionalidades indí-
enas, pongamos a contribución la técnica moderna que
stablece las comunicaciones a través de los mares y por
ncima de las montañas. Para combatir la recaída en el tipo
nico que ahoga las variantes fecundas y provoca la recaida
e que nos hablan los naturalistas, insistamos en la incesante
enovación y entrelazamiento de las razas. El ejercicio
vivado del poderío espiritual no sólo a las razas las
evará adelante, también al mismo modelo físico irá im-
rimiendo normas acomodadas a los fines superiores.
oda una serie de procesos nuevos y de procesos con-
adictorios del pasado. ¡He ahí la enorme dificultad de
tarea iberoamericana! Lograremos reemplazar los
atriotismos locales con un generoso patriotismo continen-
l? ¿Lograremos crear el tipo étnico acabado o sólo con-
guiremos acabar de destruir los caracteres autóctonos
ntemporáneos? He ahí algunas interrogaciones para las
ue no basta imaginar respuestas, ya que hace falta im-
rovisar soluciones. La improvisación es nuestra calamidad
orque es nuestra fatalidad. La vida nos ha tomado de
risa. Este es el continente de la no espera. Y no espera
orque los otros continentes nos están urgiendo y porque
uestra hora ha comenzado a sonar. En nosotros se

levantan los siglos. Por lo pronto, tenemos que ir recu rriendo a esos andamios inevitables de toda construcción andamios que permiten ir levantando la torre y corrigiend los caracteres de su estructura. Uno de esos andamios qu nos han de servir para verificar el tránsito del nacionalism al universalismo y del mestizaje al Totinismo, de qu hablábamos hace un instante, uno de nuestros más eficace instrumentos de cohesión lo hallamos por ahora en la len gua común. El idioma español en las patrias hispánica y el portugués, afín del castellano en el Brasil; he ah el lazo común, más vigoroso que cualquier tratado o qu cualquier carta política. Nuestro mismo patriotismo ten derá a convertirse en un patriotismo lingüístico. Nos sen tiremos ligados de esta suerte, a través de los mares, co poblaciones como la filipina, que tiene además con nos otros el parentesco de un mestizaje hispanoasiático, gemel del mestizaje hispanoindígena. Vasto como es nuestr continente, la lengua castellana nos da de esta suerte, un patria todavía más vasta que el continente y más uni versal: una patria que tiene como colonias lo mismo e Asia Menor sefardita que el Africa marroquí. Quizás e mundo entero tiende a la integración de estos vastos im perios lingüísticos que serían mucho más racionales, much más de acuerdo con el espíritu, que todos los nacionalismo que hasta hoy han forjado el comercio, el azar y la espada Frente a la evidencia poderosa del *english speaking world* ¿acaso no es legítimo hablar de un mundo español, de u mundo libre como el del inglés, respetuoso de todas la soberanías locales, pero uno ante el peligro, uno en l labor y uno en la gloria? Así concibo la etapa próxim de esta civilización índica, dando al término índico el sen tido universal que ya he señalado. Concibo que la cul tura índica se esparcerá por el planeta, pero no según l regla inglesa que trae implícita la doctrina seleccionist darwiniana de la eliminación de las razas inferiores para

supervivencia del blanco. Nuestra doctrina será, como ya
ne dicho, *totinista*. Buscará una manera de selección a la
que contribuyan todas las razas con lo mejor de sus dotes.
Panhispanismo, pero a fin de lograr Totalismo. Ya no pan-
germanismo ni panangliscismo, ni siquiera hegemonía de los
blancos, sino hegemonía de los mejores de todas las castas
aparición de la casta final, la totinista. La vida total sobre
l planeta renovado.

Más que la tierra propia, el idioma va a ser entonces
l vehículo de este poderoso movimiento sintetizador de
nergías humanas.

Me diréis que esto no va a ser entonces una raza, por-
ue el concepto de raza supone parentescos de sangre, en
anto que el idioma es un vínculo impalpable que puede
brigar en su seno a distintas razas y a distintas naciones
uchas veces en pugna unas con otras. Y responderemos
ue no se trata, en efecto, de dar preeminencia a una raza
eterminada, sino de crear una que abarque las mejores
ptitudes de todas y por lo pronto el mestizaje y el idioma
rán los factores de la nueva creación. Todos los viejos
nceptos tienen que corregirse y transformarse de acuerdo
n las exigencias de un nuevo ciclo de cultura que será,
mo es natural, el creador de sus propias miras y de sus
opios arreglos. Qué suerte de liga política deberá esta-
ecerse entre todas estas enormes asociaciones humanas es
ra cosa que apenas podemos imaginar para el futuro
nediato, pero ya no para el lejano. Ni importan tales
reglos ruines, que hasta la fecha no han traído mas que
sventura y vergüenza sobre la familia humana. Las Re-
blicas iberoamericanas, ¿formarán ligas defensivas, a la
nera de la antigua y clásica Liga Anfictiónica? Tal vez
lograrán más bien, antes de llegar a fórmulas políticas
escaso valor, entrar de lleno en la unificación de nuestra
a económica, mediante la supresión de las aduanas
ernacionales, y en la unificación de la enseñanza, etc.

Lo cierto es que para levantar el ánimo hoy deprimid en unas naciones por el caudillaje y en otras por l opresión económica, se hace necesario que adquiram conciencia de nuestro propósito y de los medios que n ayudarán a alcanzarlo. Se hace necesario, muy particula mente, que pensemos con la cabeza que está sobre nuestr hombros y que percibamos con los sentidos de nuest cuerpo, pues ha sido hábito nuestro ahorrarnos el traba de pensar, leyendo y aceptando lo que de nosotros se di fuera de la América, informaciones y juicios indolentes viciados de inexactitud. En el desastre que padecemos r sólo se nos ha destrozado la unidad territorial que n hubiera permitido constituir un maravilloso país comú sino también lo que constituye el alma de la nacionalida iberoamericana: el idioma español se presenta por algun como un habla ya decaída y fraccionada en dialectos q «no se entenderían en España».

Por fortuna, en realidad las diferencias son de aquell que enriquecen y vigorizan una lengua, lejos de quitar unidad. Salvo el empleo de unos cuantos términos modismos locales—que por otra parte ya van adoptan los diccionarios comunes—no hay el menor motivo incomprensión del lenguaje hablado desde el Norte has el Sur. No cabe duda de que existe mayor unidad li güística en la América española que en la misma Espa donde suelen perdurar junto con el español los idiom locales. En la misma Inglaterra sobreviven el escocés el dialecto de Gales, y no por eso se le ocurre decir nadie que el inglés está en descomposición. En nuest América perduran como lenguas habladas el maya zapoteca y el guarani y el quechua y quizás otros vein dialectos que ninguna conexión tienen entre sí y que car cen de expresión escrita y de fuerza de difusión. Así, pue no oponen la menor resistencia al castellano; todo lo co trario, cada una de estas lenguas ha contribuído a aume

tar el léxico castellano, tal como sucede con los lenguajes de las colonias. En cambio, esos mismos idiomas lentamente desaparecen y desaparecerán del todo porque la edad en que vivimos tiende a la simplificación en las cosas menores y no permite, por lo mismo, el lujo de manejar muchas lenguas. La necesidad cada día creciente de conocer siquiera dos lenguas universales trae implícita la sentencia de muerte para todas las lenguas de corta difusión, por ilustres que ellas sean. El arraigo, pues, del castellano en toda la América de origen hispánico es firme y creciente. Y aunque es cierto que la lengua parece haber sufrido un estancamiento en los últimos años, en los dos últimos siglos, ello probablemente no es sino la consecuencia misma de la enorme difusión que tuvo que sufrir a consecuencia de la vastedad sin paralelo de sus conquistas. El manto ideal de la lengua extendió su abrigo sobre gentes extrañas, en forma que no había abarcado jamás ninguna lengua, y somos tantos los que nos hemos estado cubriendo de su esplendor que forzosamente los hilos se han distendido y ha ido quedando uno que otro claro, y quizás el castellano no dispone hoy de todos los términos que son menester para el manejo de tal o cual arte, de tal o cual disciplina de invención reciente; pero, en cambio, ninguna otra lengua ha prolongado de tal suerte sus ramazones ideales, ninguna otra tiene tan anchos y lozanos los cauces para ir recibiendo dentro de su propia estructura todos los hallazgos útiles, todos los modos del viajero que retorna de lejanías remotas.

Ningún idioma ha hecho un esfuerzo comparable, he dicho, y no exceptúo ni al inglés, por la sencilla razón de que el inglés ha hecho coloniaje más bien que proselitismo. La táctica inglesa de poner un cerco alrededor del establecimiento de ultramar y batir desde allí al enemigo, a reserva de ir corriendo el cerco, es mucho más simple que el sistema español, hecho de entrega cabal de la personali-

dad con todas sus perversidades y con todas sus excelsitudes. No es sino hasta época reciente cuando el inglés ha emprendido la tarea de hacerse hablar por las poblaciones sometidas, en tanto que el español ha ganado adeptos desde hace cuatrocientos años entre gentes que no son de la raza española. Esta superación del límite étnico, hecha de una manera sistemática, puesto que el misionero lo que hacía en primer lugar era enseñar el idioma en que estaban los textos sagrados, no se había intentado jamás en la escala americana. ¿Qué de raro tiene entonces que el ingenio español aparezca atacado de cierta morosidad en lo que hace a neologismos y en lo que hace a ciertos primores de estilo, que son más bien propios de las literaturas ociosas por falta de una gran tarea humana?

Si el milagro de América es haber producido, después de tantos siglos de historia, una raza completamente nueva, tal como la constituye ese mestizaje hispanoindígena que es hoy base de mestizajes más complejos, ¿no es también caso de asombro que esa nueva raza no haya tenido que elaborar, como lo han hecho las otras, un idioma propio, tarea que le habría robado siglos de esfuerzo mental, sino que se presenta armada con un idioma ya evolucionado, ya hecho, ya ilustre y ahora lozano de modismos y de giros y de términos? El peligro que quizás se presentó en alguna época, el peligro de que el idioma degenere en dialectos acomodados a las modalidades de cada región, queda conjurado por el lenguaje escrito, que siempre se ha mantenido uniforme y se ha conservado como punto de referencia común. Por otra parte, esta misma fijeza relativa del idioma literario ha contribuído a que dejen de prosperar determinadas maneras incorrectas o muy locales de decir, porque esos localismos no han sido llevados por lo general a la categoría de la escritura. Los argentinismos del teatro moderno argentino, como los numerosos mexicanismos del cuento nacional, han aparecido como varieda-

des literarias en una época en que ya no era peligroso su empleo, sino simplemente curiosos y a veces, aunque raras veces, agradable. La defensa más poderosa de la uniformidad del idioma se encuentra en una institución que no conoció la antigüedad y que nunca pusieron en obra los viejos imperialismos: me refiero a la escuela primaria. El primer país que dedicó atención esmerada a la organización de la enseñanza elemental fué la Argentina, y esta circunstancia ha sido feliz porque era allá precisamente, en el país más apartado y de colonización más reciente, donde el peligro del descastamiento era mayor. Cuando se contemplan las clases de las escuelas primarias de Buenos Aires, compuestas de niños que proceden de razas ilustres de Europa, y que, sin embargo, ejecutan todas sus tareas y entonan sus cantos en castellano puro se comprende cuán fútil era la alarma no siempre sincera con que algunos denunciaban la corrupción de la lengua española en la América.

Gracias a la labor de las escuelas, el idioma se va salvando y perpetuando en sus maneras esenciales y por encima de localismos que fueron creación del criollo de cierta época y que con el criollo de entonces desaparecen. Así sucederá también con los italianismos de la población porteña recién asimilada: algunos quedarán incorporados definitivamente a la lengua; pero los más desaparecerán junto con la generación intermedia que los inventa. Las escuelas representan, pues, un órgano sistemático de depuración, y esto, por lo mismo que significa un plan, acaba por imponerse a las variaciones que no proceden mas que de los tanteos y la confusión de un uso multiplicado.

El tesoro de la lengua española no lo trocará el iberoamericano por ninguna otra lengua. Ya no digo el criollo, que con razón ve en el castellano la lengua propia; ni el mestizo, que no tiene otra, pero tampoco el indio podrá ser infiel a una tradición ligüística que vino acompañada

de atrocidades, es cierto, como lo han sido todas las otras importaciones lingüísticas, pero que ya representa para el indio mismo una conquista y una ventaja. Se dirá que hay indios que todavía no conocen el castellano, y esto es exacto en una medida escasa; pero, dadas las corrientes profundas que hoy conmueven a nuestros pueblos, no es aventurado afirmar que antes de veinte años el castellano habrá acabado de penetrar hasta el alma de las poblaciones más recónditas. Ningún otro idioma está en condiciones de realizar esta difusión en tan poco tiempo. Así es que aun cuando no hubiese más razón que ésta, con ella bastaría para afirmar que está fuera de discusión la posibilidad de que otra lengua arraigue como medio de expresión nativo en la población de los países que fueron de Castilla.

Tal como conviene al vasto ciclo de civilización que en la América latina se inicia, nos hemos mostrado generosamente amplios en la definición de todas nuestras normas formativas: nacionalismo que cede ante los intereses superiores de la nueva raza; concepto de raza que no se ciñe a una sangre, sino que acepta la aportación de todas las aptitudes contenidas en las distintas variedades del tipo humano; civilización libre que asegure justicia a todos los hombres. Pero, ¿no incurrimos acaso en estrechez cuando nos aferramos al idioma castellano como medio común y necesario para la constitución de la personalidad de la nueva raza? ¿Por qué no había de ser raza tan compleja y adelantada bilingüe o trilingüe? No deberá serlo sencillamente porque ni Europa debería serlo, y lo que es una calamidad legada por los tiempos no vamos nosotros a erigirlo en modelo. Precisamente para que no se renueve en America la confusión de Babel que reina en la pobre Europa, no vamos nosotros a fomentar el poliglotismo, siendo más sencillo, más útil y más civilizado procurar la simplificación de lo que no es más que medio y procedimiento. Nótese que no hablamos de suprema-

cías lingüísticas,—argumento que en el caso del castellano no sería fácil desechar sin reflexión—, sino de ventajas que redundan en beneficio de la civilización y del espíritu. Causa pena ver el tiempo que se pierde en estar manejando palabras que más o menos dicen lo mismo en diferente son y con diversos signos, cuando ese tiempo y esa atención los reclaman la vida y el pensamiento. Se siente aterrado un hombre de educación europea cuando sabe que el chino se pasa los mejores años de estudiante descifrando jeroglíficos que no hacen sino señalar y numerar las cosas; es decir, un oficio que nuestras lenguas alfabéticas realizan en seis meses de enseñanza. Pues algo parecido le ocurre al iberoamericano que ha viajado desde el río Bravo hasta el Plata con su diáfano español y entra después en Europa a recorrer Estados y Estaditos a través de los cuales cada doce horas de trayecto o cada seis cambia no sólo de idioma, con frecuencia hasta los signos del alfabeto, como en el caso de los pueblos balcánicos. Habernos salvado de este caos es uno de los servicios que más debemos agradecer al castellano. La potencia emigradora y reencarnativa de esta lengua vigorosa no ha sido igualada por ninguna otra. Y por lo mismo que el crecimiento apresurado ha sido su destino, no teme el cambio y está lista para enriquecerse y aun para evolver en otra habla más universal, si así es necesario, o para fundirse en el idioma que la vida moderna, hecha de comunicación de todas las gentes, tendrá que ir elaborando para sustituir todos estos idiomas medioevales en que nos expresamos y que son como las murallas de la época de donde proceden. Derribarlas será progresar. El viento de una nueva lengua universal, soplará alguna vez sobre toda esta carcoma de los idiomas usuales. Ningún Tabú entonces, ni el Tabú del idioma. Todos nuestros valores prestos al holocausto en el instante en que lo demande la voz superior de la vida. Pero entiéndase bien que la renuncia

ha de ser libre, voluntaria y consciente, cuando así convenga al interés de la especie. Jamás, en cambio, si sólo se trata de sustituir una tradición limitada por otra tradición limitada, ni mucho menos si es la imposición de la fuerza la que consuma el trueque. Templada y flexible la voluntad y suelta la fantasía, que ninguna aventura noble nos halle indiferentes. Pero no olvidemos el buen juicio, que es el secreto de los constructores; buen juicio para apreciar los obstáculos y para aprovechar los recursos: clara percepción del fin y unas alas que vayan alejando el fin.

Cuando ya estaba casi para terminar la composición de este libro, me entero del publicado por Madison Grant, prologado en francés por Lapouge, quien, según entiendo, es uno de los más autorizados midecráneos, de estos que han hecho la seudociencia de la antropología. La lectura de este libro me ha segurido algunas observaciones que apunto en el orden en que me fueron ocurriendo.

Una circunstancia que resta todo valor a las estadísticas de Grant es el hecho de que toma como tipo de superioridad caracteres que por sí solos no implican ninguna superioridad. Nos dice, por ejemplo, que el cuatro por ciento de los soldados de origen inglés era inferior a la talla media, en tanto que las otras razas dieron 22 por 100 los irlandeses; 27 por 100, los griegos; 39 por 100, los rusos, y 46 por 100 los polacos.

Yo podría señalarle al señor Grant razas indígenas de América, como la yaqui y la tehuana, cuya talla supera sino por lo menos iguala a la escocesa. Pero no está probado que el hombre de talla elevada sea más inteligente, ni más capaz, ni siquiera más fuerte que el hombre de baja estatura. La única conclusión que se puede sacar de la referida estadística es que el inglés cuenta con un promedio de talla alta. Supongamos, sin embargo, que esta mayor proporción de talla represente una ventaja militar y étnica. Nada tiene de extraño que en los Estados Unidos sean los descendientes de inglés los que exhiben mejores cualidades físicas, puesto que por ser ellos los primeros que llegaron se han aprovechado del aumento de la riqueza norteamericana para crearse condiciones de vida que les permiten cultivar sus

cuerpos con el deporte y sobre todo librándolos de la carga del trabajo físico excesivo. Si durante varias generaciones ellos han sido los dominadores y han vivido en mejores condiciones materiales que las otras razas, es evidente que la huella de este buen trato tiene que manifestarse al exterior, lo mismo que se manifiesta en una raza de caballos finos. Los nuevos inmigrantes polacos, italianos, etc., no han tenido tiempo ni ocasión de atender al pedigree, *atentos como están a sus oficios de* **ganapanes.** *Se ve en esto que las diferencias físicas no son tanto un resultado del origen étnico sino más bien de las condiciones sociales en que vive una raza. En México se observa que las razas indígenas, que se mantienen semi-independientes y que viven de la caza y de la agricultura, pero con el carácter de pequeños propietarios, son de talla elevada y de hermosas facciones, en tanto que la población servil de la meseta, por sus tres o cuatro siglos de miseria, ha decaído, física y moralmente de la manera más lamentable. La belleza y la propiedad, por lo menos la pequeña propiedad, van unidas; por eso nosotros, los condenados socialistas, queremos que todo el mundo sea propietario para que todo el mundo sea bello. La raíz humana es la misma, el grueso del tallo depende del cultivo. Cambian, eso sí, los prejuicios de la belleza. Si los negros fueran los dominadores, el color de ébano y los labios grandes serían el deleite de todas esas estéticas de ocasión, que suelen ser, sin embargo, nuestro encanto y nuestro tormento. Mi dolor es no haber podido ser el amante de la Karsavina, la bailarina rusa; cuando le pida cuentas a la vida eso le reclamaré en primer término; pero esto no me ciega hasta impedirme concebir la posibilidad de una gran estética negra.*

..El movimiento social contemporáneo, según el prologista francés de Grant, no es otra cosa que «una rebelión contra los civilizados, rebelión llevada a cabo por los parásitos del bienestar creado por los civilizados». Sin embargo, no son los poderosos de la época los que empujan una civilización hacia adelante. En el sentido vital, los poderosos suelen ser los parásitos, pues deben el poder a circunstancias y a vicios de la organización social y viven del trabajo y de la iniciativa de los modestos y de los humildes. En cada pueblo hay una minoría alerta de raza compuesta, mezclada y de condición social varia, y ella es la que impulsa el progreso con el sudor de los de abajo y a pesar de la estulticia y la codicia de los parásitos de arriba, puros sangres o advenedizos: aristocracia mundana que nunca ha dado genio ni empeño ni para el arte ni para la ciencia, y en los tiempos que corren ni siquiera para la **guerra.**

El libro de Grant es, a pesar de todo, interesante, porque expone la antítesis de la doctrina que yo formulo como evangelio de la América latina. Desde que se produjo la guerra europea la América latina, fiel a un instinto biótico, se mantuvo en su mayor parte neutral. Muchos dijimos: no es nuestra guerra. Aquella guerra de codicias imperialistas iba a decidir si sería Inglaterra o sería Alemania la continuadora de la política del capitalismo contemporáneo sobre el mundo. Lo importante para nosotros era que se destruyeran o se debilitaran las dos naciones rivales y sus aliados conscientes o inconscientes, porque ese debilitamiento significaba para nosotros una extensión del plazo en que habremos de ser atacados e invadidos. Desgraciadamente, nosotros no supimos aprovechar el conflicto para haber creado por sorpresa, por ejemplo, el zollverein *iberoamericano. El europeizamiento de nuestras mentalidades nos mantuvo atentos al desarrollo de las batallas y nos pasamos los cinco años de la guerra europea bobeando frente a las cartas de Europa o ganando cuatro reales en la venta de las materias primas: pero la gran ocasión de nuestra personalidad se dejó pasar. Ycruzados de brazos contemplamos el espectáculo de que Italia y Francia estuvieran sacrificando torrentes de sangre en la lucha sólo para que Inglaterra acabase de consolidar su Imperio. De todas maneras, sin embargo, la guerra no era nuestra guerra, porque si pierde Inglaterra entonces hubiera sido Alemania la conductora del imperialismo y del orgullo del blanco rubio que se ha propuesto dominar la tierra. Por desgracia, la guerra gastó al imperialismo ingles y al imperialismo alemán; pero dejó en pie, acrecentado y más temible que nunca, al poderío norteamericano, que hoy dicta sus mandatos a casi toda la Europa latina. De esta suerte, el enorme poder imperialista crece y se agiganta y, sin embargo, todavía hay en la América latina ciertas almas de colono que padecen entusiasmos por las victorias del enemigo natural de nuestras libertades. Por la poquita sangre blanca que tenemos, pensamos como si fuésemos una avanzada del imperialismo entre los indios, más bien que la raíz de un periodo cultural que tiene que revisar todos los valores, los valores del blanco y los valores del negro o del asiático. Este servilismo espiritual es el que a mí me lleva a renegar de nosotros mismos y a decir de una vez por todas que no somos blancos. Esta afirmación escandaliza muy particularmente a los semiblanquitos que andan por Europa haciendo parisianismo. Pues bien, que se escondan detrás de la puerta de cualquiera de los Hoteles de lujo que suelen frecuentar a costa del sudor de los esclavos indígenas y verán cómo los tratan a ellos, a los señores de indios, cualquiera de estos*

citoyens *de Francia; en seguida oirán que se les les llama metecos. meteco es el argentino blanco lo mismo que el mexicano oscuro o que el dominicano o el cubano. Y aquí siquiera tenemos nombre; en Inglatrra ni se ocupan de nombrarnos. Las consideraciones personales que en muchos casos nos tiene por aquí el europeo son humanas y son gratas, pero ellas no deben hacernos perder de vista el rasgo fundamental que es el siguiente: Que nosotros pertenecemos a un población colonial semiindependiente y amenazada por los imperialismos blancos de Europa y de los Estados Unidos y que la salvación nuestra se encuentra en la integración de tipos nuevos de cultura con el mestizaje de todas las razas que pueblan nuestra sección del continente. Anotemos lo siguiente con letras mayúsculas: QUE NUESTRA MAYOR ESPERANZA DE SALVACION SE ENCUENTRA EN EL HECHO DE QUE NO SOMOS UNA RAZA PURA, SINO UN MESTIZAJE, UN PUENTE DE RAZAS FUTURAS, UN AGREGADO DE RAZAS EN FORMACION: AGREGADO QUE PUEDE CREAR UNA ESTIRPE MAS PODEROSA QUE LAS QUE PROCEDEN DE UN SOLO TRONCO. Por ser mestizos de sangre y de cultura representamos algo nuevo en el mundo y tenemos derecho al porvenir. Si no fuésemos mestizos, ¿qué seríamos sino cuando más una España decaída y menor, menor en cultura?*

Afirma Grant que hay rasgos étnicos permanentes y trasmisibles por herencia. Esta afirmación es completamente arbitraria; tan arbitraria y desacreditada como la vieja teoría de la sangre azul de aristocracias que no tenían otro mérito que el haber envejecido en el servilismo de las Cortes. En Francia los alcahuetes de los Luises se hacían llamar condes y marqueses. En España todavía hoy existe algo parecido al Camarlengo, cuyo función antigua era extraer el servicio de noche de la Cámara del Rey. Otro título procede del muy ilustre servicio de calzar y descalzar a Su Majestad. Pero desde que se inventaron la campanilla eléctrica y el Water closet *toda la nobleza de Cámara ha quedado sin empleo. Mayor razón habría para conceder un título a los descendientes del inventor de excusado de sifón, porque su ingenio ha librado a buena parte de la humanidad de una molestia que antes era más bochornosa. La nobleza democrática que podríamos organizar con los autores de todos los detalles de la plomería moderna valdría sin duda mucho más que todos aquellos sucios de Versalles, que no conocían del baño más impresión que la sufrida alguna noche en que caían ebrios en las fuentes de un parque que junto con su Palacio ha sido cuna de toda una escuela de cursilería mundial.*

Madison Grant vuelve a citar a Gobineau, ese conquistador de salón que paseó su spleen *diplomático por el mundo sin haberse atrevido a afrontar siquiera una buena asoleada del trópico. No vuelve a decir Madison Grant que a través de la historia se observa la preponderancia de ciertas razas dominadoras y conquistadoras. No cabe duda que en cada época hay un grupo, una raza dominante; pero cada una cumple su tarea y se va o se transforma. No hay sucesión hereditaria de las facultades de dominio. No es una la casta superior privilegiada. Todas las castas han conocido épocas de poderío y épocas de abyección. Lo que abate o encumbra a las gentes es el estado del alma en cada instante de la pelea.*

Según ya lo hemos repetido en la presente obra y en La Raza Cósmica, *la teoría de que es el medio físico el que forja los caracteres raciales parece mucho más acertada que todas las otras teorías. Por fortuna, la vida moderna, al disminuir el valor del medio o por lo menos al variar esa influencia, nos lleva a la creación de un tipo más completo de hombre: el hombre de todos los rumbos; el hombre ya no digo planetario, sino universal, el hombre cósmico.*

Casi no vale la pena comentar algunas otras afirmaciones de Grant. Dice, por ejemplo, que la democracia tiende a la nivelación del tipo humano y a la disminución de la influencia del genio. Lo mismo puede decirse de toda tiranía y de toda aristocracia legal o aristocracia de Estado. El tirano o la casta dominadora se corrompen e nsu poder y mantienen sobre la masa una dominación que impide todo desarrollo individual o colectivo. Pero la historia nos dice que todas las épocas geniales de la humanidad corresponden a la existencia de regímenes políticos que participan de la idea de la democracia :que es la libre manifestación del genio individual y el gobierno de los mejores por delegación de las mayorías. Malo como es el sistema de selección todavía son peores todos los otros sistemas conocidos de gobierno. Díganlo si no los ejemplos de relativa democracia que se llaman la República Ateniense la India de los Asokas igualitaria y libre, y las Repúblicas italianas que produjeron al Dante y a todo el Arte moderno. Los mismos Estados Unidos fueron creadores y grandes cuando vivían como democracia y son hoy amenaza del mundo y azote de su misma población, porque están manejados por la aristocracia de los financieros, sacerdocio de Mammon que si no es destruído interiormente arrastrará a decadencia y a pérdida todo el gran imperio que ha ido levantando el esfuerzo de unas masas que

ueron libres y el genio de unos cuantos demócratas sincera y abiosamente liberales.

Lo que realmente preocupa a la causa de los privilegiados nor-eamericanos es la ruda competencia en que suelen verse vencidos or el mayor talento, por la mayor capacidad de los inmigrantes. En efecto, los providenciales rubios de Gobineau y de Madison Grant no siempre pueden vencer en una justa libre ni al judío, que los desplaza del comercio y la banca; ni al irlandés, que los upera en literatura; ni al italiano, que fácilmente los deslumbra n los trabajos manuales decorativos; ni siquiera al negro, cuyas núsicas y danzas se imponen sobre la misma sentimentalidad aus-era de los dominadores por derecho divino, procedentes de la Nueva Inglaterra. Afortunadamente, esto que alarma a los privi-egiados que son obstáculo del progreso, en cambio comprueba que a tarea humana necesita el concurso de todas las razas y de todos os seres. Gracias a este irrefrenable hervor de los pueblos sobre a tierra inagotable de variedad, podemos confiar en que la vida o llegará a ser en todo el mundo esa especie de domingo presbi-eriano en que caeríamos si los modernos providenciales impu-iesen su norma a todo el planeta. No sólo no dominarán al pla-eta, sino que no triunfarán ni en los Estados Unidos. Porque la ucha de las ideas hay que llevarla allá dentro, en sus propios y igorosos terrenos.

Antes de concluir estas observaciones, debo afirmar que estoy nteramente de acuerdo con Grant cuando censura los matrimonios e tipos inferiores y de degenerados. Con intensidad he propagado o entre las masas de mi país el evangelio de la limitación de la atalidad. Las razas oprimidas padecen el azote de la fecundidad; ero la maldición se vuelve contra los opresores y acaba por ogarlos. El doble mal sólo se remedia, sin embargo, levantando l nivel social del pueblo. No es esta tampoco una cuestión de za, sino de situación económica y de educación. Coincidimos, sin mbargo, los del Norte y los del Sur cuando decimos que la Amé-ica quiere calidad más bien que número. Toda la decadencia alpable de Europa procede de su multiplicación; país poblado con xceso es país condenado; no importa que la química extraiga limentos del aire: lo importante es que cada hombre goce de na casa y de un prado. Ya desde que las gentes se amontonan en udades y se alojan unas encima de otras en pisos, ya eso es deca-encia. Que el amplio terreno de América jamás se pueble hasta s bordes, como estos pobres continentes degenerados. Exigimos ue la vida allá se sirva tanto del ala, que el derecho al espacio a tan seguro como el derecho a la comida. Pero hoy por hoy

subsiste el conflicto de las dos Américas. La del Norte quiere v
porvenir al servicio de los blancos de raza pura. La del Sur es
preparando los lineamientos de una civilización mestiza, en que
fundan y se superen a sí mismas todas las estirpes y todas l
culturas. ¿De qué lado va a estar la humanidad?

CAPITULO IV

EL PENSAMIENTO IBEROAMERICANO

Se ha dicho con frecuencia que no existe una filosofía iberoamericana. Confieso ser uno de los que han extremado la nota hasta el punto de afirmar que no sólo no es posible, sino que no es deseable que aparezca una filosofía iberoamericana, dado que la filosofía, por definición propia, debe abarcar no una cultura, sino la universalidad de la cultura. Una filosofía nacional, en consecuencia, y aun una filosofía continental, tendría que parecer tan limitada que casi se haría indigna del nombre venerable. La vieja, la ilustre filosofía, amor de sabiduría, gusta de discurrir sobre los problemas humanos, sin preocuparse de las trabas y convenciones que todo organismo político impone al espíritu. Propiamente, pues, una filosofía no puede ser otra cosa que conocimiento y pasión de las cosas en general, con profundidad ciertamente y con eternidad, pero con cierto necesario despego de lo temporal y arbitrario. Sin embargo, es evidente que toda filosofía implica, por lo menos en parte, una manera de pensamiento que procede de la vida colectiva y en ella se arraiga. No importa que a veces se eleve por encima de la vida colectiva, no importa que una revelación súbita

nos transporte a mil leguas de la conciencia social, nos levante por encima de toda medida: el pensamiento fatalmente mantendrá relación con su mundo, aun cuando sólo sea para separarlo y salvarlo. Todo pueblo que aspira a dejar huella en la historia, toda nación que inicia una era propia, se ve obligada, por eso mismo, por exigencias de su desarrollo, a practicar una revaluación de todos los valores, y a levantar una edificación provisional o perenne de conceptos. Ninguna de las razas importantes escapa al deber de juzgar por sí misma todos los preceptos heredados o importados para adaptarlos a su propio plan de cultura o para formularlos de nuevo si así lo dicta esa soberanía que palpita en la entraña de la vida que se levanta.

No podemos entonces eximirnos de ir definiendo una filosofía; es decir, una manera renovada y sincera de contemplar el universo. De tal inevitable contemplación, habrá de ir surgiendo, primero, el razonamiento que formula su metafísica; después, la práctica inspirada que consagra las leyes de la moral y en seguida la mística, en cuyo seno profundo germina el arte y se orienta la voluntad. Conviene precavernos, es claro, del peligro de formular un nacionalismo filosófico en vez de filosofar con los tesoros de la experiencia nacional. No es legítimo torcer los principios para que sirvan las exigencias más o menos pasajeras del nacionalismo; pero también es menester que sacudamos buena parte de esa ideología de descastados que hace un siglo padecemos. Filosofía de simios atentos al gesto, preocupados de la moda y del estilo, pero incapaces de advertir el sentido profundo del momento que atravesamos, generaciones que en arte y en pensamiento y aun en cuestiones de sensibilidad no nos atrevemos a soltar al viento la vibración del alma, no más atentos a la norma y temerosos de incurrir en censura o en caer en ridículo. ¡Pueril temor al ridículo que es en

sí mas ridículo que tal o cual desentono, como tenemos atados los modales y el pensamiento! ¡Y cómo todo esto nos ha hecho caer en el convencionalismo y en el adjetivo, patrimonios menguados de los que no osan manejar a idea y el suceso! El afán del corte elegante, aun con descuido de la esencia creadora; el ropaje antes que el ritmo de la emoción: he ahí la causa de toda esa literatura prestada, que con raras excepciones ha llenado nuestras revistas y no pocos de los libros que cristalizan nuestra literatura continental. Estilo elegante; es decir, estilo de cortesano. En efecto, el Señor crea, con el ademán, la regla; en tanto que el criado apenas se atreve a copiar.

Uno de los más favorables síntomas que es fácil advertir en el momento cultural de la América latina es esa patente rebelión contra el convencionalismo y la copia y el afán cada día más notorio de prestar oído a lo que se dice más bien que a la manera como se dice. Escritores hay en el día que gozan de cierta fama, varios habemos que escribimos mal y, sin embargo, se nos lee y aun se nos atiende. No es aventurado decir que hace veinte años nadie se hubiera ocupado de otra cosa que de señalarnos los yerros de sintaxis o los descuidos de la expresión. Quizás hoy contamos con menos estilistas; pero no hay duda de que nos preocupa más el valor metafísico y el fondo humano del concepto. Cierto vocabulario, cierta sintaxis, pueden no bastar en un momento dado al pensamiento; de ahí que el pensamiento siempre se haya sentido autorizado a crear la ley, las formas y la sustancia de su expresión. El pensamiento iberoamericano parece entrar hoy francamente en esa vía libre de la fuerza que se manifiesta. Nuestra espiritualidad deja de ser lastre para convertirse en ritmo directo de nuestro desarrollo. Y no obstante que hoy sea más acentuada, no sería posible afirmar que la liberación se inicia en estos instantes, porque en seguida nos vendrían a la memoria

páginas robustas como las de Sarmiento y las del Padr Mier, como las de Andrés Bello y las de Montalvo. Per es indudable que ahora se manifiesta con caracteres co lectivos una manera de emancipación que es complement indispensable de la autonomía política: la emancipació de nuestro pensamiento en la forma y en el fondo. E gran parte, la pobreza de la producción intelectual de primer siglo de nuestra vida independiente se debe a l timidez que nos tenía atentos al modelo y a la ingenuida de ir a buscar emociones y estilos allí donde el espíritu ha producido cosas admirables sin duda, pero ya gastada de contenido, pobres de ambiente o de todas manera ajenas a nuestro momento espiritual: de ahí que nuestr literatura no corresponda, todavía el ambiente agrandad y espléndido de la América. Imaginad lo que hubies sido Darío, el más grande de los nuestros, si al fin de su años no se sale de su pisito parisiense para volver al so y al viento de las montañas nativas. Poco quedaría d él, a mi juicio, si su poesía versallesca no hubiese sid superada por los *Cantos de Vida y Esperanza,* por e hálito de infinitud que palpita en sus creaciones mayores.

Se diría que en todos los órdenes, y, a pesar de las recaídas en la barbarie que todavía suelen ser frecuentes en algunos de nuestros países, corren por la América hispánica vigorosas corrientes de creación. Creación he dicho y no renovación, porque renacen los pueblos antiguos capaces de remozar una tradición perdida; pero nosotros apenas nacemos. En efecto, bien visto y hablando con toda verdad, casi no nos reconoce el europeo, ni nosotros nos reconocemos en él. Tampoco sería legítimo hablar de un retorno a lo indígena, retorno que, aun suponiéndolo atinado, no sería posible porque no nos reconocemos en el indio, ni el indio nos reconoce a nosotros. La América española es de esta suerte lo nuevo por excelencia, novedad no sólo de territorio, también de alma.

Conciencia sin antepasados hasta donde es posible imaginar así una conciencia; conciencia que, por lo mismo, debe ser creadora, creadora y organizadora del aporte pasado, creadora y constructora del presente; iniciadora y preparadora del porvenir. ¡Que la enormidad de la tarea sea el mejor aliciente de las robustas voluntades! A quién puede asombrar que en sólo un siglo apenas comience tal raza a plantear su propio problema, a darse cuenta de su propia misión?

Procuremos, pues, comenzar por las raíces de lo que es, de lo que será el pensamiento iberoamericano. ¡Oh, reino el nuestro, reino de la perpetua improvisación, no por eso está menos sujeto al complejo de los designios cósmicos! Comenzaremos, naturalmente, por el pasado. El pasado es misterioso e ignoto, el pasado es indígena; la huella del alma roja perdura en el ambiente, destellos del alma roja aparecen de súbito en las miradas, en el pensamiento, en el arte del continente. Flota todavía un aura peculiar. No importa que no se tenga la sangre azteca, no importa que desconozcamos la lengua, el que vive mucho tiempo, el que nace en el altiplano de Anahuac acaba por sentirse un poco azteca, a pesar de que no queden casi las huellas físicas de la primitiva civilización. Lo mismo se ha afirmado del Norte americano de sangre sajona que se establece en los desiertos de Arizona y de nuevo México. Después de una larga permanencia, sus mismos rasgos físicos manifiestan reminiscencias del alma del piel roja. En todas partes hay el aura de la región: en el Nuevo Mundo, como en Europa, en España, como en Escocia y en Egipto y como en la India. Según las observaciones antropométricas, perdura un mismo tipo craneano en determinadas regiones, a pesar de los siglos: dolicocéfalos en Castilla y el Norte de Andalucía; braquicéfalos en Oviedo y Santander. En Italia y en Inglaterra se han señalado las mismas constantes

que se hacen patentes no sólo en los rasgos físicos, también en la expresión artística y en el temperamento. Constancia de ciertos rasgos externos y coincidencia de determinadas particularidades espirituales como apegadas al ambiente físico. Afirmaremos que, en rigor, cada sitio de la tierra, cada ambiente se hace sentir en nuestra conciencia y la solicita y le demanda expresión? Se diría que en cada conciencia la naturaleza pone su hálito cargado de signos y mensajes. Pugna el ambiente y habla con las voces de sus criaturas, se vale de las criaturas para resolver sus más íntimas y sutiles necesidades de realización y de progreso: los anhelos de su transmutación en lo eterno. Puente es la conciencia, a tal punto que un paisaje que no ha sido pensado, que no ha sido gozado, es como un ser incompleto que no se ha consumado. Lo que no ha cristalizado en emoción o en imagen dentro de una conciencia o en la literatura y el arte, es una naturaleza que todavía no conquista su más alto fin. La tierra da plantas las plantas se aprieten en la lozana voluptuosidad de las selvas; las aguas escurran, circulen y fecunden las semillas, el viento pase y vuelva a pasar transmitiendo gérmenes, buscando equilibrio al perpetuo temblor de las temperaturas; pero todo esto no basta y la naturaleza seguirá como inconclusa y anhelante hasta el momento en que el hombre fascinado con su belleza la toma en su corazón y la espiritualiza en su fantasía.

El parentesco del hombre con el medio se manifiesta entonces no sólo en lo físico, también en lo espiritual. Eso mismo explica que tan pronto como el espíritu adquiere conciencia de su poder, nace el ahinco de desarrollarlo y el propósito de superar la imposición de lo físico. La acción y reacción de la tierra sobre el hombre se ejerce indiscutida en las primeras etapas de la vida. Sin duda nos sirvió en el pasado y nos sirve para penetrar mejor en la profundidad de nuestros orígenes. Probablemente

ha sido útil que la humanidad se impregne de todas las auras particulares para expresarlas y expresarse en ellas, multiplicando de esta suerte las maneras de la conciencia; pero es menester que esta adhesión a la cuenca nativa y a la zona de la contemplación parcial no nos robe todo el poder.

Necesita el alma permearse en todas las auras fundamentales, pero con el fin de elevarse en seguida hasta el aura universal; por eso toda verdadera cultura es a la vez particularista, pluralista y sintética. De ahí que no podamos resignarnos nosotros, que no pueda conformarse el pensamiento latinoamericano con expresar nada más determinadas maneras espirituales exóticas y limitadas. Por ejemplo, si llegásemos a sentir lo indio, no nos preocupa mucho mantenerlo tal y como lo vivieron los indios, ni siquiera procuraremos vivir atenidos a las influencias de nuestro ambiente.

Las leyes de adaptación de lo espiritual a lo físico que han regido el pasado no rigen en nuestros días, en que el pensamiento se comunica en breves instantes por la tierra y en que el hombre, mucho más nómada que en la antigüedad, ya rara vez se apega a un solo ambiente y si él lo hace no lo harán sus hijos. Los habitantes de los Estados Unidos se transportan constantemente de Oriente a Occidente, de Norte a Sur. El perfeccionamiento de las comunicaciones y la mayor comodidad de la vida permitirán traslados semejantes de verdaderas multitudes por todo el planeta. Se diría que comienza a romperse la antigua ley de las auras. Quizás de mucho vivirlas todas, va a nacer por fin la cabeza universal, la cabeza de todos los rumbos, que el hombre anda buscando desde el principio de las edades.

Recordemos todos estos factores en acción y tengámoslos en cuenta a la hora de formular las orientaciones del presente; pero insistamos antes un poco en las influencias

del pasado, en las nociones que halla cada hombre en su conciencia, cada vez que hurga en la entraña remota de sus orígenes.

Todos sabéis cuán escasos son los datos que poseemos sobre la ideología indígena. Se ha culpado a los españoles de haber destruído documentos y construcciones; lo cierto es que ya cuando los españoles llegaron al continente la civilización autóctona se encontraba en completa decadencia; de otra manera ni hubiese sido posible la ya increíble hazaña de la conquista. Los aztecas vivían dentro de una cultura estimable para un pueblo bárbaro, pero ni el régimen de la tierra sometida a señoríos más absolutos que el feudalismo, ni el régimen político autocrático, ni los hábitos sanguinarios, les hubiesen permitido elevarse. La cultura incaica, degenerada también en despotismos rigurosos, limitada espiritual y materialmente, no hubiera podido salvar a las naciones del Sur. No había centros de cultura más importantes que los dos citados y ninguno de estos dos conservaba siquiera noticias de la gran cultura maya y quechue; cultura cuya importancia crece, a nuestra vista, a medida que los descubrimientos de los exploradores contemporáneos nos levantan un poco un velo que para incas y aztecas era todavía más denso. No es posible, sin embargo, desconocer que hayan tenido o no comunicación con Europa o con Africa, las grandes ciudades, la prodigiosa arquitectura, el arte decorativo espléndido, el arreglo todo de las construcciones demuestra que, cuando los españoles llegaron a la América diciéndose portadores de la civilización, en realidad la civilización, o por lo menos una de las más grandes manifestaciones de la civilización humana, no sólo se había manifestado, sino había ya pasado en la América. Y resulta sumamente curioso observar cómo este continente, que por tan nuevo hemos tenido, es en realidad tan antiguo, no sólo conforme a las indicaciones de la geología,

sino aun por las huellas del trabajo humano. Quizás no está remoto el día en que pueda afirmarse científicamente que, antes de que existiera Europa como región culta, ya habían florecido en Centro América y Yucatán, imperios y civilizaciones cuya arquitectura, por lo menos, nada tiene que envidiar y sí en muchas cosas supera a la arquitectura propiamente europea. Por fortuna, la prueba de estas asombrosas afirmaciones comienzan a llegarnos en una época en que la cultura europea, a la cual pertenecemos, comienza a hacerse vieja y ya no padece la vanidad de las civilizaciones muy nuevas, la vanidad de creerse única, antecesora y fundadora de toda noción importante.

Nuestro criterio atraviesa por un período de madurez vigoroso que nos permite mirar que así como casi todas las bases fundamentales de la cultura europea proceden de Oriente, la religión y el arte, el arte claro y armonioso, griego románico y bizantino, así también lo europeo, con todo el aporte original que pueda contener, que quizás no es otro que la organización democrática de la familia y del Estado, con la invención del maquinismo, todo esto aun ligado con el aporte asiático que complementa nuestra cultura, no es mas que acervo incompleto de la etapa transitoria del período preparatorio, precisamente de esta civilización continental americana, que ha llegado de Europa creyendo bastarse a sí misma, suponiendo que la tarea era sólo ocupar la tierra con los prodigios de la invención de Europa, y se encuentra con que ya ha habido aquí antecedentes en la gran tarea de adaptar la naturaleza a los fines superiores del hombre.

Y sin darnos cuenta nos acercamos a la conclusión de que el continente que creíamos virgen posee tradición de cultura y hoy se convierte en una especie de plano de reunión. La cultura europea llega a la América varios siglos después de que habían desaparecido de aquí gran-

des culturas. He aquí la gran emoción de América; h aquí el desconcierto y asombro que en el ánimo de nues tros antecesores españoles debe haber causado el conti nente. Un desconcierto y un asombro que todavía a nos otros nos deja perplejos, casi irritados del absurdo de qu las civilizaciones vayan y vengan sin siquiera recono cerse. Pero el hecho es que espiritualmente nuestra tierr no está vacía. El pensamiento remoto de las nacione que en ella vivieron flota en el viento, palpita en la selvas, fulgura en los ocasos magníficos del trópico, ocaso esplendentes de una rica y misteriosa eternidad.

Por las razones de su mismo origen, el pensamient de la América latina no puede ser el mismo que el de l América del Norte. Allí la tarea consistió en ponerse a ligar la conciencia con la naturaleza vacía; entre nos otros, la conciencia se encuentra en un espacio lleno d presencias milenarias. La obra de los siglos tiembla muda pero magnéticamente activa en nuestras zonas. Yo no sé si me expreso con la deseada claridad; pero el caso de los poetas quizás nos sirva para entendernos mejor. Si com paramos el abrazo dionisíaco, la profunda y masculina compenetración de Walt Whitman con su naturaleza; si lo cotejamos con los fulgores dispersos, con el atisbo cós mico de Rubén Darío, tendremos que reconocer que con ser tan grande nuestro poeta se murió sin escribir el poema de nuestro continente. Y todo porque, como ya hemos dicho, esto no es la pizarra lavada donde el primero que llega escribe, sino la confusión de los mensajes, el dédalo de las tradiciones y las influencias, tejido de eternidad que suele envolvernos y aprisionarnos la fantasía, haciéndola caer en la mera descripción emocionada, dejándola en lo más hondo, la creencia de que el misterio estuvo a punto de hablar. Esoterismo, ¿dónde está tu clave? Mis ticismo, ¿hablará alguna vez con signos más claros que el

radioso y catastrófico, deslumbrador, pero simulado y desconcertante, *allegro* triunfal de los crepúsculos?

En esto como en lo demás, la novedad y la eternidad de la tarea explican fácilmente que lo hispanoindígena no haya producido hasta hoy mas que buenos poetas, pero todavía ninguna de esas cumbres que señalan etapas de la conciencia universal.

Una serie de tanteos ha sido nuestro pensamiento, tanteos para explorar el ambiente, para descifrar la tradición, para orientar la marcha del espíritu. Tanteos y conflictos porque hubo necesidad de adaptar unas a otras maneras de pensar disímiles y opuestas. Una de las más curiosas soluciones es, por ejemplo, el sincretismo casi instintivo que se opera entre las viejas religiones indígenas y la teología católica importada por los misioneros. Perdura durante mucho tiempo después de la conquista, y como reacción contra el ardor religioso combativo del castellano, una especie de tradición indígena esotérica que aun aceptando las exterioridades del culto cristiano mantiene cierta profunda corriente religiosa local. Con la imperfección inherente a creencias que no llegaron a ser formuladas metódicamente y por escrito, subsiste el vago animismo que todavía en México retoña esporádicamente en el mito oscuro del nahualt. El nahualismo corresponde en el valle de México a la idea del doble y también a la creencia en el espíritu maligno que ronda por las noches amenazando con las calamidades y la muerte. Los genios del mal eran numerosos en la mitología indígena, como corresponde a toda era sombría de dolor y de esclavitud de los hombres; por desgracia, los encomenderos de España no eran a propósito para disipar las sombras del nahualismo que todavía pesan sobre la gleba de los campos. El cristianismo, que predicaba amor y prometía venturas, debe haber parecido a los indios como un lejano

e increíble mito. Acaso aún en nuestros días, ¿no parece quimérico y distante del sublime ensueño?

La fusión de los conceptos y las supersticiones se produjo, sin embargo, en la misma forma curiosa y abigarrada que observamos en la decoración y en la arquitectura de los templos del estilo churriguera mexicano; estilo que ya hemos señalado como de los pocos nuevos que la humanidad ha creado después del bizantino y del gótico y que debe, sin duda, al aporte inconsciente del artista indígena gran parte de su profundo encanto.

A partir de la conquista actúan en el continente hispánico dos corrientes de pensamiento: la mística del catolicismo español, intolerante pero sincero y fervoroso, y el idealismo pragmático de los conquistadores. En efecto, los descubridores y fundadores de los países que hoy constituyen el mundo brasileroespañol de la América poseían temperamentos de esos que reforman la realidad misma de tanto exagerarla y superarla en la fantasía y en la acción. Hombres movidos por el miraje de la realidad, hombres que no ven lo que tienen delante, porque un ensueño los lleva a buscar los eternos Eldorados que el planeta no puede dar, pero que el alma hace y deshace. No me explico de otra manera el prodigio de aquellas hazañas. Pues si fuese exacto, como lo han pregonado gentes que no pueden concebir el ideal ajeno sin contagiarlo de la propia mezquindad; si fuese exacto que los capitanes, movidos de codicia y de afanes temporales, no buscaban otra cosa que el oro de las minas y el bienestar de los mediocres, no se explica que ya que todo esto tenía, pongo por caso, un Alvarado, señor de Guatemala y de otros reinos; ya que de todo gozaba en paz, sin embargo un día le ocurriese, lleno de zozobra en que convoca a sus soldados, abandona cuanto posee y se va por esos durísimos caminos a lomo de mal caballo, atravesando sitios que aun hoy nadie atraviesa y recorre Centro América

y pasa sobre las crestas del Ismo de Panamá y asciende las gigantescas serranías colombianas y cruza el altiplano magnífico y llega hasta cerca de Quito. ¿En busca de qué? En busca de oro, han repetido los pobres de espíritu, los que nunca acertaran a comprender el heroísmo. ¡Como si el oro fuese capaz de mover de esa manera el afán; como si el oro no obligase a estarse quieto y escondido cuidando las monedas que llenan los sacos! Si a ellos mismos se les hubiese preguntado qué era lo que buscaban, habrían respondido: «Tierras que conquistar o minas inagotables y esclavos». Pero todo eso era el pretexto pueril que es necesario dar a nuestras actividades para que puedan presentarse sin embarazo a la faz del mundo. El mundo quiere ruines motivos y se le dan los motivos pequeños; pero el fondo, el oculto resorte de aquellas ansiedades y de aquellos atisbos de gloria no era probablemente ni el afán de proselitismo, sincero en los misioneros, pero vagamente concebido por los soldados, sino que el apetito que los empujaba era el apetito de la contemplación, el encanto y el esplendor de los paisajes más hermosos de la tierra. Quien ha recorrido aquellas mesetas soberanas, limitadas siempre muy lejos y cada vez por la masa sinuosa de las cordilleras que se levantan en picos, para luego decender en vertientes o para ensancharse de nuevo en el plano habitable y risueño de los valles; el que ha sentido el atractivo siempre cambiante de estas perspectivas sin término, comprenderá fácilmente cuál era la fuerza que movía a aquellos poetas de la acción, fantasías ávidas que, sin saberlo, iban cumpliendo los principios espirituales de un nuevo rito de esa suerte de religión que es necesario formular en nuestro continente: el culto del paisaje, como la manera más pura de manifestación de lo divino.

El misticismo religioso y el afán, místico también, de la belleza natural son para mí los factores principales que

el alma castellana aportó a la espiritualidad, a la nuev conciencia del continente y aun me imagino que, de ha ber sido aquellas tierras unas tierras feas, los soldadc de la conquista, hambrientos y rudos, como se les h querido pintar, no habrían llegado al interior, no habría vencido ni a los mosquitos de la costa, porque todc enfurecidos y alharaquientos habrían retornado a su Cas tilla de limpio cielo, a su Andalucía voluptuosa recié conquistada y llena de deleites. No eran, pues, mendigo a caza de oro los que de aquella suerte dominaron u mundo. El tipo del gambusino ambicioso que sueña co sacos de monedas y cuentas corrientes de banco llega des pués, con las bonanzas, ya que la tierra vencida descubr las vetas del metal que corrompe, cuando los cielos y no hablan. Para el áspero, para el ruin trabajo de hurga en las sombras un tesoro que daña, no hubieran servid los conquistadores, para eso hacían falta una especie d topos del alma. Escarban la tierra sin atender al prodigi de la comunión de la conciencia con la naturaleza.

El ardor misionero halló la letra de su acción en l doctrina cristiana y en la teología católica. El afán d belleza de los aventureros tuvo que buscar puntos de refe rencia en los antecedentes de la literatura española, y d la combinación de estos elementos nacieron las Univer sidades. Muy antiguas, como sabéis, en la América es pañola, las Universidades comenzaron a recoger los rudi mentos de la cultura importada y salvaron a la población iberoamericana de esa regresión a la barbarie que se oper cuando los hombres se quedan aislados, perdidos en e seno de un vasto país inculto. López de Mesa, el pen sador colombiano, lo ha hecho observar: Robinsó Crusoe—dice él—abandonado en su isla, no será capaz d transmitir su ciencia al joven ayudante indígena, de suert que, cuando Robinsón muere, muere con él toda una tra dición, todo un pasado de conocimientos que él adquiri

bajo la influencia de un medio civilizado y con el complemento insustituible de ese medio. El discípulo de Robinsón, por inteligente que sea, tendrá menos datos, sabrá menos que lo que sabía Robinsón, puesto que le habrá faltado vivir la cultura. Su sucesor inmediato se encontrará todavía en peores condiciones, y así, fatalmente, cultura que se desliga, que se desata de su raíz, perece, lo mismo que la rama frondosa se seca al arrancarse del tronco... Y, sin embargo, gracias a la sabiduría española, gracias al esfuerzo benemérito de las Universidades españolas, la cultura no sólo no desapareció, sino que pudo conservarse y pudo ir creciendo. Hay que estudiar las Universidades de la América latina para darse cuenta de lo que ha sido el pensamiento organizado, el pensamiento civilizado de los siglos del coloniaje y del siglo de la Independencia.

Las principales Universidades se fundaron en los mayores centros de población de la época, en las capitales de la Nueva España y del Perú, y en Bogotá, y en Quito, y en Córdoba de la Argentina. Los edificios destinados a la enseñanza fueron tan suntuosos que en muchos casos, como ocurre, por ejemplo, en la ciudad de México, todavía las principales Facultades ocupan casas de la época colonial, casas que la República ha sido incapaz de igualar siquiera. El caudillaje militar y político, que ha sido el azote de nuestra época autónoma, no ha construído, ya no digo escuelas, ni siquiera cuarteles para alojar a las tropas que derriban y sostienen Gobiernos. En cambio, los edificios de la dominación española son todavía refugio, no sólo de la religión, sino también de los principales planteles educativos del continente.

Y no fueron unas cuantas escuelas las que dejaron en pie los españoles, ni se limitaron las construcciones a las pocas capitales que ya he señalado. Basta recorrer un poco México, basta visitar diversas regiones del Sur, para

asombrarse de que en pequeñas ciudades, retiradas d todo comercio, perdidas en profundas soledades, s establecieseu, sin embargo, centros educativos que e muchos casos todavía cuentan aquellos tiempos como lo mejores de su vida espiritual. Recordad, si no, alguno nombres, comenzado de Norte a Sur. Desde Saltillo Culiacan y Durango y Monterrey, y San Luis de Potos con Guadalajara y Valladolid de Michacacan, y Puebl y Oaxaca y Campeche y Mérida, hasta pasar en seguid a Centro América, y catalogar allí Guatemala y León d Nicaragua y San José de Costa Rica, En las Antillas, L Habana y este mismo Puerto Rico y en Colombia, Antio quia y Cartagena, además de Bogotá, y más al Sur, Tru jillo el Cuzco y Arequipa; y más distantes aún, La Pa y São Paulo y Ouro Preto y Pernambuco y Bahía, además de Río de Janeiro, sin contar todavía centros más pe queños sembrados por todo el continente, donde se cul tivaba la ciencia y se prodigaba el conocimiento, con limitaciones determinadas por el criterio de la época, pero limitaciones no menores que las que imponia el calvinismo en Europa o el puritanismo en las nacientes y próspera colonias anglosajonas del Norte. La sola enumeración de algunos de estos focos de cultura basta para compren der hasta qué punto se suele olvidar la colosal tarea civi lizadora consumada por nuestros padres.

Si además de esto se considera que sólo hemos nom brado centros de segunda enseñanza, fundaciones donde había cátedras diversas y bibliotecas pequeñas, pero bien dotadas, y que la relación indicada no comprende el sin número de sitios donde hubo misión, puesto esto sería materia para todo un largo índice, y si se reflexiona en que ya no digo cada colegio, sino que cada misión era un instrumento civilizador en donde se formulaba, no sólo la creencia ideal, la disciplina del espíritu, sino también el concepto de la organización social y del trabajo, la

naturaleza de los cultivos y los procedimientos adecuados para las industrias y aun las costumbres y el traje de cada región, se comprenderá cómo es que de aquellos siglos—que el despotismo de la Corona española nos ha habituado a calificar de sombríos—pudieron salir, sin embargo, gérmenes tan vigorosos que de ellos proceden veinte naciones ibéricas, dotadas de temperamento propio y resueltas a emprender la aventura de la civilización en concierto con el mundo, pero por cuenta propia, como corresponde a organismos vivientes y sanos.

No fueron las escuelas de los españoles en América meros centros de importación, repetidores de la ciencia peninsular. Sabido es que por todas partes se dedicaron al estudio de las tradiciones y de las costumbres indígenas. Lo que hoy conocemos de todo aquel pasado se debe, principalmente, a las investigaciones de los centros universitarios de la colonia. El estudio de las lenguas indígenas, con el latín y cánones, la escolástica tomista y las formas literarias de una época alimentada con el reflejo de los Lope, Calderón y Cervantes, maestros también de Europa: tal era el *curriculum* habitual de nuestros colegios. y de ahí mismo se deduce el pensamiento de la época, un pensamiento inspirado en la tradición indígena y en la tradición grecolatina, en el animismo autóctono y en la teología cristiana, una poesía que se había vuelto académica y un pensamiento casuístico, tomista, escolástico. Dadas las variantes propias de situación y tiempo, se puede decir que la filosofía dominante entonces fué la tomista de la escuela española, de la escuela de Suárez y de Balmes, ya que las innovaciones aventuradas de un Miguel de Molinos o los atisbos heréticos de un Averroes o de un Chebirol se filtraban apenas a través de los rígidos índices de la clerigalla inquisitorial. Se sabe que, por ejemplo, las aduanas de Veracruz tenían la lista de los libros que era permitido importar de la penín-

sula y que en muchos casos fueron devueltas o destruída obras que traían el pase de la autoridad y es muy just protestar contra semejante atropello al pensamiento. Per ¿acaso no vemos con demasiada frecuencia en nuestro días que el «Post Master General» en los Estados Unido del Norte y autoridades policiales en otros países for man también índices con el pretexto de defender las bue nas costumbres? La forma de organización política con temporánea se dice liberal y, sin embargo, permite qu se excluyan de la circulación postal obras que no val la pena discutir, pues sólo el hecho del atropello las tor na interesantes. Por otra parte, en los países del cau dillaje militar de nuestra América no se prohibe ningú libro por razón doctrinaria, simplemente porque nuestro déspotas aprenden a leer en el Gobierno; pero se cas tigan aún los artículos de prensa en que se pudiera ha cer una crítica siquiera moderada, pero franca y ver dadera, de la situación social.

No nos apresuremos, pues, a condenar el pasado, ante de poner el remedio que clama el presente y admiremo sin reservas a los hombres ilustrados que en aquella épocas difíciles lograron tan señaladas victorias contra l intolerancia y la ignorancia. Precisamente a causa de trabajo que sobre la conciencia colectiva mantuviero las escuelas de las misiones y los colegios de la coloni se fueron preparando los ánimos y se hizo posible, se hiz inevitable, aquel fecundo despertar espiritual que precedi y prestó impulso al movimiento libertador de la Indepen dencia. Más que la rebelión de súbditos descontentos fué aquella guerra un colosal esfuerzo de la raza español para librarse del despotismo y de la Monarquía. El in tento triunfó en América y fracasó en España, y est triunfo a medias es el origen de la mitad de nuestro males, porque si los republicanos de España, los consti tuyentes de las Cortes de Cádiz, hubiesen logrado extirpa

para siempre la idea monárquica, si hubiesen aniquilado la Corona, no sólo en la persona del vil Fernando, de Fernando VII, sino también en sus herederos e imitadores, no se habría producido la fatal disgregación del mundo hispánico que sucedió a la Independencia. Con una España republicana hubiésemos podido constituir alguna especie de Federación nacional o étnica y no se hubiese producido esta triste situación del nacionalismo subdividido y esclavo, ya de las más oprobiosas tiranías internas, ya de las más oprobiosas influencias extrañas.

De todas maneras, en el instante mismo en que rompimos nuestros lazos políticos con España, rompimos también las prohibiciones que estorbaban la propaganda de las ideas. Y la América española se vió invadida de ideas francesas y de ideas inglesas. De intento no menciono en este mismo instante lo italiano, porque la influencia italiana es más antigua entre nosotros, ya que era antigua en España y nos llegaba a través de la Madre Patria. No se ha hecho bastante justicia, ni siquiera se ha reconocido como es debido todo lo que debemos a esa madre de culturas que es la vieja Italia. Basta contemplar superficialmente nuestro arte para comprender lo que debe a los pintores, a los escultores, a los dibujantes y a los arquitectos italianos que aquí vinieron junto con el artífice de España o a través de la enseñanza impartida al español. No se necesita ahondar mucho en nuestra cultura para comprender lo que ella le debe al Renacimiento y antes aún a las Repúblicas italianas y a los ingenios, supremos ingenios universales como el Dante, cuyo par ninguna otra civilización moderna ha producido. La poesía y la filosofía italiana, con el Petrarca y el Dante, y con Santo Tomás y con Bruno, llenaron de su fuego nuestras Universidades; el arte italiano ayudó a decorar nuestros templos y nuestros palacios y escuelas, creó nuestros modelos en arquitectura, en teología y en

filosofía No acabaríamos de señalar los veneros de ins piraciones geniales si nos pusiésemos a investigar las in fluencias del genio italiano sobre el desarrollo de nuestra propias nacionalidades. Por ventura una especie de rit mo feliz parece que trae de nuevo esta influencia italian a fines del primer siglo de nuestra vida independiente pero ahora nos llega en la forma más directa de las pobla ciones italianas que han comenzado a fertilizar el am biente físico y el ambiente espiritual. La música italiana transplantada con el canto llano de las iglesias y los esplen dores palestrinianos de los días de función religiosa, des pertó, conmovió, refinó el alma de nuestros antepasados, le ayudó a concebir la grandeza del panorama americano debe haberles sugerido los destinos ilimitados que esto pueblos anhelan. Nuestras veinte o cuarenta catedrale hispanoamericanas muy españolas, muy manuelinas, a gunas de ellas con su clara influencia portuguesa, deben, si embargo, al genio constructivo italiano, mucho de l melodía, la grandeza y luminosidad de las proporciones.

Por de pronto, sin embargo, la emancipación marc también un rompimiento con la tradición de la cultur mediterránea que entre nosotros representaba las idea y las modas de Andalucía y de Italia y se inició, e cambio, la corriente francoinglesa, cuyos resultados bene ficos, en el orden social y político, no debemos desconoce

Muy notoria fué, en efecto, la transformación de nue tras instituciones públicas para adaptarlas al sistem constitucional ideado por los enciclopedistas de Franci y ensayado con éxito en Norte América. Todas nuestra Constituciones se inspiraron más o menos de cerca en l Constitución norteamericana, y nuestra escuela primari en la más importante de sus expresiones, en la fundad por Sarmiento, debe mucho a la escuela primaria de l democracia anglosajona de América. La influencia d Francia fué todavía más honda que la meramente pol

tica; nuestra literatura se afrancesó, se aligeró y el soplo romántico sustituyó en muchas almas al vigor de la fe católica en decadencia. Las dos órdenes españolas que tanto daño han hecho a la bondad de la fe—la orden intransigente, sanguinaria, de Domingo de Guzmán, y la orden combativa, peligrosa y ambiciosa, en una palabra, jesuítica—, contribuyeron con su propio discrédito al descrédito de la filosofía católica y eso a pesar de las bellas iglesias que construían los dominicanos y a pesar de las ilustres misiones civilizadoras que fundaron los discípulos de Loyola.

Tan minada quedó la fe por causa de los abusos y las corrupciones de sus representantes, que ella cayó también, en cierta manera, con la dominación española, pues no bien se reorganizaron las Universidades y los colegios, bajo el amparo de la República, una nueva disciplina penetró en ellos, la disciplina de la investigación de la verdad, por medio de los recursos de la razón y la doctrina del amor de los hombres como base de moralidad y por encima de las exigencias del dogmatismo. La filosofía natural de Rousseau, con todas sus consecuencias y derivaciones en literatura y en la política, prevaleció indisputada, por más de cuatro décadas, en casi todo el continente. Pero no sin grave lucha interna. Uno de los episodios más dramáticos y más sombríos de este conflicto ideológico se nos revela en el intento sanguinario de García Moreno en el Ecuador. Para organizar una teocracia imperialista y clerical, estableció una de las tiranías más duras que recuerda la Historia: diezmó la población con fusilamientos, guerras y proscripciones, y en la embriaguez de un triunfo temporal y satánico cometió el sacrilegio de dedicar al corazón de Jesús, que es manantial de ternura, una República que él deshonraba con sus crímenes. Por fortuna, la muerte del déspota puso fin a aquella farsa y las ideas liberales tornaron a imponerse

en el Ecuador. Una tentativa igualmente sangrienta y doblemente peligrosa fué la realizada por los conservadores de México para extirpar de nuestra patria la libertad de pensamiento. Se necesitó toda la energía, toda la clarividencia de la generación liberal que encabezaba Benito Juárez, para dejar definido que México se apartaba definitivamente del pasado para afiliarse al porvenir.

La cuestión de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, tan importante en nuestro medio y tan ligada con la historia de nuestro pensamiento, se ha resuelto de una manera pacífica en el Brasil y en Uruguay, y últimamente en Chile, y sigue pendiente en la Argentina y en Colombia y en Perú; pero ya no es de creer que para resolverla sean necesarias las luchas sangrientas.

Cualquiera que sea el juicio que sobre nuestra mentalidad hispanoamericana deba recaer, creo que hasta la fecha es indudable que dicha mentalidad debe ser clasificada dentro del temperamento español en primer término y en último término. Por muy grandes que sean determinadas influencias y aun la misma influencia francesa, que en determinadas épocas ha llegado a ser considerable, hay que tener en cuenta que la mayor parte de los que conocen y han conocido el pensamiento francés lo hacen a través de las traducciones castellanas y aun las mismas traducciones proceden en su mayoría de las Casas editoras de España, por lo que muy bien podría afirmarse que hemos conocido del francés y del inglés como del alemán lo que España ha traducido y, por lo mismo, a través del despertar español, guía o gemelo del nuestro. Por muy abundantes que sean nuestras importaciones culturales, queda firme el hecho de que somos castellanos y latinos de temperamento y de mentalidad, aun cuando no lo fuésemos de sangre.

Y mentalidad latina, mentalidad castellana particularmente, quiere decir necesidad de amplitud y de armonía

necesidad de sistema y de síntesis. Somos raza que no puede quedarse en el concepto particular. Nuestro ensayismo suena a prestado. Solemos acatar su boga, pero en nuestra misma exposición de un asunto ya nos desborda la tendencia de comenzar con los orígenes de la creación, para encuadrar nuestra tesis dentro de un plan que tenga por fines el más allá y lo inefable. Gente así no puede quedarse sin sistema y sin dogma. Somos dogmáticos, padecemos la necesidad de la afirmación. Así se explica que cuando nos faltó el absolutisma católico caimos en las benévolas generalidades del jacobinismo, y como esto duró poco, precisamente porque todo era una filosofía social, precisamente porque no abarcaba lo absoluto, seguimos cavilando y pensando y nos detuvimos un instante más prolongado en el absolutismo de la ciencia, bajo una de sus formas más intransigentes; pero al mismo tiempo más ambiciosas y cabales. De este suerte me explico que se pasase de una manera fatal del naturalismo vago de los reformadores liberales al rigorismo filosófico y científico de los positivistas comtianos. Muy curioso, en efecto, es el brote de tres focos importantes de doctrinarismo comtista en la América latina. Los tres focos todavía no totalmente extinguidos de filosofía comtista y de religión de la humanidad están en Río Grande du Sud, en el Brasil; en Santiago de Chile y en la capital de México. El más importante de todos es sin duda el brasilero, que llevó su influencia hasta el lema mismo de la bandera brasilera republicana, que ostenta el Amor, Orden y Progreso. El Gobierno mismo de la provincia indicada del Brasil se ajusta a las normas y preceptos del catecismo formulados por Comte. Así, pues, tras del tomismo escolástico de las Universidades coloniales, tenemos el naturalismo y el romanticismo, y después el período científico, que también en México llevó sus preceptos a la política.

Pero la aspiración social de los pueblos latinoamericanos no ha podido encontrar satisfacción en ninguno de los tres sistemas de interpretación de la vida. El indio, el mestizo pobre, los más numerosos factores de la población, apenas se dan cuenta del paso de todas estas ideas por las cabezas ilustradas. La explotación y la miseria mantienen un estado de miseria y de desaliento que estorba el adelanto y la comprensión espiritual de la vida. Vago ensueño de las clases relativamente acomodadas, ¿no es esto todo pensamiento filosófico, toda literatura? Y, sin embargo, sólo de esta indefinida potencia que agita las almas más alertas se puede esperar una redención colectiva. Sólo del pensamiento derivan las formas más humildes y las más altas del progreso; sólo del pensamiento podemos esperar redención, entendiendo por pensamiento, es claro, no sólo el frío razonar, sino la noción integral, mística, de la existencia, con todas sus angustias y deleites y claridades. Por debajo de todo esto, el afán de sobrepujar la escala zoológica, el afán de la dicha, nos mueve a cambiar y a inventar, cada vez de nuevo y acaso también a cada momento un poco hacia adelante.

Por eso no nos quedamos en el positivismo, ni nos conformamos con esperarlo todo de la ciencia El positivismo nos pareció limitado y la ciencia por definición misma nos resultó incompleta. Lo más importante, lo que turba fundamentalmente a la conciencia, no estaba contenido ni en uno ni en otro credo. Además, la ciencia, tal como se nos presentó en aquellos tiempos, nos era adversa. Y ni siquiera un hombre, mucho menos un pueblo, mucho menos una raza, se resigna a conformarse con la adversidad. Lo sabéis, sin duda: hubimos de seguir la doctrina positivista con tanto afán que bien pronto salimos de Francia para observar el desarrollo de la doctrina positivista evolucionista en Inglaterra, y allí Darwin y Spencer, ante nuestros ojos ingenuamente absor-

tos, llegaron a la conclusión casi fatal de que los mestizos como producto híbrido eran una raza inferior, una raza incapaz, llamada tarde o temprano a sumisión, condenada a dejar el campo a las razas superiores de sangre pura como el blanco europeo. Vino, pues, un conflicto, ya no diré de nuestro interés y la nueva doctrina, no sólo de nuestro patriotismo con la nueva doctrina, conflicto de nuestra sangre y de nuestra vitalidad contra la pedante afirmación.

Entre los puritanos de la nueva Inglaterra, creyentes en Cristo, y los misioneros predicadores de la igualdad humana y los indios convertidos a la fraternidad, no a la dominación de los blancos, había un lazo, había identidad fundamental de doctrinas. Entre el conquistador que erige en religión su derecho al exterminio y las víctimas presuntas de ese exterminio no es posible ni la discusión ni la inteligencia, sino sólo la lucha, sólo la lucha agresiva y profunda, franca o disimulada, como el tiempo y la ocasión la permitan, y de tal suerte llegó a ser en nuestras almas una cuestión vital la que se planteaba: o renunciábamos a la vida misma, para seguir siendo evolucionistas, darwinianos que contemplan, hipnotizados de antemano, su propio exterminio, o sacudíamos el maleficio de aquella enconada doctrina, que para nosotros era como narcótico mortal destinado a sofocar la más leve resistencia de nuestra personalidad sacrificada. Una mera acción confusa del instinto defensivo hizo que Spencer, con todo el materialismo evolucionista, durara en nuestras Universidades tan corto tiempo como el que empleó en instalarse en ellas.

Y así, cambiando cada veinte años y sin haber hallado sosiego, llegamos al presente. ¿Qué es lo que hoy piensa la América latina? Relativamente fácil resulta definir el pensamiento de una época pasada, sin duda porque la miramos a distancia y nos pasa lo que con las grandes serranías: que vistas desde el valle se dibujan con preci-

sión en el horizonte, ricas de eminencias altísimas, suaves de contornos ondulantes y extensos, hondas apenas en las quebradas y en las cuencas borrosas de color violeta; pero en cuanto estamos dentro de la serranía, ¡qué profusión de masas informes, qué desconciertos de alturas, que aparecen apenas distintas de otras más bajas y que son, sin embargo, cúspides y señales que darán nombre al paisaje entero!

Sin hablar, pues, de alturas y proporciones que no nos toca a nosotros medir, digamos que por desgracia se salió del positivismo; pero se ha caído en dos extremos igualmente funestos: en la reacción ciega hacia el pasado, por una parte, y por la otra, por la parte de las izquierdas, en un materialismo social, que es reflejo del materialismo económico y filosófico de la mayor parte de las escuelas socialistas europeas y norteamericanas. Como en el fondo de este materialismo hay, más que irreligiosidad fundamental, desencanto por la ineficacia práctica de las anteriores creencias, no es de extrañar que con él conviva un idealismo que los ingenios más bien informados tratan de encauzar en forma que no contradiga, sino que refuerce el movimiento de liberación de los oprimidos. Por otra parte, es natural que el movimiento social cobre fuerza en América, en donde el más obtuso palpa el contrasentido de la gran riqueza virgen y la gran miseria de las gentes, contraste debido en gran parte a los errores de la organización política y social. De ahí que nuestra preocupación primera sea resolver el problema del mejoramiento colectivo. Aquí donde parece tan fácil la mejoría, tiene que ser más tentadora la resolución de ejecutar ensayos y de imponer cambios. En toda esa intelectualidad que no llega a expresarse en el libro, pero que forma ambiente y triunfa en la política primitiva de nuestros países incultos, donde la cultura suele ser un estorbo para el éxito, predomina, pues, en la actualidad,

una suerte de filosofía materialista, sin metafísica de ningún género. No obstante que esta clase de pensamiento sea frecuente en las gentes semilustradas de todas las épocas, no creo que deba dejar de señalarse esta lamentable situación que es aguda en nuestra época.

El pensamiento cultivado, el pensamiento universitario, al separarse del positivismo, al desentenderse del spencerianismo, cayó en la boga muy pasajera de Bergson. Pero en la actualidad, en los centros más importantes, como en Lima y en Buenos Aires, La Plata, etc., parece operarse una revolución de conceptos que fatalmente nos ha llevado al estudio de Kant, punto de partida todavía indispensable de toda especulacion profunda.

Podrían señalarse trabajos como los de Ibérico Rodríguez en el Perú, y publicaciones como las de las Universidades de la Plata y de Córdoba, para demostrar este renacimiento de los estudios kantianos.

Sin embargo, todavía no acabamos de atravesar el negro período agnóstico; la época en que una gran mayoría de personas cultas llegó a imaginar que la metafísica y la religión eran problemas del pasado. Una verdadera enfermedad del espíritu es la que hemos ido pasando. La enfermedad del ateísmo fundamental; es decir, ese estado de alma en que no se cree en ninguna finalidad sobrehumana, en nada que supere al goce de los sentidos y al límite de la vida corporal. Ateísmo que desconoce toda finalidad suprasensible, incredulidad del ideal en cualquiera de sus formas. Sustitución de la práctica, que es medio, por el fin, que no sólo se desconoce, sino que se niega. Nuestro grosero pragmatismo se ha quedado más abajo que el de Norte América, porque ni siquiera se ha ensayado en ese ejercicio de definirse a sí mismo que en los Estados Unidos ha producido toda una escuela filosófica. Pragmatismo inconsciente ha sido el

nuestro, ausencia absoluta de fe en los valores altos de la vida.

Los movimientos de reivindicación popular que en unos países han provocado verdaderas revoluciones, como en México, y en otros muy serias corrientes de opinión renovadora, como por ejemplo, en la Argentina; todo este vago reformismo que suele cobijarse bajo el nombre de socialismo, he ahí la única manifestación superior de nuestro continente en los últimos veinticinco años. Un ideal social ¿será esto lo primero que entre nosotros forme escuela y produzca frutos? Tal vez sí, y se explica el caso por la falta que nos hace salir del régimen económico feudal en que nos encontramos desde el Bravo hasta el Plata.

Por otra parte, la actividad meramente especulativa no está del todo inerte. Se revela en estudios como los de Korn, en Buenos Aires, la decisión de volver a estudiar la metafísica como ciencia de las verdades fudamentales. Un caso muy significativo y que casi marca un período en la historia de nuestro pensamiento lo hallo en los libros del profesor Nicolai, que nos ha traído nuevos conceptos biológicos, y sociales y a la vez se ha dejado absorber del ambiente iberoamericano, puesto que sus obras recientes ya se publican en castellano. Sus teorías, sólidamente científicas y contrarias a la tesis del exterminio de los débiles por la lucha y la competencia vitales, etc., serán algún día como la base de toda sociología iberoamericana. En frente del darwinismo que, como una ponzoña destructora, nos dieron los filósofos de las naciones imperialistas, las doctrinas de cooperación y auxilio mutuo, que antes que nadie Nicolai ha propagado en nuestros medios, responden exactamente a la condición social de la América latina y a la misión histórica que nos está encomendada.

Simplemente para señalar una corriente todavía oscura, pero susceptible de grandes desarrollos, quiero señalar

también algunos libros míos, como el *Pitágoras* y el *Monismo Estético*, donde se intenta iniciar un movimiento filosófico fundado en la emoción. Se han hecho filosofías a centenares con los datos de los sentidos y con las reglas de la inteligencia. Y yo creo que corresponde a una raza emotiva como la nuestra sentar los principios de una interpretación del mundo de acuerdo con nuestras emociones. Ahora bien, las emociones se manifiestan, no en el imperativo categórico ni en la razón, sino en el juicio estético, en la lógica particular de las emociones y la belleza. No es este lugar para insistir en esta doctrina, pero era necesario recordarla porque creo que ella corresponde a un estado de ánimo continental y no es, por lo mismo, una simple elucubración de la fantasía.

Con la necesaria franqueza hemos condenado las corrientes de materialismo inconsciente que oscurecen el horizonte mental de nuestra América. ¡Ojalá que de esta preocupación material pudieran surgir las reformas económicas que son de urgente imposición! Por desgracia, nada sale de un mero sensualismo. Todo progreso es hijo del soplo invisible. Lo que no se funda en alguna noción del más allá sólo da ocasión a los malos para vestirse con un nuevo disfraz. El caudillaje y la tiranía, desprestigiados bajo el antifaz republicano, se exhiben hoy con el colorete socialista en las mejillas, pero en las manos sólo traen la mancha de sangre. Pavorosaes la corrupción moral de nuestros pueblos. Densa su confusión. El cinismo como medio y el éxito como fin: ha ahí el lema que a tantos trae venturosos. ¡Despreciable ventura, es mejor la derrota! La tenacidad con que en determinados sitios el esfuerzo se mantiene inflexible, nos da derecho a concebir esperanzas. Así como hay tantos que todo lo fían al azar y al cinismo, hay también otros que logran poner en acción las fuerzas superiores de la vida. Hay no sé qué vago idealismo, no sé qué misticismo confuso, pero

profundo, como un cristianismo que se renueva libre y fervoroso. Tarde o temprano, triunfa el bien. Lo que a mí todavía no me descubre la historia es la manera del triunfo. No sé si el triunfo y la liberación son casos individuales, como lo afirma el saber tradicional, o si no estamos totalmente errados los que creimos, con todo el idealismo social dl siglo XIX, que el progreso, podía adoptar formas universales y colectivas para que la salvación ya no se hiciese por individuos, sino por pueblos. El enigma sigue insoluble. Prestemos nuestro aliento al soplo de la esperanza, ya que así lo manda la ley de emoción de esa filosofía que yo quiero ver brotar en el continente. El continente donde manda el corazón encendido. ¡La Zarza ardiente de la sabíduria divina!

CAPITULO V

LA EDUCACION PUBLICA

No será completo ningún relato de la historia de la educación pública en nuestro continente hispánico si no se comienza mencionando a Quetzalcoalt, el personaje fabuloso de la tradición azteca, que llegó de lejos; cargado de ciencia y de virtud y se puso a enseñar las artes y a reformar las costumbres. Fácilmente logró Quetzalcoalt multiplicar sus discípulos y desarrollar las industrias, a la vez que las prácticas más rudas se dulcificaban con el ejercicio de la sabiduría. Rápidos y asombrosos fueron los éxitos del educador porque ya desde entonces la raza era de «ingenio vivo». Tanto llegó a fructificar la obra civilizadora del humilde sabio que se le hizo entrega de de todo el poder para que cambiase de raíz los hábitos de las gentes y los fundamentos mismos del Estado. Y vino un período de claridad, una edad de oro de la cual procedía lo bueno que tuvieron los aztecas. Pero sucedió, lo mismo que tantas veces ha ocurrido después, sucedió que la influencia de Huitzilopochtli, el Dios sanguinario, vuelve a prevalecer y mantiene sobre aquel territorio una especie de maldición y de locura homicida. Los guerreros aztecas, los caballeros tigres, antecesores directos del cau-

dillaje posterior, no asesinaron a Quetzalcoalt, como más tarde se asesinó a Madero, sino que le obligaron a expatriarse, le arrojaron al mar, de donde había venido, y sobre los escombros de las escuelas y de las artes, apenas renacientes, volvieron a levantar el símbolo de la macana destructora que es antecesor de la espada de ayer y de la pistola de nuestros días.

El hecho es que la versión del mito de Quetzalcoalt en la forma que acabo de recordar nos revela que es muy antiguo el esfuerzo de redimir a estas poblaciones americanas de la miseria y la ignorancia. A pesar de la derrota de Quetzalcoalt, el culto que inspira su memoria a través de los tiempos, debe darnos motivos de confianza. La abnegación nunca desmentida de los pequeños grupos que se empeñan en sostener la doctrina tantas veces fracasada debe servirnos de ejemplo y de estímulo. En el reino azteca de la época de Moctezuma, sin embargo, la derrota de Quetzalcoalt había llegado a ser definitiva. La crueldad era la ley de aquel imperio y no había instrumento alguno del Estado que representase la función educativa. Propiamente, no había colegios, ni civiles ni religiosos, y la enseñanza, función únicamente privada, se impartia a los príncipes, jamás a los súbditos. Y no había, no podía haber espíritu de invención ni en las industrias ni en las artes, allí donde todo estaba a merced de la fuerza y donde todo servía para el regalo de una casta de guerreros ignorantes y sanguinarios.

La educación pública como esfuerzo organizado y sistemático se inicia en el continente americano con el trabajo de los misioneros católicos. La orden franciscana, pura de vigor y de fe; la orden dominicana, todavía no manchada de intransigencia; la orden jesuítica, más tarde, y en una época en que todavía la sed de dominación no la perdía: he ahí a los precursores de todo lo que entre nosotros es cultura.

Lo menos que se puede decir del sistema educativo de los

misioneros es que constituyó un esfuerzo cabal. No vinieron a enseñar a leer y a escribir, ni vinieron a propagar un idioma, ni solamente una fe religiosa. La acción de estos maestros en el arte de educar abarcó todo lo ya mencionado y todavía más, fué una acción social cuya transcendencia perdura. Hay que advertir que el misionero, en la generalidad de los casos, se las tenía que haber con verdaderos salvajes primitivos como los de las Californias o como los del Paraguay o con masas de población tan decaída por la larga servidumbre que, en muchos casos no conocían otro oficio que suplir a la bestia de carga, muy escasa en aquella época en este continente, que, todavía hoy, se señala por la pobreza del material sustitutivo del trabajo humano. Encontraron, pues, los misioneros poblaciones de la más baja condición de vida que es posible imaginar, y ni esto ni la falta de implementos, ni el desierto, ni la pobreza de determinadas tierras, nada logró desanimarlos y todavía muchas regiones no han vuelto a recobrar prosperidad desde que los misioneros tuvieron que abandonarlas. Por muy numerosos que sean ya los elogios que se han hecho de la labor de estos varones ilustres, nunca se habrá dicho bastante. Se les podría tomar como modelo para el fomento de la civilización en cualquier región de la tierra, y entre nosotros no creo que sea posible ni atinada una labor educativa que no tome en cuenta el sistema de los misioneros, sistema cuyos resultados no sólo no se han podido superar, pero ni siquiera igualar.

Llegaba el misionero al corazón de las tribus, desafiando el justo rencor de las poblaciones recién ofendidas, y tenía que vencer primero el prejuicio, en seguida la indiferencia, después las incapacidades de la gente y los obstáculos de la tierra. Llegaba al desierto y tenía que comenzar por construir la casa; pero como era hombre en grande, el misionero no se conformaba con adaptar sus necesidades a la choza, y en medio del desierto se decidió a levantar paredes.

Los grandes muros que ilustran el paso del misionero por el continente están todavía en pie y son la semilla de un nuevo estilo, desde las misiones de San Ignacio en la Argentina hasta San Luis Obispo y San José de California.

Junto con el problema del albergue hubo necesidad de resolver el problema de la alimentación; pero el misionero se sentía portador de toda una cultura. Así es que no se conformó con los peces de las lagunas, ni con la caza de los montes, ni con las frutas de los árboles, sino que se puso en seguida a implantar el cultivo de los cereales y las legumbres. De la mano fecunda del misionero proceden los trigos y las frutas y el vino; manos misioneras plantaron las vides que después hicieron rica a California y las que cubren las faldas de la sierra de Mendoza y las que surten los lagares de Chile. Junto con los plantíos y junto con los métodos mejores de la época en materia de cultivo, el misionero enseñó al indígena la cría de animales domésticos... Y por todas nuestras serranías, la aparición del asno paciente traído de España y del Africa, marca la primera etapa de la redención del indio humilde, que se vió reemplazado en la más dura de las faenas ancestrales de su estirpe.

Las horas del día se empleaban, en la misión, en las tareas del campo y en las obras de albañilería poderosa, una albañilería con arraigo, no el maderaje provisional de los proyectos de escuela rural de estos tiempos, que ni lo provisional logran armar. Por la noche o desde el atardecer la misión, que había sido colmena de trabajo manual, se transformaba en escuela, escuela de religión, escuela de lenguaje, escuela de arte, porque se enseñaban el dibujo, la música y el canto. Tanto ahondó aquel canto en el alma indígena que todavía perdura en nuestros campos. Cuando se imagina lo que eran aquellas escuelas de trabajo y de arte, no puede uno dejar de sonreír de nuestros modernos intentos para la introducción en la escuela de un trabajo manual que, en la mayoría de los casos, no deja al alumno ni utili-

ad ni recreación: tan ociosa y tan fea es la factura. Células el organismo creciente, de una gran cultura, eso fueron, esde el principio, las misiones, y sin que pudieran quedar entas a la ruda ley que obliga a todos los organismos uevos a combatir por su existencia, pues la misión tenía ue convertirse periódicamente en fortaleza para la defensa ntra las tribus insumisas, y después del asalto los heridos an curados, y los prisioneros que por un salto atrás avoroso, se fusilan en la guerra civil de hoy, en las mi-ones eran puestos a trabajar y a convertirse. Se conver-an al trabajo ordenado y paciente, que es la base de todo ogreso real.

Cuando la revolución mexicana de estos últimos tiempos vo un lapso de conciencia, lapso breve, pero luminoso, rante el cual se puso a propagar la enseñanza entre el dio y a dar sentido práctico a la educación popular, se s preguntaba algunas veces que si el sistema escolar de la ucación por el trabajo nos había sido inspirado por Ale-ania o por Boston y yo a menudo contestaba que me ins-raba en Jochimilco. En efecto, los graves libros de jugue-manuales que entonces estaban en boga, entre algunos dagogos, no daban el germen de una sola industria fecun-y eran como juegos para niños *bien*, en tanto que las uelas de Vasco de Quiroga, fundadas hace cuatrocientos os en Michoacan, enseñaron industrias de las cuales to-vía viven los indios. Nos inspiramos así en el ejemplo los misioneros para marcar los lineamientos de una uela útil al pobre y capaz de remover todas las capaci-des de una raza. De la labor misionera procede toda esta nciencia indígena semiculta o culta que en medio de infi-os tropiezos ha ido levantando la esperanza.

Gracias a la labor de los misioneros, ha podido ingresar la vida pública todo este mestizaje que constituye el vio de nuestras patrias. No pocos indios, al educarse, raron de lleno a participar de las ventajas de la vida

social en una civilización como la nuestra, que jamás tra
barreras por razón de color o de sangre. No pocos indios
un gran número de mestizos se convertían a su vez
misioneros y así crecía la portentosa empresa de dar a u
raza elementos para la vida material y un alma trabaja
por todos los factores de la cultura.

Se ha acusado a los misioneros de que destruyeron l
monumentos del arte indígena y de que extirparon l
tradiciones, las creencias del pueblo vencido. Si muc
destruyó la milicia ignorante y el fanatismo estrecho, to
lo que se salvó lo salvaron los predicadores. Y los estudi
que ellos emprendieron de las civilizaciones locales s
todavía el fundamento de cuanto se afirma en esas cue
tiones. Además, no pasa de ser un mito esa supuesta destru
ción violenta de una cultura. Un conquistador que no tr
mas que violencia, al quedarse en el pueblo sometido suf
su influjo y es absorbido; pero para eso se necesita que
pueblo sometido posea una cultura. En nuestras tierra
por desgracia, no había elementos para competir, muc
menos para sobreponerse a una civilización cristiana. L
técnica nula y la ideología infantil de nuestros mitos ind
genas no podían retener ni la curiosidad de los vencido
Se necesita poseer monumentos como la *Biblia* o como l
Upanishads o por lo menos una profunda cultura tradici
nal para resistir invasiones y para civilizar a los invasore
como en los casos de la India o de la China. En nuest
continente, la conquista material fué acompañada de
destrucción de la ideología indígena; pero esa ideolog
destruída fué reemplazada, y no creo que nadie niegue,
serio, que se la reemplazó con ventaja. Sin los misioner
que fueron los asimiladores, el indio mexicano, el ind
ecuatoriano y el indio del continente hubieran tenido q
emprender el camino de la Reservaciôn, que es el cami
de la muerte por el aislamiento, o el camino de la perpetu
sumisíon y el exterminio periódico en que viven las pobl

ones indígenas de determinadas colonias europeas. Supo-
endo el mejor de los casos, el indio estaría en sus madri-
ueras, remotas de la serranía, como todavía queda en
arte, pero no tendría patria, no tendría personalidad, no
ría como es hoy aliado y a veces coautor de una gran
ltura. No habría hallado el camino para la asimilación
n el europeo, ni sería concebible el caso—imaginado vaga-
ente por algunos—de que perdurara en su propia cultura
ncillamente porque tenía cien maneras incomunicadas e
comunicables, la cultura relativa de aquellas naciones.
ano es entonces todo intento de romper la alianza ajus-
da entre la virtud y la ciencia del misionero y el apetito
e saber del indio, la alianza del indio con la vida civili-
ada a través de la modalidad castellana. Cualquier intento
e educación que no tome en cuenta esta alianza equival-
ría a truncar ramas que ya tienen savia y que ya están
róximas al fruto, para volver a desenraizar y a sembrar.
esto se llamaría destruir, no educar ni construir.

La labor de los misionerós no ha sido superada en Amé-
ca y quizás en el mundo entero; pero, ¿cómo se explica
ntonces que no venciese definitivamente a las fuerzas ene-
igas de la cultura? ¿Por qué desaparecieron las misiones
n dejar mas que semilla excelente, pero al fin no una obra
mpacta? Yo creo que la enormidad misma del esfuerzo
gotó a cinco o seis generaciones de apóstoles y todavía
ejó la tarea inconclusa. Entonces, a la decadencia del perso-
al, vino a agregarse el cúmulo de obstáculos opuestos por
autoridad militar y civil y el ansia de explotación
ivada de los funcionarios y los terratenientes de la colo-
a. Lo cierto es que la expulsión de los jesuítas marca el
rmino de la labor misionera y que esa labor no fué jamás
emplazada. El clero secular en general no merece elogios
n sus relaciones con los indios. La administración española,
or su parte, mal podía preocuparse de dotar de escuelas a

las colonias cuando no las tenía a disposición del pueb
de la Metrópoli.

El problema que hoy llamamos de la educación de l
masas quedó, pues, completamente abandonado en los últ
mos años de la colonia; pero no es justo dejar de hac
mención del empeño que la civilización española puso e
los colegios de segunda enseñanza, en los seminarios y e
las Universidades. Para darse cuenta de lo que llegaron
ser los establecimientos de cultura fundados y sostenid
en el continente por los españoles, es necesario estudiar
siglo XVIII en el Perú y en el Ecuador, en Colombia y e
México. Grandes construcciones para abrigar las aula
enseñanzas ilustres de humanidades que daban fruto en
publicación de obras de historia y de investigación que n
han sido igualadas todavía por nosotros. Arquitectur
música religiosa, oratoria, literatura, todo se cultivaba e
los claustros de conventos y de Universidades, a los qu
tenía acceso lo mismo el criollo que el indio. A tal punt
que nuestros libertadores, criollos o mestizos, y nuestr
más ilustres ingenios indígenas de aquella época procede
todos del colegio español. Respecto a la suerte de las do
trinas que allí se aprendían, baste decir que a pesar de
intolerancia y el rigor que se supone en textos y enseñan
zas, la mayor parte de nuestros libertadores tomaron d
dichos centros el nervio de su pensamiento, el hálito gen
roso y universal de sus doctrinas y la intención humanitari
de sus sacrificios Que aquellos centros de enseñanza n
lograron infiltrar la cultura en las masas es exacto; per
¿cuáles otros de la misma época hicieron labor más ace
tada a este respecto? En cambio, realizaron a maravilla
tarea de preparar a los futuros jefes del movimiento libe
tador. Sin los Institutos de Ciencias y sin las Universidade
y sin los seminarios, los Miguel Hidalgo y los José Marí
Morelos, los Santander y los Sucres habrían sido poco má
que analfabetos. Lejos de ello, la generación que luchó po

Independencia es la más alta, la más consciente, la más trada de todas las generaciones de políticos que hasta hoy an actuado en nuestra historia.

Un poco posterior, pero heredera directa de la misma tración cultural, es el grupo de los Bellos y los Servando de eresa, verdaderos forjadores de nacionalidades, que, si en ez de andar errantes o dando consejos hubiesen llegado a ercer el mando serían muy otros los destinos del conti- ente. Ya desde entonces el triunfo de un caudillaje iletrado bre los pocos que poseían conciencia vino a revelar el efecto capital de la obra civilizadora de España, a saber: ue preparó ilustres minorías, pero no logró difundirse.

Se distinguen, entre todos los programas de educación el siglo independiente, la obra de Bello en Chile y la de armiento en la Argentina. Más modesta la del primero, orque no contó con los recursos de que dispone un Jefe e Estado, no es por eso menos admirable, ni dejó de ser ecunda. La humanidad de las costumbres, la tradición vilista, la pureza administrativa, el progreso ordenado, unque lento, del Chile del siglo XIX arrancan de la doctrina ara y elevada de quien fué uno de los mayores ingenios e nuestra estirpe.

La obra de Sarmiento fué más sonada y ha sido más ecunda. A Sarmiento se le podría representar como una specie de Quetzalcoalt victorioso, la primera encarnación e Quetzalcoalt que prospera en la América española. Su cción se resume en una lucha franca contra la barbarie ntronizada y contra el delito que queda impune sólo por- ue ejerce el mando, el delincuente. Sarmiento vió caer el ltimo tirano de su país, después de que largos años lo stuvo combatiendo, y no sólo vió que sus doctrinas triun- aban, sino que tuvo ocasión, en seguida, de ponerlas en ráctica, con toda la suma de poder de que dispone, entre osotros, un Presidente. Y el resultado no se hizo esperar. a Argentina, que era una provincia de escaso valer dentro

de la colonia, y uno de los países menos poblados, al in
ciarse el período independiente, es hoy la primera nació
hispánica. Del milagro del progreso argentino puede decir
lo que se dijo de la cultura alemana: que es obra del mae
tro de escuela. Sarmiento llegó al Gobierno después de ur
larga y penosa preparación hecha en viajes y estudios
polémicas y libros. Era un hombre de acción, en el sentid
noble y verdadero del término, un hombre acostumbrado
la acción consciente, un hombre que había elaborado en
estudio su programa y que en la lucha había templado l
voluntad necesaria para consumarlo. En términos generale
el programa de Sarmiento puede quedar reducido a los do
propósitos siguientes: la europeización del continente y l
difusión de la escuela primaria. Su teoría de la europe
zación está desarrollada en el *Facundo*, libro que todaví
tiene actualidad en Venezuela y en México, y su prédic
de educación primaria quedó sintetizada en el célebre apo
tegma que por primera vez en la Historia afirma: «Gober
nar es educar.» Y así como la primera tesis produjo el libr
perdurable de *Facundo* la segunda se definió en programas
en textos y se perpetuó en la piedra de los centenares de ma
gníficos edificios escolares que de Sarmiento a la fecha se ha
levantado en las ciudades, los pueblos y los villorrios de l
Argentina. Por europeizar entendía Sarmiento imponer en l
América las reglas del Gobierno civilizado sobre el furo
destructivo de los caudillos; castigar el asesinato, en ve
de premiarlo con la Presidencia; normalizar el ejercici
del voto para la designación del gobernante; dulcificar la
costumbres; otorgar garantías al trabajo y a la vida
difundir la ilustración; combatir la ignorancia y extirpa
la tiranía. Sus planes y sus creaciones en materia de escuel
primaria se inspiraron en la naciente, pero ya admirabl
organización de la escuela primaria de los Estados Unido
del Norte, país que visitó y amó Sarmiento, en la época má
pura de su desarrollo ejemplar. Sin embargo, Sarmient

upo salvarse del riesgo de caer en una copia. Su sistema entralista, más adaptado a la idiosincrasia y a las circunsancias del país iberoamericano, pone la educación primaria · la educación universitaria bajo la protección immediata el Gobierno federal. Y esta protección se hace efectiva ledicando un elevado porcentaje del presupuesto de la ación a los gastos de la enseñanza.

El Brasil es el único país iberoamericano que logró scapar totalmente a las vicisitudes del caudillaje. De ahí ue su historia sea una continua marcha acelerada. En nateria de educación pública, yo creo que se pueden distinguir allá dos zonas: la zona de población antigua, cercana l mar, que ha alcanzado un prodigioso desarrollo, y el nterior remoto y todavía parcialmente inexplorado. En la primera zona, la escuela primaria lleva mucho tiempo de prestar servicios iguales a los de la escuela de los países nás adelantados. Los sistemas de enseñanza son completamente europeos, con las adaptaciones que requiere el medio, y la cultura general de la población es sin duda la más elevada del continente latino. Llama, por ejemplo, la atención el número de colegios secundarios, gimnasios y escuelas modernas de industrias y de artes que existen en todas las poblaciones de alguna importancia. No se ha limitado, pues, el educador brasilero a combatir el analfabetismo, sino que ha propagado la segunda enseñanza con esmero y abundancia de recursos que se manifiestan a la simple vista. Tal difusión de la enseñanza secundaria podría explicar en parte el desarrollo industrial del Brasil, que no tiene paralelo entre las naciones iberoamericanas. Explica también el subido nivel cultural de las políticos y los gobernantes de la gran República sudamericana. Las estadísticas no revelan todo lo difundida que está la cultura en lo que realmente es Brasil, porque como es natural abarcan regiones que son más bien como una colonia de la República, no obstante que no hay entre ellas y el centro solu-

ción de continuidad. Me refiero a la zona interior de Pernambuco y de Bahía y al interior de los Estados del Amazonas y el Paraná. Por allí hay poblaciones escasas, repartidas en grandes extensiones, desprovistas de caminos y propiamente abandonadas, no obstante el esfuerzo creciente de los Gobiernos. Para atender a estas gentes sería conveniente el auxilio de la acción federal, ya que los recursos estaduales no bastan para emprender una campaña vasta y uniforme. De todas maneras existe ya organizado en el Brasil, lo mismo que existe en la Argentina, un sistema nacional de enseñanza, con tradición y con recursos modernos y sólo hace falta irlo difundiendo con tenacidad.

No sería posible, dentro de la extensión de este trabajo seguir enumerando siquiera en resumen las vicisitudes de la enseñanza en los diversos países del continente. No hay uno solo, en donde no hayan aparecido almas nobles, esfuerzos heroicos, dedicados a hacer prevalecer el espíritu sobre la barbarie y la sombra. Casos ilustres hay, como el de la pequeña Costa Rica, que ha logrado la casi extirpación del analfabetismo, y como el de Colombia, donde es fama que cada ciudadano es poeta y gramático. Parece que en Colombia ya no es tanto la escuela lo que hace falta, sino el camino de fierro y la empresa que desarrolle los recursos naturales, a fin de que encuentren empleo eficaz todas esas aptitudes ilustradas que hoy se refugian en la literatura, porque la tierra, difícil de explorar, no ofrece otra perspectiva que la del ensueño. Tampoco es justo dejar de mencionar de una manera especial esfuerzos educativos tan admirables como el de Cuba, que ha llevado la escuela a los bohíos.

Pero queda a un lado, y contrastando con esta enumeración de éxitos, un grupo de países que tienen de común la circunstancia de ser pueblos de castas, países en donde perduran muy marcadas divisiones sociales, provenientes de la subsistencia de una crecida población indígena y

donde como consecuencia fatal aparecen las tiranías políticas y económicas que son su azote permanente o periódico. Me refiero a México y a Venezuela, a Chile, Perú, Guatemala, Honduras y Nicaragua. A Panamá quizás no sea justo incluirlo en tal grupo; pero, de todas maneras, si su situación escolar es favorable, no podemos saber la parte que deba a la colaboración de amigos extraños. Pero volviendo al grupo de los países de castas del tipo México, Chile o Perú, diremos que nunca han carecido estos pueblos de grandes espíritus directores que podían haberlos transformado; pero la tradición quiere que México y Venezuela destierren o cuelguen al que piensa, y que Chile y Perú, aunque no son países sanguinarios, no tomen en cuenta al que piensa. En el Perú y en Chile, el Gobierno ha estado en manos de oligarquías egoístas para quienes el indio, el cholo y el roto eran menos que bestias. Es natural que con este criterio, la educación elemental, no hiciese progreso alguno en los campos y que la cultura se reconcentrase en las ciudades, al abrigo de los Liceos y de las Universidades. Pero cultura de elegidos, que es siempre cultura enfermiza y diestra apenas en el arte de la imitación. En Bolivia han llegado al Poder los Doctores en Leyes; pero parece que tampoco quisieron hacer excepción a la regla de los militares políticos que emplean el rifle como argumento. El indio, el cholo, en países tales, tiene acceso al cuartel, pero jamás a la escuela. En el Ecuador, que tan ilustres varones ha dado a la estirpe, no ha podido enraizar el credo de los Montalvos y de los Rocafuertes. La política se inclina más bien, según parece, al tipo boliviano y en resumen, nadie enciende una luz que es esperada con ansiedad por las pupilas llenas de ternura del indio hiérático.

En Venezuela, el ingenio nativo y la rancia cultura universitaria realizan el prodigio de mantener vivo el fuego del saber en medio de una pesadilla nacional. Pero no se logra ni se puede lograr, mientras las condiciones políticas no

mejoren en todas estas naciones, una labor sistemática e intensa de educación popular. El hecho de que cada uno de estos países cuente con mentalidades aisladas de gran valer, y aun con cierta producción literaria, escasa pero valiosa, sólo prueba la capacidad latente de la raza y lo que podrá hacer cuando se liberte.

De México tengo que hablar un poco más largo, porque aquello lo conozco mejor.

El primer virreinato español, rico y extenso; la provincia predilecta de España, México recibió todos los beneficios que pudo dar el régimen de la colonia. Y ya se ha dicho que esos beneficios no fueron escasos en materia de educación. ¿Qué otro pueblo de la América pudo compararse, en el siglo XVIII, con México, que tenía las primeras imprentas, las primeras escuelas, las primeras bibliotecas, la mejor arquitectura y las mejores Universidades del continente? Vino en seguida la República o, más bien dicho, el caudillaje sanguinario que se prolonga con raras intermitencias hasta los días nefastos de Santa Ana, y, naturalmente, no se puso una cucharada de cal sobre las cuarteaduras de los edificios escolares de la colonia. La Iglesia mexicana, dentro de la rutina de una profunda decadencia, mantuvo en catalepsia los seminarios, donde por lo menos se conservaba la tradición de la cultura. Pero ni siquiera se les ocurría a los gobernantes de entonces—guerreros invictos todos ellos y más o menos laureados en las escaramuzas de la guerra civil—, ni siquiera se les ocurría pensar que el sostenimiento de las escuelas primarias era una función del Estado. El resultado fué que las clases humildes, siempre las más numerosas, vivían en la más completa ignorancia. Castas esclavas del Oriente, eso han sido nuestros compatriotas, porque no ha triunfado allá la doctrina de Sarmiento, la doctrina de la europeización del Estado o, lo que es lo mismo, el régimen de la democracia sobre el régimen de la mera victoria de las armas. Cuando el desastre de la

guerra con Norte América trajo la reacción salvadora de lo que entre nosotros se llama la Reforma, el grupo de estadistas que consumó el movimiento supo entender las necesidades educativas de México y decretó la enseñanza primaria obligatoria, se preocupó de abrir planteles y emprendió la reforma de la segunda enseñanza. Desde Juárez, y gracias a la acción ilustrada de Gabino Barreda, nuestras Universidades sacudieron el polvo de los siglos, hicieron a un lado la escolástica y la retórica, se pusieron a estudiar la historia natural y la física y la ciencia y la filosofía del siglo XIX. Poca cosa, desde cierto punto de vista elevado; pero mucho, en comparación de la modorra anterior.

El movimiento de desarrollo de la educación pública se habría continuado hasta la difusión de la escuela primaria, si no hubiese sido porque Porfirio Díaz resucitó el santanismo al asaltar la Presidencia, seguido de chusmas y montoneras armadas. Volvió a dormir el problema de la educación pública durante las primeras administraciones porfiristas; pero ya al fin del largo reinado del sable, la exigencia de la opinión pública, más que el acierto del gobernante, llevó a colaborar con el Gobierno a uno de nuestros más ilustres ingenios, poeta y filósofo, varón puro y clarividente, el maestro Justo Sierra.

El primer acierto de Justo Sierra consistió en dejar intacta y aun fomentar lo que quedaba de la obra de Gabino Barreda. Para construir un sistema social, lo mismo que para levantar catedrales, se necesita aprovechar el aporte de la generación anterior. Los majaderos comienzan arrasando el terreno y los politicastros de nuestros países comienzan lanzando decretos que reforman todo el detalle de la administración. Oficina que era subordinada y se llamaba sección, el nuevo ministro, incapaz de concebir un adelanto, cambia los nombres y la titula en seguida departamento. Pero don Justo Sierra, excepción ilustre, pertenecía a la casta de los constructores. Aprovechó el trabajo de

Barreda y dedicó particular empeño a la modernización de la enseñanza primaria; creó nuestro sistema de enseñanza primaria. El modelo lo dió principalmente el suizo Rebsamen, discípulo directo creo que de Pestalozzi, y se propagó por medio de técnicos mexicanos. Se abrieron escuelas normales de excelente organización, se levantaron grandes edificios para albergarlas; se influyó con los gobernadores para que el plan de la capital fuese secundado en los Estados y se logró crear en pocos años un cuerpo de maestros primarios capacitados para emprender la transformación espiritual del país. La escuela primaria comenzó también a contar con edificio propio y con rentas del Estado. La europeización preconizada cuarenta años antes por Sarmiento comenzaba a realizarse en el extremo septentrional del continente latino.

Pero..., el pero terrible de nuestra política, para que don Justo Sierra hubiera podido igualar la obra de Sarmiento le faltaba lo que Sarmiento tuvo a discreción: el Poder. Don Justo Sierra era el único hombre del porfirismo que pudo haber salvado a la nación; pero los políticos, en su arrogancia de esclavos sometidos a la bota del dictador, veían en el educador Sierra un buen maestro de escuela, digno de compasión porque no demostraba capacidades para hacerse rico, hurtando comisiones sobre las compras del material escolar. También un hombre incapaz de ordenar una ejecución sumaria De suerte que estaba descalificado para el Gobierno. Y no sólo no se pensó en darle todo el poder, sino que el escaso poder de un ministro, en países no parlamentarios y tiránicos se le escatimaba. Y el criterio de usurero de un ministro de Hacienda, que creía, como puede creerlo el jefe del Tesoro de cualquier pachá turco, que el secreto de una administración es tener mucho oro en las cajas, la opinión de este servidor de aquella tiranía de tipo oriental, evitaba que el ministerio de Justo Sierra recibiese los fondos necesa-

rios. Y cuando se lograba obtener una suma modesta para levantar un edificio, los contratistas con influencia se entrometían para imponer sus condiciones y había que someterse porque partían sus utilidades con allegados del dictador. Y la casa se levantaba, pero con cuarteaduras, abiertas antes de que la fiesta de inauguración se celebrase. Cito en prueba el edificio de la Escuela Normal de México, convertido por el carrancismo en Escuela Militar, y el edificio de la Escuela Industrial de Señoritas, Corregidora de Querétaro, y la lista podría alargarse. La mayor suma con que pudo contar don Justo Sierra para las atenciones de la educación pública fué de ocho millones de pesos mexicanos o sean cuatro millones de dólares, cifra que por sí sola explica que el movimiento educativo por él iniciado haya pecado del mismo defecto de toda obra de la tiranía; es decir, que apenas consiguió formar una *élite* sin relaciones con la masa popular.

Madero hubiera continuado la obra de educación popular. Madero, ya desde su corto período de gobierno y por conducto del hombre de bien que se llamó José María Pino Suárez, elevó el presupuesto de educación pública a la suma inusitada de trece millones de pesos. El problema de la educación, el problema agrario, el político, todo lo habría resuelto Madero si la traición y el atentado personal no hubiesen dado término a su carrera deslumbrante.

Para mal de México, se entronizó desde la caída de Madero otra vez el régimen de la fuerza. Un usurpador miserable duró poco tiempo; pero Carranza, el hombre en quien puso la nación todos sus poderes en un instante desesperado, fué después funesto para el ramo de la educación como para todos los otros de la administración pública. La corrupción más escandalosa fué fomentada por el llamado Primer Jefe. Su autoridad emanada de un plan de tantos que han producido a los Santa Anas

y a los Porfirios Díaz, un tal plan de Guadelupe, marca la reacción hacia la barbarie gubernativa, que con Madero parecía desterrada para siempre de nuestras prácticas. No obstante que ni para la destrucción tuvo sistema, a Carranza se le podía llamar el destructor, porque todos los ramos de la administración los desbarató y corrompió, pero en la educación pública su pasión llegó al encono. Todo el dinero de que disponía, y dispuso de todo el Tesoro, sin jamás rendir cuentas de su gestiôn, todos los recursos fiscales resultaban escasos para satisfacer la codicia de generales y favoritos a quienes él mismo estimulaba para el cohecho, a fin de dominarlos mejor, mediante la amenaza de exigir cuentas en caso de que se le mostraran rebeldes. Entonces, para librarse definitivamente de la carga, para él inútil, la carga del pobre maestro de escuela, hizo reformar la Constitución en el sentido de que se suprimiera la Secretaría de Estado de Educación Pública, fundada por don Justo Sierra, y ni los edificios construídos por el maestro Sierra para escuelas fueron respetados. La Escuela Industrial de las calles del Carmen, en la ciudad de México, por ejemplo, fué convertida en oficinas administrativas y los otros édificios se pasaron a los Ayuntamientos, con el pretexto de que ellos serían los encargados de atender la enseñanza. Los Ayuntamintos de aquella misma época bochornosa, se ocuparon más de beneficiar la hacienda privada de los ediles que de pagar a los profesores, que se vieron arrastrados a la huelga y al hambre.

Después de durar en el Poder más tiempo del que debiera, Carranza, traicionado por los mismos a quienes él había enriquecido y colmado de inmerecidos honores, pagó con la vida las vidas que él había truncado. El Poder cayó entonces en el general Alvaro Obregón, jefe principal de la sublevación, pero que años antes había roto relaciones políticas con el señor Carranza. Organizó Obregón un Gobierno en el cual colaboraron algunos de

los mejores elementos del país, y durante los tres primeros años pareció que por fin comenzaría a iniciarse la reconstrucción nacional. La educación pública comenzaba a revivir; pero desgraciadamente la guerra civil, provocada por la falta de limpieza de los unos y la ambición desmesurada de los otros, en el caso de la sucesión del mando, hizo retornar los días del carrancismo y aun las gentes del carrancismo. Y el presupuesto de Educación de los primeros tiempos de Obregón fué reducido tan considerablemente por el mismo Obregón, al fin de su Gobierno que ya el Gobierno subsecuente no encontró la menor resistencia cuando se decidió a decretar otro tajo al presupuesto de Educación, por razones de tesorería. Por la importancia histórica que pueda tener aquel esfuerzo, procuraré reseñarlo brevemente.

Comenzaré diciendo que las reformas no se elaboraron en la sombra de los Comités ministeriales, ni al amparo de esas eternas facultades extraordinarias que son el origen de tanto decreto estéril, único legado de los caudillos incapaces de hacer pública discusión de sus ideas. Muy lejos de ello, el primer proyecto de ley que resultó implatado se discutió en el seno de la Universidad y se dió a la Prensa semanas antes de que fuese enviado a las Cámaras para su discusión. Siendo Presidente interino don Adolfo de la Huerta se presentó al Congreso la iniciativa para la reorganización de una Secretaría de Estado que debía ocuparse de la Educación Pública, ya no sólo en el Distrito federal, como la antigua Secretaría de don Justo Sierra, sino en toda la República. Se cuidó, sin embargo, de precisar que las funciones de la Federación en materia educativa serían auxiliares y no excluyentes. Subsistía, pues, la obligación y el derecho que los Estados tienen de sostener escuelas y se reconocía ese mismo derecho a los particulares. La Federación se proponía colaborar con los Estados y con las instituciones privadas

y competir si era necesario, pero más bien procurando cooperar y reglamentando determinadas zonas de trabajo. Generalmente se llegó al arreglo de que las autoridades locales se encargarían de las escuelas urbanas, ya más o menos bien instaladas y que la Federación dedicaría todo su esfuerzo a la desanalfabetismo de las masas en los grandes centros de población y a la educación de los indígenas que viven en regiones apartadas a donde jamás ha llegado la escuela. Ciertas reformas constitucionales fueron necesarias para deshacer los obstáculos que Carranza había opuesto a la educación pública en el texto mismo de la Carta fundamental, y para ello hacía falta contar con el voto de diecisiete Legislaturas locales. Es de justicia asentar que después de la jira que emprendimos por buena parte del país explicando los motivos de la reforma no hubo una sola Legislatura disidente. La Secretaría federal de Educación Pública se creó, pues, ya bajo el Gobierno del general Alvaro Obregón, con el beneplácito de la nación entera. Las Cámaras en seguida se hicieon eco de la opinión pública, votando presupuestos educativos sin precedentes en la historia de México. El primer presupuesto fué de unos veintiocho millones de pesos, y el segundo, de cuarenta. Más tarde intervino ya la política en la formulación de los planes y como se había hecho moda fomentar la instrucción pública se llegaron a votar presupuestos de cincuenta millones de pesos. Sobre ello nunca me hice mayor ilusión, porque sabía las dificultades de hecho, que el cobro del presupuesto importaba. pues mientras Guerra no tenía límite para sus gastos a nosotros nunca se nos dieron, ni el año feliz de 1923, más de treinta y ocho millones de pesos, suma que dentro de un presupuesto total de trescientos treinta millones representa apenas el diez por ciento. No es mucho si la comparamos con el presupuesto argentino, con el presupuesto cubano, con el presupuesto portorriqueño; pero

ntre nosotros era tan inusitada que provocaba no sólo ntusiasmos sinceros, sino también envidias de funcionarios ivales que comenzaron a murmurar que aquello era un lerroche.

Sin embargo, se había logrado lo principal: interesar la opinión pública en la tarea de la educación popular afirmar el precedente de que es el Estado el que debe omentar la educación, destinándole una parte considerable le los recursos fiscales.

Para el desempeño de los servicios se tuvo en cuenta, n primer lugar, la necesidad de difundir la enseñanza lemental acompañada de una educación manual que permitiera al indio, al pobre, mejorar sus cultivos y sus ficios, para que de esta manera un trabajo más eficiente ignificara aumento de la producción y mayores beneficios ara el productor; es decir, que se trataba de obtener por nedio de la educación un aumento de jornales y una nejoría inmediata, por lo mismo, del bienestar, como base ara una educación posterior más intensa. En términos enerales, y dentro de la envoltura de los tecnicismos conemporáneos, tratábamos de reimplantar los sistemas de asco de Quiroga y de Pedro de Gante, el sistema educavo de los misioneros. Para marcar todavía más la ndencia y el espíritu apostólico que esta clase de emresas requieren, se organizó un Departamento de Educaión Indígena, que tenía a su servicio, además de varias ependencias técnicas, administrativas, etc., un cuerpo de rofesores misioneros que recorrieron las regiones pobladas or indígenas y todas las más abandonadas del país, ustrando a las gentes sobre los usos de la civilización, práccas higiénicas y cívicas y despertándoles el interés por ustrarse. Los resultados obtenidos fueron en general sombrosos, dado el poco tiempo empleado. Por desracia, no bien cambió de manos el Ministerio, se dió el *olpe de genio* de convertir esos misioneros en Inspectores

de escuelas rurales. Y se les comisionó para inspecciona escuelas que todavía no existían; es decir, se acabó con l idea misma de la nueva institución. Desde que se or ganizó el Departamento de Enseñanza Indígena se tuv cuidado de precisar que tenía el carácter de provisiona puesto que el indio no sería educado conforme al sistem de la reservación norteamericana, como se educa a un casta aparte, sino que tan pronto como el indio aprendí el castellano y los primeros elementos del saber e seguida se le inscribía en la escuela rural, donde se jun tan, sin distinción de sangres, el indio, el mestizo, el blanco el mexicano y el extranjero, y de paso diremos que tam bién el negro, en las regiones donde habita nuestro escas contingente de población africana. La necia initación d métodos extraños, mal digeridos, hacía necesario que s insistiera en que el indio no debía ser segregado ni co el pretexto de educarlo. Si no lo segregaron ni los es pañoles, menos deberemos hacerlo nosotros, aunque no se mas que por la razón de que si hacemos resrvaciones po dría resultar difícil precisar quiénes deben quedar adentr y quiénes afuera, puesto que muchos de los que abogaba por el sistema americano habrian sido internado por indios, si se presentan en los Estados Unidos Doctrina tan clara tampoco penetró las cabezas de mi sucesores, puesto que en seguida fundaron en un edifici por mí construído, un Instituto de indios, en donde ho se exhiben doscientos pequeñuelos mezclados.

Otro Departamento auxiliar fué el organizado, siguiend en este caso el sistema que pude observar en los Estado Unidos durante la guerra europea. Se llamó de Desanal fabetización. En el local de las escuelas oficiales, y con u cuerpo de maestros honorarios, guiados por un personal com petente, en los hogares, en los vecindarios pobres y en lo lugares de reunión, se abrieron clases nocturnas. En la plazas y en las salas de espectáculo organizamos conferen

cias con proyecciones y pláticas, con cantos y danzas. Allí mismo los maestros, repartiéndose en grupos, distribuían pizarras y dictaban lecciones de primeras letras. A cinco mil llegó el número de maestros voluntarios honorarios que trabajaron en toda la República y que no recibían de la Secretaría mas que instrucciones y material escolar. Se calcula que la labor de estos maestros honorarios producía una disminución anual de cincuenta mil analfabetos. Para los exámenes, inspección, etc., se recurría a los maestros oficiales. Al cabo de dos años de trabajo, la República presenció la fiesta del Alfabeto. Desfilaron ese día los millares de hombres, mujeres y niños que en cada poblado habían aprendido a leer fuera de las escuelas comunes y gracias a los servicios del Departamento reciente y a la colaboración de los particulares.

Aparte de estas campañas auxiliares provisionales, la Secretaría de Educación organizó sus trabajos en tres Departamentos fundamentales. El Departamento escolar, que tuvo a su cargo la organización, sostenimiento y desarrollo de todas las escuelas, desde la elemental y la primaria a la secundaria, técnica y las Universidades. La función natural del Departamento Escolar era lograr la coherencia de los planes, de los grados y de los métodos, aunque, como es natural, para su funcionamiento se subdividía en Direcciones y Secciones.

Toda la enseñanza sufrió la influencia de lo que dimos en llamar la educación por el trabajo y la Escuela del Trabajo o de la Acción. En las aldeas, las escuelas adquirían su huerto; alumnos y maestros lo sembraban, lo cultivaban y lo enriquecían con crías de animales domésticos. En los centros urbanos cada escuela adquirió un taller y varias clases de pequeñas industrias. Además se crearon numerosas escuelas de carácter especial industrial. Sôlo en la Capital de la República funcionaron hasta ocho centros populares de pequeñas industrias, centros nocturnos y

diurnos en donde se enseñaba corte, cocina, costura, arte domésticas; industrias químicas, como jabones, pomadas grasas, perfumes; pequeñas manufacturas de cuero; dibuj industrial; conservación de frutos y empaques, etc., etc La afluencia de alumnos nos obligaba a improvisar clase hasta en los corredores. Cada escuela parecía una feria por el abigarramiento y el número de gentes y de artes pero una feria de productores. Frecuentemente a los tre meses el alumno se retiraba sabiendo hacer algún artí culo, cuya manufactura le dejaba medios de vida.

Desde la primaria se enseñaba a respetar y amar e trabajo de las manos. Para consumar esta tendencia y para combatir el profesionismo clásico y calamitoso d abogados y médicos, se abrieron escuelas secundarias para la enseñanza técnica. Una de ellas, por ejemplo, la Escuela de Maestros Constructores, creada de nuevo desd el edificio, abrió cursos de albañilería, plomería, carpin tería; instalaciones de todo género; electricidad y motores todo lo que se necesita, en fin, para construir una casa y mantenerla con vida. La Escuela llegó a tener mil dos cientos alumnos. Establecimientos semejantes se fundaron en Orizaba, en Puebla y en Guadalajara. El Centro de Puebla situado en el edificio del ex Arzobispado, llegó a reunir tres mil alumnos de ambos sexos que recibían clases de carácter general y enseñanza rápida en más de una docena de oficios, como carpinteros, mecánicos, marmolis tas, sastres, etc. y, como predominaban las mujeres, muchos oficios femeninos. A determinadas horas el personal entero de la escuela podía juntarse para ejercicios deportivos en los patios, para las lecturas colectivas en el salón de la Biblioteca, o para el estudio de la música y el canto en orfeones que allí mismo se formaban. Una escuela seme jante fundada en Guadalajara sólo para señoritas fué otro éxito clamoroso.

Pero el orgullo de la Secretaría lo constituía la Escuela

e Ciencias Químicas de Tacuba. Allí levantamos hasta iecisiete pabellones para la enseñanza formal de indusrias como vidriería, cerámica, destilaciones de petróleo, nsayo de minerales, explotación de aceites y grasas, curiduría y pequeñas manufacturas de cuero. En los extenos terrenos de la Escuela se inició la formación de un ardín botánico para plantas medicinales; se sembraron rboles, se abrieron fuentes, se construyó un estanque, con u gimnasio anexo; se instalaron maquinarias para los istintos talleres; sólo el taller mecánico fué por sí solo n pequeño modelo; los hornos que construimos para el aller de cerámica, bastarían para una gran producción e azulejo fino para decoraciones, en el estilo de Talavera, e Puebla, etc., y para azulejo industrial para fines saniarios, etc. Esta Escuela especializada en la ciencia quínica y sus aplicaciones logró contar con mil alumnos rofesionales, que de esa manera aligeraron la inscripción eligrosa de las Escuelas de Medicina y de Abogacía.

La Escuela de Ciencias Químicas fué un éxito; la reación, todavía más ambiciosa, de un Instituto Tecnoógico Mexicano, se quedó iniciada. Como contribución la magna obra que es acaso la más urgente de nuestra rea educativa, dejamos la contribución siguiente: Un ran taller mecánico, ya instalado y ya funcionando, que s el mejor de la capital y ocupa un vasto recinto consruído expresamente; dos pabellones para clases teóricas, onstruídos en estilo colonial mexicano; un edificio para iblioteca, ya terminado; una casa para Escuela de Elecricidad. Las carreras eléctricas, hoy descuidadas, tienen n gran porvenir en México, país sin hulla, pero lleno e caídas de agua. Todas estas construcciones y otras enores que no recuerdo ocupan una extensión de más e veinte mil metros cuadrados, que obtuvimos para Instituto tomándolos de terrenos que no faltó quien uisiera vender, como se vendieron criminalmente los

terrenos que el Ministro Justo Sierra había reservado para un futuro Museo y Biblioteca Pública frente a la Alameda en la Avenida Juárez, en un sitio irreemplazable de la ciudad. Hasta la tierra es difícil salvarla de la voracidad de los funcionarios.

Para asegurar el éxito de la reforma educacional en el sentido de la eficacia científica, logramos hacer a un lado de los puestos directivos y de organización a los abogados, a los médicos y aun a los pedagogos y todo lo pusimos en manos de ingenieros y de técnicos.

Junto con el Departamento Escolar se fundó el Departamento de Bibliotecas, creación según creo relativamente original, y desde luego, completamente nueva en México. Tuvo a su cargo este Departamento la creación, vigilancia y fomento de todas las bibliotecas del Estado, entre ellas, las antiguas bibliotecas que en algunos casos proceden de la colonia y además y principalmente la creación de bibliotecas populares y modernas para el servicio del público. Nuestro Departamento comenzó a prestar a México servicios semejantes aunque con las penurias inevitables, a los que prestan en los Estados Unidos las bibliotecas Carnegie. Además, enviábamos pequeñas colecciones circulantes de cien o cincuenta libros buenos que iban a lomo de mula de poblado en poblado, por la serranía, siguiendo la huella abierta por nuestros modernos misioneros. En los centros de población se establecieron verdaderos salones de lectura, en muchos casos cómodos y agradables, y provistos hasta de cinco mil volúmenes de obras modernas, en castellano, sobre todos los temas de interés general. En la ciudad de México, particularmente, ha quedado la prueba perdurable de este esfuerzo porque allá cristalizó en construcciones de bastante importancia. La biblioteca «Cervantes», fundada en la ciudad de México, en edificio que se construyó en el estilo colonial mexicano, constituye la primera biblioteca

que en México ha contado con casa hecha expresamente para el objeto y con organización imitada del sistema norteamericano, de servicio fácil y eficaz. Cuenta el expresado edificio con un departamento alto destinado exclusivamente a los niños, y, a semejanza de este último, se fundaron varias bibliotecas infantiles, bellamente decoradas en su interior con alegorías y figuras al fresco que distraen y estimulan la fantasía de los pequeños lectores. Dos edificios más de regular extensión y de positivo buen gusto se construyeron, dentro de la escuela Benito Juárez, que está cerca del Estadio, y en el edificio que ocupa la esquina de las calles de Tacuba en la colonia de Santo Tomás, edificio torpemente convertido después en escuela secundaria. Otra biblioteca de obras en español y portugués únicamente se instaló en la Sala de Banderas de la América Latina institución dedicadas a Museo y Biblioteca de las naciones ibéricas. Para los edificios y mobiliario se seguió siempre el estilo mexcano de arqutectura, particularmente el poblano. Para la organización interior se adoptó el sistema yanqui, hasta donde pudimos aplicarlo. Para llenar la biblioteca tuvimos que hacer estudios y ensayos. Uno de los modelos que con más fidelidad imitamos fué el ideado por Eugenio D'Ors en sus bibliotecas de la Mancomunidad catalana. Sus listas de obras nos sirvieron en muchos casos de base para formular las nuestras. Pero precisamente al hacer el estudio del problema del aprovisionamiento de la biblioteca se nos presentó agravado un problema que ya habíamos advertido cuando redactábamos las bases para los maestros que desarrollaban la campaña contra el analfabetismo. El problema era, ya lo habréis adivinado: «¿Qué es lo que vamos a dar a leer a todas estas gentes que están comenzando a aprender a leer?» El problema no lo entiende en toda su dificultad un maestro de habla inglesa o de habla alemana o francesa. Idiomas éstos que éstan al día y civilizaciones que hacen

del libro un artículo de uso frecuente y común, los que dentro de ellos se educan no tienen otra cosa que hacer que elegir entre las muestras que remiten las Casas editoras. Pero nosotros, nuestra América, que lleva tantos años de tener que recurrir al francés o al inglés para estar al tanto, ya no digo del pensamiento contemporáneo, en muchos casos aun del pensamiento clásico, ¿dónde obtener las traducciones castellanas en la abundancia que era necesaria? La respuesta no tardó en formularse: sentimos que había llegado la hora de dar las gracias a las lenguas extrañas por los servicios rendidos, la hora de ponernos a honrar nuestro patriotismo en algo que afecta su decoro. Quisimos que no fuese indispensable aprender una lengua extraña para poder enterarse del pensamiento fundamental de la humanidad; quisimos difundir y abaratar aquellas ediciones que se obtienen en el mercado, pero con dificultad, y nos propusimos asimismo independizar nuestra campaña contra el analfabetismo de la codicia de los editores de libros elementales. Comenzamos entonces por adquirir en los Estados Unidos toda una planta editorial. La instalación se hizo febrilmente y las prensas comenzaron a girar. Se improvisó el taller dentro de un gran patio colonial y las dependencias fueron extendiéndose por todo el edificio, hasta que desbordaron de él. No puedo resistir a la tentación de dar los títulos de la serie de grandes libros que de allí salieron para repartirse en la América y marcar el esplendor de un esfuerzo que no por malogrado resulta menos ilustre. Dicisiete fueron los tomos terminados y repartidos, a saber: *La Iliada* y *La Odisea*, Esquilo y Eurípedes; tres tomos de Platón; *Los Evangelios;* dos tomos de Plutarco; *La Divina Comedia;* Fausto, de Goethe; *Selecciones fundamentales*, de Tagore; *Las Vidas*, de Romain Rolland; Plotino, por primera vez casi completo en castellano. Quedaron en prensa un *Romancero*, una *Antología iberoamericana* y un tomo de Lope de

Vega. Se concluyó una colección de cuentos infantiles en dos volúmenes, que ya apareció desvirtuada de su objeto, porque se terminó en una edición lujosa y por lo mismo fuera del alcance de la mayoría de los pequeños. Las ediciones se hicieron en ejemplares claramente impresos y empastados en percalina. El número de ejemplares era de veinte o de veinticinco mil y se vendían al precio de cincuenta centavos mexicanos, aparte de los que se regalaban a bibliotecas y escuelas, Sociedades Obreras, etc. Los críticos malintencionados que nunca faltan han querido hacer aparecer este esfuerzo editorial como inútil y costoso. Inútil porque dicen que estos libros se destinaban a gente que no sabía leer y no podía entenderlos. Pero se olvidan siempre de recordar que el mismo Departamento editorial editó antes de los clásicos o junto con la colección de clásicos un millón de libros elementales de lectura, medio millón de folletos educativos, más dos millones de cartillas para la enseñanza de las primeras letras, y que todo esto se repartió profusamente. Tampoco se ha llegado a demostrar que nuestras ediciones fueran más costosas que las de libros semejantes hechos en México, y, aunque lo fuesen, cualquier diferencia representaría un precio ventajoso pagado por establecer el precedente de que la Secretaría de Educación fabrique su material para eliminar el abuso constante y siempre renovado del cohecho alministrativo. Se publicaron además en todo este período que reseño, y que no llega a tres años, cincuenta mil ejemplares de la *Historia de México,* de Justo Sierra, y veinte mil de su *Historia Universal,* también Lecturas para Mujeres por Gabriela Mistral, además de varios libros de texto y algunas obras científicas de autores locales. El plan comprendía la revisión de todos los textos para reimprimirlos en castellano, y, en cuanto a la serie clásica, hubiera seguido indefinidamente, pero por lo pronto estaban señaladas para entrar

en las prensas obras de Calderón, de Shakespeare, de Ibsen y de Bernard Shaw y la *Geografía Universal* de Réclús.

Una Casa editora española nos firmó contrato, que cumplió entregándonos cincuenta mil *Quijotes* para uso de las escuelas, empastados y a un precio alrededor de cuarenta centavos mexicanos. Este libro se repartió con profusión y, sin embargo, no pudimos dejar satisfechos todos los pedidos que llegaban de las más apartadas zonas del interior, pues México padece hambre de libros. Para calmar esa ansia de lectura y para informar a las masas sobre los asuntos capitales de la civilización se comenzó a publicar en el mismo Departamento editorial una revista mensual titulada *El Maestro*, de la cual se tiraban setenta y cinco mil ejemplares, que deben haber sido bien empleados, puesto que días después de salida la edición se hacía difícil conseguir un número. Casi no hubo nación civilizada donde no despertara ecos esta publicación, que fué, sin embargo, la más combatida y la primera que se sacrificó, tan pronto como los enemigos de la Secretaría comenzaron a prevalecer en los Consejos del Gobierno.

El Maestro, en efecto, fué suprimido por la Secretaría de Hacienda un año antes de que el señor general Obregón dejara el Poder.

A mi salida del Ministerio vencieron los enemigos del libro. Pomposamente se declaró que no se continuaría la edición de los clásicos. Se quedaron en prensa un Lope y el *Romancero*, como ya hemos indicado. Se alegó que no había dinero para acabar estos trabajos; pero, en cambio, han seguido saliendo de los talleres en lujosa edición toda una serie de libros de particulares: libros de funcionarios que no hallan editor y libros de documentos oficiales que pasan a los archivos públicos o al mercado del desecho.

Pero volvamos al relato de lo que fué y de lo que debió ser. Al fin y al cabo, el Dios de las cosas como son

es un monstruo vulgar que no merece respeto. El Dios del éxito suele ser un vil impostor. Busquemos nosotros los rasgos del Dios de las cosas como deben ser, el verdadero Dios, aunque su rostro suele eclipsarse.

El Departamento de Bibliotecas realizó la primera inundación de libros que se conoce en nuestra historia. El Departamento, en los dos o tres años que funcionó, conforme a sus planes originales, creó hasta quinientas salas de lectura en pueblos, ciudades y aldeas, contando para el caso con la colaboración de no pocos Ayuntamientos y de casi todas las Sociedades Obreras El Departamento de Bibliotecas puso una pequeña biblioteca de más tres mil volúmenes en cada barrio de la ciudad de México y abrió bibliotecas de relativa importancia en Puebla y en Orizaba, en Aguascalientes, en Torreón y en Dolores Hidalgo. Construyó además tres edificios especiales para biblioteca y adaptó cinco o seis salones incluídos en escuelas o en edificios públicos antiguos. Todavía más, y como se verá en seguida, el Departamento de Bibliotecas logró que la biblioteca se incorporara a la escuela. Cada escuela de las tres mil o poco más que hay en la República fué dotada con alguna pequeña colección por nuestro antiguo Departamento. Sólo en compras de *Diccionarios de la lengua castellana*, que se distribuyeron entre todas las escuelas de toda la República, el Departamento superó, en un año, a lo que se haya comprado en diez años de cualquier época anterior ¿Preguntaréis que si el Departamento de Bibliotecas tenía mucho dinero? Responderé que no recuerdo la cifra exacta, y no ando yo cargado por el mundo con cifras y papeles, pero el presupuesto anual exclusivo del Departamento nunca fué mayor de tres millones y medio, que como es natural se consumían en gran parte en el pago del personal Sin embargo, por todos los pueblos de México y en algunos otros sitios del mundo español queda el recuerdo de algún lindo ejemplar

de nuestras colecciones. Pero si no hubo mucho dinero hubo lo que hace lucir el dinero, que es la honradez.

El tercer Departamento fundamental de nuestra Secretaría se llamaba de Bellas Artes.

Tuvo a su cargo la enseñanza y el fomento de la pintura, la escultura, la música, el canto. Para ello se fomentaron antiguas y venerables instituciones como el Conservatorio Nacional de Música y como la Academia de Bellas Artes de San Carlos; pero las novedades principales en pintura fueron las siguientes: El programa entero de la educación pública era visto en aquellos momentos como la primera manifestación de conciencia y de actividad constructiva de la revolución. Me ocurrió entonces procurar que el arte nacional llegase a ser un reflejo de la vida intensa de aquel momento. Llamé a todos los pintores para pedirles que dejaran por unos años el arte del cuadro para salón y el retrato y se ocuparan de la gran decoración mural. Públicamente tildé de arte burgués y mediocre toda aquella obra de gabinete y comenzamos a fomentar la pintura al aire libre y la decoración mural. Dos grandes pintores mexicanos iniciaron el movimiento: Roberto Montenegro y Alfredo Ramos Martínez. El primero abrió la serie de las grandes decoraciones al fresco en sus trabajos de la «Sala de las Discusiones Libres». Funcionaba esta institución, que fundé a semejanza de las que relatan las historias budistas, en un antiguo templo de nave romana imponente. Las conferencias debían ser gratuitas y públicas y las daba todo el que lo solicitase, para hablar de lo que se le ocurriese. La extensa superficie de la vieja nave, que llevaba años de ser dependencia de un cuartel, se remozó con hermosas teorías simbólicas al fresco, motivos de ornamentación tomados al arte colonial y al antiguo arte indígena. Con motivo de la decoración de esta misma sala se revivió un arte que estaba casi muerto en México. Los lambrines

de azulejo de todos los colores y de brillos espléndidos que decoran la misma sala fueron dibujados por Montenegro y Fernández Ledesma y cocidos por otro de los hermanos Fernández Ledesma en hornos de Aguascalientes. Tal obra marcó un verdadero renacimiento de este arte que tanto lustre alcanzara en los tiempos de la colonia. Más tarde, para asegurar el porvenir de tal industria, logramos construir dos hornos de magníficas condiciones modernas en la Escuela de Ciencias químicas de Tacuba. Desgraciadamente, los hornos no se han prendido desde que pasó la fiebre de primavera de aquel entusiasmo por la cultura. Bajo la dirección del mismo Montenegro se decoraron varias salas del nuevo edificio de la Secretaría de Educación. Los plafones y toda la escalera del nuevo Anexo de la Escuela Nacional preparatoria, la sala de banderas y Biblioteca iberoamericana y algunos interiores de menor importancia. El arte del vitral también lo resucitaron Montenegro y el vidriero mexicano Villaseñor, autores de las dos vidrieras que hermosean la «Sala de las Discusiones Libres» y de algunas otras de menor extensión. Las vidrieras indicadas son quizás las mejores que hasta hoy se hayan hecho en el continente por mano de artistas vernáculos. A esfuerzos de Montenegro obedecieron también las primeras excursiones de los artistas de la capital hacia lugares del interior de la República. En la primera misión artística que Montenegro y seis discípulos suyos hicieron a Oaxaca se inició el sistema de influir y dejarse influir por el arte indígena. De Oaxaca trajo Montenegro platos y lozas cocidos en los hornos de la localidad, con decorado suyo hecho de motivos y leyendas regionales. A los artistas indígenas se les dieron orientaciones y consejos de técnica, evitándose, sin embargo, el peligro de refrenarles la espontaneidad.

Misiones semejantes se enviaron más tarde a lugares como Michoacán, donde perdura el arte admirable de

las lacas coloridas, y a Jalisco, tierra célebre por su cerámica, por ser la cuna de pintores ilustres, por sus canciones y por sus danzas. Se comenzaron así a buscar los motivos de la inspiración en el admirable paisaje mexicano, en los primores de nuestra industria vernacular y en los misterios del alma nacional que apenas comienza a revelar sus maravillosas y originales facultades.

El segundo gran director del movimiento pictórico que podemos llamar de la revolución fué, como ya he dicho, Ramos Martínez, cuyo nombramiento de Director de la Academia resultó de un plebiscito estudiantil que nosotros nos limitamos a legalizar. La obra de Ramos Martínez se puede resumir diciendo que trasladó la Academia al aire libre. Las puertas todas del edificio se abrieron a la libertad de todas las inspiraciones. Las cátedras se convirtieron en taller. A los alumnos, aparte de uno que otro consejo, se les daba material, se les daba tela, se les daban colores y ellos pintaban bajo la mirada aparentemente distraída de los maestros Tanto aumentó la inscripción, que se abrieron cursos nocturnos para niños, para jóvenes y adultos y eran de verse aquellas salas apretadas de estudiantes, de obreros, de señoritas que usaban del color para dar vida a la naturaleza muerta de los cacharros y las telas y los frutos y copiaban del desnudo o modelaban o pintaban flores. Todo esto ocurría en el edificio central de la escuela destinada a las artes plásticas; pero no se detuvo allí la ilustre actividad del paisajista mexicano, sino que se fué a donde tenía que lograr sus mejores frutos, al campo y al sol. En una extensa quinta de la población de Coyoacán, cercana a la Metrópoli, en un ambiente de corredores y arcadas coloniales con jardines antiguos, se instaló la primera escuela de pintura al aire libre. Hasta treinta pintores encontraron allí alojamiento gratuito, y cada mes la Secretaría les compraba cincuenta lienzos, escogidos entre la producción de los jóvenes, para esti-

mularles y ayudarles a pagar su subsistencia. De esta manera el sistema de pensiones y de exámenes fué reemplazado por el del trabajo. Cada vez que se podía disponer de algún sobrante de fondos los alumnos emprendían por cuenta del Estado un viaje de estudio para pintar el paisaje de las regiones más pintorescas. Así es como se enviaron artistas a Yucután y a Morelos y al interior de Guerrero y al Norte. Cada mes se hacía en el Ministerio la exhibición general de los últimos trabajos y lo comprado se repartía entre las bibliotecas y las escuelas para decorar con paisajes los interiores dedicados a la meditación y al estudio.

Posteriormente llegó a México, procedente de Europa, el tercer gran propulsor del renacimiento pictórico: el artista mexicano Diego Rivera, que debía imprimir al movimiento toda la fuerza de su extraordinaria personalidad y toda la riqueza de sus concepciones artísticas y simbólicas. El Paraninfo de la Universidad, los patios de la Secretaría de Educación Pública y otros edificios diversos contienen la obra singular de este gran artista, que ha acabado por imponerse a todos sus críticos. Alrededor de Rivera se formó toda una subescuela. Entre otros nombres que debieran ser ilustres recuerdo a Charlost, que ha dejado bellos frescos en la Escuela Nacional preparatoria; a Guerrero, que ha colaborado con Rivera en todas sus obras; a Alfredo Siqueiros y a Manuel Amero, que decoró la escuela Belisario Dominguez.

No debo omitir el nombre del gran pintor socialista Clemente Orozco, que decoró con frescos de un colorido admirable casi todo un patio de la Escuela Nacional preparatoria. Fué también muy importante, por su mérito intrínseco y por sus orientaciones hacia el ennoblecimiento del arte popular, la obra llevada a cabo por el pintor Carlos González, que también ha dejado en los muros de diversas salas de la Secretaría y en múltiples telas como

la de la biblioteca del mismo edificio pruebas indudables de su talento. El departamente infantil de esta biblioteca lo decoró brillantemente el pintor guatemalteco Carlos Mérida. Para dar una idea de la forma acelerada en que se trabajaba referiré que habiéndose resuelto decorar todos los paños del entresuelo del patio mayor del Ministerio con frescos en que quedasen perpetuados los escudos de armas de cada uno de los veintiocho Estados de la República, comenzaron los pintores a trabajar; pero como sucediese que no teníamos a mano todos los escudos originales, y algunos gobernadores se demoraban en remitirnos las muestras que les habíamos pedido y otros no los tenían, ante la amenaza de tener que suspender la obra nos pusimos a inventar algunos de los escudos. Recuerdo de cinco o seis que así creamos en pequeño Consejo y lo más curioso del caso es que meses después algún funcionario de uno de los Estados que de tal suerte bautizamos mandó pedirnos una fotografía de nuestro escudo improvisado porque había buscado en los archivos locales y «no encontraba el original de donde habíamos tomado el nuestro». Naturalmente no nos faltó aplomo para enviarle sin comentario la fotografía. De esta suerte se improvisaba cuando era menester.

No debe dejarse sin mención a otro grupo de pintores que prestó servicios tan importantes como los anteriormente mencionados, pero en el terreno de la educación artística. Desde que se organizó la escuela primaria, conforme al plan de que hablaré después, me propuse insistir en que se suprimieran los sistemas que llamaremos escolares para la enseñanza del dibujo y que se reemplazaran con el contacto directo del artista y los alumnos de primaria. Para lograr tal objetivo, nombré profesores especiales de dibujo, tomados del personal que se prepara en la Academia de Pintura. El sistema habría de resultar fecundo; pero al principio comenzó a suscitar las censuras de determinados profesores que se sentían lastimados en su autoridad de pedagogos.

Por qué un artista que nunca había estudiado metodología e ponía a dar clases de dibujo en una escuela primaria o n una escuela normal? Yo respondía que mis artistas no ban a enseñar metodología, sino arte, y que era preferible l arte a la manera de enseñarlo. Pero no cabía duda, al mismo tiempo, de que la enseñanza se resentía de la falta le una orientación artística relativamente uniforme. A llenar esta necesitad vino el método admirable, inventado por un artista mexicano de extraordinarias capacidades, el pintor Adolfo Best. Su sistema ingenioso y bello parte del estudio del arte indígena, de donde tomó siete motivos fundamentales, que en seguida se combinaban de la manera más original, varia y armoniosa. Las bases de este sistema as definió su autor en un libro que le editó la Secretaría le Educación y posteriormente se han dado a conocer por l mismo artista en conferencias que ha sustentado en Universidades de California y de Nueva York. El éxito asombroso del método quedó patente en las Exposiciones de fin le año escolar. En seguida, para propagarlo y enriquecerlo, e reunió un talentoso grupo de dibujantes y pintores que organizaron la enseñanza en todas las escuelas de la capital y fueron en seguida a implantar el mismo método a determinadas escuelas de provincia. Los principales colaboradores de esta tarea que hizo surgir todo un arte bello y urioso fueron Ignacio Rodríguez Lozano y Fernando Best, que llegaron a contar con un cuerpo de profesores compuesto de algo más de ciento cincuenta pintores y dibujantes. No es exagerado afirmar que en esta época desapareció lel hogar mexicano el cromo de mal gusto con que nos ha llenado la importación barata y fué reemplazado con las bellas composiciones de flores complicadas y coloridas de animales en movimiento, de cúpulas de arquitecturas fantásticas y de figuras humanas enmarcadas y contagiadas de ritmos que por una rara intuición, salida de lo más hondo de la raza, se asemejaban remotamente al estilo arcaico fili-

pino español y oriental de los antiguos días. Por un momento pareció que el milagro de Vasco de Quiroga inventando un arte regional en Michoacán, con la muestra de las lacas que traían las naos de la China, iba a repetirse pero ahora con caracteres de un renacimiento nacional. El esplendor de aquella breve floración artística rebasó de las escuelas y trascendió al público. No estaba, sin embargo bastante maduro el movimiento, puesto que fué cortado de una plumada por el Ministro de un nuevo Gobierno sin que las protestas fuesen más allá del círculo de artistas que comprendío la atrocidad incalificable del suceso. No faltó diario oficioso que elogiara la política de economías inaugurada por el enérgico Gobierno militar de la hora.

La enseñanza y el fomento de la música también ocuparon energías considerables. El Conservatorio nacional se enriqueció en su presupuesto y en su profesorado. Lo reorganizó el maestro Julián Carrillo, que al mismo tiempo reorganizaba la Sinfónica Nacional, muda desde los tiempos de Justo Sierra, y creaba un Cuarteto clásico bien dotado de fondos, a fin de que sus componentes se dedicasen a preparar conciertos. Con la admirable tenacidad que caracteriza al gran músico mexicano, la Sinfónica inauguró sus temporadas de conciertos metropolitanos, tocando la seríe completa de las sinfonias de Bethoven, sinfonías de Tchawskowsky, Branhns, Mozart, selecciones de obras de Wagner, de Debusy y de Saint-Saens, trozos de Straus, la incompleta de Schubert, algo de Berlioz y otras. Después de la temporada capitolina, la Orquesta emprendió una jira por los Estados, dando conciertos sinfónicos en ciudades como Meterrey, Saltillo, San Luis de Potosi, Guadalajara, Orizaba y Córdoba. Se fomentó, además, la formación de una pequeña Sinfónica en Aguas Calientes y se hubiera acabado por tomar bajo nuestra protección a la meritísima Sinfónica de Guadalajara. El Cuarteto dió seis u ocho series de conciertos for-

males aparte de tocar en festividades oficiales de todo género, hasta el día en que su existencia fué cortada por la barbarie triunfante. Por tener que dedicar toda su atención a los trabajos de la Sinfónica, el maestro Carrillo dejó el Conservatorio, en donde entró para crear un verdadero florecimiento artístico el joven maestro Carlos del Castillo. A Carlos del Castillo se deben el perfeccionamiento de un Orfeón clásico de más de trescientas voces y de una Orquesta de alumnos que ha dado maravillosas audiciones de obras como la *Suite* de Bach con coros y de otras del mismo género. En los trabajos del Conservatorio, en los conciertos de la Sinfónica y en recitales de coros y Orfeones de que se hablará después colaboraron todos nuestros mejores y más ilustres músicos: Meneses, Ponce y Rocabruna, para citar sólo algunos nombres, y es justo decir que nunca lo hicieron por la paga, porque ésta era nula o escasa. Lo hicieron porque el alma de la raza se había puesto a elaborar su expresión.

Donde mejor se sintió la verdad de esta última afirmación fué en los conciertos públicos que periódicamente se daban en los parques, al aire libre y en los teatros de mayor capacidad. Comenzaremos por decir que se aplicó a la enseñanza de la música en la escuela el mismo sistema que habíamos usado para el dibujo. Propiamente, se eliminó el llamado canto escolar. Nos olvidamos de que existe una cosa que se llama metodología de la enseñanza de la música y llevamos a las jóvenes cantantes del Conservatorio nacional para que ensayaran los coros de las niñas y los miños de las escuelas. Y en las escuelas entró no sólo el canto popular, también el baile nacional. La observación de una fiesta escolar del tipo antiguo me había hecho comprender la irremediable fealdad de aquellos espectáculos en que niñas indígenas de color moreno subido bailaban minuetos con peluca Luis XV. Pensé que cada raza se ve favorecida en el aspecto físico cada vez que se adorna con aquellos arti-

ficios que van más de acuerdo con su tipo, su color y su ambiente y que por lo mismo era una injusticia presentar a nuestras niñas con aquel ridículo disfraz de damas de Versalles. Ni las mismas manolas sevillanas, las más lindas mujeres de la tierra, soportarían sin menoscabo un atentado semejante. Resolví entonces ensayar el uso de los trajes nacionales más pintorescos, el conocido con el nombre de China poblana, falda verde o roja, con lentejuela a lo morisco, blusa clara y collares y pendientes, flor en el pelo negro y brazos al aire. La primera vez que doce jóvenes de la Escuela de comercio Lerdo de Tejada se presentaron a bailar un «jarabe tapatio» en el mismo Paraninfo de la Universidad, que no había visto en el pasado mas que imitaciones del baile clásico, hubo expectación y de parte de algunos un deseo manifiesto de vernos fracasar; pero sólo la palabra delirio da una idea del efecto producido. Aquella primera exhibición causó público entusiasmo. Cada vez que estallaban las coplas cristalinas en las jóvenes gargantas, un temblor recorría la sala y así que los giros de la noble danza desenvolvían guirnaldas de esbeltos y lindos cuerpos, se levantaba de la sala un clamor. El éxito fué tan rotundo que ya no fué ni comentado. Se aceptó que aquello era lo natural. Para convencer no nos habíamos valido de princesas, sino de jóvenes humildes, salidas de hogares casi poco menos que de la clase media.

De aquella experiencia pasamos a hacer la cosa en grande en todas las escuelas públicas y en centros especiales que para la música y el baile se fundaron en las barriadas populosas. El maestro don Joaquín Beristain, con un grupo de músicos y maestros de canto y con dos bailarinas españolas que tomamos de maestras, junto con dos o tres maestras de baile mexicano: tales fueron los creadores de lo que llegó a ser la Dirección de Cultura Estética, feo nombre que designaba la enseñanza especializada de la música, el baile, la gimnasia y el deporte. Esta institución, que posteriormente

fué tan combatida y finalmente aniquilada, porque no pudieron los políticos aprovechar en su favor la enorme influencia que llegó a tener sobre las masas, comenzó su obra en las escuelas primarias y secundarias de la capital. De allí extrajo elementos que después se exhibieron en coros y cuerpos de danzantes por los jardines de la Metrópoli y especialmente en la Rotonda del Parque de Chapultepec. Las fiestas dominicales que allí se organizaban fueron memorables. Un verdadero teatro al aire libre iba surgiendo sin esfuerzo. La única limitación impuesta a los coros era que habían de cantar en castellano canciones nacionales, españolas y de todos los países de la América latina. La misma orientación se impuso en lo que hace a los bailes. Se cantaron entonces, en ocasiones diversas, canciones mexicanas de todas las regiones del país, acompañadas de las danzas típicas, todo por regiones. Hubo una fiesta «tapatia» con sus corridos y su zapateado especial que llamamos «jarabe». Una fiesta aroaqueña con trajes regionales y dulces canciones remotas y danzas de la zandunga tehuana. Hubo otra gran fiesta de la danza, cuando ya las escuelas reforzadas por los grupos pertenecientes a las Academias obreras nocturnas comenzaron a representar en grande. Se bailaron aquel domingo todos los bailes del siglo, desde las pavanas y las cuadrillas y los schotis que todavía imperan en Madrid, hasta los valses y las danzas, danzones, pasos dobles y tangos modernos. Hubo, con motivo de la visita de argentinos ilustres, una fiesta toda argentina, con cantos de vidalitas y bailes que ejecutaron niñas trajeadas al estilo criollo. En otra fiesta brasilera se cantaron y se danzaron machichas. Poco a poco nos íbamos acercando al tipo del espectáculo ruso moderno que, insensiblemente pasa de la danza al canto en medio del ritmo esplendoroso de las decoraciones y los trajes.

El éxito artístico, la novedad del espectáculo nos llevaba público y nos creaba propagandistas. A los pocos meses de

que todas las escuelas de la capital estuvieron englobadas dentro del movimiento artístico indicado, empezamos a fundar centros de Orfeones populares, donde se enseñaba canto coral y la ejecución de algunos instrumentos de música. Con los estudiantes de música formamos Orquestas típicas que llegaron a contar hasta con ochenta ejecutantes. Los coros crecieron tanto que era frecuente que se reunieran hasta dos mil obreros para cantar. El talento infatigable de los maestros improvisaba *ballets* regionales de asombroso interés. Las festividades costaban muy poco. No se pagaba local, porque se hacían en los parques, en las mañanas luminosas de los domingos. El Ministerio había adquirido unas cinco mil sillas, que se trasportaban según convenía y se arrendaban a precio mínimo entre el público. Las graderías de la Rotonda de Chapultepec servían para instalar coros y músicos. Los ejecutantes contribuían con sus aptitudes y pagando ellos mismos sus trajes y sus instrumentos de música. No se cobraba un centavo por mirar en pie el espectáculo. La asistencia media entre ejecutantes y espectadores llegó a ser de diez a doce mil cada domingo, en sólo la Rotonda de Chapultepec. Pero muy poco tiempo fué necesario para que el centro de Chapultepec se multiplicara por otros barrios de la ciudad. Por arreglos hechos con los dueños de salas de espectáculos, logramos que se nos dieran en un arrendamiento a precio mínimo los más grandes locales de cine de cada distrito de la capital. Sólo una de aquellas salas contenía cinco mil espectadores y se llenaba cada domingo. Allí dábamos gratuitamente representaciones teatrales cortas, con elementos surgidos del pueblo mismo que asistía a las clases nocturnas de arte. Con excepción de los maestros de cada rama, procurábamos que en el espectáculo no intervinieran artistas profesionales, sino los mismos obreros alumnos, porque el principio de aquel teatro era que los mismos espectadores pudieran convertirse, en cierto momento, en actores. Buscábamos un arte que se saliera

del teatro cerrado a que están condenados los climas fríos y se desenvolviera en el aire libre, único sitio propio del arte verdad. Queríamos sacar el arte de las cuevas septentrionales que son los teatros modernos para colocarlo otra vez bajo el cielo. Así, los asuntos mismos se ennoblecerían. Todo este arte teatral contemporáneo con ambiente de alcoba y conflictos de vida prosmicua y afeminada se regeneraría y se enaltecería. En lugar del asunto psicológico que murmura a puerta cerrada, la tragedia que grita a la faz de la creación; en lugar del problema casero, el problema humano; en vez de la agudeza y la ironía que conducen a la degeneración, los destellos de la esperanza y los clamores de la verdad, que conducen al heroísmo.

Ensayamos también la pantomima y ensayamos el cuento representado. Ciertas representaciones que vi alguna vez en Inglaterra de las comedias infantiles de James Barrie me sugirieron la posibilidad de hacer algo semejante con los temas de nuestra literatura castellana. De esta suerte hubo Quijotadas hechas con trozos de poemas alusivos y trajes especiales, y se hicieron también ensayos de representación de cuentos de hadas. Puedo precisar que hubo una representación de *Caperucita,* si mal no recuerdo, aprovechando versos que acababa de componer Gabriela Mistral y a los cuales se les puso música. La mención de Gabriela Mistral me recuerda que sus rondas de niños se bailaron en un festival chileno, con música que acababa de componer un músico mexicano. Para dar idea de la importancia del movimiento, baste decir que los domingos funcionaban generalmente seis teatros en distintos rumbos de la ciudad y que en total con los asistentes a las fiestas de Chapultepec dábamos diversión culta que, en los sitios cerrados se completaba con conferencias y con películas de Cinematógrafo educativas, a más de treinta mil personas que anteriormente no tenían donde pasar la mañana de los días de fiesta.

Los Orfeones, de que ya se ha hablado, llegaron a ser

dieciocho repartido, en la ciudad. El grupo artístico más importante de los así formados salió de la colonia de la Bolsa, la barriada más enemiga de la policía y la más miserable de todas las que componen la muy miserable ciudad de México. No es posible dar una idea del estado de pobreza y de abandono en que aquella gente vive, sin atarjeas y sin pavimentos, a sólo veinte calles de los pavimentos de asfalto, por donde pasean su lujo insolente los funcionarios de un seudobolchevismo arrogante y asqueroso. Al corazón de esa colonia se trasladó un grupo de maestros abnegados que encabezaron Roberto Medellín y Elena Torres. Se alquiló un gran local abandonado y ruinoso que en un timpo fué sitio de bailes públicos de la peor ralea. Se hicieron algunas reparaciones, se pusieron techados— y no alcanzó jamás el dinero para acabar de poner los pisos. Muchas clases y muy numerosas se quedaron con su pavimento de tierra; pero introdujimos agua potable y establecimos baños. Los maestros llegaron allí con polvos de mercurio para combatir los piojos y con maquinillas para rapar las cabezas infantiles. Allí se estableció el primer servicio de comidas escolares gratuitas para los más necesitados y en vez de pagar médicos que se habrían contentado con clasificar a aquellos niños como anormales, nosotros los convertíamos en normales dándoles alimentación y aseo. Lo que ahorrábamos en médicos lo gastábamos en panes. La inspiración que alentaba todo aquel movimiento era tolstoyana más que científica. Creíamos en la buena agua y en el buen pan y en la bendición que recae sobre la vida del justo. Y sólo exigíamos mucho trabajo sincero. Eso lo dieron en abundancia los creadores de aquel admirable centro que se llamó Francisco I. Madero, y de allí, como floración bendita, fueron saliendo la danza y el canto. Además de las clases ordinarias de lectura, escritura, matemáticas, geografía, historia, etc., se daban en la misma escuela enseñanzas manuales como costura, cría de animales y algunos cul-

tivos. Se constituyó también una pequeña biblioteca del barrio. Advirtamos que en ningún otro de los barrios de la Metrópoli encontramos más ardiente afán de saber que en aquel menospreciado refugio de la peor variedad de nuestra hampa. Los sábados en la tarde los padres de los chicos se presentaban en la escuela, invitados por los profesores, y se les daban escobas para que reunieran y quemaran las basuras acumuladas por todas las cercanías. Después de hecho el barrido de grandes extensiones circundantes, todos se juntaban en un enorme galerón en cuyo fondo se construyó un tablado. Allí se comenzó con proyecciones cinematográficas destinadas a atreer a la gente y poco a poco se fueron organizando coros y bailes y representaciones de teatro. Tan grande fué el éxito obtenido que a los pocos meses estaba completo, con personal de pequeñas obreritas del rumbo, un cuadro que cantó varias zarzuelas con un éxito artístico de que pudieran dar fe los reporteros de los diarios, los diputados, las Comisiones que fueron a visitar la escuela. Desgraciadamente, el éxito mismo de este Centro lo perdió, pues no tuvimos bastante poder para evitar que los políticos lo tomaran como pretexto de propaganda malintencionada y acabaran por corromperlo. Sólo porque los alumnos del Centro procedían de familias obreras cierto grupillo político que contaba con todo el apoyo oficial para sus planes de predominio, comenzó a anunciar la escuela en el extranjero por medio de corresponsales asalariados de la prensa internacional y por otra parte se hacía presión entre el personal a fin de lograr que aquella obra apareciese como resultado de la política obrerista de quienes jamás se habían molestado en ir a enterrar las ruedas de su automóvil por aquellos pantanos insalubres de la abandonada pobrería.

Con los coros y las Orquestas típicas de los Centros de Orfeones de la capital se organizó cierta vez un concierto de conjunto en que se reunieron cerca de doce mil ejecutan-

tes. Los programas de la fiesta con que se celebró la inauguración del edificio destinado al Ministerio de Educación, vasta construcción que no es exagerado decir que ninguna más importante se ha levantado en México durante el siglo de la Independencia, demuestran por sí solos lo que fué el movimiento artístico que se desarrollaba. Los dos extensos patios del edificio resultaron escasos para contener una multitud de más de quince mil personas. En el patio mayor se instalaron los coros obreros y escolares en número de cinco mil voces; sobre un tablado amplio se bailaron trozos clásicos ligeros, como el momento musical de Schubert y un arreglo del vals poético del compositor mexicano Villanueva, más toda una serie de bailes regionales estilizados unos, auténticamente vernáculos otros. En el otro patio alternaba la Orquesta Sinfónica nacional, con todo un programa de Wagner, Beethoven y Bach, acompañados algunos números de coros ya no del género popular, sino clásico, compuestos con elementos del Conservatorio Nacional. Sólo se reunieron los dos contingentes artísticos para entonar al final el himno patriótico que celebraba esa vez ya no la victoria de un general sobre otro general, de un Santa Ana sobre otro Santa Ana, sino la victoria de la cultura en una patria que, desde los días legendarios de Quetzalcoalt, viene fracasando en sus esfuerzos para redimirse de la sombra. de la sangre, de la mentira y del asesinato.

Los trabajos del Departamento de Cultura estética no se limitaron, como es natural, a la Metrópoli, sino que al mismo tiempo se habían extendido a todas las poblaciones cercanas. En lugares como Jochimilco e Ixtacalco se organizaron los mismos coros, las mismas Orquestas con elementos completamente indígenas, que no demostraron ninguna incapacidad para aprender rápidamente, lo mismo que sus compatriotas mestizos o blancos. A los Estados también llegó la acción del Departamento. Allí no se pudieron construir estadios ni teatros, pero se aprovecharon los parques

las plazas de toros. Así se procedió en Puebla y en Aguas Calientes y en Guadalajara. Para no alargarnos demasiado digamos que en cada ciudad importante se fundaron Orfeones y Orquestas, con lo que se logró dar caracteres nacionales al despertar artístico de todo un pueblo. Famosos fueron los festivales al aire libre que la Secretaría de Educación organizaba en Guadalajara, esa tierra que nos revolvía las iniciativas del centro remozadas y refinadas por el temperamento local. Notable fué también el éxito obtenido en pequeños lugares de la sierra de Puebla, de la tierra de Hidalgo. Uno de los retoños indirectos del mismo movimiento produjo en la ciudad de Jalapa un estadio.

Y puesto que ya hemos tenido que mencionar los estadios digamos también que la educación física siguió un desarrollo paralelo a la del dibujo y el canto. La misma teoría de especialización de funciones educativas nos obligó a constituir un cuerpo de profesores de gimnasia para relevar al antiguo maestro normalista de la obligación en que lo ponía la ley de ser artista y maestro de canto, de dibujo y de calistenia. Para aumentar el número de los profesores de cultura física, se creó una Academia que trabajó día y noche para formar atletas maestros, hombres y mujeres. El cuerpo especial de instructores pasó al presupuesto del Ministerio junto con los demás maestros especiales y como todo el trabajo obedecía a una dirección central que se imprimía desde las Jefaturas del Departamento de Bellas Artes, los gimnastas se vieron obligados a tomar en cuenta las necesidades del Departamento de baile, por ejemplo. Y así fué como se introdujo en todas las escuelas la gimnasia rítmica acompañada de música, la cual se desarrolló en marchas y evoluciones, deportes y ejercicios atléticos, en el caso de los varones y en baile por lo que hace a las mujeres. Como los gimnasios no bastaban y no se acomodaban a los nuevos sistemas se comenzaron a construir campos deportivos y estadios. Tres estadios quedaron en pie dentro

del recinto de escuelas primarias: los de los centros escolares Belisario Rodríguez, Benito Juárez y José María Morelos. Otro gran estadio con estanque de natación y gimnasios, todo exclusivamente para mujeres, quedó terminado en una de las Escuelas Industriales de señoritas. Se abrieron también siete grandes estanques de natación hechos con verdadero lujo y extensión inusitada, de treinta a cuarenta metros de fondo por veinte o veinticinco de ancho, todos al aire libre en las escuelas Benito Juárez, Morelos, Belisario Domínguez y en la Escuela de Ciencias químicas de Tacuba. También en la Escuela preparatoria se instalaron dos grandes natatorios, uno exclusivo para mujeres y otro para hombres. Aparte de esto, en numerosas escuelas se instalaron baños de agua fría y caliente. Si el estadio nacional hubiese sido concluído, ya estaba previsto completar su funcionamiento con centenares de duchas y un gran natatorio.

Pero el Estadio apenas se trabajó lo bastante para poder inaugurarlo con una gran fiesta deportiva y artística. La Gran Obra, que aunque ya mutilada resistirá todavía muchos atentados, se estrenó con una exhibición monstruo del trabajo verificado de consuno por la Dirección de Cultura Física y la de Cultura Estética. De los sesenta mil espectadores que el edificio contuvo, cerca de veinte mil tomaron parte en la representación. En efecto, los coros sumaron quince mil voces y los bailes gimnásticos fueron ejecutados por tres mil niñas, y hubo además juegos y ejercicios atléticos en los que tomaron parte unos dos mil varones. Se sintió durante la espléndida fiesta, que por sí sola requiriría crónica aparte, que se estaba llegando a la creación de un arte nacional colectivista, arte continental más bien dicho porque el espíritu todo de la América latina palpitaba en la obra. Aquella fiesta, de todo el mundo alabada, marcó la culminación de los trabajos de la Secretariá de Educación Pública. Por frente del grandioso edifício nuevo se

narboló el día de su inauguración una bandera de-
ondo blaner y en el centro un escudo estilo aztéca de
ojos y gualdas y negros y la leyenda: *Alegre, Fuerte,*
ana, Esplende, Raza.— Un México nuevo comenzaba a
urgir.

Sin embargo, sólo unos meses más tarde, v v aal final
e su período gubernativo, el general Obregón, quizás
in darse cuenta del destrozo que hacía de su propia obra,
ceptó que un nuevo Ministro se hiciese alabar porque
ejaba cesantes a varios centenares de maestros de arte y
e deporte para economizar cerca de un millón de pesos al
ño. ¡Y desde entonces, cada vez que se recortaba o se supri-
nía un Departamento, las gentes del Gobierno hablaban de
os derroches de Vasconcelos!

Así como en el estadio se juntaba la labor de las tres
Direcciones: la de Dibujo, que diseñaba los trajes y las
ecoraciones de bailes y espectáculos; la de Música y la de
Gimnasia, también en el Ministerio se hacía la fusión de
sos tres Departamentos que aparentemente caminaban
ada uno por su cuenta: el de Escuelas, el de Bibliotecas y
l de Bellas Artes. Pero la unidad se manifestaba aún más
vidente en la estructura misma de la escuela primaria,
ipo que la época que reseño había logrado delinear. En la
lanta arquitectónica de las escuelas primarias construídas
or nosotros, cuidamos de dejar impresa la norma interior
e la ley que entonces regía la educación. En efecto, nues-
ras primarias eran un producto de la labor de los tres
Departamentos fundamentales y, en consecuencia, tenían
as siguientes dependencias; en el centro una biblioteca,
on gran sala de lectura y, en su caso, de fiestas y depar-
amento especial para biblioteca infantil, todo luminoso y
ozanamente decorado por nuestros artistas. A un lado de
a biblioteca se construía un ala de salones destinados a
as clases de niñas; del lado opuesto se levantaban
as clases destinadas a los niños; cada sección con sus

patios y sus talleres y sus sitios de juego independientes. En seguida, hacia el fondo, se abría una explanada ceñida en contorno por las graderías de un estadio. Por los costados se levantaban edificios para gimnasios y en el centra abría su espejo un estanque de natación. Así quedaron terminadas tres o cuatro grandes escuelas. Este departamento era común para las dos alas. Los dos sexos se juntaban en la biblioteca para el estudio y en el estadio para el arte y el deporte. Y la escuela dependía de tres autoridades especiales: la escolar, propiamente dicha; la de bibliotecas y la de bellas artes. Pero naturalmente, los planes del trabajo en común, los horarios y reglamentos se elaboraban en el Ministerio con audiencia de comisionados de cada Departamento. Símbolos animados del vasto y profundo plan educativo ya descrito son los magníficos edificios escolares que en México no tienen antecedente ni han tenido herencia, que subsisten en las cercanías del Estadio Nacional, en la garita de Tacuba; en la calle de Humboldt, donde está el conjunto que forma la escuela Belisario Domínguez, con su estadio de cemento armado y su estanque de natación y la hermosa biblioteca «Cervantes». Así hubiera quedado también la escuela Gabriela Mistral construída por el barrio de Peralvillo y así iba a quedar el edificio que se levantó por la calzada de la Verónica. La mayor parte de estas construcciones se han destinado posteriormente a otros usos y un ensayo del que pudo resultar un tipo libre y fecundo de escuela primaria, fué abandonada para reimportar métodos de algún exótico míster Johnard a míster Maxweel, que, para los que así destruyen, tendrá el mérito de ostentar un nombre que por extranjero apenas aciertan a pronunciarlo. Pues tales son las características del rasta intelectual de nuestras lamentables estultocracias.

Los yerros del presente no deben, sin embargo, llevarnos a perder de vista las posibilidades y los deberes del futuro. Patentes fueron la vivacidad y entusiasmo con que el pue

blo mexicano supo responder a las sugestiones de la cam-
paña educativa, y el hecho de que ésta se haya visto ven-
cida por la fuerza de las armas—que todavía allá dan y
quitan el poder—, pero no por indiferencia ni por dictado
de la opinión pública, nos debe hacer confiar en que pronto
prosperarán otros ensayos ilustrados y fortalecidos en la
experiencia.

Un sistema escolar bien definido y sólidamente afirmado
en cualquiera de nuestras naciones podría servir de base
para la celebración de Congresos en que se uniformara
nuestra enseñanza. El intercambio de pensamiento nos trae-
ría la ventaja de los puntos de vista continentales y podría-
mos entonces elaborar juntos lo que difícilmente se logra
dentro de los límites estrechos de una sola nacionalidad. Me
refiero a ese idealismo, a esa noción trascendental sin la que
no es posible imaginar un sistema acabado de educación.
El laicismo de nuestra enseñanza le quita quizás la más
fuerte, la más fundamental, la más elevada de todas las
inspiraciones humanas: la inspiración religiosa y trascen-
dental, sin la cual no hay cultura, ni hay arte, ni hay poder.
No podemos tampoco ni debemos abandonar el laicismo
para entregarnos en manos de un sistema particular de
religión: pero sí deberemos vigilar que nuestro laicismo no
se trueque en hostilidad y negación de la idea religiosa. La
fuerza de los Estados Unidos radica en su puritanismo,
creyente en valores más firmes que los que da la tierra.
El ateísmo estrecho que entre nosotros ha sucedido a la
decadencia de la doctrina católica constituye, sin duda, una
de las causas principales de nuestro atraso notorio. No-
basta, como pensó don Justo Sierra, con llevarnos al
altar de la patria en el instante en que desertamos el altar
de Dios. Yo me propuse ampliar el concepto patriótico
dándole, desde la escuela, orientaciones continentales. A
este propósito difundí, junto con el Escudo mexicano: el
escudo que había ideado antes para la universidad: el

Mapa de la América Latina y mi leyenda: Por mi Raza Hablará el Espíritu». Pero ni esto basta, no basta que el espíritu prometa hablar; es menester darle de que hablar; el asunto dívino que lo alimenta. Tampoco se satisfacen las aspiraciones más profundas de la vida con ese socialismo materialista que para algunos constituye todo el ideal. Aun dentro del buen socialismo humanitario y científico que yo acojo con sinceridad, deberemos prever lo que los hombres han de hacer con su vida así que han mejorado su bienestar. Una educación que no tiene respuestas para semejante pregunta esencial no es una educación. No quiere decir esto tampoco que debamos formular dogmatismos nuevos. Lo que la educación utiliza es el procedimiento, la manera de poner a las gentes en camino de que por sí solas descubran la mayor suma posible de verdad. Facilitar al alumno enseñanza religiosa completamente libre, como se hace con la filosofía. Quizás tal sea la solución. Mientras tanto no es la teoría lo que más urge en nuestros pueblos, sino la purificación del ambiente moral. La educación se inspira en Quezalcoalt y Quetzalcoalt no reina, no se asienta, allí donde impera Huitzilopochtli el sanguinario. Destronemos primero a Huitzilopochtli.

CAPITULO VI

EL CONFLICTO

Puestas una frente a otra por el destino, las dos grandes ulturas de América, la sajónica y la hispánica, veremos ue se vuelve a repetir la vieja ley de todo conflicto según a cual aparentemente triunfa el fuerte y aparentemente erece el débil; pero en el fondo los dos contendientes se añan y se destruyen; o bien, ¿será posible que en el conti- ente de las novedades la historia tuerza su ruta y el onflicto de destructor se torne en creador? Sin presunción lguna de profecía, digamos que si el choque destructor es remediable entonces no vale la pena discutirlo, porque as potencias del exterminio no han menester de pensa- iento: les basta el apetito para seguir adelante con su bominación. Pero si hemos de colocarnos en el punto de ista que corresponde a quienes estamos obligados a hablar n nombre de los intereses superiores de la especie, procure- os que nuestro pensamiento se exprese con tal diafanidad ue no quede ninguna excusa a los que sólo están atentos las fatalidades del hecho y gustan de ignorar el ideal y derecho.

Por otra parte, desgraciadamente, desgraciadamente para os destinos sociales, no somos nosotros, otra cosa que uni- ersitarios y pensadores; es decir, todavía no los amos,

todavía no la voluntad, sino sólo la inteligencia de los pueblos. Pero sino no nos obedecen los actos, no por eso deberemos permitir que las ideas se sometan a ellos. Hablemos como si mandásemos, que la idea puede no ser atendida; pero jamás ha aceptado la condición de sumisa.

Digamos en primer término que el conflicto de las ideas resulta constantemente fecundo y que el encuentro de dos razas no lleva necesariamente en sí los gérmenes de la oposición y la discordia: únicamente las rivalidades de intereses suelen provocar las rivalidades y la guerra. El desacuerdo internacional no es entonces una calamidad inevitable, inherente a la constitución humana, sino un resultado de malos arreglos, arreglos que la inteligencia puede en cada caso prevenir y enmendar. Sólo cuando el apetito egoísta o la pasión perversa se ponen a contrariar la justicia aparecen causas que tarde o temprano provocan desquites o por lo menos debilitan el esfuerzo que debiera emplearse cabal en la obra del progreso. Proclamemos la doctrina de la cooperación de las razas y las culturas, en frente de la vieja y desacreditada doctrina de lucha por el predominio del más fuerte. Mientras la América no rebase de población no será fatal la guerra y la América puede comenzar desde ahora su tarea de controlar el número en beneficio de la calidad y para garantía del espacio. Mucho espacio libre: que tal sea una ley social de la América.

No aceptemos la tesis de la fatalidad de los conflictos armados. Busquemos más bien las causas que fomentan el odio y que preparan la guerra, y quizás si logramos desenmascararlas podremos paralizar una gran parte de su nefasto poder.

La eliminación de las causas del odio es cuestión muy fácil para la inteligencia, muy grata para el sentimiento y difícil sólo en la práctica, porque la práctica posee sus maneras lentas y tortuosas que no siempre es posible vencer de inmediato.

La primera gran razón del conflicto es el desequilibrio de las fuerzas. Los Estados Unidos están ya formados y rebosan poderío. Además, la zona que ocupan ya ha comenzado a llenarse. Nosotros estamos en formación a causa de que todavía no asimilamos debidamente las poblaciones indígenas, ni acabamos de constituirnos con una personalidad política bien definida desde el Bravo hasta el Plata. Además, nuestras tierras son muy vastas y todavía no acabamos de explorarlas.

El raciocinio más elemental indica entonces que los del sur deberemos apresurarnos a integrar nuestra raza, levantando el nivel social de nuestros hermanos indígenas y estrechando los lazos que un torpe nacionalismo político mantiene deshechos. Quiero decir que deberemos también apresurarnos a poblar las tierras vírgenes y a explotarlas con inteligencia, con justicia y generosidad. En otros términos, necesitamos darnos prisa en crecer y para crecer es indispensable que la paz de la libertad y del honor mantengan la familia unida. Los millones de iberoamericanos que emigran hacia los Estados Unidos en busca de un jornal más alto y en busca de libertades más firmes, constituyen la más tremenda acusación que se puede formular contra una situación nacional. Por ejemplo, México y Venezuela se han despoblado, se siguen empobreciendo de hombres a causa del caudillaje militar que hace irrisoria toda esperanza de progreso. Donde no se respeta la vida de los ciudadanos, mal se puede velar por la honra de la madre común, que es la patria. Donde las confiscaciones por razón de política interna ponen en riesgo el patrimonio de la familia, no arraiga, no ha arraigado jamás una cultura: Por fortuna las más grandes naciones de nuestro continente iberoamericano ya han sacudido la plaga del caudillaje, ya echaron en olvido el azote de los Gobiernos personales y el progreso se ha iniciado en ellas muy lento, pero al fin creciente. Si ahora lográsemos que, en estos

países más adelantados, una sabia política económica consumase la obra del Gobierno de tipo civilizado; s ahora que los Estados Unidos han comenzado a entrece rrar sus puertas a la inmigración, los países civilizados d nuestro continente subdividiesen sus latifundios y ensan chasen sus industrias para que una sana inmigracion lo fecundase, entonces sólo sería cuestión de unos cincuent años para que pudiésemos declarar que el Brasil y l Argentina estaban a salvo, y en seguida, con fuertes núcleo de población hispanizada en el Sur; ya no perduraría es pavoroso contraste que hoy mantiene un gigante blindad frente a frente de naciones cultas, pero muy pequeñas, com Costa Rica indefensa, y de naciones muy grandes; per que, como México, cada día tiene menos habitantes y com todas las otras que no son aún mas que una esperanza

Una vez establecido un equilibrio vital, ya sería mu fácil convertir todas nuestras fuerzas a la colaboración d una tarea que forzosamente tiene que eclipsar a todo cuant ha visto la historia; la tarea de edificar una civilización co los más grandes recursos del planeta y con la más avanzad técnica que ha conocido la ciencia. La tarea por sí sola e a tal punto fascinadora que no digo nuestras dos razas todas las razas hallarán en ella paz, estímulo y ventura.

He ahí la cuestión brevemente resumida desde un punt de vista amplio y un poco distante. Consideremos ahor algunos de los aspectos más concretos y actuales.

Desde hace varias décadas, desde hace ya casi un siglo somos víctimas los del Sur de los avances de los del Norte Se pierde primero Texas, después California; luego Cub escapa como por ensalmo a las mallas de una red que toda vía no suelta todos sus lazos y al mismo tiempo cae Puert Rico; paso a paso Centro América y Panamá se conmueve amenazadas, y no sabemos hasta dónde intentará llegar es suave panamericanismo, más peligroso que los cañones d los antiguos piratas ingleses que periódicamente batía

nuestros puertos. Y frente a tal avance sistemático, fatal, qué es lo que, con raras excepciones, hacemos nosotros? Acaso nos unimos como en los antiguos días para la defensa inmediata, inflexible? Solemos defendernos, dejanos que caiga uno que otro mártir que pone a salvo nuesro honor; pero la partida se pierde, porque tenemos la entraña dañada; porque nos mina el odio que es consecuencia de toda dominación personal, de todo Gobierno que no se funda en la opinión sino en el golpe de mano, en la victoria de las armas, pero no en la justicia.

He ahí los hechos, brevemente expuestos en toda su crudeza. La solución se desprende entonces más clara que una resolución geométrica. Los que avanzan por el Norte son los dominadores ilegítimos, que usan la fuerza de una gran civilización para sojuzgar naciones y gentes que hoy parecen un cómodo botín, pero que serán mañana, como otras tantas fieras que acechan el primer descuido, la primera inadvertencia del domador. Y así como allá hay los dominadores ilegítimos, los amos del capitalismo que explota el presente, aun a costa de riesgos y venganzas futuras, también entre nosotros hay los caudillos de cualquier causa, los aventureros de la política que recogen la bandera de los puños exangües del mártir y se embozan en ella para matar y para tiranizar a sus conciudadanos.

Y en seguida viene el clima desventurado y deshonroso de la tragedia. El caudillo dictador y el prócer imperialista que se miran de soslayo, como mira la traición, y se hacen el signo de la inteligencia maligna y se ponen al habla y se entienden. «Tú me ayudas a imponer el orden de la mano de hierro—dice el caudillo—y, en cambio, yo garantizaré tus posesiones; por debajo del texto inocente de leyes generosas yo te daré salvaguardias y te daré privilegios». Y el prócer imperialista sonríe y proclama, por los mil órganos de sus intereses victoriosos, que aquel caudillo y la patria son una sola y la misma entidad. Y a

su vez el caudillo proclama que en él se encarna la soberanía de la patria o el destino de la Revolución.

Más odiosas que las luchas bélicas de la antigüedad se prolongan de esta suerte las aventuras modernas de la conquista y de la compenetración económica, mientras tanto la opinión corriente busca remedios vanos, inventa motivos pueriles y rara vez llega a formular las causas del mal, mucho menos a descubrir sus remedios. Si no queremos que se nos domine y se nos compre, ¿por qué empezamos dejándonos dominar y vendiéndonos? ¿No fué aquí mismo en esta ciudad donde se hizo, todavía no hace diez días, el elogio del caudillaje con el calor de un sentimentalismo patriótico noble, pero desorientado? Pues lo mismo ocurre con casi todas nuestras revoluciones y lo mismo ha estado ocurriendo desde que se inició el conflicto. Y si ni siquiera reconocemos sus motivos, ¿cómo va a ser posible que alguna vez le pongamos coto?

Convengamos, por lo menos, con claridad en que son los peores elementos de cada raza los que provocan rivalidades y los que prostituyen el interés patriótico. Y deduciremos en seguida que lo más importante para contener el choque posible y para disipar los odios latentes es que cada uno de nosotros, dentro de nuestro terreno y dentro de nuestra soberanía, ponga la mano del castigo sobre los dobles traidores, traidores a su patria y traidores al interés de la especie, que demanda paz y concordia. Guerra al caudillaje iberoamericano, dentro de nuestras fronteras latinas, y guerra al imperialismo invasor por parte de los patriotas norteamericanos: ¡he ahí la fórmula que de tan sencilla parece obvia y, sin embargo, contiene toda la clave del embrollado conflicto!

El problema se reduce entonces a un problema de educación, que es como decir a un problema de iluminación y de persuasión. Por la educación y la persuasión lograremos convencer a nuestras gentes, Dios sabe cuándo, de que no

leben tolerar dictaduras ni asesinatos ni atropellos de parte le quien ejerce el Poder. Por la educación y la persuasión e logrará convencer al votante norteamericano, Dios sabe uándo, de que no debe refrendar el Poder de los políticos ue no han sabido poner coto a las empresas invasoras que ajo la apariencia del comercio y el progreso difunden por l continente la semilla de futuras represalias contra los nejores intereses de Norte América. El Dios sabe cuándo lel resultado de nuestra tarea no debe preocuparnos, porque el educador no trabaja para una generación, sino para odas las generaciones, y no debe tampoco atender al éxito lel momento, sino al éxito absoluto. Delante de su misión l tiempo y la victoria parcial son como accidentes imperceptibles.

Cumplirá, pues, quien sepa seguir adelante con la enseñanza del bien inflexible que perdura a través de los siglos, por encima de todas las aberraciones. Lo único que no cambia es la norma divina, a tal punto que a cada instante la realidad, después de vagar y de errar, acaba sometiéndose y confirmando que sólo es perdurable lo que se funda en la lealtad y la justicia. El imperio de las fuerzas morales es a tal punto inflexible que el instante en que ellas dejan de ser el resorte de la conducta individual o de la acción colectiva se marca siempre como el comienzo de la decadencia y de la desventura. En efecto, no se trata de mera prédica de *sunday school*, prédica vana de oratoria de conciliación, que busca acallar o suavizar las protestas. Se trata de una ley constructiva y destructiva de los pueblos. Recordad el entusiasmo, la emulación fecunda, la fuerza libertadora y creadora que derramó sobre el continente la América de Jorge Wáshington y de Daniel Webster, la América de Franklin y de Lincoln, que hizo el derecho constitucional americano y reafirmó las garantías del hombre, la división de los tres poderes del Estado y la suprema aristocracia de la dignidad humana; comparad

el valor de esa América que de todos nuestros pueblos fué maestra y antecesora; comparadla con la América de los imperialismos turbios del día y veréis que no sólo nosotros, también los norteamericanos están amenazados por el sombrío poder que mina la democracia y sustituye la norma del amor por la norma de la conquista.

Buen número de los ciudadanos de Norte América, un número cada día creciente, procura resistir el empuje peligroso de los tiempos y que la República rectifique sus yerros y retorne a la tradición de los *pionniers* constructores y de los puritanos respetuosos del ajeno derecho. Así, también entre nosotros hay en cada nación un grupo que combate el Gobierno personal y la tiranía. Juntar las dos corrientes sanas, la corriente moral que allá se propaga con la corriente de fuerza depurada e inteligente que en nuestros pueblos brega por la justicia: tal debe ser el propósito de los hombres de bien de los dos continentes.

No será posible que se establezca una cordialidad sincera mientras perduren abusos y atentados que si el débil no puede a veces ni hacer valer, porque no puede ni hacerse oír, no por eso dejan de ahondar el abismo: Ningún poderío construído sobre la violación del derecho ha sido jamás estable. Insistamos en hacer presente nuestro derecho para que nunca se nos acuse de complacencia o de conformidad; hagámoslo valer con serena firmeza y confiemos en que la luz y la justicia acabarán por abrirse paso. La cultura latina y la cultura sajona no representan dos polos, dos extremos imposibles de unir; todo lo contrario, tanto por su origen como por sus tendencias, podrían ser ambas como columnas firmes de un futuro ilimitado. Los errores, las ambiciones, la inmoralidad política, los intereses mezquinos, han ido creando y siguen creando barreras que cada día es más difícil disimular. Confesémonos con toda franqueza que la situación es grave: Grave para nosotros, que en estos instantes somos los débiles; pero en realidad

no menos grave para los más fuertes de hoy, porque la decadencia de los más grandes imperios siempre se inicia con la injusticia que se comete contra los vecinos. El poderío que triunfa sobre el derecho extranjero tarde o temprano se vuelve insolentado contra los intereses del mismo pueblo dominador. Y llega un instante en que todos son esclavos: los de adentro y los de afuera; pero también ese instante del total triunfo de lo ilegítimo marca el principio de la disolución de toda una época infame. Si queremos que la civilización de la América supere a las civilizaciones anteriores, cuidemos de que no las imite en sus atrocidades. La lucha de las nacionalidades y de las razas parece inevitable allí donde el terreno es escaso y la población es estrecha para poder vivir. En la América el conflicto de las dos razas no tiene la excusa de la fatalidad. La tarea vasta de América requiere el concurso amistoso, no sólo de los que ya estamos establecidos en el continente, sino de otros muchos pueblos que todavía habrán de venir. Nuestra cultura misma, aunque todavía incipiente, no es producto de una sola tradición, sino de todas. Tanto en el Norte como en el Sur hemos vivido tomando enseñanzas y contrayendo parentescos con todas las razas de Europa. De todas seguimos necesitando. No ha llegado la hora, acaso nunca llegará la hora, de declarar cerradas las puertas. El signo mismo del continente es el signo de la fraternidad. ¡Ay de los que han comenzado a traicionar este signo, levantando sobre este suelo consagrado poderes ilegítimos y destructores de la concordia! Denunciemos a los autores de la funesta conspiración, que es una conspiración contra los intereses de la humanidad. Los que intrigan contra la paz y la buena armonía de las razas del continente son los mismos que en el interior de cada pueblo hacen de opresores y se enriquecen como explotadores. Desenmascaremos a los explotadores y a los tiranos de uno y otro lado de la barricada continental. No hable-

mos de odios de razas. Hablemos de los abusos y de los atropellos que engendran y avivan el odio que naturalmente procede de la injusticia. La ley de las naciones no es diversa de la ley de los indivíduos. El que no trata con lealtad tarde o temprano se ve tracionado. Y la lealtad, la lealtad de los hombres y la lealtad de los pueblos, se debe siempre toda entera al ideal. ¡A un ideal más alto que el interés del instante y que la pasión del conflicto! Sobre el destino mismo de los pueblos está la ley inflexible de Dios, que tarde o temprano nivela y juzga, deprime o exalta, según el mérito interior de cosas y hombres. ¡Preocupémonos, pues, primeramente de merecer el fallo divino, y lo demás se nos dará por añadidura! Apeguémonos al deber sin transacciones y reposemos, en seguida, nuestra confianza en lo Absoluto.

CAPITULO VII

EL IDEAL

Henos aquí, llegados al instante en que después de haber descompuesto nuestros problemas en varios capítulos particulares, para mejor analizarlos y concretarlos, tendremos que intentar ese esfuerzo, el más peligroso de todos, el esfuerzo de la síntesis que habrá de darles unidad y movimiento, propósito y acción.

Y ya que hemos procurado, deliberadamente, no ser piadosos con nosotros mismos en la exhibición de nuestras lacras, en el señalamiento de nuestras incapacidades y limitaciones, tanto físicas como sociales y étnicas, no podemos evitar que la duda, esa fiel servidora del sentido común, nos hable en lo más secreto de la conciencia y nos pregunte si realmente creemos que, a pesar del cuadro desolador que presenta nuestro continente, es posible y es legítimo hablar de futuro y de ideales, y si no es más bien este constante acudir al mañana, un refugio estéril de la ilusión que no se conforma con la evidencia aterradora de la realidad y aplaza las soluciones sólo para lograr unos instantes de falsa calma, en medio de la fatiga y del desconcierto de nuestra época.

Que cada quien en su conciencia, y de acuerdo con el

poder de su visión del más allá, se conteste la terrible interrogación y acomode su vida a la respuesta. Yo sólo sé que es preciso formular el ideal, aun cuando algún maligno genio llegase a convencernos de que es falso el ideal; aun cuando no fuese mas que infierno o esterilidad este bregar nuestro por las rutas de la tierra, aun entonces sería necesario que la fantasía cumpliese su misión de mejorar lo que es, de superar lo real y de construír para el alma un refugio que no acierta a ofrendarle la tierra.

Soñemos, pues, pero no con ensueño estéril, sino con visión de constructor que mira en la realidad elementos aprovechables para una arquitectura de maravillas. En todo caso, no puede haber, para un pueblo, mayor calamidad que la de no tener definido ni siquiera su ideal. Si ni siquiera con la fantasía sabemos construir, ¿cómo podremos hacerlo con los toscos y rebeldes elementos que nos ofrecen las cosas? ¿En dónde hay, en dónde ha habido constructor que no comience su obra con la sustancia impalpable, pero luminosa, del ensueño, representándosela toda entera en la mente, mucho antes de que pueda verla cuajada en la realidad, antes del esfuerzo posterior y subordinado del trabajo de las manos? Primero es soñar y después es ser. El sueño antecede a la creación. Si ni soñar podemos, jamás lograremos tampoco construir. Cuando las manos del arquitecto están atadas, su fantasía se recrea en palacios imaginarios. Pongamos a trabajar la fantasía. La materia, tarde o temprano, seguirá el curso que sepamos señalarle. Seguirá tal curso porque ella no sabe otro, porque nosotros estamos aquí para ser índice y ella espera paciente, y aun a veces, prudente, se hace como que no entiende, cuando nosotros no acertamos a guiarla; en cambio, obedece con presteza, en el instante en que nosotros atinamos. En el instante en que su vibrar coincide con los signos de nuestra videncia, un nuevo ser emerge en

la creación y de todos esos seres, así engendrados, está compuesta la vida perenne que supera a las cosas.

Los iberoamericanos nos hallamos como en el cruzamiento de todos los caminos. Los recién llegados de la historia, pero también los herederos de todas sus experiencias y de toda su sabiduría, somos como grano reconcentrado en el cual todas las especies de las plantas hubiesen puesto su esencia. De semejante concentración de gérmenes saldrá todo un nuevo reino de vida. La facultad de elegir, que, según los psicólogos, caracteriza la función del alma misma, nunca había tenido más amplio campo ni materiales más ricos donde ejercerse. En el plexo de nuestro destino se han combinado las unidades específicas y las potencias, las ideas y los ritmos y acaso nunca hubo mayor confusión, pero tampoco ha habido mayor riqueza que la que nosotros tenemos disponible para la construcción y ensanchamiento del destino.

Hemos pasado revista a los recursos, hemos investigado la eficacia de los métodos y ahora no nos queda sino intentar el esbozo de una visión de conjunto en marcha y de acción que transfigura los elementos. Nuestros problemas han quedado enunciados, desarrollados con más o menos amplitud en los capítulos precedentes, que han de verse como los temas de una complicada sinfonía. Primeramente presentamos en sus aspectos generales el asunto. Después, al analizar cada uno de sus aspectos fundamentales, hemos hecho una especie de *scherzo*, un juego de postulados y de motivos. Intentemos ahora volver a los temas generales, pero juzgándolos ya enriquecidos con el cotejo, la integración y la composición de todos sus elementos afines. Investiguemos conforme a la ley de la música. Volvamos a la consideración de nuestro asunto en la actitud del compositor que se prepara a coordinar y a expresar el *allegro maestoso*, el final elocuente y sintético de su múltiple producción sinfónica.

Cumplamos con el deber de sinceridad de reconocer que las diversas tesis que han venido sirviendo de base a nuestras elucubraciones distan todavía de estar comprobadas. Agreguemos también que los hechos mismos son asunto que se presta a las interpretaciones más disímiles; pero reconozcamos también, al mismo tiempo, que toda la ciencia social se encuentra todavía en situación poco firme. Todavía el curso de los acontecimientos puede echar abajo, en un solo instante, todas las previsiones. Y, sin embargo, no por eso son inútiles los credos que pretenden encauzar el movimiento colectivo. Todo lo contrario, sería fácil comprobar que ningún gran proceso de desarrollo social se ha operado sin que antes se produzca la formulación de sus propósitos en forma si se quiere exagerada, pero firme. Ninguna Biblia nacional o racial puede carecer del capítulo de las profecías. Lo único que cambia con los tiempos es la técnica de que se vale el visionario. Antes eran los signos de fuego, que se revelaban en el cielo, y hoy es la idea, que toma sus contornos del cotejo y la interpretación de los datos que nos ofrece la vida. En realidad, dos maneras iguales, tan misteriosas, tan oscuras, antes como ahora y también igualmente cargadas de aciertos parciales, igualmente necesarias, para dar a un pueblo y a una época la conciencia de su tarea y la fuerza unificadora y propulsora de sus capacidades.

Se podrá negar, entonces, la exactitud rigurosa de alguna de nuestras afirmaciones; se podrán juzgar de diferente manera los hechos; se podrá diferir en cuanto a las conclusiones que de los hechos se deriven; pero por eso mismo he presentado mis temas sólo como el *leit motiv* de una sinfonía inconclusa, ya que solamente el modelo flexible y profundamente expresivo del método sinfónico, logrará acercarnos a la concepción y en seguida a la realización de nuestro destino. No nos queda otro recurso que tomar el tema y agregarle variantes o imprimirle entonaciones

inesperadas. No importa repetir el tema s ha agregamos nuevos matices. Al contrario, tocar una y otra vez y combinar nuestros te suerte, y aunque sea en calidad de propósi poco remoto, así por lo menos iremos redactando nuestra ideología. Pues se podrá negar que seguimos tal o cual dirección colectiva; mas lo que no se puede y no se debe negar es que nos urge ir formulando nuestro credo nacional y continental, nuestra doctrina de raza y de progreso.

La primera observación que, a mi juicio, debe tenerse en cuenta, a la hora de formular un ideal, es que cada situación y cada período de la vida trae consigo sus propias normas: las engendra y las define al iniciarse su eclosión y las confirma sólo cuando ya el proceso comienza a aparecer concluído. He ahí una ventaja para el filósofo que se aventura a intentar esbozos. Su doctrina será, en cierta manera, indiscutible. Pues en tanto que no se funde en postulados inexactos, siempre que no contradiga de una manera manifiesta la realidad, contará con la misma fuerza del inspirado, del poeta, del profeta, que en cada hecho encuentra un mensaje y en cada cosa trasluce uno de los signos del destino.

La primera hipótesis que tomo para organizar el concepto de nuestros ideales colectivos, y que me sirve como de hélice propulsora en el vuelo del pensamiento hacia el futuro, es mi teoría de los tres estados de la civilización. Veo el problema del mundo, ya no subdividido en las misiones parciales que a cada raza y a cada período histórico ha correspondido desarrollar, sino englobado en tres grandes ciclos, hacia los cuales ha venido convergiendo la historia y cuya consecución todavía no alcanzamos a mirar. Esos tres grandes ciclos son el materialista, el intelectualista y el estético. No insistiré en el desarrollo de esta tesis, que ya varias veces he procurado esbozar y definir. Insisto solamente en asentarla y añado que la

Historia de cada una de las grandes civilizaciones podría demostrarnos la aparición sucesiva de cada una de estas épocas que se caracterizan por el predominio ya de uno ya de otro de los factores que sirven de base a la diferenciación. El período militar, que corresponde al régimen de tribu; el período del intercambio, las convenciones y los arreglos inteligentes, que corresponde a la época del desarrollo de las instituciones y de la civilización, y, finalmente, el período estético, que corresponde a la concepción emotiva religiosa y artística de la vida. Tercer período que ha sido para todas las grandes culturas como una meta, no obstante que todas, hasta hoy, han decaído antes de alcanzarla. Han decaído porque la corrupción interna, al traicionar las normas superiores, las ha puesto otra vez a merced del apetito y la incredulidad en el ideal.

La ley de los tres períodos se puede trazar fácilmente en cada civilización particular; pero, en realidad, sólo como sin anuncio, sólo como una anticipación de la época en que comenzará a manifestarse, ya no como un proceso interior de cada cultura, sino como un ritmo universal del destino entero de la especie.

La ley de los tres estados no podía entrar a funcionar plenamente, no podrá funcionar plenamente, mientras no se logre consumar la fusión de las razas y la fusión de las culturas. Mientras unas razas permanezcan todavía en la situación salvaje o semisalvaje del primer período, resulta casi ineficaz que otros pueblos se acerquen al más alto, al tercer período de la cultura. Es esta una de las causas del fracaso de la civilización como fenómeno humano general. La convivencia de razas inferiores con razas superiores—grados estos innegables, por lo menos desde ciertos puntos de vista sociales—provoca un desequilibrio que se traduce, por ejemplo, en el imperialismo que lleva a los fuertes a abusar de su poder y que a la vez esclaviza y extermina a los extraños, corrompe la moralidad de los

imperios y acaba por llevarlos a la decadencia. Tal ha sido, hasta la fecha, la historia: un proceso deslumbrante y desconsolador de ilustres esfuerzos que esplenden estériles y de monstruosas canalladas, que brevemente se embriagan de éxito, para caer también, todavía más pronto, en la sombra que todo lo traga, como para volver a recomenzar. La situación contemporánea del mundo, sin embargo, permite suponer que va pasando la era de las civilizaciones particulares que nacen, se desarrollan y perecen, por lo mismo que ya pasó la hora de los aislamientos nacionales. Nos encontramos, en efecto, en los comienzos de una época en que el fenómeno de la civilización ya no es la célula viva, pero apenas comunicada con células afines, como juzgamos, por ejemplo, que pasaba en la época en que convivieron comunicándose apenas las civilizaciones de la India y las civilizaciones de Grecia y de Africa y sin comunicación alguna por lo que hace a las civilizaciones americanas del Perú y de México. De cualquier género que sean los desequilibrios que hoy se produzcan, los desplazamientos tienen que operarse alrededor de grandes masas que fatalmente se van compenetrando unas con otras, y de esta suerte nos acercamos a un período de reajuste definitivo, un período en el cual acaso llegue a prevalecer la confusión y aun los rasgos del período primario, del período guerrero. Pero ya de allí tendrá que salir una manera, no ya nacional, sino humana. Y una de las ventajas que yo veo, desde luego, en las condiciones de la América latina es la circunstancia de que esa compenetración de culturas y de intereses, que en el resto del mundo se hará por el choque más o menos violento de conglomerados fuertemente atados entre sí, pero poco adaptados a la mutua inteligencia y cooperación, todo ese encuentro se podrá verificar entre nosotros, a causa de nuestros orígenes y de nuestras tendencias y a causa de las condiciones de nuestro territorio, conforme

a maneras ya no violentas, sino de deliberada y consciente cooperación. Tal situación quizás nos permita abreviar, casi diríamos depurar y santificar, a la vez que acelerar el proceso final de la historia.

Al ir desapareciendo las fronteras, por una especie de desarrollo combinado y resultante de la intensificación de las comunicaciones y del enlace de los intereses, de la mezcla de las sangres y de la identidad de las instituciones, las guerras se irán haciendo imposibles. Así como en el interior de los pueblos cultos ya casi no se ejercita la violencia en las relaciones individuales, el interés humano creciente, la justicia en las relaciones internacionales y la uniformidad de la cultura general llegarán a hacer imposible las guerras. El período guerrero o de los intereses meramente materiales tendrá, pues, que llegar a término. En realidad, ya vivimos más bien dentro de la ley del período intelectual, puesto que la guerra ya no es regla, sino excepción, y la mayor parte de nuestros asuntos se resuelven mediante tratados y convenios, que tienen en cuenta el interés material, sin duda alguna, pero con concesiones cada día más efectivas en favor del interés general y superior de la especie. El ingreso de todas las razas en el tipo democrático e industrial de la cultura europea creará un equilibrio y marcará, con el término del período guerrero, el apogeo del segundo período intelectual, en el que todas las cuestiones se resuelvan por medio de la inteligencia colectiva. Las profundas desigualdades de pueblos y castas es lo que hoy mantiene en peligro la cultura entera. Casos trágicos, como el de Francia, que por ser la nación socialmente más avanzada se ve a cada momento en peligro, no podrán repetirse el día en que ya no sólo Francia, sino todos los pueblos, limiten su natalidad y se acomoden a las exigencias de la economía política y del decoro humano. La universalidad de las normas económicas, de las normas ideales, permitirá que todas las

fuerzas que hoy se gastan en la rivalidad y la discordia se empleen en la tarea humana de domeñar y superar el planeta. A la lucha internacional y a la lucha de castas sucederá una lucha coordinada contra los obstáculos que se oponen al progreso humano. La guerra se hará contra los elementos adversos al propósito del hombre, y no contra el hombre. En vez de estar riñendo unos con otros por la posesión de los pequeños oasis en que la civilización ha venido incubando, nos lanzaremos a la conquista de las fuerzas naturales en grande escala. Toda esta empresa será preparatoria del advenimiento del tercer período definitivo que ya hemos señalado, el período estético, en que los pueblos se regirán, ya no por los mezquinos intereses de la materia y de la necesidad, sino por las leyes superiores de la belleza y del espíritu.

Para demostrar con más claridad cómo llegaremos o cómo podríamos llegar a este período definitivo, valgámonos de otra consideración que se funda, como las anteriores, no en mera utopía, sino en una observación desapasionada del proceso de la vida social. En efecto, dentro de la ley de los tres estados, es fácil observar una subley de cinco períodos, una quíntuple norma de procedimientos para ir consumando la ley trinitaria de la salvación colectiva.

Enunciemos estos períodos como otras tantas etapas de la evolución histórica de la sociedad y enunciémoslos como; el período del soldado, el período del abogado, el período del economista, el período del ingeniero y el período del filósofo. Procedamos en seguida a explicarlos.

Hagamos observar primeramente que los cinco períodos indicados se entrelazan y se confunden sólo con los dos primeros estados de que antes hablamos: con el estado material y con el estado intelectual. De esta suerte, los cinco períodos de procedimiento son como el *modus operandi* de las etapas del progreso y por lo mismo la ma-

nera complexa de ir preparando el advenimiento del período estético, el cual ya no habrá menester de las normas que le han servido de antecedente.

Desde que aparece la sociedad, en la tribu primitiva ya se revelan determinadas funciones directivas, que sirven para ir realizando el propósito colectivo. La tribu se gobierna por lo que llamamos el régimen militar. Un hombre, el que más muertes debe, el que por el arrojo o por la felonía ha logrado exterminar a sus rivales y hacerse obedecer, se erige en jefe y asume las funciones del Estado. En su persona se reconcentran o, más bien dicho, de su persona van saliendo todas aquellas facultades que acabarán más tarde con su propio poderío. El jefe de tribu es el guerrero y es también el sacerdote; el jefe de la tribu combate en la guerra y legisla en la paz; sus mandatos se concretan en el edicto que más tarde alcanza categoría de ley. La propiedad también deriva del reparto que ha hecho el jefe después de la victoria o en seguida de que el pastor se convierte en labriego. Todos los poderes emanan entonces del jefe militar y todo se subordina en este primer período a lo que los sociólogos, muchos siglos más tarde, llamarán las necesidades de la guerra. El primer período es tan prolongado y complexo que en realidad viene del jefe de tribu, del jefe caníbal, pero se realiza en toda su plenitud en Felipe II y Luis XIV y se prolonga, ya decadente y podrido, en el golpe militar de la Grecia contemporánea o en los Directorios de España o de Chile y en las militarocracias de no pocos de nuestros países iberoamericanos: Venezuela, México, etc. La esencia de tales regímenes se encuentra en el hecho de que están gobernados por la voluntad de un caudillo, jefe, rey o presidente, pero en suma, por la voluntad de un hombre, jamás realizan obra de trascendencia y no pueden, no deben hacer otra cosa que desaparecer en beneficio de los posteriores períodos de organización pública.

El segundo período lo llamamos legal, porque en él la norma colectiva no procede del mandato o del dictado de un jefe, sino de la ley expedida por un sabio, por un grupo patricio, por una Asamblea de ciudadanos, en suma, por un organismo ya no ejecutivo, sino legislativo.

En teoría, cada período va condenando, va matando el principio que sirve de base al período precedente; pero en realidad las normas de cada época se mezclan y perduran en equilibrios confusos que son la principal causa de la lentitud de nuestro progreso. Desde que una ley ha sido expedida ya no habría razón para que subsistiera el mando personal; pero en realidad lo único que logra la primera ley es marcar el comienzo de una segunda manera de resolver los asuntos sociales. Nace con la primera ley lo que se ha llamado el sistema representativo, el sistema de Gobierno civil, que se inicia brillantemente con la democracia griega y se fortalece en la República romana. Los hombres ya no viven sometidos al dictado de rey o emperador, sino a las normas de una ley previamente discutida y sabiamente formulada por los mejores de cada época. El hombre de espada pasa a segundo término y se somete al hombre que sabe, al hombre que legisla. El poder lo ejerce en realidad el letrado, y esto, aunque tenga que seguir tomando en cuenta los factores todavía poderosos del militarismo, que no se resigna a su derrota, y de la lucha de clases que comienza a exigir el tránsito hacia el Estado social siguiente : el del economista, que comienaz a hacerse oír para resolver los problemas de las desigualdades pecuniarias y la justa retribución del trabajo. El período del legislador o del abogado, a pesar de ser un período intermedio, ha dejado huella ilustre en la historia. El más alto florecimiento de las civilizaciones del pasado se debe a la Grecia democrática. Pero la circunstancia de que la Grecia estaba rodeada de bárbaros impidió que el período legal se consolidara, hizo imposible la desaparición del militar

y demoró el advenimiento del período del economista. El desequilibrio de una cultura nacional y de una barbarie exterior amenazante provocó a la larga esa ruina que se anuncia desde que Alejandro pasea su figura de historión por las plazas desiertas y por las ágoras de donde antes salieran las leyes. De igual suerte Roma, colocada en situación de tener que luchar con los bárbaros, tuvo que ir aumentando el poder de sus generales, y toda su grandeza se derrumba el día en que César traiciona al Senado para proclamarse emperador. En ese instante Roma retorna a la barbarie, se hace, como los bárbaros, súbdita ya no de la ley, sino de una voluntad, retrocede al primer período, al período militar, y ya desde entonces nada importará que el amo venga de España con Trajano o de la estepa con Atila o de Germania con los Hohestaufen, lo que importa es tener un amo en quien confiar, y así acaba el poderío de los pueblos que retroceden en el camino de los cinco períodos que señalamos como inevitables para el progreso. Pero el período legal no se extingue con Grecia ni acaba con la República romana. Por debajo de la barbarie militar que azota a la Europa medieval aparecen conatos de Repúblicas y cuerpos legislativos en las ilustres ciudades italianas, que preparan el Renacimiento, y en las ciudades españolas de fueros. Retoños del período legal son Florencia, Venecia, Génova y Aragón y Castilla. Más tarde, la República Francesa y el parlamentarismo inglés y, por último, la República norteamericana, el mayor éxito del régimen democrático representativo, al auge de lo que pudiéramos llamar el reino del abogado, del magistrado y del juez.

Pero otra vez el desequilibrio de la cultura provoca una crisis de la cultura, crisis que amenaza los destinos no sólo de los pueblos atrasados, sino también de los pueblos adelantados. La absurda organización industrial de nuestros días, que concentra la producción en determina-

dos sitios y crea de esta manera la lucha artificial de los mercados, ha ido minando el poderío moral de los pueblos conquistadores. El comercio imperialista, la banca usurera amenaza cuando no estrangula a nuestros pueblos. Dentro de los mismos Estados Unidos el imperialismo prepara días de angustia y de opresión. Sin embargo, el caso de los Estados Unidos difiere profundamente del de Grecia y del de Roma, porque los Estados Unidos no están amenazados en su poderío militar. Lo están nada más en su predominio económico y quizás este hecho dará la posibilidad de que en vez de desarrollarse un militarismo de retroceso se produzca más bien un desarrollo hacia el tercer período de la organización social, el período económico. Los abogados no han logrado resolver el problema norteamericano, no ha bastado el régimen de puro derecho teórico para organizar debidamente la vida contemporánea en ningún país de la época. Esto quizás depende de que desde sus orígines la democracia ha tenido el defecto de ser una representación sólo de cierta aristocracia de la inteligencia y del dinero. Todavía la democracia no ha producido la aristocracia de las facultades morales y del buen gusto. Por lo menos no ha llevado al poder a esta suerte de aristocracia. De ahí su fracaso creciente. Fracaso indudable, pero que no se corrige retornando al militarismo, sino barriendo los estorbos que se oponen al Gobierno de los mejores en el sentido del espíritu. Por lo pronto, las enormes desigualdades económicas que se han producido dentro del sistema democrático de gobierno producirán el más completo descrédito del régimen, si no nos apresuramos a entregar el poder a los economistas que logren resolver determinados problemas que han quedado pendientes desde la antigüedad. Es indispensable elaborar con criterio científico, pero con propósito humano, unas cuantas normas técnicas para el aprovechamiento de los recursos naturales y el estableci-

miento de la justicia económica. Semejantes cuestiones se encuentran aún en pleno caos y en franca barbarie. Entrar a ocuparnos de ellas con atención y con interés decisivos, tal es la tarea del período tercero o período de gobierno del economista. Su advenimiento urge porque lograr la justicia desde el punto de vista material y temporal es la primera exigencia de este instante del progreso. El estado deplorable de la economía social del presente constituye una amenaza para la civilización entera. Las guerras internacionales por la disputa de los mercados y las guerras intestinas, la lucha de castas, continuarán minando la vitalidad del mundo, mientras no se responda al grito de la hora, que es: pan para todos; pan y educación y salvación, salvación colectiva. El capital, que debiera ser instrumento, se ha ido convirtiendo en ídolo. El capital no tiene patria, como no tiene ideal. Si no lo dominamos, llegará a aplastarnos. Nacido de nuestro trabajo y acrecentado de improviso, como todas las fuerzas recién creadas, ocasiona oleajes devastadores. Se encuentra en el período de la piratería individual y está aguardando la socialización que lo lleve a dar frutos de progreso. Por ahora, parece más bien calamidad. Los valores más altos los sojuzga y los corrompe. Del soldado se sirve porque lo compra y a la inteligencia la burla y la seduce con el privilegio. Es el Monstruo que devora insaciable. Para quitarle su poder no basta ni el guerrero, que tarde o temprano se le vende; ni el abogado, que se pierde en casuísmos y vacila delante de las seducciones de un progreso aparente. Para destruir el poderío de Mammon será necesario que tomemos a nuestro servicio a los sacerdotes disidentes de su templo. El economista que conoce el secreto de sus poderes logrará romper los monopolios sin pérdida de valores. Toda acumulación de dinero en manos de particulares llegará a ser un delito en un Estado culto. El ímpetu de la civilización con-

emporánea seguirá contenido hasta el día en que se logre onvertir la fuerza del capital en fuerza libertadora de la ecesidad colectiva. Los expertos de la economía, contra os capitanes de la industria privada. Los capitanes de ndustria claudicarán ante el economista, como antes los efes de las milicias ante el letrado. Quizás los Estados Jnidos sean los llamados a vencer este período de la ultura.

Pero no nos olvidemos de ver todavía más allá. Continuemos nuestra marcha hacia adelante. Aun para darle uerza al plan del momento, es menester que miremos la tapa siguiente. Supongamos que la justicia social ha legado a imponerse—tarde o temprano tendrá que imponerse—. Vendrá entonces en el mismo instante y como na consecuencia fecunda el anhelo del período que sigue: l trabajo comenzará a organizarse para responder a los ines del cuarto período, que es el período de la técnica, l período de la ingeniería.

En realidad, este será el período del gran florecimiento le la América latina porque ninguna región del mundo ontiene los tesoros que guarda nuestro suelo. Y es fácil maginar el éxito de una humanidad industrializada, pero que ya no trabaja para el enriquecimiento de una minoría, ino para acrecentar la producción en beneficio de todas as gentes. Con un fervor comparable al de los cruzados o al de los guerreros de otras épocas, que iban a sojuzgar pueblos para enriquecerse con el botín, veremos que la vida toda se organiza para las grandes explotaciones que van a la conquista de la abundancia colectiva. Y así como la guerra obliga a someterse a un jefe, la gran tarea de la explotación colectiva dará temporalmente el poder político y el poder social a los grandes técnicos de la ingeniería, que desde sus claros despachos, llenos de planos y de aparatos de ciencia, estarán dirigiendo las plantas eléctricas del Iguazu y el reparto de la energía para el

desmonte y el cultivo de las selvas, para la edificación d
las ciudades nuevas y para la circulación de las gentes
los vehículos por toda la extensión del planeta. Un ferv
casi religioso por el trabajo salvador se encenderá en toda
las almas, una convicción de que es preciso atender d
una vez a todas las exigencias menores, a las fatalidade
de la materia, para que ya en seguida pueda el espírit
juzgar el destino sin las sombras y las inquietudes de l
necesidad. Las limitaciones impuestas al acaparamient
individual por las normas del período anterior, del pe
ríodo económico, bastarán para impedir que se reproduz
can el derroche y la corrupción que en nuestros días suel
acarrear la riqueza, sólo porque se la convierte en po
tencia de dominación de los hombres, en vez de servir d
potencia libertadora de los espíritus. Pero todavía, además
del freno impuesto por las leyes del período anterior, e
cuarto período se verá defendido de los riesgos de retorna
a las condiciones del segundo o del primero, es decir a l
barbarie, por obra de los impulsos que irán haciendo nace
el período postrero, el quinto, gobernado ya por motivo
morales más bien que por motivos materiales o utilita
rios. En el quinto período la dirección de los asuntos hu
manos pasará a los educadores y a los filósofos. Resuelto
los problemas de la carne y de la materia, todas las ener
gías colectivas se reconcentrarán con un vigor que ni po
demos sospechar siquiera en el propósito de ennoblecer
de superar la vida Las cuestiones transcendentales—e
arte, la religión y la poesía, la inquietud ideal—: he ah
las fuerzas dominantes de la vida en esta época de civi
lización colectiva. Todo lo que el arte no ha podid
lograr hasta la fecha, todo lo que la religión no ha podid
alcanzar, se consumará entonces de una manera natura
y espontánea. La religión, por ejemplo, ha fracasado por
que no le ha sido posible disimular la contradicción entr
sus prédicas de amor y las realidades de desigualdad

le cruda disputa de los bienes terrestres que hoy crean izaña. Eliminados los factores mezquinos, mediante el rabajo inteligente, la religión tornará a ser lo que algunas veces ha sido y siempre debiera ser, una especie de oesía embriagadora y exaltada, la poesía sublime del más allá y de la revelación. Todos los otros poderes deales que hasta la fecha han estado en germen en el sentimiento y en la fantasía se expandirán entonces. Dejarán le ser privilegio de las minorías que han logrado satisfacer los apetitos elementales y se convertirán en patrimonio de todas las gentes. Ni parias ni señores, por lo que nace a la materia; pero cada uno distinto en la manera de gozar la dicha suprema, cada uno importante en el concierto misterioso de la existencia.

En la era del Gobierno de los filósofos ya no dominarán, como en las anteriores, los especialistas, ya no será menester ni que el técnico tome en sus manos todas las fuerzas de la sociedad para multiplicarle el sustento ni que el economista regule la distribución, tal y como ya no es necesario hoy día que el caudillo aliste a los habitantes para la defensa primitiva del territorio. La tarea principal de las sociedades no será entonces defenderse de la agresión, como en la primera edad, ni defenderse de la arbitrariedad perosnal, como en el segundo período; ni defenderse de la injusticia social, como en el tercero; ni aplicarse a hacer producir la tierra en grande, como en el cuarto. La tarea principal del quinto período será adiestrar el alma para que siga ascendiendo y para que trascienda a los fines de la materia. Nos dedicaremos entonces aun a dejarnos morir de hambre, si así nos place, pero lo haremos por desdén a la vida y porque hemos logrado superar la necesidad, no sólo en nosotros mismos, sino también en la especie. En la época contemporánea, por ejemplo, no parece enteramente legítimo resolverse no más a perecer y a no comer, porque hay otros, hay muchos que padecen

hambre y no quieren morirse y tienen derecho a reclamarnos ayuda. Tal situación nos convierte a todos en siervos de la materia. De ahí que a la materia no se la pueda desdeñar sin antes haberla vencido, vencido dentro de su terreno, vencido en la realidad. Una vez realizada su conquista, ya podremos entregarnos sin escrúpulo al vuelo del arcángel. Por no haber podido dominar de esta suerte lo físico es por lo que los más altos ensueños del hombre se han reducido a atisbos y anticipaciones. Pues al arte y a la misma religión les ha faltado como si dijésemos el ambiente, la correspondencia de una naturaleza sometida totalmente a los fines del hombre. Y por creer que todo este proceso hacia adelante se irá cumpliendo, a pesar de los más terribles obstáculos, es por lo que ha habido tantos y habemos todavía tantos que constantemente remitimos nuestra esperanza al porvenir. Cuidémonos, sin embargo, de no llegar a ser los súbditos de una sola hueca palabra, si no más pregonamos que todo lo resolverá el porvenir. El porvenir jamás cuajará en realidad, jamás llegará a consumarse si no le imprimimos nosotros el impulso heroico y misterioso de la paternidad. Engendrarlo es la misión de esos propulsores que aparecen periódicamente y logran acelerar el desenvolvimiento y el transcurso de los períodos del progreso.

Los cinco períodos de las formas de gobierno servirán entonces para vencer el transcurso de los estados primitivos de la civilización, los estados material e intelectual, y nos pondrán de plano en el estado tercero o estado estético, en el cual las razones del espíritu serán las normas de la vida privada y del derecho público. ¿Se realizará sobre la tierra la República de Platón, la Ciudad de Dios, de San Agustín? Muy pobre ha de ser un porvenir que no logre cumplirlas. Y si se objeta que no deberemos tomar como ideal lo que hoy nos parece mera utopía, responderemos que la ilusión y la utopía son una fuerza

de la que no debe prescindir ninguna civilización. Precisamente nuestro evidente decaimiento contemporáneo se debe quizás, principalmente, a la falta de un gran ideal colectivo y práctico, aunque lejano y ambicioso.

Fortifiquemos nuestro presente desorientado e incrédulo, con el propósito firme de una gran misión, claramente concebida, tenazmente perseguida y veremos que del interior de nuestros pueblos comenzarán a manifestarse las fuerzas salvadoras. Un crecimiento sólo se contiene con otro crecimiento. La única manera eficaz de contener el desbordamiento de civilizaciones rivales está en producir otro gran núcleo de actividades fecundas y centrífugas. Sólo así se responde a la ley de la historia, que quiere, no tanto que se respeten tales o cuales convenios de derecho público, sino que el progreso humano se expanda sobre el planeta. Lo mismo en el derecho público que en el privado el interés humano demanda que la tierra sea de quien la labora y de quien la torna fecunda. Hagamos frente, con varonil empeño, a este supremo dictado del progreso y en seguida veremos que nuestras reivindicaciones se tornarán invencibles, puesto que ya no estarán apoyadas en el alegato verbal de derechos que a veces necesitan del papel para no caer en olvido, sino en el derecho dinámico y automotor de una vida que se expande irreflenable. No más quejas, ni injurias, ni lamentaciones. Lucha tenaz de todos los instantes y una mordaza en los labios hasta el día en que podamos romper el silencio con un grito de triunfo.

Orientemos nuestros diversos impulsos constructores conforme al criterio que hemos intentado definir y hagamos en seguida que cada uno de nuestros actos, desde el más humilde al más importante, se ajuste, sin perder su eficacia inmediata, al fin supremo de encarnar una de las más grandes misiones de la historia. Recordemos que toda gran tarea implica sacrificios constantes. Tomemos el

problema de la tierra: ninguna gente deberá trabajar más de prisa y más eficazmente que nosotros, porque ninguna ha tenido ni la cantidad de nuestros recursos ni la urgencia de entrar a desarrollarlos conforme a los intereses humanos. Preparemos nosotros la explotación de la tierra en forma tal que ella sirva nuestros fines superiores. Evitemos entonces a toda costa que nuestras tierras caigan en poder de los *truts* y las corporaciones o en manos de los particulares, generales, caudillos y terratenientes en grande, quienes no harán otra cosa que torcer la misión del cultivo y aplazar los destinos de la América latina. Hagamos que la tierra en nuestro continente sirva a los propósitos de la civilización, no a los enemigos de la civilización, puesto que por civilización hemos de entender el bienestar y la dicha del mayor número de hombres. Hagamos que la ciencia económica rija la organisación de los cultivos, en vez del anticuado derecho de la propiedad, tal y como la entendieron la barbarie romana o el señor medieval. Ni generales, ni latifundios, ni corporaciones. Cultivos científicos para beneficio colectivo. Sea este nuestro lema agrario y la América será como un cuerno de la abundancia que se vuelca sobre el planeta.

Reflexionemos en el problema del hombre. Recordemos que nuestra misión es reunir en una sola todas las razas. Cuidémonos entonces de no caer en la imitación de otras gentes que crean barreras de color de sangre y de caudal. De la doctrina democrática tomaremos nosotros la idea de la igualdad política. De la ciencia económica tomaremos el consejo de depurar la democracia castigando al capitalismo, que, por no reconocer límite al acaparamiento y la codicia, burla los fines de la democracia. Contra las grandes desigualdades que preparan la lucha de clases y propagan el coloniaje y la conquista, levantaremos nosotros un tipo de industrialización al servicio de los fines más altos de la especie. De las doctrinas biológicas, to-

nemos también la certidumbre de que el porvenir no es patrimonio de ningún tipo étnico exclusivo. Confiemos en que ya pasó, junto con las edades bárbaras, la creencia, antes común a cada pueblo, que se sentía temporalmente fuerte, la creencia primeramente hebraica, después griega, más tarde romana y posteriormente anglosajona, la ingenua creencia de que se pertenece a la casta elegida por la providencia para prevalecer y para reinar sobre los demás. La filosofía contemporánea no puede ver estos sueños sino como la consecuencia de un concepto limitado de la propia cultura y no reconoce mas que el concepto universal de los pueblos, que a partir de esta hora en que vivimos ya no volverán a evolucionar aislados, sino confundiéndose en el esfuerzo y alternándose en la victoria. Engendremos el período que ahogará los fines parciales para devolverlos acrecentados y cumplidos en el Todo. Tengamos presente asimismo que el problema de nuestro desarrollo no solamente está ligado con problemas económicos y con problemas de filosofía de la historia, sino también con la misma esencia de la biología social del planeta.

El destino ha querido que las razas que viven en la América latina no se mantengan separadas, sino que junten aún sus sangres. De esta mezcla ha surgido el mestizo de indio y blanco, el mulato de negro y blanco, y estas mezclas no son mas que levadura de una estirpe humana que tendrá que reemplazar a todas las razas conocidas hasta la fecha. Y eso a pesar de que tal fusión de sangres encarna un principio biológico, contradictorio de la ley darwiniana de la selección natural, que querría ir desarrollando ciertos tipos a costa de todos los otros. La fusión iberoamericana responde más bien a una ley que han comenzado a formular naturalistas modernos, como Nicolai, en Alemania, y como Lecrerc de Sablon, en Francia, ley según la cual no es la lucha la regla de la existen-

cia, sino la cooperación y el mutuo apoyo. ¿Dónde mejo que en nuestro continente podría encontrarse comproba ción a estas nuevas tesis, si desde el comienzo el blanc se declaró impotente para emprender solo la tarea civili zadora y puso a contribución, primero al indio y despué al negro? ¿Y no es también en la América donde primer se comprendió que tanto en las rudas tareas de la indus tria como en los misterios fisiológicos del amor y de l colaboración espiritual resulta deseable y fecunda la con fusión de las sangres? La verdad es que nuestro proces étnico se ha venido anticipando a las conclusiones de ese mendelismo que hoy busca en las sombras de la ley del injerto un misterio, que es todo el misterio de la creación el misterio de las mónadas que se combinan en los elec trones para formar el mundo de los sentidos; el misterio de las células que se confunden en la gestación y luego se multiplican para difundir la vida y el misterio de los contrarios que se acechan y se contemplan con asombro hasta que se juntan en conmovido estrépito; el misterio de las almas que no quieren renunciar a su individualidad; pero no hallan sosiego sino en el retorno al complemento y la emoción de la totalidad. Ni barreras de color, ni barreras de sangre: que tal sea el precepto, no de una confusa y repugnante promiscuidad, sino de una selección vital, regida por el instinto sano y el gusto libre. La raza mejor del futuro será la que mayor acierto instintivo revele para la elección de los genes del mendelismo que hoy flotan en el plasma de las generaciones, revelándose a nuestra sensibilidad por el lenguaje misterioso de la simpatía y por el signo indescifrable, pero inconfundible, de la belleza.

Pensemos en seguida en la educación que habremos de impartir a semejantes tipos nuevos de hombre y de raza para que respondan a la misión que les impone su misma existencia. Una educación sistemática, porque tiende a un

alto fin consciente, y a la vez vasta de datos, flexible de procedimientos y rica de contenido, una educación que prepare ya no dominadores de hombres, sino dominadores de la vida. Todo el conocimiento, el del bien y el del mal, puesto que la nueva raza necesita fortificarse con la experiencia de las edades. Ningún prejuicio, pero tampoco ningún error, ni asomo de indiferencia. Toda la fuerza, pero ya no despilfarrándose en los fines perversos o en los fines menores, sino toda entera al servicio del bien, dado que no es posible la propia dicha sin la dicha de todos. Educación que acreciente el poderío de nuestra naturaleza, pero no para que ese poderío se vuelva, de una manera inconsciente, contra el impulso que le dió vigor, sino para que cada impulso se transmute acrecentado en la corriente animadora de la salvación.

Una disciplina que atienda al cuerpo y al alma y también a la materia y al espíritu; pero no para buscar un equilibrio de dos iguales, sino para alcanzar una superación en el desequilibrio y la inconformidad de donde proceden todas las victorias. El espíritu no es aparato de relojería cuya marcha sincrónica procura igualarse al tiempo, sino la llama capaz de consumir en un minuto todas las reservas que en el leño acumularon los siglos, con tal de que así inicie su aventura Prometeo. Pues entra a regir no sé qué norma de fecundo derroche en el instante en que se combinan con los de la sustancia los valores dominantes de la espiritualidad.

Quiere decir que entonces deberemos cultivar un pensamiento dominador, si no precisamente desdeñoso de la materia, sí seguro de someterla a sus fines. Ello implica que no deberá nuestra educación descuidar la técnica que resuelve los problemas menores: el alimento, la habitación, la comodidad, el placer mismo, a condición de que nada de esto nos robe la parte esencial del esfuerzo dedicado a los fines mayores. Dominación cabal de la materia en

todos sentidos, no sólo en lo que se refiere al tributo que nos da para nuestro sustento, sino también del mensaje que se deriva de contemplarla, pues sus ritmos vivifican nuestra naturaleza inmaterial Dominación de nuestros apetitos, de nuestras funciones y pasiones; pero no una dominación que los refrene para que se ajusten a ciertas normas de razón o de precepto: una dominación que los encarne dentro de nuestro propósito y que a la sustancia misma de nuestro cuerpo la asimile y la supere. Lo natural consumado en lo espiritual. El ejercicio del plan superior convertido de tal suerte en un deleite, sin resistencia y sin sacrificio. Si ello es indispensable, contrariar la materia; pero si es posible, convertir lo físico al ritmo de la emoción y al propósito inmaterial: he ahí la dinámica de una filosofía iberoamericana.

Precepto animador inseparable de nuestros métodos educativos será también la convicción de que nosotros vamos a representar un ciclo de cultura que busca la salvación colectiva y ya no la mera producción de aristocracias. La historia nos demuestra que son los más grandes aquellos pueblos que han logrado hacer predominar la democracia sobre la aristocracia. En la vieja discusión, en el conflicto del despotismo a lo oriental y del civismo a la europea, está contenida la definición misma de la cultura. Cultura es producción y aumento de valor, no reducción de valores. La naturaleza produce la desigualdad, pero la civilización consiste en aprovechar las ventajas de la superación individual en forma que beneficie a la especie. Civilizar es lograr que cada selección, lejos de convertirse en yugo colectivo, se convierta en factor de servicio general. Y también una multiplicación de la tabla de los valores humanos, de tal suerte que no sea una la especialidad preferida, una la virtud premiada, sino que todas las especialidades y todas las virtudes concurran al fin transcendental. Ilustrando la tesis con ejemplos, digamos que

nuestra cultura deberá tender a la producción de tipos extraordinarios y de caracteres geniales, porque reconocemos el valor propulsivo del genio, pero no permitirá que aristocracia alguna tuerza su misión benefactora para convertirse en carga o en azote. El criterio mismo para juzgar de la genialidad tendrá que sufrir alguna reforma, puesto que juzgaremos de la capacidad individual no por el poder que manifieste de imponerse a los demás, sino por el don que posea de comunicar su fuerza y su mensaje, por la fuerza con que contribuya a la salvación propia y a la salvación común. La capacidad de iluminación y la capacidad de entrega y de sacrificio: eso será para nosotros el genio. No Napoleón, sino Tolstoy: he ahí un caso concreto. No el que se encumbra sobre los demás, sino el que liberta a sus semejantes y aumenta la potencia espiritual de cada uno de los que reciben su influjo. Una época que no esté regida por esta clase de valores no merece el nombre de civilizada y por eso no hay arrogancía en nuestro dicho cuando afirmamos que la humanidad todavía no sale de la barbarie, y que la civilización, tal como ella debe ser, no se logrará copiando el pasado, sino creando un porvenir.

Otro factor indispensable para hacer pasar del estado latente al estado de desarrollo todo este concepto de la nueva cultura, contenido en las mentes modernas, se encuentra en lo que pudiéramos llamar la multiplicación de los patrones o, para usar de una palabra todavía más universal, en la multiplicación de los *standards*. Hasta la fecha cada cultura se ha podido caracterizar por la preferencia que otorga a tal o cual tipo de aptitud. Por ejemplo, las épocas guerreras encumbran al soldado; en las democracias triunfa el fribuno; n las épocas de desarrollo material vence el que concentra y maneja las riquezas y el dinero; en los tiempos de reconstrucción espiritual se imponen a la atención el poeta y el pensador. Pero la era que nosotros debemos representar en América significa tanto que no podemos

erigir un solo tipo en norma. Deberemos desechar tales y cuales ejemplares de la edad troglodita de la especie; pero en seguida tendremos que dejar libre el campo a toda clase de prototipos, a causa de que el ideal se creará sus propias manifestaciones. Acaso no mantendremos un culto exclusivo de ninguna forma limitada de la acción. Estimaremos al constructor y al poeta, al que ejecuta y al que sueña, con tal de que ambos sean creadores de actividad noble. Un amplio entusiasmo, sin más límite que el propósito de obligar al pensamiento y al acto a que contribuyan a acelerar la salvación colectiva.

En el mismo concepto religioso de la vida, juzgo yo que es aquí en nuestra América donde las condiciones sociales y espirituales se han ido combinando de tal modo que por primera vez va a ser posible hacer un ensayo de la ley de Cristo en su interpretación fuerte y sincera. El sincretismo que aquí han operado las circunstancias, la eugenesia y la confusión de los credos, nos va a permitir poner en obra una interpretación de la doctrina cristiana, totalmente distinta de las que se han hecho ley hasta hoy, una interpretación más profunda, por lo mismo que no va a estar alejada de la realidad. ¡Como intento audaz de consumar el reino del Padre en la tierra, así veo yo en ocasiones, la tarea de este ciclo iberoamericano de la civilización! Si trabajamos la realidad con fe, quizás llegaremos a comprobar que el cristianismo no es la teoría de los dos mundos opuestos: el de la tierra y el del cielo, sino la revelación de una manera divina de la energía, que a la misma realidad la reforma y la adapta al fin superior. Si algo de esto logramos, tendremos derecho para afirmar que representamos una era nueva en el mundo.

Una multiplicación de los *standards*, una exaltación de todos los valores del progreso, pero un criterio para juzgar de estos valores, de acuerdo con la virtud que ellos poseen para acercarnos a un ideal sobrehumano de la existencia:

he ahí cómo concibo una doctrina del mérito. La realización de todos los fines de la tierra, pero con el objeto de superar la vida misma de la tierra. Procuremos no erigir muchos CONTRAS. Procuremos no estar nunca EN CONTRA; procuremos estar siempre POR. Siempre decididos, nunca pasivos. Decididos por todo lo que implica una superación de la realidad. Sin hacer de la realidad un enemigo, aprovechémosla como tesoro, mas como un tesoro que se derrocha en beneficio de lo transcendental. ¡Que la naturaleza sea en nuestras manos como el son de que el artista hace música, como el color con el cual se pintan telas como el pan del cual el sacerdote hace una hostia! El mundo y la carne, si fuesen tan desdeñables, ¿se habría dignado venir a redimirlos Jesucristo? He aquí por qué yo digo que el ciclo iberoamericano, el ciclo de lo universal, debe ser el ciclo del connubio. Las razas y los climas, y la técnica y la libertad, y como dinámica suprema esa especie de melodía que permea la creación y a todo imprime resonancia celeste.

Así entiendo ese período estético que vendrá después de la consumación, de todos los fines particulares, para enseñarnos la ley del propósito definitivo. El secreto del hombre que dominó su envoltura y asimiló su planeta, pero no para disolverse en él, sino para convertirse en el soplo de un nuevo ciclo, ya por encima de la civilización y de la misma vida. El ciclo transcendente. El ciclo que han anunciado todas las religiones. El ciclo que no podrá consumarse mientras el alma individual no haya triunfado en su empeño de contagiar de la divina armonía a todas las almas fraternas, mientras el alma individual y todas las almas fraternas no hayan legado el suyo con el mensaje que palpita también en todo esto que llamamos materia. No más dualismos, sino monismo de las sustancias, los corazones y la espiritualidad: he ahí la única fuerza que podrá levantarnos del polvo.

Nuestro ensayo de cultura lo veo distinto de los anteriores, porque, lejos de ser una selección con exclusión de ciertos valores, será una superación con inclusión de todo lo que representa valor o, como decíamos al principio de nuestras reflexiones, una síntesis de todos los valores, una suma de heterogéneos que descubren la función de su diversidad y la emplean en un propósito superior que a la vez engloba y da nuevo sentido al movimiento. Construir sin destruir, amar sin transigir. Sólo un artífice divino, me diréis, sera capaz de una técnica semejante. ¡Y, sin embargo, esa debe ser la técnica de nuestro ideal, porque si no es un reflejo de lo divino no vale la pena ningún ideal!

Amar sin transigir. Amarlo todo, pero obligando al suceso y al hecho a que colaboren a nuestro fin superior. Y el fin superior, concebido como una escala de la cual hay que ir venciendo cada escalón. Cuidemos de que el miraje de lo alto no nos llene de una embriaguez impotente. Por algo está vedado mirar de cara a Dios. Aprovechemos más bien los resplandores de lo alto para ir subiendo la planta por los peldaños de la escala sagrada. Esos peldaños, muy vastos, son como antecámaras del tiempo y de la eternidad. No salimos de ellas mientras no acabemos de penetrarnos de su sentido y de su armonía, pues más bien que escalones son una serie de esferas dinámicas que transponemos merced a la fuerza que de cada una saca esta monada viajera que es nuestra alma. Sólo cuando se logra permearse de la energía de cada una de sus etapas y superar esa energía, con el afán y la angustia de la etapa siguiente, sólo entonces se obtiene aliento para el salto hacia adelante. *Natura non facit saltus;* pero el espíritu es salto. Perpetua inquietud, potencia inextinguible. Saltemos con todo el ardimiento del ímpetu personal y no olvidemos que el nombre de nuestra etapa es Universalidad. Esto quiere decir que sólo podre-

mos realizarnos universalizando los valores supremos: universalización de la dicha, universalización de la conciencia de la inmortalidad, universalidad de la mente y universalidad del corazón, para transcender ya en alguna etapa sobrehumana; el Universo, tal y como hoy lo entendemos. La vida sólo se puede aceptar como un tránsito. Si no lo fuese, sería despreciable; superarla es el único ideal decente. Organicemos el partido de la Superación. Lo que ningún escepticismo puede negar es que el pensamiento posee capacidades de sobra para la resolución de todos los problemas sociales. Si la práctica no puede alcanzarlo, peor para la práctica. La emoción superior, el *pathos* estético que gobierna el mundo, resuena periódicamente en las grandes clarinadas de la revelación. Hagámonos intérpretes de las voces de lo alto. Hablemos para que los pueblos escuchen. Y si, a pesar de todo, las almas siguen sordas y la realidad tropieza y los imbéciles vencen, recordemos que nuestro ideal, aunque arraigado a los hechos, no se somete a los hechos. El alma obedece a un destino que no toma en cuenta ni el tiempo ni la victoria. Será mañana o no será jamás en este pobre universo; pero hay en nosotros más recursos que todos los recursos del Universo.

FIN

INDICE

Páginas.

PRÓLOGO

Antecedentes I
Puerto Rico XII
Los Yanquis, en Santo Domingo..... XXXII
La Partida. XXXVI
Santo Domingo XXXVIII
Por fin, un prólogo LV

EL ASUNTO 1
LA TIERRA 28
EL HOMBRE 65
EL PENSAMIENTO 109
LA EDUCACIÓN 139
EL CONFLICTO 191
EL IDEAL 201

BOUND BY
HNM

UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 004549066